

NUEVA ERA



ISAAC ASIMOV

FUNDACION E IMPERIO



NOVELA DE CIENCIA - FICCION

Dirigida por su padre fundador, el gran psicohistoriador Hari Seldon, y beneficiada por una ciencia y una tecnología superiores, la Fundación ha sobrevivido a la avaricia de sus belicosos vecinos. Ahora debe enfrentarse al Imperio, que, a pesar de estar exhalando sus últimos suspiros, sigue siendo la fuerza más poderosa de la galaxia. Cuando un ambicioso general vuelve la flota imperial contra la Fundación, la única esperanza para el pequeño planeta de eruditos y científicos se encuentra en las profecías de Hari Seldon.

Pero ni siquiera él podría haber predicho el nacimiento del Mulo, una inteligencia mutante con un poder capaz de convertir al humano de voluntad más férrea en un esclavo.

Isaac Asimov

Fundación e Imperio

Saga de la Fundación: Ciclo de Trantor - 4

Título original: *Foundation & Empire*
Isaac Asimov, 1952
Traducción: Marta García Martínez
Colección Solaris Ficción nº 100

Para Mary y Henry
por su paciencia y tesón

Prólogo

El Imperio Galáctico se estaba derrumbando.

Era un imperio colosal que se extendía a lo largo de millones de mundos, de un extremo a otro de la poderosa espiral galáctica que era la Vía Láctea. Su caída también fue colosal, y muy larga, porque la altura era grande.

Ya llevaba siglos derrumbándose cuando un hombre fue al fin consciente de esa caída. Ese hombre fue Hari Seldon, el hombre que representó la única chispa de esfuerzo creativo que quedaba entre aquel creciente deterioro. Fue él quien desarrolló y llevó a su culminación la ciencia de la psicohistoria.

La psicohistoria no se ocupaba del hombre, sino de las masas. Era la ciencia del populacho; populacho por billones. Podía predecir reacciones ante unos estímulos determinados casi con la misma exactitud que una ciencia menor podía aplicar a la predicción del rebote de una bola de billar. La reacción de un hombre no la podía predecir ninguna matemática conocida, la reacción de un billón era una cosa muy diferente.

Hari Seldon fraguó las tendencias sociales y económicas de la época, vio más allá de las curvas y predijo la caída continua y acelerada de la civilización, así como el vacío de los treinta mil años que debían transcurrir antes de que un nuevo Imperio pudiera abrirse camino y surgir entre las ruinas.

Era demasiado tarde para detener esa caída pero no demasiado tarde para cerrar la brecha de la barbarie. Seldon estableció dos fundaciones en «extremos opuestos de la galaxia» y diseñó su ubicación para que, en apenas un breve milenio, los acontecimientos se entretejieran y engranaran de tal modo que de las dos surgiera un Segundo Imperio de más pronta aparición, más fuerte, más permanente.

Fundación (Gnome Press, 1952) contaba la historia de una de

esas fundaciones durante sus dos primeros siglos de su vida.

Comenzó como un asentamiento de físicos en Términus, un planeta situado en uno de los extremos de una de las espirales de la galaxia. Alejados de la confusión del Imperio, estos científicos trabajaban como recopiladores de un compendio universal de saber, la Enciclopedia Galáctica, sin saber que el ya fallecido Seldon había planeado para ellos un papel mucho más complejo.

A medida que el Imperio se pudría, las regiones exteriores cayeron en manos de «reyes» independientes que amenazaban a la Fundación. Sin embargo, enfrentando a un gobernante mezquino contra otro y bajo el liderato de su primer alcalde, Salvor Hardin, la Fundación consiguió mantener una precaria independencia. Como únicos poseedores del poder atómico entre mundos que estaban perdiendo su saber científico y comenzaban a recurrir de nuevo al carbón y el petróleo, incluso establecieron cierto dominio sobre los demás. La Fundación se convirtió en el centro «religioso» de los reinos vecinos.

Poco a poco, la Fundación desarrolló una economía de comercio a medida que la Enciclopedia se iba quedando en un segundo plano. Sus comerciantes, que mercadeaban con artilugios atómicos que ni siquiera el Imperio en sus mejores tiempos podría haber duplicado en cuanto a concisión, se adentraban en la Periferia y recorrían cientos de años luz.

Bajo el mando de Hober Mallor, el primero de los príncipes comerciantes de la Fundación, desarrollaron las técnicas de la guerra económica hasta el punto de derrotar a la República de Korell, a pesar de que ese mundo estaba recibiendo apoyo de una de las provincias exteriores de lo que quedaba del Imperio.

Tras doscientos años, la Fundación era el estado más poderoso de la galaxia, salvo por los restos del Imperio, que, concentrado en el tercio central de la Vía Láctea, todavía controlaba tres cuartas partes de la población y riqueza del universo.

Parecía inevitable que el siguiente peligro al que tuviera que enfrentarse la Fundación fuera el último coletazo del moribundo Imperio.

Había que despejar ese camino para la batalla entre la Fundación y el Imperio.

Primera parte

El general

Bel Riose. […] En su relativamente corta carrera, Riose se ganó el título de «El último de los imperiales», un título muy merecido. Un estudio de sus campañas revela que su habilidad es tan grande como la de Peurifoy en cuestiones estratégicas y mayor quizá a la hora de manejar a los hombres. El hecho de que naciera en la época del declive del Imperio hizo que le resultara casi imposible alcanzar el historial de conquistador de Peurifoy. Sin embargo, tuvo su oportunidad cuando, y fue el primero de los generales del Imperio en hacerlo, se enfrentó directamente a la Fundación…

—Enciclopedia Galáctica **[1]**

1

En busca de unos magos

Bel Riose viajaba sin escolta, que no es lo que el protocolo de la corte dicta para el dirigente de una flota apostada en un sistema solar todavía hosco situado en las Marcas del Imperio Galáctico.

Pero Bel Riose era joven y estaba lleno de energía (tan lleno de energía como para que una corte insensible y calculadora lo enviara tan cerca del fin del universo como era posible), y además era curioso. Relatos extraños e improbables, relatos descabalados, repetidos por cientos y turbiamente conocidos por miles, habían captado la atención de la primera característica, la posibilidad de una empresa militar atraía a las otras dos. La combinación era embriagadora.

Había salido del anticuado vehículo terrestre del que se había apropiado ante la puerta de la marchita mansión que era su destino. Esperó. El ojo fotónico que vigilaba el umbral de la puerta estaba vivo, pero la puerta fue abierta a mano.

Bel le sonrió al anciano.

—Soy Riose…

—Le reconozco. —El anciano permaneció en su sitio, rígido, sin sorprenderse—. ¿Y su asunto?

Riose dio un paso atrás con ademán sumiso.

—De paz. Si usted es Ducem Barr, le ruego que me haga el favor de hablar conmigo.

Ducem Barr se hizo a un lado y en el interior de la casa las paredes resplandecieron y cobraron vida. El general entró y se encontró rodeado de luz.

Tocó la pared del estudio y luego se miró las yemas de los dedos.

—¿Tienen esto en Siwenna?

Barr esbozó una sonrisa fría.

—Solo ahí, creo. Mantengo esto en tan buen estado como puedo.

Debo disculparme por hacerle esperar en la puerta. El mecanismo automático registra la presencia de visitantes, pero ya no quiere abrir la puerta.

—¿Escasean las reparaciones? —La voz del general era un tanto burlona.

—Ya no hay repuestos disponibles. Si quiere sentarse, señor. ¿Le apetece un poco de té?

—¿En Siwenna? Caballero, socialmente hablando, sería imposible rechazarlo.

El anciano patricio se retiró sin ruido y con una pequeña inclinación que formaba parte del ceremonioso legado dejado por una aristocracia *ci-devant* de los mejores tiempos del siglo anterior.

Riose contempló la espalda de su anfitrión, que desaparecía de la estancia, y su estudiada cortesía perdió parte de su seguridad. Su educación había sido puramente militar y su experiencia parecida. Se había enfrentado muchas veces a la muerte, como dice el tópico, pero siempre había sido una muerte de una naturaleza familiar y tangible. Por consiguiente, no existe contradicción en el hecho de que el idolatrado león de la Vigésima Flota sintiera escalofríos de repente en el ambiente húmedo y cerrado de una habitación antigua.

El general reconoció las pequeñas cajas negras ivroides que revestían las estanterías, eran libros. Los títulos no le resultaban conocidos. Supuso que la gran estructura que había en un extremo de la habitación era el receptor que transmutaba los libros en visión y sonido a voluntad. Nunca había visto ninguno en funcionamiento, pero había oído hablar de ellos.

Una vez le habían dicho que mucho tiempo atrás, durante la época dorada, cuando el Imperio se extendía por la galaxia entera, nueve casas de cada diez tenían ese tipo de receptores, y parecidas hileras de libros.

Pero en esos momentos había fronteras que vigilar y los libros eran para los ancianos. Y además, la mitad de las historias que se contaban sobre los viejos tiempos eran míticas. Más de la mitad.

Llegó el té y Riose se sentó. Ducem Barr levantó su taza.

—En su honor.

—Gracias. En el suyo.

—Se dice que es usted muy joven. ¿Treinta y cinco? —dijo

Ducem Barr con intención.

—Casi. Treinta y cuatro.

—En ese caso —dijo Barr con un suave énfasis—, no podría empezar mejor que informándole que, lo lamento, pero no estoy en posesión de amuletos de amor, pociones ni filtros. Ni tampoco puedo ejercer ningún tipo de influencia sobre los favores de cualquier joven dama que pueda atraerlo.

—En ese sentido, no me hacen ninguna falta ayudas artificiales, señor. —La autosuficiencia que sin duda estaba presente en la voz del general se entremezclaba con el humor—. ¿Recibe usted muchas peticiones de ese tipo de productos?

—Suficientes. Por desgracia, un público mal informado suele confundir la erudición con la práctica de la hechicería, y la vida amorosa es, al parecer, el factor que requiere una mayor cantidad de artimañas mágicas.

—Y eso parecería lo más natural. Pero discrepo. Yo no relaciono la erudición con nada salvo con el medio de responder a preguntas difíciles.

El siwenés lo pensó un momento, con expresión sombría.

—¡Es posible que esté usted tan equivocado como ellos!

—Ese puede ser el caso, o no. —El joven general dejó la taza que sostenía en su llameante funda y el recipiente se volvió a llenar. Después dejó caer en su interior con un pequeño chapoteo la cápsula aromatizada que le ofrecían—. Dígame entonces, patricio, ¿quiénes son los magos? Los verdaderos.

Barr pareció sorprenderse al oír un título que hacía tanto tiempo que nadie utilizaba.

—No existen los magos —dijo.

—Pero la gente habla de ellos. Siwenna está plagada de relatos sobre ellos. Se están levantando cultos a su alrededor. Hay una extraña conexión entre eso y ciertos grupos de sus paisanos, esos que sueñan y dicen tonterías sobre tiempos pasados y lo que ellos llaman libertad y autonomía. Con el tiempo, el asunto podría convertirse en un peligro para el Estado.

El anciano negó con la cabeza.

—¿Por qué preguntarme a mí? ¿Acaso intuyen ustedes una rebelión, conmigo a la cabeza?

Riose se encogió de hombros.

—No. En absoluto. Bueno, no es una idea del todo ridícula. Su padre tuvo que exiliarse en sus tiempos; usted fue patriota y nacionalista en los suyos. Es una falta de tacto por mi parte mencionarlo, puesto que soy su invitado, pero el asunto que me ha traído aquí lo requiere. ¿Pero hablar de conspiración ahora? Lo dudo. Hace ya tres generaciones que han despojado a Siwenna de su espíritu.

El anciano respondió con cierta dificultad.

—Voy a mostrar tan poco tacto como anfitrión como usted como invitado. Permítame recordarle que, en otro tiempo, un virrey pensó como usted sobre los apocados siweneses. Por orden de ese virrey, mi padre se convirtió en un indigente fugitivo, mis hermanos en mártires y mi hermana en suicida. Y sin embargo, ese mismo virrey sufrió una muerte horrible a manos de estos mismos y serviles siweneses.

—Ah, sí, y con eso está a punto de tocar un tema del que ojalá yo pudiera hablar. Hace ya tres años que la misteriosa muerte de ese virrey ha dejado de ser un misterio para mí. Había un joven soldado de su guardia personal cuyas acciones tuvieron cierto interés. Usted era ese soldado, pero no hay necesidad de entrar en detalles, creo.

Barr se quedó en silencio.

—Ninguna. ¿Qué propone?

—Que responda a mis preguntas.

—No con amenazas. Soy un hombre anciano, pero no tan anciano como para que la vida signifique demasiado.

—Caballero, vivimos tiempos difíciles —dijo Riose con intención —, y usted tiene hijos y amigos. Tiene un país por el que ha pronunciado frases de amor y locura en el pasado. Vamos, si decidiera utilizar la fuerza, no apuntaría a algo tan insignificante como a usted.

—¿Qué quiere? —dijo Barr con frialdad.

Riose sostuvo la taza vacía mientras hablaba.

—Patricio, escúcheme. En estos tiempos, los soldados triunfadores son aquellos cuya función es dirigir los desfiles de gala que serpentean por los terrenos del palacio imperial los días de fiesta y escoltar las resplandecientes naves de placer que trasladan a su Esplendor Imperial a los planetas de veraneo. Yo… yo soy un

fracasado. Soy un fracasado a los treinta y cuatro años, y seguiré siendo un fracasado porque, ya ve, a mí me gusta luchar.

»Por eso me han enviado aquí. En la corte soy un problema. No me adapto al protocolo. Ofendo a los petimetres y a los almirantes, pero como líder de naves y hombres soy demasiado bueno para que se puedan deshacer de mí sin más, dejándome abandonado en el espacio. Así que Siwenna es el sustituto. Es un mundo fronterizo, una provincia rebelde y yerma. Y está lejos, lo bastante lejos para satisfacer a todos.

»Y yo aquí me pudro. No hay rebeliones que aplastar, y últimamente los virreyes fronterizos tampoco se sublevan; por lo menos, no desde que el difunto padre, de gloriosa memoria, de su Majestad Imperial diera ejemplo con Mountel de Paramay.

—Un emperador fuerte —murmuró Barr.

—Sí, y necesitamos más como él. Él es mi señor, recuérdelo. Esos son los intereses que yo protejo.

Barr se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el tema?

—Se lo diré en dos palabras. Los magos que he mencionado vienen de más allá, de muy lejos, más allá de los puestos fronterizos, donde las estrellas están muy diseminadas…

—«Donde las estrellas están diseminadas» —citó Barr—. «Y el frío del espacio se cuela hasta nosotros».

—¿Es poesía? —Riose frunció el ceño. En ese momento le parecía una frivolidad ponerse a recitar unos versos—. En cualquier caso, vienen de la Periferia, de la única zona en la que soy libre de luchar por la gloria del Emperador.

—Y servir así a los intereses de su Majestad Imperial y satisfacer al mismo tiempo su afición por una buena pelea.

—Exacto. Pero debo saber a lo que me enfrento y ahí es donde usted puede ayudarme.

—¿Cómo lo sabe?

Riose mordisqueó sin apurarse un pastelito.

—Porque llevo tres años rastreando cada rumor, cada mito, cada aliento que se refiriese a los magos y de toda la variedad de informaciones que he reunido, solo son dos los hechos aislados sobre los que todo el mundo está de acuerdo, y por tanto, y sin lugar a dudas, son ciertos. El primero es que los magos vienen del

borde de la galaxia que tiene Siwenna enfrente; el segundo es que su padre conoció en cierta ocasión a un mago, vivo y real, y que habló con él.

El viejo siwenés se lo quedó mirando sin parpadear y Riose continuó.

—Será mejor que me cuente lo que sabe…

Barr habló con tono pensativo.

—Sería interesante contarle ciertas cosas. Sería mi propio experimento psicohistórico.

—¿Qué clase de experimento dice?

—Psicohistórico. —En la sonrisa del anciano había un matiz desagradable. Luego añadió con tono seco—: Será mejor que tome un poco más de té. Voy a dar una especie de discurso.

El patricio se reclinó en los mullidos cojines de su sillón. Las luces de la pared se habían atenuado hasta alcanzar un fulgor marfileño rosado que consiguió suavizar incluso el duro perfil del soldado.

—Lo que yo sé es el resultado de dos accidentes —comenzó Ducem Barr—, los accidentes de nacer hijo de mi padre y de nacer nativo de mi país. Todo comienza hace más de cuarenta años, poco después de la Gran Masacre, cuando mi padre se había convertido en fugitivo en los bosques del sur mientras yo era artillero en la flota personal del virrey. Ese mismo virrey, por cierto, que había ordenado la Masacre y que sufrió una muerte tan cruel poco después.

Barr esbozó una sonrisa lúgubre y continuó.

»Mi padre era patricio del Imperio y senador de Siwenna. Se llamaba Onum Barr.

Riose lo interrumpió con impaciencia.

—Conozco muy bien las circunstancias de su exilio. No es necesario que lo explique con tanto detalle.

El siwenés hizo caso omiso de su invitado y continuó sin desviarse.

—Durante su exilio, se encontró con él un nómada, un mercader del borde de la galaxia, un joven que hablaba con un acento extraño, que no sabía nada de la historia imperial reciente y que estaba protegido por un escudo de fuerza individual.

—¿Un escudo de fuerza individual? —Riose lo miró furioso—.

No dice más que extravagancias. ¿Qué generador podría ser lo bastante potente como para condensar un escudo hasta darle el tamaño de un solo hombre? Por la gran galaxia, ¿es que llevaba cinco mil miriatoneladas de una fuente de poder atómico en un cochecito con ruedas?

Barr habló en voz baja.

—Ese es el mago de quien usted oye hablar en susurros, sobre quien oye historias y mitos. El nombre de «mago» no se consigue a la ligera. No llevaba ningún generador lo bastante grande como para que pudiera verse, pero ni el arma más pesada que pueda llevar usted en la mano habría llegado a arrugar siquiera el escudo que portaba.

—¿Y ese es todo el relato? ¿Es que los magos han nacido de las divagaciones de un viejo destrozado por los sufrimientos y el exilio?

—La historia de los magos es anterior incluso a mi padre, señor. Y la prueba es más concreta. Después de dejar a mi padre, este mercader que los hombres llaman mago visitó a un técnico de la ciudad hacia la que lo había dirigido mi padre y allí dejó un generador de escudos del tipo que llevaba él. El generador lo recuperó mi padre al regresar del exilio, tras la ejecución del sangriento virrey. Le llevó mucho tiempo encontrarlo…

»El generador cuelga de esa pared, detrás de usted, señor. No funciona. No funcionó nunca, salvo los dos primeros días, pero si lo mira, verá que no lo diseñó nadie del Imperio.

Bel Riose estiró el brazo para coger el cinturón de eslabones de metal que colgaba de la pared curva. Se soltó con un leve ruido de ventosa cuando el diminuto campo adhesivo se rompió al tocarlo él. Le llamó la atención el elipsoide que había en el vértice del cinturón. Era del tamaño de una nuez.

—Esto… —dijo.

—Era el generador —asintió Barr—. Pero lo era, en pasado. El secreto de su funcionamiento está más allá de lo que nosotros podemos descubrir. Las investigaciones subelectrónicas han demostrado que está fundido y convertido en un único trozo de metal, y ni los estudios más cuidadosos de las pautas de difracción han sido suficientes para distinguir las partes específicas que existieron antes de la fusión.

—Entonces su «prueba» todavía se encuentra en la banal

frontera de las palabras que no están respaldadas por ninguna certidumbre concreta.

Barr se encogió de hombros.

—Me ha exigido que comparta lo que sé con usted y ha amenazado con extraérmelo por la fuerza. Si decide recibirlo con escepticismo, ¿qué me importa a mí? ¿Quiere que pare?

—¡Siga! —dijo el general con todo duro.

—Yo continué las investigaciones de mi padre después de su muerte, y entonces acudió en mi ayuda el segundo accidente que he mencionado, ya que Hari Seldon conocía muy bien Siwenna.

—¿Y quién es Hari Seldon?

—Hari Seldon era un científico del reinado del emperador Daluben IV. Era psicohistoriador; el último y el más grande de todos. Visitó Siwenna en cierta ocasión, cuando Siwenna era un gran centro de comercio, rico en artes y ciencias.

—*Hmm* —murmuró Riose, hosco—. ¿Dónde está el anquilosado planeta que no afirme que en los viejos tiempos era una tierra de riqueza desbordada?

—Los tiempos de los que yo hablo son los tiempos de hace dos siglos, cuando el Emperador todavía gobernaba hasta la estrella más lejana; cuando Siwenna era un mundo del interior y no una provincia fronteriza medio sumida en la barbarie. En aquellos tiempos, Hari Seldom predijo el declive del poder imperial y, con el tiempo, la caída en la barbarie de toda la galaxia.

Riose se echó a reír de repente.

—¿Lo predijo? Entonces predijo mal, mi estimado científico. Supongo que eso es lo que se hace llamar. Pero bueno, el Imperio es más poderoso ahora de lo que lo ha sido en un milenio. Sus ancianos ojos han sido cegados por la fría desolación de la frontera. Venga algún día a los mundos del interior; venga a la calidez y riqueza del centro.

El anciano sacudió la cabeza con expresión sombría.

—La circulación cesa antes en los bordes exteriores. El declive todavía tardará un tiempo en llegar al corazón. Es decir, el declive más aparente, el que es obvio para todos, a diferencia del declive interno, que es la historia de siempre desde hace unos quince siglos.

—Así que el tal Hari Seldon predijo una galaxia sumida en la barbarie general —dijo Riose con tono jovial—. ¿Y luego qué, eh?

—Estableció dos fundaciones en los extremos opuestos de la galaxia, fundaciones compuestas por los mejores, los más jóvenes y fuertes, para que allí se reprodujeran, crecieran y se desarrollaran. Los mundos en los que se ubicaron se escogieron con todo cuidado, así como las épocas y el entorno. Todo se dispuso de tal modo que el futuro, tal y como lo predijeron las matemáticas inalterables de la psicohistoria, supusiera su temprano aislamiento del cuerpo principal de la civilización imperial y su desarrollo gradual en lo que los convertiría en los gérmenes del Segundo Imperio Galáctico, acortando así un interregno inevitable y barbárico de treinta mil años y dejándolo en mil simples años.

—¿Y dónde averiguó usted todo eso? Parece conocer la historia con detalle.

—No la conozco y nunca la conocí —dijo el patricio con calma—. Es el laborioso resultado que obtuve tras reconstruir ciertas pruebas descubiertas por mi padre y algo más que averigüé yo. La base es endeble y con la superestructura se ha fantaseado para que cobrara vida y llenara los enormes vacíos que quedaban. Pero estoy convencido de que, en esencia, es la verdad.

—Se le convence con facilidad.

—¿Sí? Han sido necesarios cuarenta años de investigaciones.

—*Hmm*. ¡Cuarenta años! Yo podría resolver la cuestión en cuarenta días. De hecho, creo que debería hacerlo. Sería… diferente.

—¿Y cómo lo haría?

—Del modo más obvio. Podría convertirme en explorador. Podría buscar esa Fundación de la que habla y observarla con mis propios ojos. ¿Dice usted que hay dos?

—Los archivos hablan de dos. Solo se han encontrado pruebas que apoyan la existencia de una, lo que es comprensible, ya que la otra se encuentra en el extremo opuesto del largo eje de la galaxia.

—Bueno, pues visitaremos la más cercana. —El general se había puesto de pie y se ajustaba el cinturón.

—¿Sabe adónde tiene que ir? —preguntó Barr.

—En cierto sentido. En los archivos del antepenúltimo virrey, aquel al que usted asesinó de un modo tan eficaz, hay relatos sospechosos sobre bárbaros extranjeros. De hecho, la mano de una de sus hijas se concedió en matrimonio a un príncipe bárbaro.

Encontraré el camino.

Después le tendió una mano al anciano.

—Le agradezco su hospitalidad.

Ducem Barr rozó la mano con los dedos y se inclinó con gesto formal.

—Su visita ha sido un gran honor.

—En cuanto a la información que me ha dado —continuó Bel Riose—, sabré como agradecérsela cuando regrese.

Ducem Barr siguió a su invitado con ademán sumiso hasta la puerta exterior y después se dirigió en voz baja al vehículo terrestre que desaparecía en la distancia.

—Si es que regresa.

Fundación. […] Tras cuarenta años de expansión, la Fundación se enfrentaba a la amenaza de Riose. Los días épicos de Hardin y Mallow habían desaparecido y con ellos un cierto atrevimiento y resolución irrefutables […]

—Enciclopedia Galáctica

2

Los magos

Había cuatro hombres en la habitación y la habitación estaba aislada, nadie podía acercarse. Los cuatro hombres se miraron deprisa y luego miraron durante un buen rato la mesa que los separaba. Había cuatro botellas en la mesa e igual número de vasos llenos, pero nadie los había tocado.

Y entonces, el hombre que más cerca estaba de la puerta estiró un brazo y tamborileó con los dedos un ritmo lento y suave en la mesa.

—¿Van a quedarse ahí sentados, pensando, para siempre? ¿Tanto importa quién habla primero? —dijo.

—Hable usted primero, entonces —dijo el hombre grande que tenía justo enfrente—. Es usted el que tendría que estar más preocupado.

Sennett Forell lanzó una risita, sin ruido y sin muchas ganas tampoco.

—Porque cree que soy el más rico. Bueno… O es que esperan que continúe porque fui yo el que empecé. Supongo que no se les ha olvidado que fue mi flota mercante la que capturó esa nave de reconocimiento.

—Usted era el que tenía la flota más grande —dijo un tercero—, y los mejores pilotos; que es otra forma de decir que es el más rico. Fue un riesgo tremendo y habría sido mayor para uno de nosotros.

Sennett Forell volvió a echarse a reír.

—Tengo cierta facilidad para asumir riesgos, facilidad que heredé de mi padre. Después de todo, el motivo esencial para correr un riesgo es que las ganancias lo justifiquen. En cuanto a eso, solo tienen que ver que la nave enemiga estaba aislada y fue capturada sin pérdidas para nosotros y sin que los otros lo advirtieran.

El hecho de que Forell fuera un pariente lejano y colateral del fallecido y gran Hober Mallow lo reconocía toda la Fundación

abiertamente. Que fuera el hijo ilegítimo de Mallow lo aceptaban en la misma medida, pero sin comentarlo.

El cuarto hombre parpadeó y sus ojitos adquirieron una expresión sigilosa. Las palabras salieron con esfuerzo entre unos labios finos.

—No es como para dormirse en los laureles, eso de ir arrebatando navecitas por ahí. Lo más probable es que haga enfadar a ese joven todavía más.

—¿Cree que necesita motivos? —lo interrogó Forell con desdén.

—Así es y esto podría ahorrarle, o, de hecho, le ahorrará, la molestia de tener que fabricar uno. —El cuarto hombre hablaba con lentitud—. Hober Mallow trabajaba de otro modo. Y Salvor Hardin. Permitían que fueran otros los que tomaran los inciertos caminos de la fuerza mientras ellos maniobraban con pasos seguros y en silencio.

Forell se encogió de hombros.

—La nave ha demostrado merecer la pena. Los motivos son baratos y nosotros le hemos sacado un buen partido a la venta de este. —Se notaba la satisfacción del comerciante nato en esa frase. Después continuó—: El joven procede del viejo Imperio.

—Ya lo sabíamos —dijo el segundo hombre, el grande, con un descontento sordo.

—Ya lo sospechábamos —lo corrigió Forell con suavidad—. Si un hombre llega con naves y riqueza, con propuestas de amistad y ofrecimientos para comerciar, lo más sensato es abstenerse de contrariarle, hasta asegurarnos de que el propósito lucrativo no es una tapadera después de todo. Pero ahora…

Había un leve matiz quejumbroso en la voz del tercer hombre cuando habló.

—Podríamos haber tenido incluso más cuidado. Podríamos haberlo averiguado antes. Podríamos haberlo averiguado antes de permitirle que se fuera. Habría sido muchísimo más inteligente.

—Eso ya lo hemos discutido y descartado —dijo Forell y rechazó el tema con un gesto definitivo y rotundo de la mano.

—El Gobierno es muy blando —se quejó el tercer hombre—. El alcalde es un idiota.

El cuarto hombre miró a los otros tres, uno por uno, y se quitó una colilla de puro de la boca. La dejó caer con gesto

despreocupado en la ranura que tenía a la derecha, por donde desapareció con un destello silencioso que la destruyó.

—Espero que el caballero que ha hablado al final hable solo por costumbre —dijo con tono sarcástico—. Podemos permitirnos recordar aquí que el Gobierno somos nosotros.

Hubo un murmullo de asentimiento.

Los ojitos del cuarto hombre estaban clavados en la mesa.

—Entonces dejemos en paz la política del Gobierno. Ese joven… Ese desconocido podría haber sido un cliente en potencia. Se han dado casos. Los tres intentaron engatusarlo para que firmara un contrato anticipado. Tenemos un acuerdo, un acuerdo entre caballeros, que lo impide, pero ustedes lo intentaron.

—Y usted también —gruñó el segundo hombre.

—Lo sé —dijo el cuarto sin perder la calma.

—Entonces olvidémonos de lo que deberíamos haber hecho antes —lo interrumpió Forell con un deje de impaciencia—, y continuemos con lo que deberíamos hacer ahora. En cualquier caso, ¿y si lo hubiéramos encarcelado o matado, entonces qué? Ni siquiera ahora estamos seguros de sus intenciones y, en el peor de los casos, no podríamos destruir un Imperio segando la vida de un solo hombre. Podría haber armada tras armada esperando justo al otro lado cuando no regresara.

—Exacto —asintió el cuarto hombre—. Bueno, ¿y qué sacó usted de esa nave capturada? Soy demasiado viejo para tanta charla.

—Se lo puedo contar en unas cuantas palabras —dijo Forell con gesto forzado—. Es un general imperial o el rango que corresponda a eso por aquí. Es un hombre joven que ha demostrado su genio en la carrera militar, según me han dicho, y que es un ídolo para sus hombres. Una carrera bastante romántica. La mitad de las historias que cuentan sobre él son sin duda mentira, pero aún así lo convierten en una especie de hombre milagroso.

—¿Y quienes son esos que las cuentan? —quiso saber el segundo hombre.

—La tripulación de la nave capturada. Miren, tengo todas sus declaraciones grabadas en un microfilm que he guardado en un lugar seguro. Más tarde, si quieren, pueden verlas. Pueden hablar con los propios hombres, si piensan que es necesario. Les he contado lo más esencial.

—¿Cómo se lo sacó? ¿Cómo sabe que están diciendo la verdad?

Forell frunció el ceño.

—No fui nada dulce, caballero. Los golpeé, los drogué hasta volverlos locos y utilicé la sonda sin piedad. Y cantaron. Pueden creer lo que dicen.

—En los viejos tiempos —dijo el tercer hombre de repente, por irrelevante que fuera—, habrían utilizado psicología pura y dura. Indolora, sabe, pero muy certera. Sin posibilidad de engaño.

—Bueno, hay muchas cosas que tenían en los viejos tiempos —dijo Forell con sequedad—. Estos son los nuevos.

—Pero —dijo el cuarto—, ¿qué quería hacer aquí, ese general, ese hombre milagroso tan romántico? —Había una insistencia terca, plomiza, en su voz.

Forell le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cree usted que le confía a su tripulación los detalles de la política de Estado? No lo sabían. No había nada que sacarles a ese respecto y que conste que lo intenté, bien sabe la galaxia que lo intenté.

—Lo que nos deja…

—Con que tenemos que sacar nuestras propias conclusiones, es obvio. —Los dedos de Forell volvían a tamborilear en la mesa sin ruido—. El joven es un líder militar del Imperio y, sin embargo, fingió ser un príncipe menor de unas estrellas desperdigadas en una esquina perdida de la Periferia. Eso solo ya nos garantizaría que sus auténticos motivos son tales que no le beneficiaría mucho que nosotros los supiéramos. Si combinamos la naturaleza de su profesión con el hecho de que el Imperio ya subvencionó un ataque contra nosotros en los tiempos de mi padre, las posibilidades no auguran nada bueno. El primer ataque fracasó. Dudo que el Imperio nos tenga mucho cariño después de eso.

—¿No hay nada en sus hallazgos —lo interrogó el cuarto hombre con cautela— que contribuya a darnos alguna seguridad? ¿No está ocultando nada?

Forell respondió con tono sereno.

—No puedo ocultar nada. A partir de ahora no se puede ni plantear la cuestión de la rivalidad empresarial. Nos han obligado a estar unidos.

—¿Patriotismo? —Había un matiz de desprecio en la voz

aflautada del tercer hombre.

—Al diablo el patriotismo —dijo Forell sin alzar la voz—. ¿Cree que doy ni dos soplos de emanación atómica por el futuro Segundo Imperio? ¿Cree que arriesgaría una sola misión comercial para allanarle el camino? Pero ¿acaso piensa que la conquista imperial contribuirá a fomentar sus negocios o a los míos? Si gana el Imperio, habrá más que suficientes cornejas deseando reclamar los despojos de la batalla.

—Y los despojos somos nosotros —añadió el cuarto hombre con sequedad.

El segundo hombre rompió de repente su silencio y cambió de postura su amplio volumen con gesto airado, de tal modo que la silla crujió bajo él.

—Pero para qué hablar de eso. El Imperio no puede ganar, ¿verdad? Está la garantía de Seldon de que al final seremos nosotros los que formaremos el Segundo Imperio. Esto no es más que otra crisis. Ya hemos vivido tres hasta ahora.

—¡Solo otra crisis, sí! —reflexionó Forell—. Pero en el caso de las dos primeras, teníamos a Salvor Hardin para guiarnos, en la tercera estaba Hober Mallow. ¿A quién tenemos ahora?

Miró a los demás con expresión sombría y continuó.

—Las reglas de Seldon de la psicohistoria en las que tanto nos reconforta confiar probablemente tienen como una de las variables contribuyentes una cierta iniciativa normal por parte de las propias personas de la Fundación. Las leyes de Seldon ayudan a aquellos que se ayudan a sí mismos.

—Los tiempos hacen al hombre —dijo el tercer hombre—. Ahí tiene otro refrán.

—No se puede contar con eso, no con una certeza absoluta —gruñó Forell—. Bien, yo lo veo así. Si esta es la cuarta crisis, entonces Seldon la ha predicho. Si lo ha hecho, entonces se puede vencer y debería haber un modo de hacerlo.

»Ahora mismo el Imperio es más fuerte que nosotros, siempre lo ha sido. Pero esta es la primera vez que corremos el riesgo de sufrir un ataque directo, así que esa fuerza se convierte en una amenaza terrible. Entonces, si se puede vencer, debe ser una vez más, y como en todas las crisis pasadas, no por la fuerza, sino con otro método. Debemos encontrar el punto débil del enemigo y atacarlo.

—¿Y cuál es el punto débil? —preguntó el cuarto hombre—. ¿Piensa proponer una teoría?

—No. A eso voy. Nuestros grandes líderes del pasado siempre vieron los puntos débiles de sus enemigos y apuntaron ahí. Pero ahora…

Había impotencia en su voz y, por un momento, ninguno se aventuró a hacer ningún comentario.

Y entonces habló el cuarto hombre.

—Necesitamos espías.

Forell se volvió hacia él con impaciencia.

—¡Exacto! No sé cuándo va a atacar el Imperio. Puede que todavía tengamos tiempo.

—El propio Hober Mallow entró en los dominios imperiales —sugirió el segundo hombre.

Pero Forell negó con la cabeza.

—Nada tan directo. Ninguno de nosotros somos unos jovencitos, precisamente; y todos estamos oxidados con tanto papeleo y tantos detalles administrativos. Necesitamos hombres jóvenes que estén en activo…

—¿Los comerciantes independientes? —preguntó el cuarto hombre.

Y Forell asintió y susurró:

—Si todavía hay tiempo…

3

La mano muerta

Bel Riose interrumpió sus irritadas zancadas para levantar la vista con expresión esperanzada cuando entró su edecán.

—¿Se sabe algo de la *Aspirante a Estrella*?

—Nada. La partida de reconocimiento ha escudriñado el espacio, pero los instrumentos no han detectado nada. El comandante Yume ha informado que la flota está lista para realizar un ataque inmediato como represalia.

El general sacudió la cabeza.

—No, no por una patrullera. Todavía no. Diles que redoblen… ¡Espera! Ya escribo yo el mensaje. Que lo codifiquen y transmitan por haz sellado.

Escribió mientras hablaba y le entregó el papel con un golpe seco al oficial que esperaba a su lado.

—¿Ya ha llegado el siwenés?

—Todavía no.

—Bueno, ocúpate de que lo traigan aquí en cuanto llegue.

El edecán hizo un saludo seco y se fue. Riose reanudó sus paseos de animal enjaulado.

Cuando se abrió la puerta por segunda vez, era Ducem Barr el que se encontraba en el umbral. Poco a poco, tras los pasos del edecán que lo acompañaba, entró en la chillona habitación cuyo techo era un ornamentado modelo estereoscópico de la galaxia y en cuyo centro se encontraba Bel Riose, con uniforme de campaña.

—¡Patricio, buen día! —El general empujó una silla con el pie y despidió al edecán—: Esa puerta debe permanecer cerrada hasta que yo la abra.

Se quedó ante el siwenés con las piernas separadas y una mano sujetándose la otra muñeca a la espalda, equilibrándose con lentitud, con gesto pensativo, sobre los talones. Y luego, con tono duro:

—Patricio, ¿es usted un súbdito leal del Emperador?

Barr, que había mantenido un silencio indiferente hasta entonces, arrugó la frente sin comprometerse.

—No tengo motivos para sentir afecto por el gobierno imperial.

—Que no es en absoluto lo mismo que decir que es usted un traidor.

—Cierto. Pero el mero acto de no ser un traidor tampoco equivale en absoluto a acceder a ayudar de forma activa.

—También cierto en circunstancias ordinarias. Pero negarnos su ayuda en este momento —dijo Riose con intención—, se considerará traición y se tratará como tal.

Las cejas de Barr se juntaron.

—Ahórrese sus puyas verbales para sus subordinados. Una simple declaración de sus necesidades y deseos me servirá.

Riose se sentó y cruzó las piernas.

—Barr, tuvimos una conversación hace medio año.

—¿Sobre esos magos suyos?

—Sí. Recuerda lo que dije que haría.

Barr asintió. Dejaba reposar los brazos inertes en el regazo.

—Iba a visitarlos en sus guaridas y ha estado fuera los últimos cuatro meses. ¿Los ha encontrado?

—¿Encontrarlos? Vaya si los encontré —exclamó Riose. Tenía los labios rígidos al hablar. Parecía requerirle un gran esfuerzo contener el impulso de hacer rechinar los dientes—. Patricio, no son magos, son diablos. Es tan difícil de creer como lejos de aquí está la nebulosa exterior. ¡Puede concebirlo! Es un mundo del tamaño de un pañuelo, de una uña; con unos recursos tan escasos, un poder tan diminuto y una población tan microscópica que jamás bastaría para los mundos más atrasados de las prefecturas más polvorientas de las Estrellas Oscuras. Y aún con todo eso, son un pueblo tan orgulloso y ambicioso que sueñan silenciosa y metódicamente con el gobierno galáctico.

»Es más, están tan seguros de sí mismos que ni siquiera se dan prisa. Se mueven con lentitud, flemáticos; hablan de los siglos que son necesarios. Se tragan mundos a placer; se cuelan de puntillas en los sistemas con una complacencia ociosa.

»Y lo consiguen. No hay nadie que los detenga. Han construido una miserable comunidad comercial que extiende sus tentáculos por

sistemas que están más allá de lo que sus naves de juguete se atreven a alcanzar. Sus comerciantes, que es como se hacen llamar sus agentes, se adentran parsecs enteros.

Ducem Barr interrumpió la airada retahíla.

—¿Qué parte de esa información es segura y qué parte es simple furia?

El soldado contuvo el aliento y se tranquilizó un poco.

—La furia no me ciega. Le estoy diciendo que estuve en mundos que están más cerca de Siwenna que de la Fundación, donde el Imperio era un mito lejano y donde los comerciantes eran verdades hechas y derechas. A nosotros nos confundieron con comerciantes.

—¿Fue la propia Fundación la que le dijo que aspiraban al dominio galáctico?

—¡Decírmelo! —Riose se puso violento otra vez—. No era una cuestión de decírmelo. Los funcionarios no dijeron nada. Hablaron de negocios exclusivamente. Pero yo hablé con hombres normales. Asimilé las ideas de la gente común; su «destino manifiesto», su tranquila aceptación de un gran futuro. Es algo que no se puede ocultar, un optimismo universal que ni siquiera intentan ocultar.

El siwenés lo miró sin ocultar una cierta satisfacción callada.

—Se dará cuenta de que, hasta ahora, al parecer, se confirma con bastante precisión la reconstrucción de acontecimientos que hice a partir de los ínfimos detalles que he reunido sobre el tema.

—Sin duda —respondió Riose con un sarcasmo ofendido— es un tributo a su capacidad de análisis. Y es también un comentario bastante efusivo y presuntuoso sobre el peligro creciente que corren los dominios de su Imperial Majestad.

Barr se encogió de hombros, no le preocupaba y Riose se inclinó de repente hacia delante para sujetar los hombros del anciano y mirarlo a los ojos con una curiosa dulzura.

—Bueno, patricio, déjelo ya —dijo—. No tengo ningún deseo de ser un bárbaro. Por mi parte, el legado de la hostilidad de los siweneses hacia el Imperio es una carga odiosa, una carga que haría todo lo que está en mi poder por borrar. Pero mi competencia es lo militar y me es imposible interferir en asuntos civiles. Provocaría mi destitución y pondría fin de inmediato a mi utilidad. ¿Lo entiende? Sé que lo entiende. Entre usted y yo entonces, que la atrocidad de hace cuarenta años quede liquidada con la venganza que usted se

tomó sobre su autor y quede todo olvidado. Necesito su ayuda. Lo admito con franqueza.

Había todo un mundo de urgencia en la voz del joven, pero Ducem Barr sacudió la cabeza con suavidad, con intención, y se negó.

Riose le suplicó.

—Usted no lo entiende, patricio, y yo dudo de mi habilidad para hacérselo entender. No puedo discutir en su terreno. El erudito es usted, no yo. Pero hay algo que sí le puedo decir. Piense lo que piense del Imperio, tendrá que admitir los grandes servicios que ha prestado. Sus fuerzas armadas han cometido crímenes aislados, pero, en general, han sido una fuerza que ha defendido la paz y la civilización. Fue la armada imperial la que creó la *Pax Imperium* que gobernó toda la galaxia durante dos mil años. Compare los dos milenios de paz bajo el sol y la astronave del Imperio con los dos milenios de anarquía interestelar que los precedió. Piense en las guerras y la devastación de aquel tiempo y dígame si, a pesar de todos sus defectos, no merece la pena proteger el Imperio.

»Piense —continuó el soldado con fuerza— a qué se ha reducido el linde exterior de la galaxia en estos tiempos en los que se ha separado y adquirido independencia y pregúntese si, por una miserable venganza, le gustaría que Siwenna perdiera su posición como provincia bajo la protección de una armada poderosa y quedara reducida a un mundo de bárbaros en una galaxia de bárbaros, todos inmersos en su independencia fragmentaria y en su degradación y miseria común.

—¿Tan mal están las cosas, tan pronto? —murmuró el siwenés.

—No —admitió Riose—. Nosotros estaríamos a salvo, sin duda, aunque nuestra esperanza de vida se cuadruplicara. Pero es por el Imperio por lo que yo lucho; por eso y por una tradición militar que es algo solo para mí y que a usted no le puedo transmitir. Es una tradición militar construida sobre la institución imperial a la que sirvo.

—Se está poniendo místico y a mí siempre me resulta difícil entender el misticismo de otro.

—No importa. Entiende el peligro que representa esta Fundación.

—Fui yo el que señaló lo que usted llama peligro antes de que

usted saliera siquiera de Siwenna.

—Entonces se da cuenta de que debe detenerse en estado embrionario o quizá ya no se pueda. Usted conoce esta Fundación desde antes incluso de que nadie oyera hablar de ella. Sabe más de ella que cualquier otra persona del Imperio. Es probable que sepa cuál podría ser el mejor modo de atacarla y es probable que pueda advertirme de las contramedidas que pueda tomar. Vamos, seamos amigos.

Ducem Barr se levantó y habló con tono rotundo.

—La ayuda que yo pudiera proporcionarle no significa nada. Así que lo liberaré de ella en vista de la enérgica petición que me hace.

—Seré yo el que juzgue lo que significa.

—No, hablo en serio. Ni todo el poder del Imperio sería suficiente para aplastar ese mundo de pigmeos.

—¿Por qué no? —Los ojos de Bel Riose brillaron con fiereza—. No, quédese dónde está. Ya le diré yo cuándo puede irse. ¿Por qué no? Si cree que subestimo a este enemigo que he descubierto, se equivoca. Patricio —el soldado habló de mala gana—, he perdido una nave a mi regreso. No tengo pruebas de que haya caído en manos de la Fundación, pero no se ha localizado desde entonces y si hubiera sido un simple accidente, no cabe duda de que el casco muerto debería haberse encontrado en la ruta que tomamos. No es una pérdida importante, menos de la décima parte de una nimiedad, pero quizá signifique que la Fundación ya ha dado comienzo a las hostilidades. Semejante impaciencia y semejante indiferencia por las consecuencias podría significar la existencia de fuerzas secretas de las que yo no sé nada. ¿Puede ayudarme entonces respondiendo a una pregunta concreta? ¿Cuál es su poder militar?

—No tengo la menor idea.

—Entonces explíquese en sus propios términos. ¿Por qué dice que el Imperio no puede derrotar a este pequeño enemigo?

El siwenés se sentó de nuevo y apartó los ojos de la mirada fija y furiosa de Riose. Después habló con pesar.

—Porque tengo fe en los principios de la psicohistoria. Es una ciencia extraña. Alcanzó la madurez matemática con un hombre, Hari Seldon, y murió con él, ya que desde entonces nadie ha sido capaz de manipular sus complejidades. Pero durante ese corto

periodo de tiempo, demostró ser el instrumento más poderoso jamás inventado para el estudio de la humanidad. Sin fingir que quería predecir la acción de seres humanos concretos, formuló leyes definitivas capaces de realizar análisis matemáticos y extrapolaciones que gobiernan y predicen las acciones globales de los grupos humanos.

—Entonces…

—Fue la psicohistoria lo que Seldon y el grupo con el que él trabajaba aplicaron en todo su poder para el establecimiento de la Fundación. El lugar, el momento y las condiciones, todo conspira de forma matemática y por tanto, inevitable, para lograr el desarrollo del Imperio Universal.

La voz de Riose tembló de indignación.

—¿Quiere decir que el arte de ese hombre predijo que yo atacaría la Fundación y perdería tal y tal batalla, por tal y tal razón? Está intentando decir que soy un robot absurdo que sigue un curso predeterminado que me lleva a la destrucción.

—No —respondió el anciano patricio con aspereza—. Ya he dicho que esa ciencia no tiene nada que ver con las acciones individuales. Es el fondo, mucho más amplio, lo que se ha predicho.

—Entonces nos encontramos atrapados sin remedio en la poderosa mano de la diosa de la Necesidad Histórica.

—De la Necesidad Psicohistórica —le apuntó Barr en voz baja.

—¿Y si ejerzo mi prerrogativa del libre albedrío? ¿Y si decido atacar el año que viene, o no atacar? ¿Hasta qué punto es flexible la diosa? ¿Cuál es su grado de iniciativa?

Barr se encogió de hombros.

—Ataque ahora o no ataque nunca; con una sola nave o con toda la fuerza del Imperio; con una fuerza militar o mediante la presión económica; declare la guerra con franqueza o sométalos a una emboscada traicionera. Haga lo que desee y ejercite al máximo su libre albedrío. Seguirá perdiendo.

—¿Por culpa de la mano muerta de Hari Seldon?

—Por culpa de la mano muerta de las matemáticas del comportamiento humano que no se pueden detener, desviar ni retrasar.

Los dos hombres se miraron sin ver salida alguna, hasta que el general dio un paso atrás y se limitó a decir:

—Acepto el reto. Es una mano muerta contra una voluntad viva.

Cleón II. Comúnmente llamado «El Grande». El último emperador fuerte del Primer Imperio, es importante por el renacimiento político y artístico que tuvo lugar durante su largo reinado. En un ámbito más novelesco, sin embargo, se le conoce mejor por su relación con Bel Riose y para el hombre de la calle, no es más que «el Emperador de Riose». Es importante no permitir que los acontecimientos del último año de su reinado eclipsen cuarenta años de…

—Enciclopedia Galáctica

4

El Emperador

Cleón II era el señor del universo. Cleón II también sufría una enfermedad dolorosa y no diagnosticada. Como suele ocurrir con los extraños giros que dan los asuntos humanos, son dos afirmaciones que no se excluyen mutuamente y que ni siquiera son demasiado incongruentes. En la historia ha habido un número tan grande como fatigoso de precedentes.

Pero a Cleón II no le importaban nada esos precedentes. Porque meditar sobre una larga lista de casos parecidos no mejoraría ni un electrón su sufrimiento personal. Y tampoco lo aliviaba pensar que mientras su bisabuelo no había sido más que el gobernante pirata de un planeta que era como una mota de polvo, él dormía en el palacio de recreo de Ammenetik el Grande, como heredero de un linaje de gobernantes galácticos que se remontaba hasta un pasado casi perdido. En esos momentos no era ningún consuelo para él que los esfuerzos de su padre hubieran limpiado el reino de sus leprosos parches de rebelión y le hubieran devuelto la paz y la unidad que había disfrutado con Stanel VI; y que, como consecuencia, durante los veinticinco años de su reinado, ni una sola nube de revuelta hubiera empañado su radiante gloria.

El Emperador de la Galaxia y Señor de Todos gimoteó al recostar la cabeza sobre el plano de fuerza tonificante que rodeaba sus almohadas. Le brindó una suavidad que no llegaba a tocarlo y, al notar el agradable cosquilleo, Cleón se relajó un poco. Se incorporó con dificultad y se quedó mirando los lejanos muros del gran aposento. Era una mala habitación para estar solo. Era demasiado grande. Todas las habitaciones eran demasiado grandes.

Pero mejor estar solo durante esos ataques que lo dejaban vencido que soportar las lisonjas de los cortesanos, su profusa comprensión, su torpeza suave y condescendiente. Mejor estar solo que ver esas máscaras insípidas detrás de las cuales giraban sin

parar las especulaciones tortuosas sobre las posibilidades de la muerte y el destino de la sucesión.

Aquellos pensamientos lo apuraron. Estaban sus tres hijos; tres varones jóvenes de espaldas erguidas llenos de promesas y virtudes. ¿Por dónde desaparecían los días malos como ese? Esperaban, sin duda. Vigilándose entre sí y todos vigilándole a él.

Se agitó, inquieto. Y encima, Brodrig reclamaba una audiencia. El fiel Brodrig, de humilde cuna; fiel porque todos lo odiaban con un odio unánime y cordial que era el único punto en el que se ponían de acuerdo la docena de camarillas que dividían su corte.

Brodrig, el fiel favorito, que tenía que ser fiel, ya que a menos que tuviera en su poder el deslizador más veloz de la galaxia y se subiera a él el día que muriera el Emperador, se vería en la cámara atómica al día siguiente.

Cleón II rozó el pomo suave que tenía en el brazo de su gran diván y la enorme puerta del extremo de la habitación se disolvió haciéndose transparente.

Brodrig avanzó por la alfombra carmesí y se arrodilló para besar la mano inerte del Emperador.

—¿Y vuestra salud, sire? —preguntó el secretario privado en voz baja y con el toque apropiado de inquietud.

—Sigo vivo —le soltó el Emperador, exasperado—, si es que se puede llamar vida cuando cada canalla capaz de leer un libro de medicina me utiliza como campo virgen y receptivo de sus endebles experimentos. Si existe algún remedio concebible, ya sea químico, físico o atómico, que no se haya probado todavía, no te preocupes que algún docto charlatán de las últimas esquinas del reino llegará mañana para probarlo. Y seguro que otro libro recién descubierto más, o falsificación más bien, se utilizará como si fuera una autoridad.

»Por la memoria de mi padre —bramó el monarca con tono salvaje—, al parecer no existe ni un solo bípedo que pueda estudiar la enfermedad que tiene ante sus narices con sus propios ojos. No hay nadie que sepa tomar el pulso sin un libro de los antiguos ante él. Estoy enfermo y ellos lo llaman “mal desconocido”. ¡Idiotas! Si en el curso de los milenios los cuerpos humanos aprenden nuevos métodos para derrumbarse, los que siguen sin descubrirlos son los estudios de los antiguos y por tanto seguirán siendo incurables para

siempre. Los antiguos deberían estar vivos ahora, o yo entonces.

El Emperador se fue agotando hasta terminar con una maldición, sin aliento, mientras Brodrig esperaba con gesto sumiso.

—¿Cuántos hay esperando fuera? —preguntó Cleón II de mal humor y sacudió la cabeza para señalar la puerta.

—El Gran Salón alberga el número habitual —dijo Brodrig con paciencia.

—Bueno, pues que esperen. Me ocupan los asuntos de Estado. Que el capitán de la guardia lo anuncie. O espera, olvídate de los asuntos de Estado. Que anuncie solo que hoy no doy audiencias y que el capitán de la guardia parezca muy triste. Puede que los chacales que hay entre ellos se traicionen. —El Emperador esbozó una sonrisa desagradable.

—Corre un rumor, sire —dijo Brodrig con tono sereno—. Se dice que es vuestro corazón lo que os incomoda.

La sonrisa del Emperador no se alejó mucho del anterior gesto desdeñoso.

—Les dolerá a otros más que a mí si alguien actúa de forma prematura prestando oídos a ese rumor. Pero qué es lo que quieres. Terminemos de una vez con esto.

Brodrig, que hasta entonces había permanecido de rodillas, se levantó al ver el gesto que se lo permitió y dijo:

—Se refiere al general Bel Riose, el gobernador militar de Siwenna.

—¿Riose? —Cleón II frunció mucho el ceño—. No lo ubico. Espera, ¿es el que envió ese quijotesco mensaje hace unos meses? Sí, ya me acuerdo. Jadeó como un perro para que le diera permiso para emprender una carrera de conquistas a más gloria del Imperio y el Emperador.

—Exacto, sire.

El Emperador lanzó una breve carcajada.

—¿Te imaginabas que me quedaban generales así, Brodrig? Qué atavismo más curioso. ¿Cuál fue la respuesta? Creo que te ocupaste tú.

—Así es, sire. Se le enviaron instrucciones de que enviara más información y que no diera ni un paso que implicara una acción de la armada sin recibir órdenes del Imperio.

—*Hmm*. No está mal, sin riesgos. ¿Quién es el tal Riose? ¿Ha

estado alguna vez en la corte?

Brodrig asintió y la boca se le crispó apenas.

—Empezó su carrera como cadete de la Guardia hace diez años. Tomó parte en ese asunto del Agrupamiento Lemul.

—¿El Agrupamiento Lemul? Sabes, mi memoria ya no es… ¿Fue esa la vez en que un joven soldado salvó dos naves de la línea de una colisión frontal por… eh… lo que fuera? —Agitó la mano con gesto impaciente—. No recuerdo los detalles. Fue algo heroico.

—Riose fue ese soldado. Recibió un ascenso por ello —dijo Brodrig con sequedad— y un nombramiento de campo como capitán de nave.

—Y ahora es gobernador militar de un sistema fronterizo y todavía tan joven. ¡Un hombre muy capaz, Brodrig!

—Peligroso, sire. Vive en el pasado. Sueña con los viejos tiempos o, más bien, con los mitos de lo que eran los viejos tiempos. Este tipo de hombres es inofensivo de por sí, pero su extraña falta de realismo los convierte en necios para otros. —Y añadió—. Sus hombres, según tengo entendido, están por completo bajo su control. Es uno de vuestros generales más populares —dijo el secretario enfatizando la palabra «populares».

—¿Ah, sí? —caviló el Emperador—. Bueno, vamos, Brodrig, no me gustaría que me sirvieran solo incompetentes. Desde luego no se puede decir que den un ejemplo envidiable de fidelidad.

—Un traidor incompetente no representa ningún peligro. Es más bien a los hombres capaces a los que hay que vigilar.

—¿A ti entre ellos, Brodrig? —Cleón II se echó a reír y luego hizo una mueca de dolor—. Bueno, de momento puedes olvidarte del sermón. ¿Qué novedad hay en el asunto de este joven conquistador? Espero que no hayas venido solo para rememorar el pasado.

—Sire, se ha recibido otro mensaje del general Riose.

—¿Ah, sí? ¿Y sobre qué?

—Ha hecho un reconocimiento de las tierras de estos bárbaros y aboga por que se envíe una expedición. Sus argumentos son largos y bastante tediosos. No merece la pena molestar a vuestra Majestad Imperial con ello en estos momentos, cuando se encuentra indispuesto. Sobre todo, cuando se discutirá con detalle durante la sesión del Consejo de los Señores. —El secretario miró de soslayo al

Emperador.

Cleón II frunció el ceño.

—¿Los Señores? ¿Es una cuestión para ellos, Brodrig? Eso significa que volverán a exigir que se haga una interpretación más amplia del Fuero. Siempre se reduce a eso.

—No se puede evitar, sire. Quizá hubiera sido mejor si vuestro augusto padre pudiera haber sofocado la última rebelión sin conceder el Fuero. Pero ya que está aquí, debemos soportarlo de momento.

—Supongo que tienes razón. Que sean los Señores, entonces. ¿Pero a qué viene tanta solemnidad, hombre? Después de todo, es un punto menor. No se puede decir que el éxito en una frontera lejana, y con unas tropas limitadas, sea una cuestión de Estado.

Brodrig esbozó una leve sonrisa y dijo con frialdad:

—Es el asunto de un idiota romántico, pero hasta un idiota romántico puede ser un arma letal cuando lo utiliza un rebelde poco romántico. Sire, ese hombre era popular tanto aquí como allí. Es joven. Si se apodera de uno o dos planetas errantes y bárbaros, se convertirá en un conquistador. Y un conquistador joven que ha demostrado ser capaz de suscitar el entusiasmo de pilotos, mineros, comerciantes y demás chusma es peligroso en cualquier época. Incluso aunque ese hombre careciera del deseo de haceros a vos lo que vuestro augusto padre le hizo al usurpador, Ricker, es posible que uno de nuestros leales Señores del Dominio decida utilizarlo como arma.

Cleón II movió un brazo demasiado rápido y se puso rígido de dolor. Se relajó poco a poco, pero la sonrisa que esbozó era débil y su voz poco más que un susurro.

—Eres un súbdito muy valioso, Brodrig. Siempre sospechas más de lo necesario y no tengo que tomar más que la mitad de las precauciones que sugieres para estar a salvo por completo. Lo someteremos a los Señores. Veremos lo que dicen y tomaremos las medidas correspondientes. Supongo que ese joven no ha hecho todavía ningún movimiento hostil.

—No ha informado de ninguno. Pero ya pide refuerzos.

—¡Refuerzos! —El Emperador entrecerró los ojos, asombrado—. ¿Qué fuerzas tiene?

—Diez astronaves de la línea, sire, con una dotación completa

de naves auxiliares. Dos de las naves están equipadas con motores rescatados de la antigua Gran Flota y una tiene una batería de artillería atómica de la misma fuente. Las otras naves son nuevas, construidas en los últimos cincuenta años pero son prácticas, de todos modos.

—Diez naves me parecerían suficientes para cualquier empresa razonable. De hecho, con menos de diez naves mi padre ganó sus primeras victorias contra el usurpador. ¿Se puede saber quiénes son esos bárbaros a los que se enfrenta?

El secretario privado levantó un par de altaneras cejas.

—Se refiere a ellos llamándolos «la Fundación».

—¿La Fundación? ¿Qué es?

—No hay ningún documento sobre ella, sire. Y he indagado en los archivos con todo cuidado. La zona de la galaxia en la que se ubica está dentro de la antigua provincia de Anacreonte, que hace dos siglos se rindió al bandidaje, la barbarie y la anarquía. Sin embargo, no existe ningún planeta con el nombre de la Fundación en esa provincia. Había una vaga referencia a un grupo de científicos enviados a esa provincia justo antes de que se separara de nuestra protección. Debían preparar una enciclopedia. —El secretario esbozó una débil sonrisa—. Creo que la llamaron la Fundación Enciclopédica.

—Bueno —sugirió el Emperador con expresión sombría—, esa parece una conexión muy tenue para aventurarla.

—No la estoy aventurando, sire. No se volvió a recibir ninguna noticia de esa expedición cuando comenzó a incrementar la anarquía en esa región. Si sus descendientes siguen vivos y conservan el nombre, han regresado a la barbarie, con toda seguridad.

—Así que quiere refuerzos. —El Emperador le lanzó una mirada fiera a su secretario—. Esto es de lo más peculiar; se propone enfrentarse a unos salvajes con diez naves y pide más antes de que se haya dado un solo golpe. Y sin embargo, empiezo a recordar al tal Riose; era un chico muy guapo de una familia leal. Brodrig, hay ciertas complicaciones en esto que no termino de entender. Es posible que sea más importante de lo que parece.

Sus dedos jugueteaban distraídos con la resplandeciente sábana que le cubría las piernas rígidas.

»Necesito un hombre allí fuera —dijo—, un hombre que tenga ojos, cerebro y sea leal. Brodrig…

El secretario inclinó la cabeza con ademán sumiso.

—¿Y las naves, sire?

—¡Todavía no! —El Emperador gimió con suavidad mientras iba cambiando de postura por etapas. Luego señaló con un dedo débil —. No hasta que sepamos más. Convoca al Consejo de los Señores, que se reúna de hoy en ocho días. Será también una buena oportunidad para la nueva asignación. Pienso despachar eso o acabar con unas cuantas vidas.

Apoyó la dolorida cabeza en el cosquilleo balsámico del campo de fuerza de la almohada.

—Y ahora vete, Brodrig, y mándame al médico. Es el peor charlatán de todos.

5

Comienza la guerra

Desde el punto que irradiaba de Siwenna, las fuerzas del Imperio fueron adentrándose con cautela en el terreno desconocido y negro de la Periferia. Naves gigantescas recorrían las inmensas distancias que separaban las estrellas errantes del borde de la galaxia y se iban abriendo paso por el margen exterior de la influencia de la Fundación.

Mundos aislados que llevaban dos siglos inmersos en su nueva barbarie volvieron a sentir una vez más lo que significaba tener a los jefes supremos del Imperio sobre su suelo. Juraron lealtad ante la ciclópea artillería que se desplegaba y cubría sus capitales.

Se dejaron guarniciones; guarniciones de hombres ataviados con el uniforme imperial, con la insignia de la astronave y el Sol en sus hombros. Los ancianos lo advirtieron y recordaron de nuevo las historias olvidadas de los padres de sus abuelos, de aquellos tiempos en los que el universo era grande, rico y pacífico y esa misma astronave y ese mismo Sol lo gobernaban todo.

Luego, las grandes naves continuaron su camino y fueron entretejiendo su línea de avanzadillas por el interior de la Fundación. Y a medida que cada mundo se iba anudando al lugar de la tela que le correspondía, el informe se enviaba a Bel Riose, en el cuartel general que había establecido sobre la aridez rocosa de un planeta errante y sin Sol.

En ese momento, Riose se relajaba y le dedicaba una sonrisa forzada a Ducem Barr.

—Bueno, ¿qué le parece, patricio?

—¿A mí? ¿Qué valor pueden tener mis pensamientos? Yo no soy militar. —El anciano abarcó con una sola mirada cansada y desapacible el atestado desorden de la habitación abierta en la roca que se había tallado en el muro de una cueva de aire, luz y calor artificiales que señalaban la única burbuja de vida en la vastedad de

un mundo inhóspito.

»Para la ayuda que yo podría proporcionarle —murmuró—, o que querría darle, podría devolverme a Siwenna.

—Todavía no. Todavía no. —El general giró en su silla y se volvió hacia la esquina que contenía la enorme esfera brillante y transparente que dibujaba un mapa de la antigua prefectura imperial de Anacreonte y sus sectores vecinos—. Con el tiempo, cuando esto haya terminado, volverá a sus libros y todo lo demás. Me ocuparé de que la hacienda de su familia le sea devuelta a usted y sus hijos para los restos.

—Gracias —dijo Barr con una leve ironía—, pero carezco de la fe que usted tiene en un desenlace feliz para todo esto.

Riose lanzó una carcajada dura.

—No empiece otra vez con sus graznidos proféticos. Este mapa habla más alto que todas sus deplorables teorías. —El general acarició con ternura el perfil curvo e invisible—. ¿Sabe leer un mapa en proyección radial? ¿Sabe? Bueno, pues véalo por sí mismo. Las estrellas doradas representan los territorios imperiales. Las estrellas rojas son las que están sometidas a la Fundación y las rosas son las que con toda probabilidad están dentro de la esfera económica de influencia. Y ahora observe…

La mano de Riose cubrió un pomo redondeado y poco a poco una zona de puntos blancos y duros cambió y se convirtió en un azul cada vez más profundo. Como una copa invertida, se plegaron alrededor del rojo y el rosa.

—Esas estrellas azules han sido tomadas por mis fuerzas —dijo Riose con callada satisfacción—, y siguen avanzando. No ha aparecido ningún tipo de oposición por ninguna parte. Los bárbaros callan. Y es más, las fuerzas de la Fundación no han presentado oposición. Duermen tan tranquilos.

—Extiende mucho sus fuerzas, ¿no? —preguntó Barr.

—De hecho —dijo Riose—, y a pesar de las apariencias, no. Los puntos clave que fortifico y en los que dejo una guarnición son relativamente pocos, pero están escogidos con cuidado. El resultado es que la fuerza consumida es pequeña, pero el resultado estratégico es grande. Son muchas las ventajas, más de lo que le parecería a cualquiera que no haya hecho un estudio cuidadoso de las tácticas espaciales, pero es evidente para cualquiera, por ejemplo, que

puedo lanzar un ataque desde cualquier punto de una esfera cerrada y que cuando haya terminado será imposible que la Fundación ataque un flanco o la retaguardia. No tendré flancos ni retaguardia con respecto a ella.

»No es la primera vez que se intenta esta estrategia de cerco previo; en concreto, se intentó en las campañas de Loris VI, hace unos dos mil años, pero siempre de forma imperfecta; siempre con el conocimiento y el intento de interferencia del enemigo. Esto es diferente.

—¿El caso clásico ideal? —La voz de Barr era lánguida e indiferente. Riose se impacientó.

—¿Todavía cree que mis fuerzas van a fracasar?

—Tienen que hacerlo.

—Supongo que entiende que no ha habido ningún caso en la historia militar en el que se haya completado un cerco y en el que las fuerzas atacantes no hayan terminado por ganar, salvo cuando existe una armada externa con las fuerzas suficientes como para romper ese cerco.

—Si usted lo dice.

—Y todavía se aferra a su fe.

—Sí.

Riose se encogió de hombros.

—Entonces siga.

Barr permitió que el colérico silencio continuara durante un momento y luego preguntó en voz baja:

—¿Ha recibido respuesta del Emperador?

Riose sacó un cigarrillo de un envase de la pared que tenía detrás de la cabeza, se colocó un filtro entre los labios y lo encendió con cuidado.

—¿Se refiere usted a mi solicitud de refuerzos? —dijo—. Llegó, pero eso es todo. Solo la respuesta.

—Sin naves.

—Ninguna. Casi me lo esperaba. Francamente, patricio, para empezar, jamás debería haber dejado que me manipularan sus teorías y me impulsaran a pedirlas. Me pone bajo una luz falsa.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. Las naves están muy solicitadas. Las guerras civiles de los últimos dos siglos han destrozado más de la mitad de

la Gran Flota y lo que queda está en unas condiciones bastante precarias. Sabe que no es como si las naves que construimos en estos tiempos valieran algo. No creo que hoy en día haya un solo hombre en toda la galaxia que sepa construir un motor hiperatómico de primera clase.

—Lo sabía —dijo el siwenés. En sus ojos había una expresión absorta e introspectiva—. No sabía que usted también lo sabía. Así que su Majestad Imperial no puede prescindir de más naves. La psicohistoria podría haberlo predicho; de hecho, es probable que lo hiciese. Yo diría que la mano muerta de Hari Seldon gana la primera ronda.

Riose respondió con brusquedad.

—Tengo naves suficientes con lo que tengo. Su Seldon no gana nada. Si la situación se hiciese más grave, entonces sí que habrá más naves disponibles. De momento, el Emperador no sabe toda la historia.

—¿No? ¿Qué es lo que no le ha contado?

—Es obvio, sus teorías. —La expresión de Riose era sardónica—. La historia es, con todos mis respectos, inherentemente improbable. Si las novedades lo justifican, si los acontecimientos me proporcionan las pruebas, entonces, y solo entonces, presentaría el caso de un peligro mortal.

»Y además —continuó Riose con tono despreocupado—, la historia, sin el respaldo de los hechos, tiene un sabor a lesa majestad que no creo que agradara mucho a su Majestad Imperial.

El anciano patricio sonrió.

—Quiere decir que contarle que existe el riesgo de que se subleven contra su augusto trono una panda de bárbaros andrajosos de los extremos del universo no es una advertencia que deba creerse ni agradecerse. Eso es que no espera nada de él.

—A menos que cuente un emisario especial como algo.

—¿Y por qué un emisario especial?

—Es una vieja costumbre. Un representante directo de la corona está presente en todas las campañas militares que están bajo los auspicios del Gobierno.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Es una forma de proteger el símbolo del liderato imperial personal en todas las campañas. También ha adquirido una función

secundaria, la de asegurarse la fidelidad de los generales. No siempre triunfa en ese aspecto.

—No lo encontrará muy conveniente, general. Me refiero a tener presente a una autoridad externa.

—No lo dudo. —Riose se ruborizó un poco—. Pero no se puede evitar…

El receptor que tenía el general en la mano brilló con una luz cálida y la comunicación cilíndrica entró de golpe en su ranura con una sacudida discreta. Riose la desenrolló.

—¡Bien! ¡Eso es!

Ducem Barr levantó con suavidad una ceja con gesto inquisitivo.

—Sabrá que hemos capturado a uno de esos comerciantes —dijo Riose—. Vivo y con su nave intacta.

—He oído hablar de ello.

—Bueno, pues lo acaban de traer y lo tendremos aquí dentro de un minuto. No se levante, patricio. Lo quiero aquí cuando lo interrogue. Por eso le pedí que viniera hoy. Puede que usted se dé cuenta de puntos importantes que a mí me pasen desapercibidos.

Sonó la señal de la puerta y un toque del pie del general la abrió de par en par. El hombre que aguardaba en el umbral era alto y tenía barba, lucía un abrigo corto de un plástico suave y aspecto de cuero con una capucha echada sobre el cuello. Llevaba las manos libres y si advertía que los hombres que lo rodeaban estaban armados, no se molestaba en demostrarlo.

Entró con paso despreocupado y miró a su alrededor con ojos calculadores. Honró al general con un gesto rudimentario de la mano y medio asentimiento.

—¿Su nombre? —preguntó Riose con tono seco.

—Lathan Devers. —El comerciante enganchó los pulgares en su amplio y estridente cinturón—. ¿Es usted el jefe de esto?

—¿Es usted comerciante de la Fundación?

—Eso es. Mire, si es usted el jefe, será mejor que les diga aquí a sus asalariados que dejen en paz mi cargamento.

El general levantó la cabeza y miró al prisionero con frialdad.

—Responda a las preguntas. No se ponga a dar órdenes.

—Muy bien. Conforme. Pero uno de sus chicos ya se ha abierto un agujero de medio metro en el pecho por meter los dedos donde no debía.

Riose miró entonces al teniente que estaba al mando.

—¿Este hombre está diciendo la verdad? Su informe, Vrank, decía que no se había perdido ninguna vida.

—Y no se perdió, señor. —El teniente hablaba con tono rígido, temeroso—. En ese momento. Más tarde se tomó la medida de registrar la nave dado que había surgido el rumor de que había una mujer a bordo. En lugar de eso, señor, se localizaron muchos instrumentos de naturaleza desconocida, instrumentos que el prisionero afirma que son las mercancías con las que comercia. Uno de ellos destelló al manipularlo y el soldado que lo sostenía murió.

El general se volvió de nuevo hacia el comerciante.

—¿Su nave transporta explosivos atómicos?

—¡Galaxia, no! ¿Para qué? Ese imbécil agarró una perforadora atómica por donde no era y programada a la máxima dispersión. No se puede hacer eso. Para eso apúntate a la cabeza con una pistola de neutrones. Lo habría detenido si no hubiera tenido a cinco hombres sentados encima.

Riose le hizo un gesto al guardia que esperaba.

—Váyase. Que sellen la nave capturada para evitar toda intrusión. Siéntese, Devers.

El comerciante eso hizo, en el punto que le indicaron y soportó, imperturbable, el duro escrutinio del general imperial y la mirada curiosa del patricio siwenés.

—Es usted un hombre sensato, Devers —dijo Riose.

—Gracias. ¿Le impresiona a usted mi cara o es que quiere algo? Pero mire, resulta que soy un buen hombre de negocios.

—Es más o menos lo mismo. Usted rindió la nave cuando podría haber decidido desperdiciar nuestra munición y conseguir que lo convirtiéramos en polvo de electrones. Así podría conseguir que lo tratáramos bien, si continúa teniendo esa clase de actitud ante la vida.

—Que me traten bien es lo que más se me antoja, jefe.

—Bien, y la cooperación es lo que más se me antoja a mí. —Riose sonrió y le dijo en voz baja, en un aparte, a Ducem Barr—: Espero que la palabra «antojar» signifique lo que creo que significa. ¿Había oído alguna vez una jerga tan bárbara?

—Vale. Ya lo pillo —dijo Devers con una sonrisa insulsa—. ¿Pero de qué cooperación está hablando, jefe? Hablando en plata,

no sé de qué va esto. —Miró a su alrededor antes de seguir—. ¿Dónde está esto, por ejemplo, y cuál es la idea?

—Ah, he descuidado la otra mitad de las presentaciones. Le pido disculpas. —Riose estaba de buen humor—. Este caballero es Ducem Barr, patricio del Imperio. Yo soy Bel Riose, par del Imperio y general de tercera clase de las fuerzas armadas de su Majestad Imperial.

Al comerciante se le abrió un poco la mandíbula. Luego dijo:

—¿El Imperio? Es decir, ¿el viejo Imperio del que nos hablaban en la escuela? ¡Hombre, qué gracioso! Siempre pensé que ya no existía.

—Mire a su alrededor. Existe —dijo Riose con tono serio.

—Pero debería haberlo sabido —y Lathan Devers señaló el techo con la barba—. Fue una serie de aparatos de aspecto de lo más pulido los que tomaron mi tina. Ningún reino de la Periferia podría haberlos producido. —Frunció el ceño—. ¿Y de qué va esto, jefe? ¿O tengo que llamarlo general?

—Esto va de la guerra.

—Imperio contra Fundación, ¿es eso?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Creo que ya sabe por qué.

El comerciante se lo quedó mirando con aspereza y negó con la cabeza.

Riose dejó que el otro se lo pensara.

—Estoy seguro de que sabe por qué —dijo luego, en voz baja.

—Aquí dentro hace calor —murmuró Lathan Devers y se levantó para quitarse la chaqueta con capucha. Después volvió a sentarse y estiró las piernas.

»Sabe —dijo con toda naturalidad—, me imagino que está pensando que yo debería levantarme de un salto, gritar y ponerme a repartir mamporros. Puedo atraparlo antes de que pueda moverse si escojo bien el momento y ese viejo que está ahí sentado sin decir nada no podría hacer mucho por detenerme.

—Pero no lo hará —dijo Riose con confianza.

—Pues no —asintió Devers, muy afable—. En primer lugar, con matarlo no evitaría la guerra, supongo. Hay más generales de donde usted viene.

—Un cálculo muy preciso.

—Y además, lo más probable es que me machacasen unos dos segundos después de que acabase con usted y que me mandasen al otro barrio en un momento, o puede que en dos, depende. Pero me matarían y no me gusta contar con eso cuando hago planes. No vale la pena.

—Ya he dicho que era un hombre sensato.

—Pero hay una cosa que me gustaría, jefe. Me gustaría que me dijera a qué se refiere cuando dice que yo sé por qué se nos está echando encima. No lo sé y no sabe cómo me molestan las adivinanzas.

—¿Ah, sí? ¿Ha oído hablar de Hari Seldon?

—No. Ya le he dicho que no me gustan las adivinanzas.

Riose le lanzó una mirada de soslayo a Ducem Barr, que esbozó una sonrisa breve y dulce, y luego recuperó su expresión soñadora.

—No se le ocurra jugar conmigo, Devers —dijo Riose con una mueca—. Hay una tradición, o fábula, o historia pura y dura, me da igual, sobre su Fundación; dice que con el tiempo terminaréis fundando el Segundo Imperio. Conozco una versión bastante detallada de los disparates psicohistóricos de Hari Seldon y lo que al final serán vuestros planes de agresión contra el Imperio.

—¿No me diga? —Devers asintió con expresión pensativa—. ¿Y quién le contó todo eso?

—¿Importa mucho? —dijo Riose con una suavidad peligrosa—. Usted no está aquí para cuestionar nada. Quiero lo que sabe sobre esa fábula de Seldon.

—Pero si es una fábula…

—No haga juegos de palabras, Devers.

—No los hago. De hecho, se lo voy a contar sin más. Usted sabe todo lo que yo sé. No son más que tonterías, sin sentido. Todos los mundos tienen sus cuentos, no se puede escapar de ellos. Sí que he oído hablar de eso, de Seldon, el Segundo Imperio y demás. A los niños les cuentan esas cosas por las noches para que se duerman. Los pequeñajos se acurrucan en los cuartos de invitados con sus proyectores de bolsillo y se chupan los cuentos de suspense de Seldon. Pero no es para adultos. Para adultos inteligentes no, por lo menos. —El comerciante sacudió la cabeza.

Los ojos del general imperial se habían oscurecido.

—¿De veras lo cree? Está desperdiciando sus mentiras, hombre. He estado en ese planeta, Términus. Conozco su Fundación. La he mirado a la cara.

—¿Y me pregunta a mí? A mí, que no he puesto los pies allí dos meses seguidos en diez años. Es usted el que está perdiendo el tiempo. Pero adelante, siga con su guerra, si son fábulas lo que busca.

Y fue entonces cuando Barr habló por primera vez, con suavidad.

—¿Así que entonces confía en que la Fundación va a ganar?

El comerciante se volvió. Se ruborizó un poco y una vieja cicatriz que tenía en la sien destacó más blanca sobre la piel.

—Ah… El compañero silencioso. ¿Y de dónde saca eso con lo que he dicho, eh, amigo?

Riose le hizo un gesto apenas perceptible a Barr y el siwenés continuó sin alzar la voz.

—Porque la idea le molestaría si pensara que su mundo podría perder esta guerra y sufrir la amarga siega de la derrota, lo sé. Mi mundo perdió en cierta ocasión y todavía sigue sufriendo.

Lathan se manoseó la barba, miró a sus oponentes, uno por uno y luego se echó a reír por un momento.

—¿Este siempre habla así, jefe? Escuche. —El comerciante se puso serio—. ¿Qué es la derrota? He visto guerras y he visto derrotas. ¿Y qué si el ganador toma los mandos? ¿A quién le importa? ¿A mí? ¿A tíos como yo? —Sacudió la cabeza con desdén.

»A ver si entienden esto. —El comerciante hablaba con tono enérgico e impaciente—. Son cinco o seis tipos gordos y vagos los que suelen dirigir un planeta normal. Son ellos los que se llevan la paliza, pero yo no pienso perder la tranquilidad por ellos. Entienden. ¿La gente? ¿Los tíos normales y corrientes? Pues sí, a algunos los matan y el resto paga más impuestos durante un tiempo. Pero luego todo se tranquiliza, las cosas se calman solas. Y luego vuelve lo de siempre, solo que con cinco o seis tipos diferentes.

Las aletas de la nariz de Ducem Barr se dispararon y los tendones de su anciana mano derecha dieron una sacudida, pero no dijo nada.

Lathan Devers tenía los ojos clavados en él. Sin perderse nada. Y

continuó.

—Miren. Me paso la vida en el espacio por mis cacharros de medio pavo y la mordida de cerveza y galletas saladas de los asociados, que son los tíos gordos de ahí atrás. —Sacudió el pulgar por encima del hombro y señaló a su espalda—. Esos se quedan en sus casitas y se embolsan cada minuto lo que yo gano en un año, gracias a lo que me esquilman a mí y a otros como yo. Supongamos que es usted el que dirige la Fundación. Sigue necesitándonos. Nos va necesitar más incluso que los asociados porque usted no sabría de qué va esto y nosotros podríamos traer pasta. Nos iría mejor con el Imperio. Sí, señor, y yo soy un hombre de negocios. Si con esto se gana más, yo me apunto.

Y se quedó mirando a los otros dos con una expresión irónica y beligerante.

Nada rompió el silencio durante varios minutos y luego, con un pequeño estrépito, entró en su ranura un cilindro. El general lo abrió de un golpe, le echó un vistazo al pulcro texto y conectó las imágenes con una barrida de la mano.

—Prepare plan, indicando posición de cada nave en acción. Espere órdenes sobre una maniobra defensiva general.

El general echó mano de su capa y se la abrochó alrededor de los hombros, luego le susurró algo a Barr sin mover los labios y sin alterarse.

—Le dejo este hombre a usted. Y espero resultados. Esto es una guerra y puedo ser muy cruel con los fracasos. ¡Recuérdelo! —Y se fue después de dedicarles un saludo militar a los dos.

Lathan Devers lo observó marcharse.

—Bueno, algo le ha dado donde más le duele. ¿Qué pasa?

—Una batalla, es obvio —dijo Barr con brusquedad—. Las fuerzas de la Fundación se están presentando a su primera batalla. Será mejor que venga conmigo.

Había soldados armados en la habitación. Su porte era respetuoso y sus rostros, duros. Devers siguió al anciano y orgulloso patriarca siwenés fuera de la habitación.

La habitación a la que los llevaron era más pequeña y tenía menos muebles. Contenía dos camas, una visipantalla, ducha y aseo. Los soldados salieron con paso marcial y la gruesa puerta se cerró con un estruendo hueco.

—*¿Hmm?* —Devers se quedó mirando a su alrededor con gesto de desaprobación—. Esto parece permanente.

—Lo es —dijo Barr con aspereza. El anciano siwenés le dio la espalda.

—¿De qué va usted, amigo? —dijo el comerciante con tono irritado.

—Yo no voy de nada. Está usted bajo mi responsabilidad, eso es todo.

El comerciante se levantó y avanzó. Su notable volumen se elevó sobre el inmóvil patricio.

—¿Ah, sí? Pero usted está en esta celda conmigo y cuando lo trajeron aquí, las armas estaban apuntadas hacia usted igual que hacia mí. Escuche, a usted le hirvió la sangre cuando oyó mis ideas sobre la guerra y la paz.

El comerciante esperó en vano.

—Muy bien, déjeme hacerle una pregunta. Dijo que a su país le pegaron una buena paliza. ¿Quién? ¿Pueblos del cometa de la nebulosa exterior?

Barr levantó la cabeza.

—El Imperio.

—¿No me diga? ¿Entonces qué está haciendo usted aquí?

Barr mantuvo un silencio bastante elocuente.

El comerciante sacó el labio inferior y asintió poco a poco. Se sacó el brazalete de eslabones planos que le rodeaba la muñeca derecha y se lo tendió al otro.

—¿Qué le parece esto? —Devers lucía su compañero en la izquierda.

El siwenés cogió el adorno. Respondió sin prisas al gesto del comerciante y se lo puso. El extraño cosquilleo de la muñeca se desvaneció pronto.

La voz de Devers cambió de inmediato.

—Muy bien, amigo, ya lo tiene. Hable sin preocuparse demasiado. Si tienen la habitación pinchada, no se enterarán de nada. Lo que tiene ahí es un distorsionador de campo, un auténtico diseño Mallow. Se vende por veinticinco créditos en cualquier mundo, desde aquí al borde exterior. Se lo dejo gratis. No mueva los labios cuando hable y tómeselo con calma. Tiene que cogerle el truco.

Ducem Barr se sintió de repente muy cansado. Los penetrantes ojos del comerciante eran luminosos y alentadores. El patricio no creía estar a la altura de lo que le pedía aquella mirada.

—¿Qué quiere? —dijo Barr. Las palabras se deslizaron mal articuladas entre unos labios inmóviles.

—Ya se lo he dicho. Mueve la boca y habla como lo que nosotros llamamos patriota. Pero a su mundo se lo ha cargado el Imperio y aquí está, jugando a las canicas con el general rubito del Imperio. Eso no tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Yo ya he hecho mi parte —respondió Barr—. Uno de los conquistadores, un virrey imperial, está muerto gracias a mí.

—¿Es eso cierto? ¿Hace poco?

—Hace cuarenta años.

—¡Hace… cuarenta… años! —Las palabras parecían significar algo para el comerciante, que frunció el ceño—. Eso es mucho tiempo para vivir de recuerdos. ¿Y ese jovenzuelo con uniforme de general lo sabe?

Barr asintió.

Los ojos de Devers se oscurecieron y adquirieron una expresión pensativa.

—¿Quiere que gane el Imperio?

Y fue entonces cuando el anciano patricio siwenés estalló en un repentino ataque de furia.

—¡Que el Imperio y todas sus obras perezcan en una catástrofe universal! Toda Siwenna reza por eso a diario. En otro tiempo tuve hermanos, una hermana, un padre. Pero ahora tengo hijos, nietos. El general sabe dónde encontrarlos.

Devers esperó.

Barr continuó con un susurro.

—Pero eso no me detendría si los resultados posibles compensaran el riesgo. Sabrían cómo morir.

El comerciante habló con suavidad.

—Así que mató a un virrey en cierta ocasión, ¿eh? Sabe, me suenan unas cuantas cosas. Una vez tuvimos un alcalde, Hober Mallow se llamaba. Visitó Siwenna, ese es su mundo, ¿no? Conoció a un hombre llamado Barr.

Ducem Barr se lo quedó mirando un momento con expresión suspicaz.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo que saben todos los comerciantes de la Fundación. Usted podría ser un viejecito muy listo al que han puesto aquí para ganarse mi confianza. Como no, lo apuntan con las armas, usted odia al Imperio y está deseando que lo destrocen. Entonces yo me desvivo con usted, se lo cuento todo y el general encantado. Pues eso no va a pasar, amigo.

»Pero, de todos modos, me gustaría ver cómo demuestra que es el hijo de Onum Barr, de Siwenna, el sexto y más joven, el que escapó de la masacre.

La mano de Ducem Barr temblaba cuando abrió la caja de metal plana que tenía en un hueco de la pared. El objeto de metal que sacó tintineó un poco cuando lo puso en las manos del comerciante.

—Mire eso —dijo.

Devers se lo quedó mirando. Se acercó el hinchado eslabón central de la cadena a los ojos y maldijo por lo bajo.

—O ese es el monograma de Mallow o yo soy un novato deslumbrado por el espacio; y el diseño tiene cincuenta años como mínimo.

Levantó la cabeza y sonrió.

»Choque esos cinco, amigo. Un escudo atómico individual es toda la prueba que necesito. —Y le tendió su gran mano al anciano.

6

El favorito

Las naves eran diminutas y habían salido de las profundidades vacías para entrar disparadas en medio de la armada. Sin un solo disparo ni estallido de energía, se abrieron paso por la zona repleta de naves, luego lanzaron una ráfaga y salieron a toda velocidad mientras los aparatos imperiales giraban tras ellos como bestias torpes. Hubo dos llamaradas silenciosas que puntearon el espacio cuando dos de los diminutos mosquitos se marchitaron en una desintegración atómica y el resto desapareció.

Las grandes naves iniciaron la búsqueda y luego regresaron a su tarea original y, mundo tras mundo, la gran telaraña del cerco continuó.

El uniforme de Brodrig era imponente; hecho a medida con todo cuidado y lucido con igual esmero. Su paseo por los jardines del recóndito planeta Wanda, convertido en cuartel general temporal del Imperio, era relajado, su expresión, sombría.

Bel Riose caminaba con él, con el cuello del uniforme de campaña abierto, y oscuro en su monótono color negro grisáceo.

Riose señaló el banco negro y liso que había bajo el fragante helecho cuyas largas hojas con forma de espátula se elevaban planas hacia el Sol blanco.

—Vea eso, señor. Es una reliquia del Imperio. Los bancos ornamentados, construidos para los amantes, permanecen, relucientes y útiles, mientras las fábricas y los palacios se derrumban convertidos en ruinas que nadie recuerda.

El general se sentó mientras el secretario privado de Cleón II permanecía erguido frente a él y cortaba con habilidad las hojas que tenía encima con los movimientos precisos de su bastón de marfil.

Riose cruzó las piernas y le ofreció al otro un cigarrillo. Después jugueteó con uno mientras hablaba.

—Es lo que se esperaría de la sabiduría ilustrada de su Majestad Imperial, que enviara a un observador tan competente como usted. Alivia cualquier preocupación que yo pudiera tener, que la presión de asuntos más importantes e inmediatos pudiera quizá relegar a las sombras una pequeña campaña librada en la Periferia.

—Los ojos del Emperador están en todas partes —dijo Brodrig mecánicamente—. No subestimamos la importancia de la campaña; sin embargo, podría dar la sensación de que se está dando demasiado énfasis a su dificultad. Estoy seguro de que sus pequeñas naves no son una barrera tan grande como para que tengamos que realizar la intrincada maniobra preliminar de un cerco.

Riose se ruborizó, pero mantuvo la compostura.

—No puedo arriesgar las vidas de mis hombres, que ya son muy pocos, ni arriesgarme a que se destruyan mis naves, que son irremplazables, con un ataque demasiado precipitado. El establecimiento de un cerco reducirá mis bajas de un modo notable en el ataque definitivo, por difícil que este pueda ser. Las razones militares que lo motivan me tomé la libertad de explicarlas ayer.

—Bueno, bueno, yo no soy militar. En este caso, usted me asegura que lo que parece tan patente y obvio, en realidad no lo es. Lo admitiremos. Pero su cautela se extiende mucho más allá. En su segunda comunicación, usted solicitó refuerzos. Refuerzos contra un enemigo pobre, pequeño y bárbaro con quien no había librado ni una escaramuza hasta ese momento. El deseo de contar con más fuerzas en esas circunstancias casi indicaría una incapacidad, o algo peor si su anterior trayectoria no hubiera dado pruebas suficientes de su audacia e imaginación.

—Se lo agradezco —dijo el general con tono frío—, pero me gustaría recordarle que hay ciertas diferencias entre audacia y ceguera. Hay sitio para hacer una apuesta tajante cuando se conoce al enemigo y se pueden calcular los riesgos, al menos de un modo aproximado; pero moverse contra un enemigo desconocido, y recalco que es desconocido, es de una audacia desmedida. Por la misma razón podría preguntar por qué el mismo hombre que recorre de día a toda velocidad y sin problemas una pista de obstáculos, tropieza con los muebles de su habitación por la noche.

Brodrig desechó las palabras del otro con un ingenioso chasquido de los dedos.

—Dramático, pero no satisfactorio. Usted mismo ha estado en ese mundo bárbaro. Tiene, además, a ese prisionero enemigo que tanto mima, ese tal comerciante. Entre usted y el prisionero, no se puede decir que vayan a ciegas.

—¿No? Le ruego que recuerde que un mundo que se ha desarrollado aislado durante dos siglos no se puede interpretar en una visita de un mes, no hasta el punto de poder realizar un ataque inteligente. Soy soldado, no el héroe del hoyuelo en la barbilla y el pecho cuadrado de una película de suspense tridimensional subetérea. Y un único prisionero, que encima es un miembro poco conocido de un grupo económico que no tiene relación directa con el mundo enemigo, un prisionero así no puede entregarme todos los secretos internos de la estrategia enemiga.

—¿Lo ha interrogado?

—Así es.

—¿Y bien?

—Ha sido útil, pero no vital. Su nave es diminuta, carece de importancia. Vende unos juguetitos que son, si acaso, divertidos. Tengo unos cuantos de los más ingeniosos que pienso enviar al Emperador como curiosidades. Como es natural, hay muchas cosas de la nave y su funcionamiento que yo no entiendo, pero claro, yo no soy técnico.

—Pero tiene entre los suyos personas que lo son —señaló Brodrig.

—También soy consciente de eso —respondió el general con un tono un tanto cáustico—. Pero esos idiotas todavía tienen mucho que aprender antes de que puedan satisfacer mis necesidades. Ya he mandado llamar a hombres inteligentes que puedan entender el funcionamiento de los extraños circuitos atómicos de campo que contiene la nave. Y no he recibido respuesta.

—No se puede prescindir de hombres de ese tipo, general. Seguro que en su inmensa provincia hay un hombre que entienda de circuitos atómicos.

—Si hubiera alguno, ya lo tendría arreglando los motores medio cojos e inválidos que impulsan dos de las naves de mi pequeña flota. Dos naves de mis exiguas diez que no pueden librar una batalla importante por falta de suministro suficiente de energía. Una quinta parte de mi fuerza condenada a una actividad carroñera,

a consolidar las posiciones, a quedarse detrás de las líneas.

Los dedos del secretario aletearon con impaciencia.

—En ese sentido, su posición no es única, general. El Emperador tiene problemas parecidos.

El general tiró el cigarrillo triturado que no había llegado a encender, encendió otro y se encogió de hombros.

—Bueno, eso no viene al caso ahora mismo, esa falta de técnicos de primera clase. Salvo que quizá hubiera hecho más progresos con mi prisionero si mi sonda psíquica funcionara.

El secretario alzó las cejas.

—¿Tiene una sonda?

—Una antigua. Una bastante anticuada que me falla justo cuando más la necesito. La conecté cuando el prisionero dormía y no recibió nada. Ya ve de qué vale la sonda. La he probado con mis propios hombres y la reacción es la correcta pero, una vez más, no hay ni uno solo entre mi equipo de técnicos que pueda decirme por qué falla con el prisionero. Ducem Barr, que es un teórico con muchas facetas, aunque no es mecánico, dice que la estructura psíquica del prisionero quizá no se vea afectada por la sonda ya que desde la niñez ha estado sometido a entornos extraños y a estímulos neuronales. No lo sé. Pero puede que todavía me resulte útil. Lo conservo con esa esperanza.

Brodrig se apoyó en su bastón.

—Veré si hay algún especialista disponible en la capital. Entre tanto, ¿qué hay de ese otro hombre que acaba de mencionar, ese siwenés? Se congracia usted con demasiados enemigos.

—Ese hombre conoce al enemigo. A él también lo mantengo para futuras referencias y la ayuda que me pueda prestar.

—Pero es siwenés e hijo de un rebelde proscrito.

—Es viejo y carece de fuerzas, y su familia nos sirve de rehén.

—Ya veo. Sin embargo, creo que debería hablar yo mismo con ese tal comerciante.

—Desde luego.

—A solas —añadió el secretario con acento frío para dejar las cosas claras.

—Desde luego —repitió Riose con una sonrisa insulsa—. Como súbdito leal del Emperador, acepto a su representante personal como mi superior. Sin embargo, dado que el comerciante está en la

base permanente, tendrá usted que abandonar el frente en un momento muy interesante.

—¿Sí? ¿Interesante en qué sentido?

—Interesante porque hoy el cerco se ha completado. Interesante porque antes de una semana, la Vigésima Flota de la Frontera se adentrará rumbo al corazón de la resistencia. —Riose sonrió y dio la vuelta.

Brodrig se sintió ofendido, aunque de una forma vaga.

7

El soborno

El sargento Mori Luk era el soldado de base ideal. Procedía de los enormes planetas agrícolas de las Pléyades, dónde solo el ejército podía romper las cadenas que los unían al suelo y a la vida fútil del trabajo pesado; y era un producto típico de ese entorno. Lo bastante poco imaginativo como para enfrentarse al peligro sin miedo, pero lo bastante fuerte y ágil como para enfrentarse a él con éxito. Aceptaba las órdenes al instante, era inflexible con los hombres que tenía a su mando y adoraba a su general sin reservas.

Y sin embargo, a pesar de todo eso, era un hombre de naturaleza risueña. Si mataba a un hombre en el cumplimiento de su deber, lo hacía sin una sola duda, pero también lo hacía sin el menor rencor.

El hecho de que el sargento Luk hiciera una seña ante la puerta antes de entrar, era otra indicación de tacto, ya que habría tenido todo el derecho del mundo a entrar sin hacer señal alguna.

Los dos del interior levantaron la vista de su colación vespertina y uno estiró el pie para desconectar la voz cascada que parloteaba por el abollado transmisor de bolsillo con una vivacidad luminosa.

—¿Más libros? —preguntó Lathan Devers.

El sargento le tendió el apretado cilindro de película y se rascó el cuello.

—Pertenece al ingeniero Orre pero habrá que devolvérselo. Se lo va a enviar a sus críos, ya sabe, algo así como una especie de recuerdo, ya sabe.

Ducem Barr cogió el cilindro y lo hizo girar con interés.

—¿Y dónde lo consiguió el ingeniero? No tendrá también un transmisor, ¿verdad?

El sargento negó con la cabeza con ademán enfático. Después señaló el resto maltratado que descansaba a los pies de la cama.

—Ese es el único que hay por aquí. El tipo este, Orre, bueno, consiguió ese libro en una de esas pocilgas de mundo que

capturamos aquí fuera. Lo tenían en un edificio grande, él solo, y tuvo que matar a unos cuantos de los nativos que intentaron impedirle que lo cogiera.

El soldado miró el objeto con expresión apreciativa.

—Es un buen recuerdo, para los críos.

Hizo una pausa y después continuó con aire sigiloso.

—Hay grandes noticias en el aire, por cierto. No son más que chismes, pero aún así, es demasiado bueno para guardárselo. El general lo ha vuelto a hacer. —Y asintió poco a poco, con gesto serio.

—¿No me diga? —dijo Devers—. ¿Y qué ha hecho?

—Solo ha terminado el cerco, nada más. —El sargento lanzó una risita, como un padre orgulloso—. ¿A que es un hacha, el tipo este? ¿No lo ha hecho bien? Uno de los tíos, al que se le da de fábula hablar bien, dice que fue un proceso tan suave y fluido como la música de las esferas, sea lo que sea eso.

—¿Y ahora empieza la gran ofensiva? —preguntó Barr con tono ligero.

—Eso espero —fue la bravucona respuesta—. Quiero regresar a mi nave ahora que vuelvo a tener el brazo de una pieza. Estoy harto de quedarme sentado, sin poder moverme del imbornal.

—Yo también —murmuró Devers de repente con tono salvaje, mordisqueándose el labio inferior.

El sargento lo miró, no muy convencido.

—Será mejor que me vaya —dijo—. El capitán va empezar su ronda y preferiría que no me pillara aquí dentro.

Después hizo una pausa ante la puerta.

—Por cierto, señor —le dijo al comerciante con una expresión algo tímida e incómoda de repente—. He tenido noticias de mi mujer. Dice que ese pequeño congelador que me dio para que se lo enviara funciona muy bien. No le cuesta nada y mantiene congelado casi todo el suministro de comida de un mes. Se lo agradezco.

—No pasa nada. Olvídelo.

La gran puerta se movió sin ruido y se cerró detrás del sonriente sargento.

Ducem Barr se levantó de su sillón.

—Bueno, no nos compensa nada mal por ese congelador. Echémosle un vistazo a este nuevo libro. Vaya, el título ha

desaparecido.

Desenrolló más o menos un metro de película y la miró a la luz.

—Bueno, que me ensarten por el imbornal, como dice el sargento —murmuró el patricio—. Esto es *El Jardín de Summa*, Devers.

—¿No me diga? —dijo el comerciante sin mucho interés. Apartó de un golpe la cena que le quedaba—. Siéntese, Barr. A mí no me sirve de nada escuchar toda esa literatura de los viejos tiempos. ¿Ha oído lo que dijo el sargento?

—Sí, lo oí. ¿Y qué?

—Va a empezar la ofensiva. ¡Y nosotros aquí sentados!

—¿Dónde quiere sentarse?

—Ya sabe a lo que me refiero. Esperar no sirve de nada.

—¿Ah, no? —Barr estaba quitando con cuidado la otra película del transmisor para instalar la nueva—. Durante el último mes usted me ha contado muchas cosas sobre la historia de la Fundación y da la sensación de que los grandes líderes de las últimas crisis no hicieron mucho más que sentarse… y esperar.

—Ah, Barr, pero es que ellos sabían a dónde iban.

—¿Lo sabían? Supongo que dijeron que lo sabían cuando todo terminó y que yo sepa, quizá lo supieran. Pero no hay pruebas de que las cosas no hubieran salido igual de bien, o mejor, si no hubieran sabido a dónde iban. Las fuerzas económicas y sociológicas más profundas no están dirigidas por hombres concretos.

Devers esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Tampoco hay forma de decir que las cosas no habrían salido peor. Está usted discutiendo, pero empieza por el final. —En sus ojos había una expresión melancólica—. Sabe, ¿y si lo reviento?

—¿A quién? ¿A Riose?

—Sí.

Barr suspiró. Sus ancianos ojos se inquietaron con un reflejo de un pasado muy lejano.

—El asesinato no es la salida, Devers. Yo lo probé una vez, tras una provocación, cuando tenía veinte años, pero no resolvió nada. Eliminé de Siwenna a un villano, pero no el yugo imperial, y era el yugo imperial, y no el villano, lo que importaba.

—Pero Riose no es un simple villano, amigo. Es todo el puñetero

ejército. Sin él, se derrumbaría. Se aferran a él como niños de pecho. Ese sargento de ahí fuera babea cada vez que lo menciona.

—Aun así. Hay otros ejércitos y otros líderes. Debe profundizar más. Está el tal Brodrig, por ejemplo, el Emperador no escucha a nadie como a él. Ese podría exigir cientos de naves, mientras que Riose tiene que partirse los cuernos con diez. He oído algunas cosas sobre él.

—¿Sí? ¿Y qué sabe? —Los ojos del comerciante perdieron en frustración lo que ganaron en interés.

—¿Quiere un esbozo rápido? Es un granuja de cuna humilde que se ha apoderado de los caprichos del Emperador por medio de lisonjas infalibles. Lo odia toda la aristocracia de la corte, sabandijas ellos también, porque no tiene ni linaje ni humildad. Es el asesor del Emperador para todo y el instrumento del Emperador en todo lo peor. Es desleal por elección, pero fiel por necesidad. No hay ni un solo hombre en todo el Imperio que sea tan sutil en su villanía ni tan rudimentario en sus placeres. Y dicen que no hay forma de conseguir el favor del Emperador si no es a través de él, y que no hay forma de conseguir el suyo si no es a través de la infamia.

—¡Uau! —Devers se tiró con gesto pensativo de la barba bien recortada—. Y es el personaje al que el Emperador ha enviado aquí fuera para echarle un ojo a Riose. ¿Sabe que tengo una idea?

—Ahora sí.

—¿Supongamos que a ese tal Brodrig empieza a desagradarle nuestro joven prodigio del ejército?

—Lo más probable es que ya le desagrade. No es famoso por su capacidad para llevarse bien con la gente.

—Supongamos que el desagrado se haga muy fuerte. El Emperador podría llegar a enterarse y Riose podría meterse en un lío.

—Ajá. Muy probable. ¿Pero cómo se propone conseguir que ocurra eso?

—No lo sé. ¿Supongo que se le podría sobornar?

El patricio se echó a reír con suavidad.

—Sí, en cierto modo, pero no de la misma forma que sobornó al sargento, no con un congelador de bolsillo. E incluso si llegara usted a su nivel, no merecería la pena. Creo que no hay nadie al que se le

soborne con más facilidad, pero ese hombre carece hasta de la honestidad fundamental para ser un corrupto honorable. No se mantiene fiel al soborno, por ninguna suma. Piense en otra cosa.

Devers apoyó una pierna en la rodilla y los dedos de sus pies asintieron rápidos e inquietos.

—Pero es la primera insinuación…

Se detuvo; la señal de la puerta destellaba una vez más y el sargento se encontraba de nuevo en el umbral. Estaba nervioso y su amplio rostro estaba rojo y muy serio.

—Señor —empezó en un nervioso intento de mostrarse respetuoso—, le agradezco mucho el congelador y ustedes siempre me han hablado muy bien, aunque yo solo soy el hijo de un granjero y ustedes grandes señores.

Se le había marcado todavía más el acento de las Pléyades, casi demasiado como para comprenderlo con facilidad y con los nervios, su pesada crianza campesina había borrado por completo el porte marcial que había cultivado durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo.

—¿Qué ocurre, sargento? —dijo Barr sin alzar la voz.

—Lord Brodrig va a venir a verlos. ¡Mañana! Lo sé porque el capitán me ha dicho que tenga a mis hombres listos para pasar revista mañana para… para él. Pensé que… podía avisarlos.

—Gracias sargento —dijo Barr—, se lo agradecemos. Pero no pasa nada, hombre; no hace falta…

Pero la expresión del sargento Luk era inconfundible, aquel hombre tenía miedo y habló con un susurro tosco.

—Usted no sabe las historias que cuentan los hombres de él. Se ha vendido al diablo del espacio. No, no se ría. Se cuentan de él historias terribles. Dicen que tiene hombres con desintegradores que lo siguen a todas partes y cuando quiere darse un gusto, les ordena que revienten a cualquiera que vean, sin más. Y lo hacen, y él se ríe. Dicen que hasta el Emperador le tiene miedo y que es el que obliga al Emperador a subir los impuestos y no le permite escuchar las quejas del pueblo.

»Y odia al general, eso es lo que dicen. Dicen que le gustaría matar al general, porque el general es un hombre estupendo y muy sabio. Pero no puede porque nuestro general está a la altura de cualquiera y sabe que lord Brodrig no es de fiar.

El sargento parpadeó y después sonrió con una timidez repentina e incongruente al advertir su propio estallido, entonces se dirigió a la puerta y asintió con una sacudida de la cabeza.

—No se olviden de lo que les digo. Vigílenlo.

Después salió a toda prisa, agachando la cabeza.

Y Devers levantó la cabeza con una expresión dura en los ojos.

—Eso lleva el juego a nuestro campo, ¿no, amigo?

—Depende —dijo Barr con sequedad—, depende de Brodrig ¿no?

Pero Devers estaba pensando, no escuchando.

Estaba pensando muy bien las cosas.

Lord Brodrig agachó la cabeza cuando entró en el estrecho habitáculo de la nave mercante, sus dos guardias armados se apresuraron a seguirlo con las armas desenfundadas y el ceño pronunciado y profesional de los mercenarios.

Lo cierto era que el secretario privado no se parecía demasiado a un alma perdida en esos instantes. Si el diablo del espacio lo había comprado, no había dejado ninguna marca visible de posesión. Más bien se podría haber considerado a Brodrig un soplo de moda cortesana llegado para dar vida a la fealdad desnuda y dura de una base del ejército.

Las líneas rígidas y ceñidas de su lustroso e inmaculado traje creaban una ilusión de altura, desde cuya cima sus ojos fríos e impasibles se quedaban mirando por el declive de su larga nariz y descendían hacia el comerciante. Los encajes de madreperla que llevaba en las muñecas aletearon vaporosos cuando apoyó el bastón de marfil en el suelo y se inclinó sobre él con gesto remilgado.

—No —dijo con un pequeño gesto—, usted se queda aquí. Olvídese de sus juguetes; no me interesan.

Adelantó una silla, le quitó el polvo con cuidado con el cuadrado iridiscente de tela que llevaba sujeto al bastón blanco y se sentó. Devers le echó un vistazo a la compañera de aquella silla pero Brodrig le dijo con acento perezoso:

—Permanecerá de pie en presencia de un par del reino.

Después sonrió.

Devers se encogió de hombros.

—Si no le interesa mi mercancía, ¿para qué estoy aquí?

El secretario privado esperó con gesto frío y Devers añadió un

lento «señor».

—Para estar en privado —dijo el secretario—. ¿Es que cabe la posibilidad de que haya recorrido doscientos parsecs para inspeccionar unas cuantas baratijas? Es a usted al que quiero ver. —Sacó una pequeña tableta rosa de una caja grabada y se la colocó con delicadeza entre los dientes. La chupó sin prisas, deleitándose.

»Por ejemplo —dijo—, ¿quién es usted? ¿Es de verdad un ciudadano de ese mundo bárbaro que está creando todo este frenesí militar?

Devers asintió con gesto serio.

—¿Y de verdad lo capturó después, y no antes, del comienzo de esta riña que él llama guerra? Y me refiero a nuestro joven general.

Devers volvió a asentir.

—¡Bueno! Muy bien, mi encomiable extranjero. Ya veo que su facilidad de palabra es mínima. Le allanaré el camino. Da la sensación de que aquí nuestro general está librando una guerra en apariencia sin sentido con unos costes de energía espantosos, y todo por una nimiedad de mundo olvidado que está al final de ninguna parte y que a cualquier hombre lógico no le parecería merecedor ni de un solo rayo de un único desintegrador. Sin embargo, el general no es un hombre que carezca de lógica. Al contrario, yo diría que ha sido extremadamente inteligente. ¿Me sigue?

—Me parece que no, señor.

El secretario se inspeccionó las uñas antes de seguir.

—Entonces escúcheme. El general no desperdiciaría hombres ni naves en una hazaña gloriosa, pero estéril. Ya sé que habla de la gloria y del honor imperial, pero es bastante obvio que, por mucho que finja ser uno de esos insufribles semidioses antiguos de la Época Heroica, no lo hará. Aquí hay algo más en juego que la gloria y lo cierto es que cuida de usted de una forma extraña e innecesaria. En fin, que si usted fuese mi prisionero y me contara cosas tan poco útiles como las que le ha contado a nuestro general, le rajaría el abdomen y lo estrangularía con sus propios intestinos.

Devers permaneció impasible. Movió los ojos solo un poco, primero hacia uno de los matones del secretario, luego hacia el otro. Los dos estaban listos, impacientes y listos.

El secretario sonrió.

—Vaya, bueno, es usted un diablo muy silencioso. Según el

general, ni siquiera una sonda psíquica pudo impresionarlo, y eso fue un error por su parte, por cierto, porque fue lo que me convenció de que nuestro joven prodigio militar estaba mintiendo. —El secretario parecía de muy buen humor.

»Mi buen y honesto comerciante —dijo—, yo tengo mi propia sonda psíquica, una sonda que debería sentarle especialmente bien a usted. Ve esto…

Entre el pulgar y el índice del secretario, sujetos con cierto descuido, había unos rectángulos rosas y amarillos con unos diseños intrincados cuya identidad era, desde luego, obvia.

Y eso fue lo que dijo Devers.

—Parece dinero —dijo.

—Y dinero es, el mejor dinero del Imperio, porque lo respalda mi propio patrimonio, que es más extenso que el del Emperador. Cien mil créditos. ¡Todo aquí! ¡Entre dos estos dedos! ¡Y es suyo!

—¿Y por qué, señor? Soy un buen comerciante pero todas las transacciones suelen ir en las dos direcciones.

—¿Por qué? ¡Por la verdad! ¿qué persigue el general? ¿Por qué está librando esta guerra?

Lathan Devers suspiró y se alisó la barba con gesto pensativo.

—¿Qué persigue? —Sus ojos seguían los movimientos de las manos del secretario, que contaban el dinero poco a poco, billete a billete—. En una palabra, el Imperio.

—*Hmm*. ¡Qué típico! Al final siempre se reduce a eso. ¿Pero cómo? ¿Cuál es el camino que lleva desde el borde de la galaxia a la cúspide del Imperio de una forma tan abierta e incitante?

—La Fundación —dijo Devers con amargura— tiene secretos. Tienen libros, libros antiguos, tan antiguos que el idioma en el que están escritos no lo conocen más que unos cuantos de los hombres más importantes. Pero los secretos están revestidos de rituales y velos religiosos y nadie puede utilizarlos. Yo lo intenté y ahora estoy aquí, y hay una pena de muerte esperándome allí.

—Ya veo. ¿Y esos viejos secretos? Vamos, por cien mil creo que me merezco una información más detallada.

—La transmutación de los elementos —dijo Devers con brusquedad.

Los ojos del secretario se entrecerraron y perdieron parte de su indiferencia.

—Me han dicho que, en la práctica, la transmutación es imposible según la ley de la atomística.

—Y así es, si se utilizan fuerzas atómicas. Pero los antiguos eran chicos listos. Hay fuentes de energía más poderosas que los átomos. Si la Fundación utilizara esas fuentes como les sugerí…

Devers sintió una sensación suave y progresiva en el estómago. El cebo se había lanzado y el pez comenzaba a husmearlo.

—Continúe —dijo el secretario de repente—. El general, estoy seguro, está al tanto de todo esto. ¿Pero qué tiene intención de hacer una vez que termine con esta ópera bufa?

Devers mantuvo la voz firme como una roca.

—Con la transmutación es él el que controla la economía de todo ese montaje de su Imperio. Las acciones de los minerales no valdrán ni un estornudo cuando Riose pueda hacer tungsteno con aluminio e iridio con hierro. Un sistema entero de producción basado en la escasez de ciertos elementos y en la abundancia de otros se hunde en la miseria. Se producirá el mayor desequilibrio que el Imperio haya visto jamás y solo Riose podrá detenerlo. Y, además, está la cuestión de esa nueva energía que he mencionado y cuyo uso no le dará a Riose tembleques religiosos.

»Ya no hay nada que pueda detenerlo. Tiene a la Fundación cogida por el pescuezo y cuando haya terminado con ella, será Emperador en dos años.

—Bueno. —Brodrig lanzó una ligera risita—. Iridio sacado del hierro, eso es lo que ha dicho, ¿no? Vamos, le contaré un secreto de Estado. ¿Sabe que la Fundación ya se ha puesto en comunicación con el general?

La espalda de Devers se agarrotó.

—Parece sorprendido. ¿Y por qué no? Ahora parece lógico. Le ofrecieron cien toneladas de iridio al año para lograr la paz. Cien toneladas de hierro convertido en iridio, aunque violen sus propios principios religiosos para salvar el cuello. Es justo, pero no me extraña que nuestro rígido e incorruptible general rechazara la oferta cuando puede tener el iridio y además el Imperio. Y el pobre Cleón lo llamaba su único general honesto. Mi bigotudo mercader, se ha ganado usted su dinero.

Se lo tiró y Devers se lanzó a por los billetes voladores.

Lord Brodrig se detuvo ante la puerta y se dio la vuelta.

—Un recordatorio, comerciante. Aquí mis amigos, los de los desintegradores, no tienen ni oído medio, ni lengua, ni educación ni inteligencia. No pueden oír ni hablar y no saben escribir, ni siquiera le encuentran sentido a una sonda psíquica. Pero son todos unos expertos a la hora de conseguir ejecuciones interesantes. Lo he comprado, buen hombre, por cien mil créditos y va a ser usted una mercancía buena y valiosa. Si en cualquier momento se le olvidara que está comprado e intentara… digamos… repetirle nuestra conversación a Riose, se le ejecutará. Pero se le ejecutará a mi manera.

Y en aquel rostro delicado hubo de repente unas líneas duras de una crueldad impaciente que convirtieron la sonrisa estudiada en una mueca salvaje de labios rojos. Durante un segundo fugaz, Devers vio al diablo del espacio que había comprado a su comprador, que miraba por los ojos de su comprador.

En silencio, precedió a los dos desintegradores que empuñaban los «amigos» de Brodrig hasta su alojamiento.

Y a la pregunta de Ducem Barr, contestó con una satisfacción melancólica.

—No, y eso es lo más raro de todo. Fue él el que me sobornó a mí.

Dos meses de guerra difícil habían dejado su huella en Bel Riose. Tenía un aire grave y severo, y estaba irritable.

Cuando se dirigió a su devoto sargento Luk, lo hizo con impaciencia.

—Espere fuera, soldado, y conduzca a estos hombres de vuelta a su alojamiento cuando yo haya terminado. Nadie debe entrar hasta que yo avise. Nadie en absoluto, ¿entendido?

El sargento salió de la habitación con paso rígido y un saludo marcial y Riose, murmurando una expresión de desagrado, recogió los papeles que lo aguardaban en el escritorio, los lanzó al cajón de arriba y lo cerró de un golpe.

—Siéntense —les dijo con brusquedad a los dos que esperaban —. No tengo mucho tiempo. En el sentido más estricto de la palabra, en realidad no debería estar aquí, pero debía verlos.

Se volvió hacia Ducem Barr, cuyos largos dedos acariciaban con interés el cubo de cristal en el que se había engastado el simulacro del rostro arrugado y austero de su Majestad Imperial, Cleón II.

—En primer lugar, patricio —dijo el general—, ese Seldon suyo está perdiendo. Lucha bien, desde luego, porque esos hombres de la Fundación se agolpan como abejas inconscientes y pelean como locos. Todos los planetas se defienden con saña y, una vez tomados, en todos los planetas arde la rebelión, de tal modo que plantea tantos problemas conservarlos como conquistarlos. Pero los hemos tomado, y los hemos conservado. Su Seldon está perdiendo.

—Pero no ha perdido todavía —murmuró Barr con tono cortés.

—Ni la propia Fundación sigue siendo tan optimista. Me ofrecen millones para que no ponga a ese tal Seldon a prueba definitivamente.

—Eso dicen los rumores.

—Ah, ¿así que me preceden los rumores? ¿También cotorrean de lo último?

—¿Qué es lo último?

—Bueno, pues que lord Brodrig, el favorito del Emperador, es ahora el segundo al mando, a petición suya.

Devers habló entonces por primera vez.

—¿A petición suya, jefe? ¿Y eso? ¿O está empezando a gustarle el tipo? —Lanzó una risita.

—No, no se puede decir que me guste —respondió Riose con calma—. Es solo que ha comprado el cargo a lo que yo considero un precio justo y razonable.

—¿Que es…?

—Que es que le solicite refuerzos al Emperador.

La desdeñosa sonrisa de Devers se amplió.

—¿Así que se ha puesto en contacto con el Emperador? Y me imagino, jefe, que está usted esperando esos refuerzos, que llegarán cualquier día. ¿Verdad?

—¡Pues no! Ya han llegado. Cinco naves de la línea; lustrosas y fuertes, con un mensaje personal de felicitación del Emperador y hay más naves de camino. ¿Qué pasa, comerciante? —le preguntó con tono irónico.

Devers habló a través de lo que de repente eran unos labios helados.

—Nada.

Riose abandonó con paso tranquilo el escritorio y se enfrentó al comerciante con la mano en la culata de su desintegrador.

—Le he preguntado ¿qué le pasa, comerciante? Da la sensación de que la noticia lo inquieta. No puede ser que haya surgido en usted un interés repentino por la Fundación.

—No ha surgido.

—Ya, tiene usted cosas muy raras.

—¿Sí, jefe? —Devers esbozó una sonrisa firme y apretó los puños en los bolsillos—. Pues póngalas todas en fila y yo se las voy derribando.

—Allá van. Lo cogieron con mucha facilidad. Se rindió al primer golpe con el escudo quemado. Está listo para abandonar su mundo y además sin pedir nada a cambio. Qué interesante, ¿no cree?

—Se me antoja estar del lado de los ganadores, jefe. Soy un hombre sensato; usted mismo lo dijo.

Riose dijo entonces con tono gutural:

—¡Cierto! Y sin embargo, no se ha capturado a ningún otro comerciante. No se ha visto ninguna nave mercante que no haya tenido la velocidad necesaria para escapar a voluntad. No se ha visto ninguna nave mercante que no haya tenido una pantalla que pudiera aguantar cualquier paliza que pudiera darle un crucero ligero, si es que decidía pelear. Y no se ha visto ningún comerciante que no haya luchado hasta la muerte cuando la ocasión lo merecía. Hemos averiguado que los comerciantes son los líderes e instigadores de la guerra de guerrillas en los planetas ocupados, y de las incursiones por el aire en el espacio ocupado.

»¿Y usted es el único hombre sensato? Ni lucha ni huye, sino que se convierte en traidor sin que nadie lo apremie. Es usted único, asombrosamente único; de hecho, sospechosamente único.

—Entiendo por qué dice eso —dijo Devers sin alzar la voz—, pero no tiene nada contra mí. Llevo aquí seis meses ya y he sido un buen chico.

—Sí que lo ha sido y se lo he recompensado tratándolo bien. He dejado su nave intacta y lo he tratado con toda la consideración del mundo. Y sin embargo usted nos defrauda. Que nos hubiera ofrecido información sin más sobre sus cacharros, por ejemplo, podría habernos sido muy útil. Se podría pensar que los principios atómicos sobre los que están construidos se utilizan en algunas de las armas más devastadoras de la Fundación. ¿Verdad?

—Solo soy un comerciante —dijo Devers—, no uno de esos

técnicos de las altas esferas. Yo vendo los trastos, no los fabrico.

—Bueno, eso ya lo veremos en breve. Para eso he venido. Por ejemplo, vamos a registrar su nave en busca de un escudo de fuerza personal. Usted jamás se ha puesto ninguno, pero todos los soldados de la Fundación lo llevan. Será una prueba significativa de que hay información que ha decidido no darme. ¿Estamos?

No hubo respuesta y el general continuó.

—Y habrá más pruebas directas. He traído conmigo la sonda psíquica. Ya ha fallado una vez, pero el contacto con el enemigo nos ha proporcionado nos ha enseñado mucho.

La voz del general era suave y amenazadora, y Devers sintió la pistola que se le clavaba con fuerza en el estómago, la pistola del general, que hasta ese momento había permanecido en su pistolera.

—Se va a quitar la muñequera —dijo el general en voz baja— y cualquier otro adorno de metal que lleve y me los va a dar a mí. ¡Poco a poco! Los campos atómicos se pueden distorsionar, sabe, y las sondas psíquicas podrían explorar solo la estática. Eso es. Yo me hago cargo.

El receptor del escritorio del general empezó a brillar y una cápsula de mensajes entró con un chasquido en la ranura, cerca de la cual se encontraba Barr sin dejar de sujetar el busto tridimensional del Emperador.

Riose fue detrás del escritorio empuñando el desintegrador.

—Usted también, patricio —le dijo a Barr—. Su muñequera lo condena. Pero me ha sido muy útil con anterioridad y yo no soy un hombre rencoroso; de todos modos dictaré el destino de los rehenes de su familia según los resultados de la sonda psíquica.

Y cuando Riose se inclinó para sacar la cápsula de mensajes, Barr levantó el busto de Cleón envuelto en cristal y, sin ruido, con gesto metódico, golpeó la cabeza del general.

Ocurrió demasiado deprisa para que Devers se diera cuenta. Fue como si un demonio repentino hubiera surgido en el anciano.

—¡Fuera! —susurró Barr con los dientes apretados—. ¡Deprisa! —Se apoderó del desintegrador de Riose y se lo metió en la blusa.

El sargento Luk se giró cuando salieron por la ranura más estrecha posible de la puerta.

—¡Usted primero, sargento! —dijo Barr con tono sereno.

Devers cerró la puerta tras él.

El sargento Luk los guió en silencio hasta su alojamiento y luego, tras una brevísima pausa, siguió adelante cuando sintió el golpecito del cañón de un desintegrador en las costillas y una voz dura en el oído que le decía:

—A la nave mercante.

Devers se adelantó para abrir la esclusa de aire.

—Quédese donde está, Luk —dijo Barr—. Ha sido usted un hombre decente y no vamos a matarlo.

Pero el sargento reconoció el monograma de la pistola.

—Han matado al general —exclamó, atragantado y furioso.

Y con un chillido salvaje e incoherente cargó a ciegas contra la furia de la explosión de la pistola y se derrumbó como una ruina reventada.

La nave mercante se elevaba ya sobre un planeta muerto antes de que las luces de señales comenzaran su sobrecogedor parpadeo y contra la telaraña cremosa de la gran lente del cielo que era la galaxia, se elevaron otras formas negras.

—Sujétese, Barr —dijo Devers, muy serio— y veamos si tienen una nave que pueda alcanzar la misma velocidad que yo.

¡Ya sabía que no la tenían!

Y una vez en el espacio abierto, la voz del comerciante pareció perdida y muerta.

—El cebo que le hice tragar a Brodrig fue demasiado bueno, me temo. Al parecer se ha conchabado con el general.

Se adentraron a toda velocidad en las profundidades de las masas estelares que era la galaxia.

8

Hacia Trántor

Devers se inclinó sobre la pequeña esfera muerta y buscó un diminuto signo de vida. El control direccional iba cribando el espacio sin prisas y sin dejarse nada con su ceñido haz punzante de señales.

Barr lo observaba con paciencia, sentado en el catre bajo de la esquina.

—¿Ya no hay señales de ellos? —preguntó.

—¿De los chicos del Imperio? No. —El comerciante gruñó las palabras con una impaciencia evidente—. Hace ya mucho que hemos perdido a esos puñeteros imbornales. ¡Por el espacio! Con los saltos a ciegas que hemos hecho por el hiperespacio, tenemos suerte de no haber ido a parar a la panza de algún Sol. No podrían habernos seguido aunque nos hubieran alcanzado, cosa que no hicieron.

Se recostó en su asiento y se aflojó el cuello de un tirón.

—No sé qué han hecho aquí esos chicos del Imperio. Creo que algunas de las distancias están desalineadas.

—He de suponer, entonces, que está intentando llegar a la Fundación.

—Estoy llamando a la asociación, o intentándolo.

—¿La asociación? ¿Quiénes son?

—La Asociación de Comerciantes Independientes. Nunca ha oído hablar de ella, ¿eh? Bueno, no es el único. ¡Todavía no hemos causado sensación!

Durante un rato se hizo un silencio que se centró en el insensible indicador de recepción.

—¿Está usted dentro de su alcance? —dijo luego Barr.

—No lo sé. No tengo más que una pequeña noción de dónde estamos, tengo que guiarme por simples cálculos. Por eso tengo que usar el control direccional. Podría llevar años, sabe.

—¿Ah, sí?

Barr señaló y Devers dio un salto y se colocó los auriculares. Dentro de la pequeña esfera turbia brillaba una diminuta blancura.

Durante media hora Devers mimó la frágil hebra de comunicación que tanteaba y se extendía por el hiperespacio para poner en contacto dos puntos que a la holgazana luz le llevaría quinientos años unir.

Después se recostó, desesperado. Levantó la cabeza y se echó los auriculares hacia atrás.

—Vamos a comer, amigo. Hay una ducha que puede utilizar si quiere, pero no se pase con el agua caliente.

Se agachó delante de uno de los armarios que forraban una de las paredes y palpó entre el contenido.

—¿No será vegetariano, espero?

—Soy omnívoro —dijo Barr—. ¿Pero qué pasa con la asociación? ¿Los ha perdido?

—Eso parece. El alcance era extremo, demasiado extremo me temo. Pero no importa. Ya tengo todo lo fundamental.

Se irguió y colocó los dos recipientes de metal en la mesa.

—Déle solo cinco minutos, amigo y luego ábralo apretando el contacto. Habrá plato, comida y tenedor, bastante práctico cuando se tiene prisa, si no le importa prescindir de cosas como las servilletas, por ejemplo. Supongo que querrá saber lo que he sacado de la asociación.

—Si no es un secreto.

Devers negó con la cabeza.

—No para usted. Lo que Riose dijo era verdad.

—¿Lo de la oferta de tributo?

—Ajá. Lo ofrecieron y se lo rechazaron. Las cosas van mal. Se está combatiendo en los soles exteriores de Loris.

—¿Loris está cerca de la Fundación?

—¿Eh? Ah, no puede saberlo. Es uno de los Cuatro Reinos originales. Podría llamarlo parte de la línea interna de defensa. Pero eso no es lo peor. Han estado luchando contra naves grandes que jamás se habían encontrado con anterioridad. Lo que significa que Riose no nos lo estaba contando todo. Ha recibido más naves. Brodrig ha cambiado de bando y yo estoy en un buen lío.

Tenía una expresión lúgubre en los ojos cuando juntó los puntos

de contacto del recipiente de comida y lo vio abrirse sin esfuerzo. Aquella especie de estofado extendió su aroma por toda la habitación. Ducem Barr ya estaba comiendo.

—Tanta improvisación para nada —dijo Barr—. Aquí no podemos hacer nada; no podemos atravesar las líneas del Imperio para regresar a la Fundación; no podemos hacer nada salvo lo más sensato: esperar y ser pacientes. Sin embargo, si Riose ha llegado a la línea interna, supongo que la espera no será larga.

Y Devers dejó el tenedor.

—Con que esperar, ¿eh? —gruñó, furioso—. A usted qué más le da. No se juega nada.

—¿Ah, no? —Barr esbozó una sonrisa fría.

—No. De hecho, le voy a decir una cosa. —La irritación de Devers salió a la superficie—. Estoy harto de mirar todo este asunto como si fuera una especie interesante en el portaobjetos de un microscopio. En algún lugar de ahí fuera tengo amigos que están muriendo; ahí fuera hay un mundo entero, mi hogar, que también se está muriendo. Usted no es de aquí. No lo entiende.

—He visto morir a muchos amigos. —Las manos del anciano reposaban inertes sobre su regazo y tenía los ojos cerrados—. ¿Está usted casado?

—Los comerciantes no se casan —dijo Devers.

—Bueno, yo tengo dos hijos y un sobrino. Se les advirtió pero, por ciertas razones, no podían tomar ninguna medida. Nuestra huida significa su muerte. Espero que mi hija y mis dos nietos dejaran el planeta antes de todo esto y que estén a salvo, pero incluso si los excluimos, ya he arriesgado y perdido más que usted.

Devers se mostró mucho más malhumorado.

—Lo sé. Pero eso fue lo que usted eligió. Podría haberle seguido el juego a Riose. Yo nunca le pedí…

Barr sacudió la cabeza.

—No fue una elección, Devers. Pero que no caiga sobre su conciencia. No arriesgué a mis hijos por usted. Cooperé con Riose todo el tiempo que me atreví. Pero estaba la sonda psíquica.

El patricio siwenés abrió los ojos y estaban bañados de dolor.

—Riose vino a verme una vez, fue hace más de un año. Habló de una secta que se centraba en los magos pero no llegó a ver la verdad. No es una secta, exactamente. Verá, hace ya cuarenta años

que Siwenna está atrapada en ese mismo torno insoportable que ahora amenaza su mundo. Se han producido ya cinco revueltas. Entonces descubrí los antiguos archivos de Hari Seldon… y ahora esa «secta» está esperando.

»Aguarda la llegada de los "magos" y está lista para ese día. Mis hijos son algunos de los líderes de los que esperan. Ese es el secreto que se oculta en mi mente y que la sonda no debe tocar jamás. Y por tanto deben morir como rehenes, porque la alternativa es su muerte como rebeldes y con ellos la mitad de Siwenna. Ya ve, ¡no tenía alternativa! Y no soy ajeno a esto.

Devers bajó la mirada y Barr continuó en voz baja.

—Es de la victoria de la Fundación de lo que dependen las esperanzas de Siwenna. Es por una victoria de la Fundación por lo que se han sacrificado mis hijos. Y Hari Seldon no ha calculado por adelantado la salvación inevitable de Siwenna como lo ha hecho con la Fundación. Yo no tengo certezas para mi pueblo, solo esperanzas.

—Pero sigue conformándose con esperar. Incluso con la Armada Imperial en Loris.

—Esperaría con absoluta confianza —se limitó a decir Barr— aunque hubieran aterrizado en el mismísimo planeta Términus.

El comerciante frunció el ceño, desesperado.

—No lo sé. No puede funcionar así de verdad, como por arte de magia. Con psicohistoria o sin ella, ellos son tremendamente fuertes y nosotros somos débiles. ¿Qué puede hacer Seldon?

—No hay nada que hacer. Ya está hecho todo. Ya está ocurriendo. Porque no oiga girar las ruedas ni los golpes del gong, eso no significa que sea menos cierto.

—Quizá, pero ojalá le hubiera partido usted el cráneo a Riose para siempre. Es más peligroso que todo su ejército junto.

—¿Haberle partido el cráneo? ¿Con Brodrig siendo su segundo al mando? —En la cara de Barr se agudizó el odio—. Todo Siwenna habría sido mi rehén. Hace ya mucho tiempo que Brodrig ha demostrado su valía. Existe un mundo que hace cinco años perdió un varón de cada diez, y solo por no satisfacer los impuestos pendientes. Ese Brodrig era el recaudador de impuestos. No, Riose puede vivir. Sus castigos son un favor en comparación.

—Pero seis meses, ¡seis meses!, en la base del enemigo y sin

sacar nada en limpio. —Las fuertes manos de Devers se aferraron la una a la otra con tal fuerza que le crujieron los nudillos—. ¡No hemos sacado nada en limpio!

—Bueno, un momento, espere. Me recuerda… —Barr hurgó un momento en la saquita que llevaba—. Quizá quiera contar con esto. —Y tiró la pequeña esfera de metal sobre la mesa.

Devers la cogió de golpe.

—¿Qué es?

—La cápsula de mensajes. La que recibió Riose justo antes de que le atizara. ¿Vale para algo?

—No lo sé. ¡Depende de lo que haya en ella! —Devers se sentó y la hizo girar con cuidado entre las manos.

Cuando Barr salió de su ducha fría y, por suerte, se encontró con la corriente suave y cálida del secador, encontró a Devers silencioso y absorto ante el banco de trabajo.

El siwenés se golpeó el cuerpo con un ritmo marcado y habló por encima de los sonidos que puntuaban sus palabras.

—¿Qué está haciendo?

Devers levantó la cabeza. Unas gotas de sudor le brillaban en la barba.

—Voy a abrir esta cápsula.

—¿Puede abrirla sin la característica personal de Riose? —Había cierta sorpresa en la voz del siwenés.

—Si no puedo, dimitiré de la asociación y no volveré a capitanear una nave en lo que me queda de vida. Ya tengo un análisis electrónico a tres bandas del interior y tengo unos chismes muy pequeños de los que el Imperio jamás ha oído hablar, hechos especialmente para forzar cápsulas. Antes de esto era ladrón, sabe. Un comerciante tiene que ser un poco de todo.

Se inclinó sobre la esferita y un instrumento pequeño y plano tanteó con delicadeza y soltó chispas rojas cada vez que se producía un contacto fugaz.

—Esta cápsula es un trabajo muy tosco, de todos modos —dijo el comerciante—. Estos chicos del Imperio no son nada del otro mundo con estos trabajos pequeños. Eso se nota. ¿Ha visto alguna vez una cápsula de la Fundación? Tiene la mitad de tamaño y, para empezar, es inmune al análisis electrónico.

Y luego se quedó rígido y los músculos de los hombros se le

tensaron de forma visible bajo la túnica. Su diminuta sonda fue presionando poco a poco…

No hizo ningún ruido cuando salió, pero Devers se relajó y suspiró. Tenía en la mano la esfera resplandeciente con el mensaje extendido como un rollo de pergamino.

—Es de Brodrig —dijo. Y luego, con desdén—: El medio del mensaje es permanente. En una cápsula de la Fundación, el mensaje quedaría oxidado y convertido en gas en menos de un minuto.

Pero Ducem Barr lo hizo callar con un gesto y leyó el mensaje a toda prisa.

> De: Ammel Brodrig, emisario extraordinario de su Majestad Imperial, secretario privado del consejo y par del reino.
>
> Para: Bel Riose, gobernador militar de Siwenna, general de las fuerzas imperiales y par del reino. Saludos. El planeta nº 1.120 ya no resiste. Los planes de la ofensiva según se perfilaron continúan sin contratiempos. El enemigo se debilita de forma visible y los fines últimos pendientes se obtendrán con toda seguridad.

Barr levantó la cabeza del texto casi microscópico y exclamó con amargura:

—¡Qué necio! ¡Ese maldito estirado renegado! ¿Y eso es un mensaje?

—¿Eh? —dijo Devers. Estaba un poco decepcionado.

—No dice nada —soltó Barr—. Nuestro pelotillero cortesano ahora se dedica a jugar a los generales. Con Riose fuera, el comandante de campo es él y tiene que aliviar su miserable espíritu escupiendo pomposos informes sobre asuntos militares con los que nada tiene que ver. «Tal planeta ya no resiste». «La ofensiva continúa». «El enemigo se debilita». Menudo pavo real sin cerebro.

—Pero bueno, espere un momento. Aguarde…

—Tírelo. —El anciano se dio media vuelta, humillado—. Bien sabe la galaxia que nunca esperé que tuviera una importancia trascendental, pero en tiempos de guerra es razonable suponer que hasta la orden más rutinaria que no se entrega podría entorpecer los movimientos militares y provocar complicaciones más tarde. Por eso me lo llevé. ¡Pero esto! Mejor lo hubiera dejado. Habría malgastado un minuto del tiempo de Riose, un minuto al que ahora

le dará un uso más constructivo.

Pero Devers se había levantado.

—¿Quiere esperar un momento y dejar de despotricar? Por el amor de Seldon…

Sostuvo un trozo de mensaje debajo de las narices de Barr.

—Y ahora vuelva a leer eso. ¿Qué quiere decir con lo de «los fines últimos pendientes»?

—La conquista de la Fundación. ¿Y bien?

—¿Sí? Y quizá se refiera a la conquista del Imperio. Usted sabe que él cree que ese es el fin último.

—¿Y qué si lo cree?

—¡Y qué si lo cree! —La sonrisa sesgada de Devers se perdió entre la barba—. Bueno, mire esto y se lo mostraré.

Un dedo volvió a meter en su ranura la hoja con el suntuoso monograma del pergamino. Con un suave tañido desapareció el mensaje y la esfera volvió a quedar lisa e intacta. En algún lugar del interior se oyó el diminuto zumbido oleaginoso de los controles cuando los movimientos aleatorios los desencajaron.

—Ahora no hay forma de abrir esta cápsula sin conocer la característica personal de Riose, ¿verdad?

—Para el Imperio, no —dijo Barr.

—Entonces la prueba que contiene, nosotros no la conocemos y es totalmente auténtica.

—Para el Imperio, sí —dijo Barr.

—Y el Emperador puede abrirla, ¿no es cierto? Las características personales de los funcionarios del Gobierno tienen que estar en los archivos. En la Fundación lo están.

—Y también en la capital del Imperio —asintió Barr.

—Entonces, cuando usted, un patricio siwenés y par del reino, le diga al tal Cleón, el Emperador ese, que su cotorra amaestrada favorita y su general más brillante se están uniendo para derribarlo y le entregue esta cápsula como prueba, ¿qué pensará él que son los «fines últimos» de Brodrig?

Barr se sentó, casi sin fuerzas.

—Espere, no le sigo. —Se acarició una mejilla delgada y dijo—: No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Pues sí. —Devers estaba nervioso y enfadado—. Escuche, a nueve de los últimos diez emperadores les cortó la garganta, o les

reventó las entrañas, algún general al que se le había metido en la cabeza hacer grandes cosas. Usted mismo me lo ha dicho más de una vez. El bueno del Emperador nos creería tan rápido que a Riose le daría vueltas la cabeza.

—Pues sí que habla en serio —murmuró Barr con voz débil—. Por el amor de la galaxia, hombre, no se puede resolver una crisis Seldon con un plan tan descabellado y poco práctico como ese, si parece de cuento de hadas. Supongamos que nunca se hubiera hecho con la cápsula. Supongamos que Brodrig no hubiera utilizado la palabra «último». Seldon no depende de la pura suerte.

—Si la suerte se cruza en nuestro camino, no hay ninguna ley que diga que Seldon no puede aprovecharse de ella.

—Desde luego. Pero… pero… —Barr se detuvo y luego habló con calma, pero conteniéndose de forma visible—. Mire, en primer lugar, ¿cómo va a llegar al planeta Trántor? No conoce su ubicación en el espacio y yo desde luego no recuerdo las coordenadas, por no hablar ya de otras cosas más efímeras. Ni siquiera sabe cuál es su propia posición en el espacio.

—No hay forma de perderse en el espacio —sonrió Devers. Volvía a estar ante los controles—. Bajamos al planeta más cercano y volvemos a subir completamente orientados y con las mejores cartas de navegación que puedan comprar los cien mil pavos de Brodrig.

—Y un rayo en la barriga. Lo más seguro es que nuestras descripciones ya estén en todos los planetas de este cuadrante del Imperio.

—Amigo —le dijo Devers con tono paciente—, no sea cateto. Riose dijo que mi nave se rindió con demasiada facilidad y, hermano, no hablaba en broma. Esta nave tiene potencia suficiente y carburante suficiente en su escudo como para rechazar cualquier cosa que nos podamos encontrar habiéndonos adentrado tanto. Y también tenemos los escudos personales. Los chicos del Imperio no los encontraron, sabe, claro que se suponía que no tenían que encontrarlos.

—De acuerdo —dijo Barr—, muy bien. Supongamos que está en Trántor. ¿Y cómo ve al Emperador? ¿Cree que tiene horario de oficina?

—Supongamos que nos preocupamos de eso en Trántor —dijo

Devers.

Y Barr murmuró desesperado.

—De acuerdo otra vez. Ya hace medio siglo que quiero ver Trántor antes de morir. Usted mismo.

Se conectó el motor hiperatómico. Las luces parpadearon y sintieron la ligera sacudida interna que marcaba el salto al hiperespacio.

9

En Trántor

Las estrellas eran tan numerosas como las malas hierbas en un campo descuidado y, por primera vez, Lathan Devers se encontró con que las cifras a la derecha del decimal eran de primordial importancia para calcular los atajos por las hiper-regiones. Había una sensación claustrofóbica en esa necesidad de hacer saltos de no más de un año luz. Había una dureza temible en un cielo que resplandecía ininterrumpido en todas direcciones. Era como perderse en un mar de radiación.

Y en el centro de un agrupamiento de diez mil estrellas cuya luz hacía pedazos la endeble negrura que las rodeaba, allí giraba el inmenso planeta imperial, Trántor.

Pero era algo más que un planeta; era el pulso vivo de un Imperio de veinte millones de sistemas estelares. Solo tenía una función, la administración; un solo propósito, el gobierno y allí solo se fabricaba un producto, la ley.

El mundo entero era una distorsión funcional. No había sobre su superficie más objeto vivo que el hombre, sus mascotas y sus parásitos. Ni una sola brizna de hierba, ni trozo de suelo desnudo, se podía hallar fuera de los ciento cincuenta kilómetros cuadrados del palacio imperial. No existía ningún tipo de agua fuera de los terrenos del palacio, salvo en las inmensas cisternas subterráneas que contenían el suministro de agua de un mundo entero.

El metal reluciente, indestructible e incorruptible que era la superficie ininterrumpida del planeta formaba los cimientos de las enormes estructuras de metal que convertían al planeta en un laberinto. Eran estructuras conectadas por calzadas; entrelazadas por pasillos; agujereadas por oficinas; en sus sótanos se abrían los inmensos centros comerciales que cubrían kilómetros cuadrados y en sus áticos el resplandeciente mundo del entretenimiento que cobraba vida entre destellos cada noche.

Se podía caminar por todo el mundo de Trántor y no dejar nunca ese único edificio de cemento, ni ver la ciudad.

Una flota de naves mayor en número que todas las flotas de guerra que había mantenido jamás el Imperio aterrizaba con sus cargamentos en Trántor cada día para alimentar a los cuarenta mil millones de seres humanos que no hacían nada salvo cubrir la necesidad de desentrañar las miríadas de hebras que entraban como vertiginosas espirales en la administración central del gobierno más complejo que hubiera conocido jamás la humanidad.

Veinte mundos agrícolas eran el granero de Trántor. Un universo era su sirviente…

Bien sujeta por los enormes brazos de metal que se aferraban a sus dos costados, la nave mercante bajó con suavidad por la inmensa rampa que llevaba al hangar. Devers ya se había abierto paso echando pestes entre las muchas y variadas complicaciones de un mundo concebido entre papeleos y dedicado al principio de los impresos por cuadruplicado.

Habían tenido que hacer un alto preliminar en el espacio, donde habían rellenado el primero de lo que se iba a convertir en un centenar de cuestionarios. Luego estuvieron los cien interrogatorios y la administración rutinaria de una sonda sencilla; habían tenido que fotografiar la nave, realizar los análisis de características de los dos hombres y la subsiguiente grabación de los mismos, el registro en busca de contrabando, el pago del impuesto de entrada y por fin la cuestión de las tarjetas de identidad y los visados de visita.

Ducem Barr era siwenés y súbdito del Emperador, pero Lathan Devers era un desconocido que carecía de los papeles obligatorios. El funcionario que estaba al mando en ese momento lo lamentaba muchísimo, pero Devers no podía entrar. De hecho, habría que retenerlo para someterlo a una investigación oficial.

Fue en ese momento cuando hicieron su aparición por alguna parte cien créditos en billetes nuevecitos y respaldados por el patrimonio de lord Brodrig que en seguida cambiaron de manos sin ruido. El funcionario carraspeó con aire de importancia y se alivió su profunda pena. Apareció un formulario nuevo que alguien sacó del casillero correspondiente. Se rellenó el papel con rapidez y eficiencia y se le adjuntó oficialmente la característica de Devers, como correspondía.

Los dos hombres, comerciante y patricio, entraron en Trántor.

En el hangar, la nave mercante era otro navío que había que ubicar, fotografiar, registrar, y cuyo contenido había que anotar, después había que hacer facsímiles de las tarjetas de identidad de los pasajeros, por todo lo cual se pagó la cuota adecuada, se registró y se entregó un recibo.

Y a continuación, Devers se encontró en una enorme terraza bajo el sol blanco y brillante, junto con mujeres que charlaban, niños que chillaban y hombres que tomaban copas con tranquilidad y escuchaban los enormes televisores que atronaban con las noticias del Imperio.

Barr pagó el número requerido de monedas de iridio y se apropió del ejemplar superior de una pila de periódicos. Eran las *Noticias Imperiales* de Trántor, el órgano oficial del Gobierno. En la parte de atrás de la sala de redacción se oían los suaves chasquidos de las ediciones extra que se estaban imprimiendo en solidaridad, aunque fuera a larga distancia, con las atareadas máquinas de las oficinas de las *Noticias Imperiales*, que estaban a quince mil kilómetros de pasillos (a nueve mil por aire), igual que otras diez millones de copias que se estaban imprimiendo en ese momento, en otras diez millones de salas de redacción de todo el planeta.

Barr les echó un vistazo a los titulares y habló sin alzar la voz.

—¿Qué hacemos primero?

Devers intentó quitarse de encima la depresión que lo acogotaba. Estaba en un universo muy lejos del suyo, en un mundo que lo abrumaba con su complejidad, entre personas cuyos actos eran incomprensibles y cuyo idioma casi también. Lo agobiaban las resplandecientes torres metálicas que lo rodeaban y continuaban subiendo en una multiplicidad interminable que llegaba más allá del horizonte; toda aquella vida ajetreada y sorda de una metrópolis mundial lo hundía en la horrenda melancolía del aislamiento y lo hacía sentirse tan importante como un pigmeo.

—Será mejor que se lo deje a usted, amigo —dijo.

Barr estaba tranquilo y hablaba sin alzar la voz.

—Intenté decírselo, pero es difícil de creer sin verlo con tus propios ojos, ya lo sé. ¿Sabe cuánta gente quiere ver al Emperador todos los días? Más o menos un millón. ¿Sabe a cuántos ve? A unos diez. Tendremos que trabajar a través del funcionariado y eso lo

hace más difícil. Pero no podemos permitirnos a la aristocracia.

—Tenemos casi cien mil.

—Un solo par del reino ya nos costaría eso y harían falta al menos tres o cuatro para formar un puente adecuado que nos llevara al Emperador. Puede que hagan falta cincuenta comisionados jefe y supervisores superiores para hacer lo mismo, pero nos costarían solo cien por cabeza, quizá. Hablaré yo. En primer lugar, no entenderían su acento y además, usted no conoce el protocolo de los sobornos imperiales. Es todo un arte, se lo aseguro. ¡Ah!

La tercera página de las *Noticias Imperiales* tenía lo que buscaba y le pasó el periódico a Devers.

Este lo leyó poco a poco. El vocabulario era extraño, pero lo entendió todo. Levantó la cabeza y sus ojos se oscurecieron de preocupación. Le dio un golpe seco y furioso a las noticias con el dorso de la mano.

—¿Cree que se puede confiar en esto?

—Dentro de unos límites —respondió Barr sin perder la calma —. Es muy improbable que se borrara del mapa a la flota de la Fundación. Lo más seguro es que hayan dicho eso mismo varias veces ya, si se han guiado por la técnica habitual que se sigue para informar de una guerra en una capital mundial que está muy lejos de la zona de los enfrentamientos. Lo que sí significa, sin embargo, es que Riose ha ganado otra batalla, lo que no sería tan inesperado. Dice que ha capturado Loris. ¿Es el planeta capital del Reino de Loris?

—Sí —dijo Devers con acento melancólico—, o de lo que era el Reino de Loris. Y no está ni a veinte parsecs de la Fundación. Amigo, tenemos que trabajar rápido.

Barr se encogió de hombros.

—No se puede ir rápido en Trántor. Si lo intenta, lo más probable es que termine ante el cañón de un desintegrador atómico.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Un mes, si tenemos suerte. Un mes y nuestros cien mil créditos, si es que nos llega con eso. Y eso siempre que entretanto al Emperador no se le meta en la cabeza viajar a los Planetas de Verano, donde no recibe a ningún peticionario.

—Pero la Fundación…

—Ya se cuidará sola, como hasta ahora. Vamos, está la cuestión de la cena. Tengo hambre. Y después, la noche es nuestra y total, podíamos aprovecharla. Jamás volveremos a ver Trántor ni ningún mundo parecido, sabe.

El comisionado nacional de las Provincias Exteriores extendió las gordezuelas manos con ademán impotente y escudriñó a los peticionarios con la miopía de una lechuza.

—Pero es que el Emperador no se encuentra bien, caballeros. De veras que es inútil presentarle el asunto a mi superior. Hace una semana que su Majestad Imperial no ve a nadie.

—A nosotros nos verá —dijo Barr fingiendo confianza en sí mismo—. Solo es cuestión de ver a un miembro del personal del Secretario Privado.

—Imposible —dijo el comisionado poniendo énfasis en cada palabra—. Intentarlo me costaría el puesto. En fin, si pudieran ser más explícitos sobre la naturaleza de su asunto, estoy dispuesto a ayudarlos, compréndalo, pero, como es natural, quiero algo menos vago, algo que le pueda presentar a mi superior como motivo para llevar el asunto más allá.

—Si el asunto que me trae fuera tal que se pudiera contar a cualquiera que no tuviera la máxima autoridad —le sugirió Barr con elocuencia—, apenas si sería lo bastante importante como para merecer una audiencia con su Majestad Imperial. Le propongo que se arriesgue. Me permito recordarle que si su Majestad Imperial le da la importancia a nuestro asunto que le garantizamos que le dará, usted puede tener la seguridad de que recibirá los honores que se va a merecer por ayudarnos ahora.

—Sí, pero… —Y el comisionado se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Es un riesgo —asintió Barr—. Y, como es natural, un riesgo debería tener su compensación. Es un favor bastante grande el que le pido, pero ya estamos en deuda con su amabilidad por ofrecernos la oportunidad de explicarle nuestros problemas. Pero si nos permitiera expresarle nuestra gratitud solo un poco con…

Devers frunció el ceño. Había oído aquel discurso con ligeras variantes veinte veces durante el último mes. Terminaba, como siempre, con un rápido intercambio de billetes medio ocultos. Pero el epílogo difería en aquella ocasión. Por lo general, los billetes se

desvanecían de inmediato, pero en ese momento permanecían a la vista de todos mientras el comisionado los iba contando sin prisas y los inspeccionaba del derecho y del revés mientras lo hacía.

Se produjo un cambio sutil en su voz.

—Respaldados por el secretario privado, ¿eh? ¡Un buen dinero!

—Para volver al tema… —lo animó Barr.

—No, espere un momento —lo interrumpió el comisionado—, volvamos por etapas. De verdad que deseo saber cuál puede ser su asunto. Este dinero es fresco, nuevo, y ustedes deben de tener un buen montón porque me parece a mí que han visto a otros funcionarios antes que a mí. Muy bien, venga, ¿qué pasa?

—No sé a dónde quiere ir a parar —dijo Barr.

—Bueno, verá, se podría demostrar que están en el planeta de forma ilegal, dado que las tarjetas de identificación y entrada de su silencioso amigo no son, desde luego, las apropiadas. Este hombre no es súbdito del Emperador.

—Lo niego.

—No importa que lo niegue —dijo el comisionado con una franqueza repentina—. El funcionario que firmó sus tarjetas por la suma de cien créditos ha confesado, bajo presión, y sabemos más de ustedes de lo que creen.

—Si está usted insinuando, señor, que la suma que le hemos pedido que acepte no es suficiente en vista de los riesgos…

El comisionado sonrió.

—Al contrario, es más que suficiente. —Tiró los billetes a un lado—. Para volver a lo que estaba diciendo, es el propio Emperador el que se ha interesado por su caso. ¿No es cierto, señores, que hace poco eran invitados del general Riose? ¿No es cierto que, aunque estaban en medio de su ejército, han huido con una facilidad asombrosa, por decirlo con suavidad? ¿No es cierto que poseen ustedes una pequeña fortuna en billetes respaldados por el patrimonio de lord Brodrig? En pocas palabras, ¿no es cierto que son ustedes un par de espías y asesinos enviados aquí para…? ¡Bueno, ya nos dirá usted quién le pagó y para qué!

—¿Sabe? —dijo Barr con una furia envuelta en seda— niego que un simple e insignificante comisionado tenga derecho a acusarnos de ningún delito. Nos vamos.

—No se van. —El comisionado se levantó, sus ojos ya no

parecían tan miopes—. No hace falta que responda a más preguntas por ahora; las reservaremos para una ocasión posterior, y más contundente. Y tampoco soy ningún comisionado, soy teniente de la Policía Imperial. Están arrestados.

Tenía un desintegrador resplandecientemente eficaz en el puño cuando sonrió.

—Hoy se ha arrestado a hombres mejores que ustedes. Es un avispero lo que estamos limpiando.

Devers esbozó una sonrisa desdeñosa y estiró la mano poco a poco para coger su pistola. El teniente de la policía sonrió todavía más y apretó los contactos. La sacudida de la línea de fuerza golpeó el pecho de Devers en una llamarada precisa de destrucción… que rebotó en su escudo personal sin provocar ningún daño y lanzó espículas chispeantes de luz.

Devers disparó a su vez y la cabeza del teniente cayó de la parte superior de un torso que había desaparecido. Todavía sonreía mientras yacía en la punta de sol que entraba por el agujero recién hecho en la pared.

Salieron por la puerta trasera.

—Rápido, a la nave —dijo Devers con voz ronca—. Darán la alarma en cualquier momento. —Después maldijo con un susurro feroz—. Otro plan en el que nos sale el tiro por la culata. Juraría que es el propio diablo del espacio lo que tengo en contra.

Al salir a campo abierto fue cuando fueron conscientes de las multitudes que parloteaban y rodeaban los enormes televisores. No tenían tiempo para esperar así que hicieron caso omiso de las palabras inconexas y rugientes que llegaban a sus oídos. Pero Barr se hizo con un ejemplar de las *Noticias Imperiales* antes de meterse en el enorme garaje del hangar, desde donde la nave se elevó a toda prisa por una cavidad gigantesca que quemaron en el tejado.

—¿Puede escaparse de ellos? —preguntó Barr.

Diez naves de la policía de tráfico seguían como locos al aparato fugitivo que se había desviado a toda velocidad del camino de salida, el único legal e indicado por haces de radio, y que luego había infringido todas los límites de velocidad de la creación. Algo más atrás, varios aparatos impecables del Servicio Secreto se elevaban en persecución de una nave cuidadosamente descrita, tripulada por dos asesinos bien identificados.

—Ya lo verá —dijo Devers y con un gesto salvaje saltó al hiperespacio tres mil kilómetros por encima de la superficie de Trántor. El salto, tan cerca de una masa planetaria, conllevó la inconsciencia de Barr y que a Devers lo invadiese una espantosa bruma de dolor, pero a años luz de distancia, el espacio que los rodeaba estaba despejado.

El pesimista orgullo que sentía Devers por su nave explotó al fin y dijo:

—No hay ni una sola nave imperial que sea capaz de seguirme a ninguna parte.

Y luego, con amargura:

—Pero ya no nos queda ningún sitio al que ir y no podemos luchar contra el peso del Imperio. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué puede hacer nadie?

Barr se movió casi sin fuerzas en su catre. El efecto del salto al hiperespacio todavía no había desaparecido y le dolían todos los músculos.

—Nadie tiene que hacer nada. Todo ha terminado. Tome —dijo.

Le pasó la copia de las *Noticias Imperiales* que todavía tenía en la mano y al comerciante le bastó con leer los titulares.

—Destituidos y arrestados, Riose y Brodrig —murmuró Devers. Después se quedó mirando a Barr sin comprender—. ¿Por qué?

—El artículo no lo dice, pero, ¿qué importa? La guerra con la Fundación ha terminado y en estos momentos Siwenna se rebela. Lea la historia y mírelo. —Se le estaba apagando la voz—. Podemos parar en una de las provincias y averiguar los últimos detalles. Ahora, si no le importa, voy a dormir un poco.

Y eso hizo.

Con saltos gigantescos de magnitud creciente, la nave mercante fue atravesando la galaxia de regreso a la Fundación.

10

Termina la guerra

Lathan Devers se sentía muy incómodo y un tanto resentido. Había recibido su propia condecoración y soportado con un estoicismo mudo la rimbombante oratoria del alcalde que acompañó al trozo de cinta carmesí. Con eso había terminado su parte de las ceremonias, pero, como es natural, los buenos modales lo obligaban a quedarse allí. Y eran los buenos modales, sobre todo los del tipo que no le permitían bostezar haciendo ruido ni ponerse cómodo y apoyar un pie en el asiento de una silla, los que le hacían anhelar estar en el espacio, que era su sitio.

La delegación siwenesa, con Ducem Barr convertido en un miembro célebre, firmó la Convención y Siwenna se convirtió en la primera provincia que pasaba directamente del dominio político del Imperio al económico de la Fundación.

Cinco naves imperiales de la línea, (capturadas cuando Siwenna se rebeló tras las líneas de la Flota Fronteriza del Imperio) destellaban sobre sus cabezas, grandes e inmensas, y hacían detonar un rugiente saludo militar al pasar sobre la ciudad.

Ya no quedaba nada salvo las copas, el protocolo y las charlas insustanciales…

Lo llamó una voz. Era Forell, el hombre que, como comprendió Devers con frialdad, podía comprar a veinte como él con los beneficios de una sola mañana, pero era un Forell que lo llamaba con el dedo, con gesto condescendiente y amable.

El comerciante salió al balcón, al viento fresco de la noche, y se inclinó como correspondía mientras fruncía el ceño sin que lo viera nadie más que su propia barba erizada. Barr también estaba allí, con una sonrisa.

—Devers, tendrá que acudir en mi rescate —dijo—. Se me está acusando de modestia, un crimen horrible y completamente antinatural.

—Devers —Forell se quitó el grueso puro de la comisura de la boca cuando habló—, lord Barr afirma que su viaje a la capital de Cleón no tuvo nada que ver con la destitución de Riose.

—Nada en absoluto, señor. —Devers se mostró seco—. No llegamos a ver al Emperador. Los informes que recogimos sobre el juicio, de regreso, demostraron que era un puro montaje. Hubo un auténtico galimatías, dijeron que el general estaba vinculado con intereses subversivos en la corte.

—¿Y era inocente?

—¿Riose? —interpuso Barr—. ¡Sí! Por la galaxia, sí. Brodrig era un traidor, en general, pero nunca fue culpable de los cargos concretos que presentaron contra él. Fue una farsa judicial, pero necesaria, predecible e inevitable.

—Según la necesidad psicohistórica, supongo. —Forell pronunció la frase con tono sonoro, y la naturalidad y el humor que da la familiaridad.

—Exacto. —Barr se puso serio—. Antes no lo había entendido, pero una vez que terminó y pude… bueno… mirar las respuestas en la última página, el problema se hizo muy sencillo. Ahora nos damos cuenta de que la composición social del Imperio hace que le sea imposible librar guerras de conquista. Al mando de emperadores débiles, lo desgarran los generales que compiten por un trono que no tiene ningún valor y que terminará acarreándoles la muerte. Al mando de emperadores fuertes, el Imperio se inmoviliza y lo invade una parálisis en la que parece que la desintegración se detiene de momento, pero solo gracias al sacrificio de todo posible crecimiento.

Forell gruñó con brusquedad entre fuertes caladas.

—No se explica usted, lord Barr.

Barr esbozó con lentitud una sonrisa.

—*Mmm*, supongo que no. Es la dificultad de no contar con preparación psicohistórica. Las palabras son un sustituto bastante confuso de las ecuaciones matemáticas. Pero veamos…

Barr reflexionó un momento, mientras Forell se relajaba apoyado en la barandilla y Devers contemplaba el cielo aterciopelado y pensaba, perplejo, en Trántor.

—Verá, señor —dijo entonces Barr—, usted, y Devers, y todo el mundo, sin duda, tenían la idea de que para vencer al Imperio,

primero había que separar al Emperador de su general. Usted, y Devers, y todos los demás tenían razón, tenían razón en todo momento, en lo que al principio de desunión interna se refería.

»Se equivocaban, sin embargo, al pensar que esa división interna era algo que debían provocar actos individuales, inspiraciones del momento. Lo intentaron ustedes con sobornos y mentiras. Apelaron a la ambición y al miedo. Pero a pesar de todas sus molestias no consiguieron nada. De hecho, todo parecía empeorar después de cada intento.

»Y durante todo ese levantamiento salvaje de ondas diminutas, el maremoto Seldon continuaba su camino, en silencio, pero irresistible.

Ducem Barr se dio la vuelta y miró por encima de la barandilla, a las luces de las fiestas de la ciudad.

—Había una mano muerta empujándonos a todos —siguió diciendo—; al poderoso general y al gran Emperador; a mi mundo y al suyo, la mano muerta de Hari Seldon. Sabía que un hombre como Riose tendría que caer, ya que era su éxito lo que provocaba el fracaso y cuanto más grande fuese el éxito, más seguro sería el fracaso.

—No puedo decir que se esté usted explicando mejor —dijo Forell con tono seco.

—Un momento —continuó Barr con empeño—. Observe la situación. Un general débil jamás podría habernos puesto en peligro, es obvio. Un general fuerte durante la época de un Emperador débil jamás nos habría puesto en peligro tampoco, porque habría dirigido sus miras hacia un objetivo mucho más fructífero. Los acontecimientos han demostrado que tres cuartas partes de los emperadores de los últimos dos siglos fueron generales rebeldes y virreyes rebeldes, antes de convertirse en emperadores.

»Así que es solo la combinación de un emperador fuerte con un general fuerte lo que puede perjudicar a la Fundación, ya que no se puede destronar fácilmente a un emperador fuerte, y un general fuerte se ve obligado a volverse hacia el exterior, más allá de sus fronteras.

»Pero, ¿qué mantiene la fortaleza del emperador? ¿Qué mantuvo fuerte a Cleón?: es obvio. Es fuerte porque no permite que haya súbditos fuertes. Un cortesano que se hace demasiado rico, o un

general que se convierte en alguien demasiado popular, es un personaje peligroso. Toda la historia reciente del Imperio se lo demuestra a cualquier emperador lo bastante inteligente como para ser fuerte.

»Riose obtuvo victorias, así que el Emperador empezó a sospechar. La propia época lo obligaba a sospechar. ¿Rechazó Riose un soborno? Muy sospechoso, motivos ocultos. ¿El cortesano en el que más confiaba favorecía de repente a Riose? Muy sospechoso, motivos ocultos. No eran los actos individuales los que eran sospechosos. Cualquier otra cosa habría servido, que es por lo que nuestras conjuras individuales eran innecesarias y más bien inútiles. Fue el éxito de Riose lo que fue sospechoso. Así que lo destituyeron, acusaron, condenaron y asesinaron. La Fundación gana otra vez.

»En fin, miren, no hay ni una sola combinación concebible de acontecimientos que no termine con la victoria de la Fundación. Era inevitable, hiciera lo que hiciera Riose, hiciéramos lo que hiciéramos nosotros.

El magnate de la Fundación asintió con gesto pesado.

—¡Bueno! Pero ¿y si el Emperador y el general hubieran sido la misma persona, eh? ¿Qué pasa entonces? Ese es un caso que no ha cubierto, así que todavía no ha demostrado nada.

Barr se encogió de hombros.

—Yo no puedo demostrar nada, no tengo las matemáticas necesarias. Pero apelo a su razón. Con un Imperio en el que cada aristócrata, cada hombre fuerte, cada pirata puede aspirar al trono, y, como demuestra la historia, con frecuencia con éxito, ¿qué le pasaría a un emperador, por fuerte que fuera, que se preocupase de guerras exteriores en el otro extremo de la galaxia? ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer lejos de la capital antes de que alguien izara los estandartes de la guerra civil y lo obligara a volver a casa? El entorno social del Imperio convertiría ese periodo en un tiempo muy breve.

»Una vez le dije a Riose que ni toda la fuerza del Imperio podría hacer virar la mano muerta de Hari Seldon.

—¡Bien! ¡Bien! —Forell estaba encantado—. Entonces, según usted, eso implica que el Imperio no nos puede volver a amenazar jamás.

—Eso me parece a mí —asintió Barr—. Francamente, es posible

que Cleón no sobreviva para ver terminar el año y, casi por descontado, la sucesión va a ser muy disputada, lo que podría significar la última guerra civil para el Imperio.

—Entonces —dijo Forell—, ya no hay más enemigos.

Barr se puso pensativo.

—Hay una Segunda Fundación.

—¿Al otro extremo de la galaxia? Aún faltan siglos.

Devers se giró de repente al oír eso y su rostro se oscureció al enfrentarse con Forell.

—Hay enemigos internos, quizá.

—¿Los hay? —preguntó Forell con tono frío—. ¿Quién, por ejemplo?

—Por ejemplo, personas que quizá querrían repartir la riqueza un poquito y evitar que se concentrara demasiada en manos que no trabajan para conseguirla. ¿Ve a lo que me refiero?

Poco a poco la mirada de Forell perdió su desdén y se unió a la cólera de los ojos de Devers.

Segunda Parte

El Mulo

El Mulo. Se sabe menos de «El Mulo» que de cualquier personalidad de importancia comparable dentro de la historia galáctica. Se desconoce su verdadero nombre, sus primeros años son simples conjeturas. Incluso el periodo en el que adquirió mayor fama lo conocemos, sobre todo, a través de los ojos de sus antagonistas y, principalmente, a través de los de una joven recién casada…

—Enciclopedia Galáctica

11

Los recién casados

La primera visión que tuvo Bayta de Refugio fue cualquier cosa menos espectacular. Su marido se lo señaló, una estrella apagada y perdida en el vacío del borde de la galaxia. Estaba más allá de los últimos y escasos agrupamientos y hacía allí brillaban, solitarios, algunos puntos de luz dispersos. E incluso entre ellos era una estrella pobre y poco llamativa.

Toran era muy consciente que, como primer preludio a la vida de casados, la Enana Roja carecía de características impresionantes, y sus labios dibujaron una mueca cohibida.

—Ya lo sé, Bay. No es precisamente un auténtico cambio, ¿eh? Me refiero a pasar de la Fundación a esto.

—Un cambio horrible, Toran. Jamás debería haberme casado contigo.

Y cuando en el rostro de su marido se dibujó, por un momento, una expresión herida que no pudo contener, la joven dijo con su tono «íntimo» privado.

—De acuerdo, tonto. Ahora deja que te cuelgue el labio inferior y hazme esa mirada especial de pato moribundo, esa que haces justo antes de que se suponga que tienes que enterrar la cabeza en mi hombro, mientras yo te acaricio el pelo lleno de electricidad estática. Estabas buscando unos cuantos mimos, ¿no? Esperabas que dijera, «¡Sería feliz en cualquier parte contigo, Toran!» o «¡Las mismísimas profundidades interestelares serían mi hogar, vida mía, solo con que estuvieras conmigo!». Admítelo.

Bayta lo señaló con un dedo y luego lo apartó de golpe un instante antes de que los dientes de su marido se cerraran sobre él.

—Si me rindo y admito que tienes razón —le dijo él—, ¿preparas tú la cena?

Su mujer asintió muy contenta y Toran sonrió y la miró, nada más.

Para otros no era hermosa a una escala grandiosa, Toran lo admitía, si bien era cierto que todo el mundo la miraba dos veces. Tenía el cabello oscuro y brillante, aunque liso, y la boca un poco grande, pero sus meticulosas y tupidas cejas separaban una frente lisa y blanca de los ojos de color caoba más cálidos que alguna vez se hubieran llenado de sonrisas.

Y detrás de aquella sólida fachada que defendía con firmeza una actitud terca, práctica y poco romántica ante la vida, había ese pequeño estanque de dulzura que nunca se dejaba ver si hurgabas en su búsqueda, pero que podías alcanzar si sabías cómo y no dejabas que se notara que eso era lo que buscabas.

Toran ajustó los controles aunque no hacía falta y decidió relajarse. Estaba a un salto interestelar y luego a varios milimicroparasegundos «todo recto» antes de que hiciera falta la manipulación manual. Se inclinó hacia atrás para mirar en el almacén, donde Bayta estaba dando vueltas a los recipientes correspondientes.

Había una cierta suficiencia en su actitud hacia Bayta, el asombro reverencial y satisfecho que señala el triunfo de alguien que ha estado cerniéndose al borde de un complejo de inferioridad durante tres años.

Después de todo, él no era más que un pueblerino, y no un simple pueblerino, sino el hijo de un comerciante renegado. Y ella procedía de la mismísima Fundación, y no solo eso, sino que sus ancestros se remontaban hasta Mallow.

Y con todo eso, un levísimo estremecimiento bajo la superficie. Llevársela a Refugio, con su mundo de rocas y sus ciudades cueva ya era un problema. Hacer que se enfrentara a la hostilidad tradicional que sentían los comerciantes por la Fundación (el nómada por el habitante de la ciudad) era peor.

Y sin embargo, después de cenar, ¡el último salto!

Refugio era una colérica llamarada carmesí y el segundo planeta era un trozo rubicundo de luz con un borde desdibujado por la atmósfera y una medio esfera de oscuridad. Bayta se inclinó sobre la gran mesa de perspectivas con su telaraña de líneas cruzadas que centraban Refugio II a la perfección.

—Ojalá hubiera conocido antes a tu padre. Si me coge manía… —dijo la joven, muy seria.

—Entonces —dijo Toran con tono práctico—, serías la primera chica bonita que inspira esos sentimientos en él. Antes de que perdiera el brazo y dejara de recorrer la galaxia entera… Bueno, si le preguntas por eso, te hablará de ello hasta que se te gasten las orejas y no te queden más que unos bultitos. Después de un tiempo, empezó a ocurrírseme que estaba adornando las cosas porque nunca contaba la misma historia dos veces del mismo modo…

Refugio II empezaba a precipitarse hacia ellos. El mar interno giraba con movimientos pesados bajo su nave, era de un color gris pizarra en medio de la luz cada vez más escasa y se perdía de vista, aquí y allí, entre los jirones de nubes. Las montañas sobresalían con un contorno desigual por toda la costa.

El mar se arrugó al acercarse todavía más y cuando se desvió más allá del horizonte, justo al final, se vislumbraron durante apenas un instante unos campos de hielo que abrazaban la costa y que se desvanecieron de inmediato.

Toran gruñó bajo la feroz desaceleración.

—¿Tienes el traje bien trabado?

El rostro regordete de Bayta parecía redondo y rubicundo en medio de la espuma esponjosa que la envolvía y formaba el traje que se le pegaba a la piel e iba calentadose por dentro.

La nave descendió y se agazapó en el campo abierto que había justo antes de la elevación de la meseta.

Los dos salieron con torpeza a la oscuridad sólida de la noche galáctica exterior y Bayta ahogó una exclamación cuando el frío repentino la mordió y el viento fino giró en el vacío, a su alrededor. Toran la cogió por el codo y la empujó un poco para que echara a correr con torpeza por el suelo liso y compacto, hacia el resplandor de luces artificiales que se veía a lo lejos.

Se reunieron a medio camino con los guardias que avanzaban hacia ellos y después de un intercambio de palabras susurradas, siguieron adelante acompañados por ellos. El viento y el frío desaparecieron cuando la verja de roca se abrió y luego se cerró tras ellos. El cálido interior, blanco por la luz de las paredes, estaba lleno de un zumbido ajetreado e incongruente. Varios hombres levantaron los ojos de sus escritorios y Toran sacó unos documentos.

Les indicaron que continuaran con un simple gesto de la mano

después de una breve mirada y Toran le susurró a su mujer:

—Papá debe de haber arreglado lo de los preliminares. Aquí la espera habitual es de unas cinco horas.

Salieron de golpe al espacio abierto.

—Oh, pero qué… —dijo Bayta de repente.

La ciudad cueva estaba iluminada por la luz del sol, la luz blanca de un sol joven. No es que hubiera ningún sol, por supuesto. Lo que debería haber sido el cielo se perdía en el fulgor desenfocado de un brillo que lo cubría todo. Y el aire cálido era denso, como debía ser, y fragrante gracias al follaje.

—Pero Toran, es precioso —dijo Bayta.

Toran esbozó una sonrisa nerviosa y encantada.

—Bueno, Bay, no es que se parezca a nada que haya en la Fundación, por supuesto, pero es la ciudad más grande de Refugio II, veinte mil habitantes, sabes, y terminará gustándote. Me temo que no hay palacios de diversiones, pero tampoco hay policía secreta.

—Oh, Torie, es como una ciudad de juguete. Todo es blanco y rosa… y tan limpio.

—Bueno… —Toran contempló la ciudad con ella. La mayoría de las casas eran de dos pisos y estaban hechas con la roca lisa y surcada de vetas propia de la zona. Faltaban las agujas de la Fundación y las colosales casas comunitarias de los Viejos Reinos, pero allí estaban las proporciones reducidas y la individualidad, una reliquia de iniciativa personal en medio de una galaxia de vida masificada.

Toran se recobró de repente y miró con más atención.

—Bay… ¡Ahí está papá! Justo ahí, donde estoy señalando, tonta. ¿No lo ves?

Lo veía. No era más que la impresión de un hombre grande que saludaba como un loco con los dedos extendidos, como si intentara tantear el aire con gesto salvaje. Los alcanzó el trueno profundo de un grito alargado. Bayta siguió la estela de su marido, que avanzaba a toda prisa por el recortadísimo césped. La joven vio entonces a un hombre más pequeño de cabello blanco que casi se perdía de vista tras el robusto manco, que seguía saludando y gritando.

Toran exclamó por encima del hombro:

—Es el hermanastro de mi padre. El que ha estado en la

Fundación, ya sabes.

Se reunieron en la hierba, riéndose e incapaces de hablar de forma coherente y el padre de Toran dejó escapar un último grito de pura alegría. Se tiró de la chaqueta corta y se colocó el cinturón con adornos de metal que era su única concesión al lujo.

Sus ojos contemplaron a ambos jóvenes por turnos y después se dirigió a su hijo, aunque todavía le faltaba un poco el aliento.

—¡Has elegido el peor día para volver a casa, muchacho!

—¿Qué? Ah, es el cumpleaños de Seldon, ¿no?

—Pues sí. He tenido que alquilar un coche para hacer el viaje hasta aquí y después obligar a Randu a conducirlo. No hay forma de conseguir un vehículo público ni a punta de pistola.

Había clavado los ojos en Bayta y no los apartaba. A ella le habló con más suavidad.

—Tengo el cristal que te hicieron justo aquí, y es bueno, pero se nota que el que lo sacó era un aficionado.

Sacó el pequeño cubo transparente del bolsillo de su chaqueta y al salir a la luz, la carita sonriente de su interior cobró vida, vívida y en color; una Bayta en miniatura.

—¡Ah, esa! —dijo Bayta—. Me pregunto por qué Toran tuvo que enviarle esa caricatura. Me sorprende que me dejara acercarme a usted, señor.

—¿Te sorprende? Llámame Fran. No pienso tolerar ninguna de esas florituras. Por eso creo que puedes cogerme del brazo y podemos irnos al coche. Hasta ahora siempre pensé que mi chico no sabía muy bien lo que hacía. Creo que voy a cambiar de opinión. Creo que voy a tener que cambiar de opinión.

Toran habló entonces con el hermanastro de su padre en voz baja.

—¿Cómo anda el viejo estos días? ¿Todavía se dedica a perseguir mujeres?

A Randu se le arrugaba la cara entera cuando sonreía.

—Cuando puede, Toran, cuando puede. Hay veces que se acuerda de que su próximo cumpleaños va a ser el sexagésimo y eso lo desanima. Pero hace callar a gritos a ese pensamiento malvado, y vuelve a ser él mismo. Es un comerciante a la vieja usanza. Y tú, Toran. ¿Dónde encontraste una esposa tan guapa?

El joven lanzó una risita y entrelazó el brazo con el de su tío.

—¿Quieres una historia de tres años en un suspiro, tío?

Fue en el pequeño saloncito de la casa donde Bayta se quitó con cierto esfuerzo el abrigo de viaje y la capucha y se soltó el cabello. Se sentó, cruzó las rodillas y le devolvió la mirada de elogio a aquel hombre grande y rubicundo.

—Sé que está intentando calcularlo y voy a ayudarlo —le dijo la joven—. Edad, veinticuatro; altura, uno sesenta y dos; peso, cincuenta y cinco; especialidad académica, historia.

La joven notó que el hombre siempre torcía la postura, como si quisiera ocultar la falta del brazo.

Pero en ese momento Fran se inclinó hacia ella y dijo:

—Ya que lo mencionas: peso, sesenta.

Y lanzó una sonora carcajada al verla ruborizarse, después se dirigió a todos los presentes en general.

—Siempre se puede saber el peso de una mujer por la parte superior del brazo, con la debida experiencia, por supuesto. ¿Quieres una copa, Bay?

—Entre otras cosas —le respondió su nuera y los dos se fueron juntos mientras Toran se atareaba ante las estanterías de libros en busca de nuevas incorporaciones.

Fran volvió solo.

—Bajará más tarde —le dijo a su hijo.

Se sentó con gesto pesado en la gran rinconera y colocó la rígida pierna izquierda que lo hacía sufrir en el taburete que tenía delante. La risa había abandonado su rostro encarnado y Toran se volvió para mirarlo.

—Bueno, pues ya estás en casa, muchacho —dijo Fran—, y yo me alegro. Me gusta esa chica tuya. No es una de esas bobas que nunca dejan de quejarse.

—Me he casado con ella —se limitó a decir Toran.

—Bueno, eso es muy diferente, muchacho. —Los ojos del anciano se oscurecieron—. Es una forma absurda de encadenar tu futuro. En mi larga vida, más larga y más experimentada que la tuya, jamás hice nada parecido.

Randu lo interrumpió desde la esquina en la que aguardaba en silencio.

—Pero Franssart, ¿qué comparaciones estás haciendo? Hasta que hace seis años te estrellaste al aterrizar, nunca te quedaste en

ningún sitio el tiempo suficiente como para ganarte los requisitos de residencia necesarios para casarte. Y después, ¿quién iba a aceptarte?

El manco se irguió con una sacudida en su asiento y replicó con calor.

—Muchas, viejo chocho canoso…

Toran se apresuró a decir con cierto tacto:

—Es sobre todo una formalidad legal, papá. La situación tiene sus ventajas.

—Sobre todo para las mujeres —gruñó Fran.

—Y aun así —alegó Randu—, la decisión es cosa del chico. El matrimonio es una antigua costumbre entre los nativos de la Fundación.

—Los nativos de la Fundación no son ningún modelo para un comerciante honesto —bramó Fran.

Toran lo interrumpió otra vez.

—Mi mujer es nativa de la Fundación. —Miró a uno y al otro y luego dijo en voz baja—: Aquí viene.

La conversación se hizo más general después de la cena, que Fran había sazonado con tres relatos de sus recuerdos, compuestos a partes iguales por sangre, mujeres, beneficios y algunos adornos. El pequeño televisor estaba encendido y en él se desarrollaba algún drama clásico entre susurros a los que nadie hacía caso. Randu se había erguido y adoptado una posición más cómoda en el sofá bajo y observaba más allá del humo que se alzaba con lentitud de su larga pipa el lugar en el que Bayta se había arrodillado sobre la suavidad de la estera blanca de piel, traída mucho tiempo atrás de una misión comercial y que ya solo se extendía en las ocasiones más ceremoniosas.

—¿Has estudiado historia, muchacha? —le preguntó con tono afable.

Bayta asintió.

—Era la desesperación de mis profesores, pero con el tiempo aprendí un poco.

—Una mención para una beca —interpuso Toran con tono satisfecho—, ¡solo eso!

—¿Y qué aprendiste? —continuó Randu sin perder la calma.

—¿Todo? ¿Ahora? —se rió la chica.

El anciano sonrió con dulzura.

—Bueno, ¿qué piensas de la situación galáctica?

—Creo —dijo Bayta sin extenderse— que es inminente una crisis Seldon y que si no lo es, entonces vale más acabar con el plan Seldon de una vez por todas. Es un fracaso.

(—Uau —murmuró Fran desde su esquina—. Menuda forma de hablar de Seldon. —Pero no dijo nada en voz alta).

Randu le dio una calada a su pipa con gesto pensativo.

—¿Tú crees? ¿Por qué lo dices? Yo estuve en la Fundación, sabes, cuando era joven y a mí también se me ocurrieron grandes cosas en cierta ocasión. Pero, ¿tú por qué dices eso?

—Bueno —los ojos de Bayta se empañaron cuando enterró los dedos desnudos de los pies en la suavidad blanca de la alfombra y se acunó la pequeña barbilla en una mano regordeta—, a mí me parece que la esencia del plan de Seldon era crear un mundo mejor que el del antiguo Imperio Galáctico. Se estaba derrumbando ese mundo hace tres siglos, cuando Seldon estableció la Fundación, y si la historia dice la verdad, se estaba derrumbando a causa de una triple enfermedad, la inercia, el despotismo y la mala distribución de los bienes del universo.

Randu asintió poco a poco mientras Toran contemplaba con una expresión orgullosa y llena de luz a su mujer y Fran, en la esquina, chasqueaba la lengua y se volvía a llenar con cuidado la copa.

—Si la historia de Seldon es cierta —dijo Bayta—, predijo el hundimiento absoluto del Imperio a través de las leyes de la psicohistoria que formuló, y fue capaz de predecir los treinta mil años de barbarie que serían necesarios antes del establecimiento de un nuevo Segundo Imperio que le devolvería la civilización y la cultura a la humanidad. El único objetivo de todo el trabajo de su vida fue establecer las condiciones que garantizarían un rejuvenecimiento más rápido.

La voz profunda de Fran estalló entonces.

—Y por eso estableció las dos Fundaciones, honrado sea su nombre.

—Y por eso estableció las dos Fundaciones —asintió Bayta—. Nuestra Fundación estaba formada por un conjunto de científicos del Imperio moribundo cuya intención era llevar la ciencia y el conocimiento del hombre a nuevas cumbres. Y la Fundación se situó

en el espacio y en el entorno histórico de tal modo que a través de los cuidadosos cálculos de su genio, Seldon predijo que mil años después, se convertiría en un Imperio nuevo y mayor.

Se produjo un silencio reverente.

—Es una vieja historia —dijo la muchacha en voz baja—. Todos la sabéis. Hace casi tres siglos que la saben todos los seres humanos de la Fundación. Pero pensé que sería apropiado repasarla, de una forma rápida. Hoy es el cumpleaños de Seldon, ya sabéis, e incluso si yo soy de la Fundación y vosotros de Refugio, tenemos eso en común…

Encendió un cigarrillo sin prisas y observó con aire ausente el fulgor de la punta.

—Las leyes de la historia son tan absolutas como las leyes de la física y si las probabilidades de que haya un error son mayores es solo porque la historia no se ocupa de tantos seres humanos como la física de átomos, así que las variaciones individuales cuentan más. Seldon predijo una serie de crisis durante los mil años de crecimiento, cada una de las cuales obligaría a dar un nuevo giro a nuestra historia que la adentraría por un camino ya calculado. Son esas crisis las que nos dirigen y por tanto, debe producirse una crisis en estos momentos.

»¡Ahora mismo! —repitió la joven con fuerza—. Casi ha pasado un siglo desde la última y, durante ese siglo, se ha repetido en la Fundación cada vicio del Imperio. ¡Inercia! Nuestra clase gobernante solo conoce una ley, nada de cambios. ¡Despotismo! Solo conocen una forma de mando, la fuerza. ¡Mala distribución! Solo conocen un deseo, conservar lo que es suyo.

—¡Mientras otros se mueren de hambre! —rugió Fran de repente con un golpe todopoderoso del puño en el brazo de su sillón—. Muchacha, tus palabras son como perlas. Las gordas tripas de sus bolsas de dinero arruinan a la Fundación, mientras los valientes comerciantes ocultan su pobreza en mundos que son escoria, como Refugio. Es una ignominia para Seldon, como si le tiraran polvo a la cara, como si le escupieran en la barba. —El anciano levantó el brazo y luego se le cambió la expresión—. ¡Si tuviera el otro brazo! ¡Si, en su momento, me hubieran escuchado!

—Papá —dijo Toran—, tranquilízate.

—Tranquilízate. Tranquilízate —lo imitó su padre con furia—.

Viviremos aquí y moriremos aquí para siempre y tú dices que me tranquilice.

—Ese es nuestro moderno Lathan Devers —dijo Randu señalándolo con la pipa—, este Fran nuestro. Devers murió en las minas de esclavos hace ochenta años con el bisabuelo de tu padre porque carecía de sabiduría y no carecía de corazón…

—¡Sí, por la galaxia, y yo haría lo mismo si fuera él! —maldijo Fran—. Devers fue el comerciante más grande de la historia, más grande que ese pretencioso charlatán, Mallow, ese al que adoran los de la Fundación. Si los déspotas asesinos que dominan la Fundación lo mataron porque amaba la justicia, mayor es la deuda de sangre que tenemos con él.

—Continúa, muchacha —dijo Randu—. Continúa o seguro que sigue hablando toda la noche y despotricando todo el día siguiente.

—No hay nada más que decir —dijo Bayta con una tristeza repentina—. Tiene que haber una crisis, pero yo no sé cómo provocar una. Las fuerzas progresistas de la Fundación están terriblemente oprimidas. Puede que vosotros, los comerciantes, tengáis la voluntad, pero vivís acosados y desunidos. Si todas las fuerzas de buena voluntad, dentro y fuera de la Fundación, pudieran combinarse…

La carcajada de Fran fue una burla estridente.

—Escúchala, Randu, escúchala. Dentro y fuera de la Fundación, dice. ¡Ay, muchacha, muchacha!, no hay ninguna esperanza en los costados llenos de grasa de la Fundación. Entre ellos algunos empuñan el látigo y el resto son nata montada, montada y muerta. En todo ese podrido mundo no quedan agallas suficientes para desafiar a un solo buen comerciante.

Los intentos que hacía Bayta por interrumpirlo se estrellaban sin fuerzas contra el viento aplastante del anciano.

Toran se inclinó sobre ella y le puso una mano en la boca.

—Papá —le dijo al anciano con tono frío—, tú jamás has estado en la Fundación. No sabes nada de ella. Déjame decirte que su resistencia clandestina es más que valiente y atrevida. Podría decirte que Bayta era uno de ellos…

—Está bien, muchacho, no te ofendas. Vamos, ¿por qué hay que enfadarse? —El anciano parecía afectado de verdad.

Pero Toran continuó con fervor.

—El problema contigo, papá, es que tienes una perspectiva provinciana. Crees que porque unos cuantos miles de comerciantes se escabullen por agujeros de un planeta que nadie quiere al final de ninguna parte, ya son geniales. Claro, cualquier recaudador de impuestos de la Fundación que llegue aquí, ya no sale, pero eso es heroísmo barato. ¿Qué haríais si la Fundación enviara una flota?

—Los reventaríamos —dijo Fran con aspereza.

—Y os reventarían, solo que el balance sería a su favor. Os superan en número, en armas y en organización, y en cuanto la Fundación crea que merece la pena molestarse, os daréis cuenta. Así que será mejor que busquéis aliados, en la propia Fundación, si podéis.

—Randu —dijo Fran mirando a su hermano como un gran toro indefenso.

Randu se quitó la pipa de la boca.

—El chico tiene razón, Fran. Cuando escuchas esos pequeños pensamientos que se ocultan en tu interior, sabes que la tiene. Pero son pensamientos incómodos así que los ahogas a base de rugidos. Pero ahí siguen. Toran, te voy a decir por qué he sacado este tema.

Fumó un momento con aire pensativo, luego metió la pipa en el cuello de la cubeta, esperó que se produjera el silencioso destello y la sacó limpia. Después la volvió a llenar sin prisas con golpecitos precisos del dedo meñique.

—Tu pequeña sugerencia sobre el interés que pueda tener la Fundación en nosotros, Toran, viene al caso —dijo—. Últimamente hemos tenido dos visitas por cuestiones de impuestos. Lo inquietante es que el segundo visitante llegó acompañado de una patrullera ligera. Aterrizaron en Gleiar, evitándonos a nosotros, para variar, y no volvieron a despegar, como es natural. Pero ahora seguro que vuelven. Tu padre es consciente de todo eso, Toran, de veras.

»Mira a ese tozudo viejo verde. Sabe que Refugio está metido en un lío y sabe que estamos indefensos, pero sigue repitiendo sus viejas fórmulas. Eso lo calienta y lo protege. Pero una vez que ha terminado de rugir todos sus desafíos y siente que ha cumplido con su deber de hombre y de macho, bueno, es un hombre tan razonable como cualquiera de nosotros.

—¿Cualquiera de quiénes? —preguntó Bayta.

El anciano le sonrió.

—Hemos formado un pequeño grupo, Bayta, justo aquí, en nuestra ciudad. Todavía no hemos hecho nada. Ni siquiera hemos conseguido ponernos en contacto con las otras ciudades, pero es un comienzo.

—¿Pero de qué?

Randu sacudió la cabeza.

—No lo sabemos, todavía. Esperamos un milagro. Hemos decidido que, como tú has dicho, tiene que estar a punto de estallar una crisis Seldon. —Hizo un amplio gesto que señaló las alturas—. La galaxia está llena de trozos y astillas del Imperio roto. Los generales pululan por todas partes. ¿Crees que puede llegar el momento en que uno de ellos tome la iniciativa?

Bayta lo pensó y sacudió la cabeza con gesto decidido, de tal modo que la larga melena lisa, con el único mechón que se le rizaba al final, se arremolinó alrededor de sus orejas.

—No, no hay forma. No hay ni un solo general entre todos esos que no sepa que un ataque contra la Fundación es un suicidio. Bel Riose, del antiguo Imperio, era mejor que cualquiera de ellos y atacó con los recursos de una galaxia, y no pudo ganar contra el plan Seldon. ¿Hay algún general que no sepa eso?

—¿Pero y si pudiéramos espolearlos?

—¿Para que se metieran en dónde? ¿En un horno atómico? ¿Con qué ibas a espolearlos?

—Bueno, hay uno, uno nuevo. En el último año o dos hemos oído hablar de un hombre extraño al que llaman el Mulo.

—¿El Mulo? —La joven lo pensó un momento—. ¿Has oído hablar de él, Torie?

Toran negó con la cabeza y la joven continuó.

—¿Y qué pasa con él?

—No lo sé. Pero consigue victorias, según dicen, contra todo pronóstico. Puede que los rumores exageren, pero sería interesante conocerlo, en cualquier caso. No todos los hombres con la suficiente habilidad y ambición van a creer en Hari Seldon y sus leyes de la psicohistoria. Podríamos alentar esa falta de fe. Ese hombre podría atacar.

—Y la Fundación ganaría.

—Sí, pero no necesariamente con facilidad. Podría producirse

una crisis y nosotros podríamos aprovecharnos de esa crisis para forzar un compromiso con los déspotas de la Fundación. En el peor de los casos, nos olvidarían el tiempo suficiente como para permitirnos hacer más planes.

—¿Tú qué crees, Torie?

Toran esbozó una sonrisa débil y se tiró de un rizo castaño suelto que le caía sobre un ojo.

—Por la forma que lo describe, no nos puede hacer daño intentarlo, pero ¿quién es el Mulo? ¿Qué sabes de él, Randu?

—Nada todavía. Para eso podríamos utilizarte a ti, Toran. Y a tu mujer, si está dispuesta. Hemos hablado de esto, tu padre y yo. Lo hemos discutido a conciencia.

—¿En qué sentido, Randu? ¿Qué queréis de nosotros? —El joven le lanzó una mirada rápida e inquisitiva a su mujer.

—¿Habéis tenido una luna de miel?

—Bueno… sí… si se puede llamar luna de miel al viaje desde la Fundación.

—¿Qué os parece una mejor en Kalgan? Es un paraíso semitropical, playas, deportes acuáticos, caza de pájaros, todo un lugar de vacaciones. Está a unos siete mil parsecs, no demasiado lejos.

—¿Qué hay en Kalgan?

—¡El Mulo! O sus hombres, al menos. Lo tomó el mes pasado y sin una sola batalla, aunque el caudillo de Kalgan amenazó a los cuatro vientos con volar el planeta y convertirlo en polvo iónico antes que entregarlo.

—¿Y dónde está ahora ese caudillo?

—No está —dijo Randu con un encogimiento de hombros—. ¿Qué decís?

—¿Pero qué tenemos que hacer?

—No lo sé. Fran y yo somos viejos, unos provincianos. Los comerciantes de Refugio son, en esencia, provincianos. Hasta vosotros lo decís. Nuestro comercio es muy restringido y ya no recorremos la galaxia entera como nuestros ancestros. ¡Cállate, Fran! Pero vosotros dos conocéis la galaxia. Bayta, sobre todo, habla con un bonito acento de la Fundación. Solo deseamos saber lo que podáis averiguar. Si podéis entrar en contacto…, pero tampoco esperaríamos eso. Supongamos que os lo pensáis, los dos. Podéis

conocer a todo nuestro grupo si queréis… Oh, pero no antes de la semana que viene. Deberíais tener un poco de tiempo para recuperar el aliento.

Hubo una pausa y luego Fran rugió:

—¿Quién quiere otra copa? Es decir, ¿además de yo mismo?

12

El capitán y el alcalde

El capitán Han Pritcher no estaba acostumbrado al lujo de su entorno, pero tampoco lo impresionaba, ni mucho menos. Por lo general no alentaba el autoanálisis ni ninguna otra forma de filosofía y metafísica que no estuviera directamente relacionada con su trabajo.

Y eso ayudaba.

Su trabajo consistía sobre todo en lo que el Departamento de Guerra llamaba «inteligencia», los sofisticados, «espionaje», y los románticos, «cosas de espías». Y, por desgracia, a pesar de la superficial estridencia de los televisores, la «inteligencia», el «espionaje» y las «cosas de espías» son, en el mejor de los casos, un asunto sórdido de rutina traicionada y mala fe. La sociedad lo excusa porque es en «interés del Estado» pero dado que la filosofía siempre parecía llevar al capitán Pritcher a la conclusión de que, incluso con ese sagrado interés presente, es mucho más fácil tranquilizar a la sociedad que a tu propia conciencia, el hombre no alentaba las conclusiones filosóficas.

Y en esos momentos, en medio del lujo de la antesala del alcalde, y a su pesar, sus pensamientos se volvían hacia sí mismo.

Continuamente habían ascendido a otros hombres por delante de él, aunque su habilidad fuese menor, eso por lo menos se reconocía. Había soportado una lluvia eterna de manchas y reprimendas oficiales, y había sobrevivido a todo. Y se había empeñado en mantenerse firme con obstinación, con la firme creencia de que la insubordinación en nombre de ese mismo y sagrado «interés del Estado» terminaría reconociéndose como el servicio que era.

Así que allí estaba, en la antesala del alcalde, con cinco soldados como respetuosa guardia de honor y con toda probabilidad un consejo de guerra esperándolo en el interior.

Las pesadas puertas de mármol se fueron separando con

suavidad, sin ruido, y revelaron unas paredes satinadas, una moqueta de plástico rojo y en el interior, dos puertas más de mármol con incrustaciones de metal. Dos oficiales, con el uniforme de líneas rectas de tres siglos atrás, salieron y lo llamaron.

—Audiencia para el capitán Han Pritcher, de Información.

Dieron un paso atrás con una ceremoniosa inclinación cuando se adelantó el capitán. Su escolta se detuvo ante la puerta exterior y él continuó solo.

Al otro lado de las puertas, en una gran sala extrañamente sencilla y detrás de un gran escritorio extrañamente anguloso, se sentaba un hombre pequeño casi perdido en aquella inmensidad.

El alcalde Indbur, el tercero seguido que ostentaba aquel nombre, era nieto del primer Indbur, que había sido un hombre brutal y muy capacitado, que había exhibido esa primera cualidad de una forma espectacular al alzarse con el poder y la segunda con la habilidad con la que puso fin a los últimos y ridículos restos de elecciones libres y la habilidad todavía mayor con la que mantuvo un gobierno hasta cierto punto pacífico.

El alcalde Indbur era también hijo del segundo Indbur, que fue el primer alcalde de la Fundación que accedió al puesto por derecho de nacimiento, y que solo era la mitad de hombre que su padre, ya que él se limitaba solo a ser brutal.

Así que el alcalde Indbur era el tercero de ese nombre y el segundo en acceder al puesto por derecho de nacimiento, y era el menor de los tres hombres, porque no era brutal ni estaba capacitado, no era más que un excelente contable nacido donde menos debía.

Indbur tercero era, para todos salvo para sí mismo, una peculiar combinación de características sucedáneas.

Al cariño forzado y geométrico por el orden él lo llamaba «sistema», el interés infatigable y ferviente por los detalles más mezquinos de la burocracia diaria era «laboriosidad»; la indecisión ante los aciertos, «cautela» y la terquedad ciega ante los errores, «determinación».

Y además, no tiraba el dinero, no mataba a nadie sin necesidad y sus intenciones siempre eran inmejorables.

Si los lúgubres pensamientos del capitán Pritcher corrían parejos a estos mientras permanecía con actitud respetuosa en su sitio, ante

el gran escritorio, la disposición inexpresiva de sus rasgos no permitía vislumbrarlo. No tosió, no cambió de postura y no arrastró los pies hasta que el alcalde levantó el delgado rostro poco a poco, cuando el atareado bolígrafo dejó su tarea de hacer notas al margen y una hoja completamente escrita se alzó de una pulcra pila de papeles y se colocó sobre otra pulcra pila de papeles.

El alcalde Indbur juntó las manos con cuidado ante él y se abstuvo de forma deliberada de alterar el cuidadoso orden de los accesorios del escritorio.

Después dijo a modo de saludo:

—Capitán Han Pritcher, de Información.

Y el capitán Pritcher, en estricta obediencia del protocolo, dobló una rodilla casi hasta el suelo e inclinó la cabeza hasta que oyó las palabras que lo eximían de la postura.

—¡Levántese, capitán Pritcher!

El alcalde se dirigió a él con un aire de cálida comprensión.

—Está usted aquí, capitán Pritcher, a causa de cierta medida disciplinaria que ha tomado contra usted su oficial superior. Los documentos referidos a tal medida han llegado, como es habitual en el curso de los acontecimientos, a mi conocimiento y dado que nada de lo que sucede en la Fundación carece de interés para mí, me he tomado la molestia de pedir más información sobre su caso. No estará, espero, sorprendido.

—Excelencia, no —dijo el capitán Pritcher sin dejarse afectar—. Su justicia es proverbial.

—¿Lo es? ¿Lo es? —El tono del alcalde era satisfecho y las lentes de contacto ahumadas que llevaba reflejaban la luz de un modo que le confería un brillo duro y seco a sus ojos. Extendió ante él con meticulosidad una serie de carpetas de metal. Los pergaminos que había dentro crujieron con aspereza al volverlos y su largo dedo seguía la línea mientras hablaba.

»Tengo aquí su historial, capitán, completo. Tiene usted cuarenta y tres años y ha sido Oficial de las Fuerzas Armadas durante diecisiete años. Nació usted en Loris, de padres anacreontinos, ninguna enfermedad infantil grave, un ataque de mio… Bueno, eso no tiene importancia… educación premilitar, en la Academia de Ciencias, licenciado, hipermotores, buena reputación académica… Ajá, muy bien, hay que felicitarlo… entró

en la Academia como suboficial el centésimo segundo día del año 293 de la Era de la Fundación.

El alcalde levantó los ojos un momento cuando apartó la primera carpeta y abrió la segunda.

—Ya ve —dijo—, en mi administración, nada queda al azar. ¡Orden! ¡Sistema!

Se llevó a los labios un glóbulo de gelatina rosa aromatizada. Era su único vicio y apenas caía en él más que muy de cuando en cuando. No había más que ver que el escritorio del alcalde carecía del casi inevitable vaporizador atómico para la eliminación de tabaco marchito. Y es que el alcalde no fumaba.

Ni tampoco, por lo general, lo hacían sus visitantes.

La voz del alcalde siguió zumbando metódica, mal articulada, adormecedora, intercalada de vez en cuando con comentarios susurrados de elogio o reproche, tan moderados como inútiles.

Poco a poco volvió a colocar las carpetas como estaban en un principio, en una única y pulcra pila.

—Bueno, capitán —dijo entonces con tono vivo—, su historial no es de los habituales. Su capacidad es sobresaliente, al parecer, y sus servicios, valiosos más allá de toda duda. Observo que lo han herido dos veces en el cumplimiento de su deber y que le han concedido la Orden del Mérito por su valentía más allá de lo que exige el deber. Esos son hechos que no deben menospreciarse ni tomarse a la ligera.

El rostro inexpresivo del capitán Pritcher no se suavizó. Permaneció erguido y rígido. El protocolo exigía que un súbdito al que se le había honrado con una audiencia con el alcalde no podía sentarse, un punto que quizá recalcara de forma un tanto innecesaria el hecho de que solo existiera una silla en toda la sala, la que estaba debajo del alcalde. El protocolo también exigía que no hablase más de lo necesario para responder a una pregunta directa.

Los ojos del alcalde se clavaron con dureza en el soldado y su voz se hizo más mordaz y pesada.

—Sin embargo, no lo han ascendido en diez años y sus superiores informan, una y otra vez, sobre la obstinación inflexible de su carácter. Los informes dicen que se insubordina de forma crónica, que es incapaz de mantener una actitud correcta con sus oficiales superiores, que al parecer no le interesa mantener una

relación carente de fricciones con sus colegas y que además es un agitador incurable. ¿Cómo explica eso, capitán?

—Excelencia, hago lo que me parece correcto. Lo que he hecho en nombre del Estado, y las heridas que he sufrido por esa causa, demuestran que lo que me parece correcto es también lo que más conviene al Estado.

—Una declaración muy marcial, capitán, pero una doctrina muy peligrosa. Ya seguiremos con eso, más tarde. En concreto, se le acusa de rechazar una misión tres veces aunque se le entregaron unas órdenes firmadas por mis delegados legales. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Excelencia, la misión carece de trascendencia en un momento crítico en el que se está haciendo caso omiso de asuntos de la máxima importancia.

—Ah, ¿y quién le dice a usted que esos asuntos de los que habla son de la máxima importancia, y si lo son, quién le dice a usted además que se está haciendo caso omiso de ellos?

—Excelencia, ese tipo de cosas son evidentes, en mi opinión. Mi experiencia y mi conocimiento de los acontecimientos, el valor de ninguno de los cuales niegan mis superiores, lo dejan claro.

—Pero, mi buen capitán, ¿está tan ciego que no ve que al arrogarse el derecho a determinar la política del Departamento de Inteligencia, usurpa usted las responsabilidades de su superior?

—Excelencia, mi obligación es, en primer lugar, para con el Estado, no para con mi superior.

—Eso es una falacia, ya que su superior tiene a su vez un superior y ese superior soy yo y yo soy el Estado. Pero bueno, no tendrá usted motivos para quejarse de esta justicia mía que usted dice que es proverbial. Explique, en sus propias palabras, la naturaleza de la infracción disciplinaria que ha provocado todo esto.

—Excelencia, durante el último año y medio se me ha encargado llevar la vida de un marino mercante retirado en el mundo de Kalgan. Mis instrucciones eran dirigir las actividades de la Fundación en el planeta y perfeccionar una organización que pudiese poner freno al caudillo de Kalgan, sobre todo en materia de política extranjera.

—Estoy al corriente de ello. ¡Continúe!

—Excelencia, mis informes han hecho constantemente hincapié en la posición estratégica de Kalgan y de los sistemas que controla. He informado sobre la ambición de ese caudillo, sus recursos, el hecho de que está decidido a extender sus dominios y la cordialidad esencial, o quizá neutralidad, que mostraba con la Fundación.

—He leído sus informes a fondo. ¡Continúe!

—Excelencia, regresé hace dos meses. En ese momento no había ninguna señal de guerra inminente; no había ninguna señal de nada, salvo de lo que incluso podría ser un exceso de capacidad para repeler cualquier ataque concebible. Hace un mes, un soldado de fortuna desconocido se apoderó de Kalgan sin un solo combate. El hombre que en otro tiempo era caudillo de Kalgan al parecer ya no vive. Los hombres no hablan de traición, hablan solo del poder y el genio de ese extraño condotiero, ese tal Mulo.

—¿Quién dice? —El alcalde se inclinó hacia delante, parecía ofendido.

—Excelencia, se le conoce como el Mulo. No se habla mucho de él, al menos no de datos objetivos, pero he reunido trozos y fragmentos de lo que se sabe y he entresacado los más probables. Al parecer es un hombre sin orígenes ni posición. Su padre, desconocido. Su madre, muerta en el parto. Su educación, la de un vagabundo. Su preparación, la de los mundos errantes y la de las callejuelas perdidas del espacio. No tiene más nombre que el del Mulo, un nombre que, según se dice, se impuso él mismo y que hace referencia, según la explicación popular, a su inmensa fuerza física y a la obstinación de sus objetivos.

—¿Cuál es su fuerza militar, capitán? Su físico da igual.

—Excelencia, se habla de enormes flotas, pero en eso puede que influya la extraña caída de Kalgan. El territorio que controla no es grande, aunque no es posible definir con precisión sus límites exactos. No obstante, se debe investigar a ese hombre.

—*Hmm*. ¡Bueno! ¡Bueno! —El alcalde cayó en una especie de ensueño y poco a poco, con veinticuatro golpes de su bolígrafo, dibujó seis cuadrados en disposiciones hexagonales en la primera hoja en blanco de un bloc que luego arrancó, dobló en tres partes iguales y deslizó por la ranura de la papelera que tenía a la derecha. El papel se deslizó rumbo a una desintegración atómica limpia y silenciosa.

»Bueno, pues dígame, capitán, ¿cuál es la alternativa? Me ha dicho usted lo que se “debe” investigar. ¿Pero qué se le ha “ordenado” investigar?

—Excelencia, hay un nido de ratas en el espacio que, al parecer, no paga sus impuestos.

—Ah, ¿y eso es todo? Usted no es consciente, y tampoco le han dicho, que esos hombres que no pagan sus impuestos son descendientes de los comerciantes salvajes de nuestros primeros tiempos: anarquistas, rebeldes, maníacos sociales que afirman descender de la Fundación y se mofan de la cultura de la Fundación. Usted no es consciente, y tampoco le han dicho, que ese nido de ratas del espacio no es uno, sino muchos; que esos nidos de ratas son más numerosos de lo que sabemos; que esos nidos de ratas conspiran juntos, unos con otros y con todos los elementos criminales que todavía existen por todo el territorio de la Fundación. ¡Incluso aquí, capitán, incluso aquí!

El momentáneo fuego del alcalde no tardó en apagarse.

—¿No es usted consciente, capitán?

—Excelencia, me han contado todo eso. Pero como sirviente del Estado, debo servir con lealtad y el que con más lealtad sirve es aquel que sirve a la verdad. Sean cuales sean las implicaciones políticas de esa escoria de los antiguos comerciantes, los caudillos que han heredado las astillas del antiguo Imperio tienen el poder. Los comerciantes no tienen armas ni recursos. Ni siquiera están unidos. Yo no soy ningún recaudador de impuestos para que me manden a hacer los recados de un niño.

—Capitán Pritcher, usted es un soldado y cuenta armas. Es un fallo haberlo consentido hasta un punto que implica desobediencia a mi persona. Tenga cuidado. Mi justicia no es una simple debilidad. Capitán, ya se ha demostrado que los generales de la Era Imperial y los caudillos de la actual son igual de impotentes contra nosotros. La ciencia de Seldon que predice el curso de la Fundación se basa, no en el heroísmo individual, como usted parece creer, sino en las tendencias sociales y económicas de la historia. Ya hemos superado con éxito cuatro crisis, ¿no es cierto?

—Excelencia, es cierto. Pero la ciencia de Seldon la conoce… la conoce solo Seldon. Nosotros no tenemos más que fe. En las tres primeras crisis, como bien me han enseñado, la Fundación la

dirigían líderes sabios que predijeron la naturaleza de las crisis y tomaron las precauciones adecuadas. De otro modo, ¿quién puede decir lo que hubiera ocurrido?

—Sí, capitán, pero omite usted la cuarta crisis. Vamos, capitán, en aquel entonces no teníamos un liderato digno de ese nombre y nos enfrentábamos al adversario más inteligente, a las armas más pesadas, a la fuerza más sólida de todas. Sin embargo, ganamos gracias a la cualidad inevitable de la historia.

—Excelencia, eso es cierto. Pero esa historia que usted menciona fue inevitable solo después de que lucháramos con desesperación durante más de un año. La inevitable victoria que alcanzamos nos costó medio millar de naves y medio millón de hombres. Excelencia, el plan de Seldon ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

El alcalde Indbur frunció el ceño y de repente se cansó de aquella paciente exposición. Se le ocurrió que había cierta falacia en la condescendencia, ya que se confundía con permiso para argumentar eternamente, para ponerse a discutir, para regodearse en la dialéctica.

—No obstante, capitán —dijo con frialdad—, Seldon garantiza la victoria sobre los caudillos y yo no puedo, en estos tiempos tan atareados, permitirme dispersar los esfuerzos. Esos comerciantes que usted desprecia proceden de la Fundación. Una guerra con ellos sería una guerra civil. El plan de Seldon no nos garantiza nada en ese caso, ya que tanto ellos como nosotros somos la Fundación. Así que hay que meterlos en cintura. Ya tiene sus órdenes.

—Excelencia…

—No se le ha hecho ninguna pregunta, capitán. Tiene sus órdenes y obedecerá esas órdenes. Más discusiones del tipo que sean conmigo o con aquellos que me representan serán consideradas traición. Puede irse.

El capitán Han Pritcher se arrodilló una vez más y luego se fue andando hacia atrás, despacio.

El alcalde Indbur, tercero de ese nombre y el segundo alcalde de la historia de la Fundación que accedió al puesto por derecho de nacimiento, recuperó el equilibrio y cogió otra hoja de papel del pulcro montón que tenía a su izquierda. Era un informe sobre el ahorro de fondos conseguido gracias a la reducción de la cantidad

de espuma de metal que ribeteaba los uniformes de la fuerza policial. El alcalde Indbur tachó una coma superflua, corrigió una falta de ortografía, hizo tres anotaciones al margen y colocó el informe sobre el pulcro montón que tenía a la derecha. Cogió otra hoja de papel del pulcro montón que tenía a su izquierda…

El capitán Han Pritcher, de Información, encontró una cápsula personal esperándolo cuando regresó al cuartel. Contenía órdenes, escuetas y subrayadas en rojo con el sello de «Urgente» estampado y todo ello inicializado con una «I» mayúscula y precisa.

Al capitán Han Pritcher se le ordenaba enérgicamente que acudiera al «mundo rebelde llamado Refugio».

El capitán Han Pritcher, solo en su deslizador personal ligero, puso rumbo a Kalgan con toda calma y tranquilidad. Y esa noche durmió con el sueño del hombre que ha logrado mantener su obstinación contra todo.

13

El teniente y el payaso

Si, a siete mil parsecs de distancia, la caída de Kalgan ante los ejércitos del Mulo había producido reverberaciones que habían suscitado la curiosidad de un anciano comerciante, el temor de un capitán tenaz y la irritación de un alcalde meticuloso en los habitantes del propio Kalgan no produjo nada ni emocionó a nadie.

Es una lección invariable para la humanidad que la distancia en el tiempo, y también en el espacio, centra las cosas. Lo que no se ha plasmado, por cierto, es que esa lección se haya llegado a aprender en algún momento de una vez por todas.

Kalgan era… Kalgan. Era el único lugar de todo el cuadrante de la galaxia que no parecía saber que el Imperio había caído, que ya no gobernaban los Stannell, que la grandeza se había ido y que la paz había desaparecido.

Kalgan era el mundo del lujo. El edificio de la humanidad se derrumbaba, pero ellos mantenían su integridad como productores de placer, compradores de oro y vendedores de ocio.

Conseguía escapar de las vicisitudes más duras de la historia porque, qué conquistador querría destruir o siquiera producir daños graves en un mundo lleno de dinero contante y sonante que podría comprar la inmunidad.

Pero hasta Kalgan se había convertido al fin en cuartel de un caudillo y su suavidad había quedado atenuada por las exigencias de la guerra.

En sus selvas domesticadas, en sus costas ligeramente moldeadas y sus ciudades repletas de estridente glamour, resonaban los desfiles de los mercenarios importados y los ciudadanos impresionados. Los mundos de su provincia habían sido armados y, por primera vez en su historia, su dinero invertido en naves de batalla en lugar de en sobornos. Su gobernante demostró, sin dejar lugar a dudas, que estaba decidido a defender lo que era suyo e impaciente por

apoderarse de lo que era de otros.

Era uno de los grandes de la galaxia, un hacedor de guerra y de paz, un constructor del Imperio, un hombre capaz de establecer una dinastía.

Y un desconocido con un apodo ridículo se había apoderado de él, de sus armas y de su Imperio en ciernes, y ni siquiera había librado una sola batalla.

Así que Kalgan volvía a estar como antes y sus ciudadanos uniformados se apresuraron a regresar a su antigua vida mientras los profesionales extranjeros de la guerra se confundieron con facilidad con las bandas nuevas que llegaron.

Y otra vez, como siempre, se disfrutó de las elaboradas cacerías de lujo de la vida animal criada en las selvas que nunca acababan con una vida humana; y de las persecuciones de aves en deslizadores por los cielos del planeta, que solo resultaban fatales para las grandes aves.

En las ciudades, los que buscaban evadirse de la galaxia podían disfrutar de la variedad de placeres que más conviniera a sus bolsillos, desde los etéreos palacios del cielo repletos de espectáculos y fantasía que abrían sus puertas a las masas con el simple tintineo de medio crédito, hasta los locales discretos y camuflados que solo conocían los dueños de grandes riquezas.

A aquella inmensa inundación, Toran y Bayta no añadían ni siquiera unas gotas. Registraron su nave en el enorme hangar común de la península del Este y se dirigieron hacia ese compromiso de las clases medias, el mar Interior, donde los placeres eran todavía legales, e incluso respetables, y las multitudes aún se podían soportar.

Bayta llevaba gafas oscuras para protegerse de la luz y una fina túnica blanca para contrarrestar el calor. Con unos brazos tintados y cálidos, apenas un poco más dorados por el sol, se rodeaba las rodillas con fuerza y contemplaba con una mirada firme y abstraída el cuerpo estirado de su marido, que casi resplandecía bajo el brillo del esplendor blanco del sol.

—No abuses —le había dicho al principio, pero Toran procedía de una estrella agonizante. A pesar de los tres años pasados en la Fundación, el sol era un lujo y durante los últimos cuatro días su piel, tratada de antemano para resistir los rayos, no había sentido la

dureza de la ropa salvo por unos simples pantalones cortos.

Bayta se acurrucaba cerca de él, sobre la arena, y hablaban en susurros.

La voz de Toran era sombría al subir flotando desde su rostro relajado.

—No, admito que no hemos llegado a ninguna parte. ¿Pero dónde está? ¿Quién es? Esta locura de mundo no habla de él. Quizá no exista.

—Existe —respondió Bayta sin apenas mover los labios—. Es muy listo, eso es todo. Y tu tío tiene razón. Es un hombre al que podríamos utilizar… si hay tiempo.

Una breve pausa.

—¿Sabes lo que he estado haciendo, Bay? —susurró Toran—. Estoy soñando despierto que estoy sumido en un estupor provocado por el sol, sin más. Las cosas se solucionan ellas solas, y es todo tan bonito… —La voz del hombre estuvo a punto de perderse y luego se recuperó—. ¿Te acuerdas de lo que decía el doctor Amann en la facultad, Bay? La Fundación no puede perder, pero eso no significa que los gobernantes de la Fundación tampoco puedan. ¿No empezó la verdadera historia de la Fundación cuando Salvor Hardin echó a los enciclopedistas y tomó el mando del planeta Términus como primer alcalde? Y luego, al siglo siguiente, ¿no se hizo Hober Mallow con el poder por medio de métodos casi tan drásticos como aquellos? Con esa ya son dos veces en las que se derrotó a los gobernantes, así que puede hacerse. Así que, ¿por qué no nosotros?

—Es el argumento más viejo del libro, Torie. Pierdes el tiempo persiguiendo un sueño.

—¿Ah, sí? Pues síguelo. ¿Qué es Refugio? ¿No es una parte de la Fundación? No es más que una parte del proletariado externo, por así decirlo. Si nos convertimos en los mandamases, sigue ganando la Fundación y solo son los gobernantes actuales los que pierden.

—Hay mucha diferencia entre «podemos» y «lo hacemos». Solo estás farfullando.

Toran se retorció un poco.

—Tonterías, Bay, lo que pasa es que ahora estás de mal humor y amargada. ¿Por qué quieres estropearme la diversión? Pues me voy a dormir si no te importa.

Pero Bayta estaba estirando la cabeza y de repente, en un

auténtico *non sequitur*, lanzó una risita y se quitó las gafas para mirar playa abajo, protegiéndose los ojos solo con la mano.

Toran alzó la cabeza y después levantó y giró los hombros para seguir la mirada de su mujer.

Al parecer, la joven estaba contemplando una figura alta y larguirucha, con los pies en el aire, que se tambaleaba haciendo el pino para diversión de una multitud desordenada. Era uno de los tantos acróbatas mendigos que pululaban por la costa y cuyas ágiles articulaciones se doblaban y chasqueaban por las pocas monedas que les arrojaban.

Un guardia de la playa le estaba haciendo gestos para que se fuera y con un equilibrio sorprendente sobre una sola mano, el payaso se llevó un pulgar a la nariz en un gesto al revés. El guardia se adelantó con ademán amenazante y después se tambaleó hacia atrás con un pie en el estómago. El payaso se enderezó sin interrumpir el movimiento de la patada inicial y se alejó, mientras al guardia, que echaba espuma por la boca, lo contenía una multitud muy poco comprensiva.

El payaso se fue abriendo paso playa abajo. Pasó rozando a muchos, dudó con frecuencia y no se paró en ningún sitio. La multitud original se había dispersado. El guardia se había ido.

—Es un tipo muy raro —dijo Bayta, divertida, y Toran asintió con indiferencia. El payaso ya estaba lo bastante cerca como para que pudieran verlo con claridad. Su rostro flaco se unía por delante en una nariz de planos generosos y una punta carnosa que parecía casi prensil. Sus miembros, largos y enjutos, y su cuerpo flaco, acentuado por el traje que llevaba, se movían con facilidad y elegancia, pero también como si lo hubieran juntado al azar.

Mirarlo era sonreír.

El payaso pareció consciente de súbito de la mirada de la pareja ya que se detuvo después de pasar junto a ellos y, con un brusco giro, se acercó. Sus ojos grandes y castaños se clavaron en Bayta.

La joven se quedó desconcertada.

El payaso sonrió, pero eso solo entristeció su rostro picudo y cuando habló fue con la enunciación suave y elaborada de los Sectores Centrales.

—Si hubiera de utilizar el ingenio que los bondadosos espíritus me otorgaron —dijo—, diría entonces que esta dama no puede

existir, pues qué hombre cuerdo consideraría que un sueño es realidad. Y sin embargo, más preferiría no estar cuerdo y dar crédito a unos ojos hechizados, encantados.

Los ojos de Bayta fueron los que se abrieron de par en par.

—¡Uau! —dijo.

Toran se echó a reír.

—Vaya, así que eres una hechicera. Adelante, Bay, eso se merece una moneda de cinco créditos. Que se la guarde.

Pero el payaso ya se había adelantado con un salto.

—No, mi señora, no me confundáis. No he hablado por dinero, en absoluto, sino por esos ojos brillantes y ese dulce rostro.

—Bueno, pues gracias —y después se dirigió a Toran—. Caray, ¿crees que le da el sol en los ojos?

—Pero no solo por los ojos y el rostro —farfulló el payaso a medida que sus palabras se lanzaban unas sobre otras en un frenesí cada vez más acentuado—, sino también por una mente clara y sólida, y amable también.

Toran se puso en pie, cogió la túnica blanca que llevaba cuatro días rodeándole el brazo y se la puso.

—Muy bien, colega —dijo—, supongamos que me dices lo que quieres y dejas de molestar a la dama.

El payaso dio un paso atrás, asustado, y su magro cuerpo se encogió.

—Bueno, no quería yo ofender a nadie, desde luego. No conozco a nadie aquí y se ha dicho que soy de sesos hueros, pero hay algo en los rostros que sé leer. Detrás de la belleza de esta dama, hay un corazón que es amable y que me ayudaría con mis problemas a pesar de la audacia con la que hablo.

—¿Y cinco créditos curarán tus problemas? —dijo Toran con sequedad mientras le tendía la moneda.

Pero el payaso no se movió para cogerla y Bayta dijo:

—Déjame hablar con él, Torie. —Después se apresuró a añadir en voz más baja—: No tiene sentido molestarse por su absurda forma de hablar. No es más que su dialecto y lo más probable es que nuestra lengua le resulte igual de extraña.

»¿Cuál es ese problema? —le dijo al payaso—. No estarás preocupado por el guardia, ¿verdad? No te va a molestar.

—Oh, no, no por él. No es más que una brisa que hace girar el

polvo alrededor de mis tobillos. Es de otro del que huyo y ese es una tormenta que barre mundos, los hace a un lado y los lanza unos contra otros. Hace una semana huí, he dormido en las calles de la ciudad y me he ocultado entre las multitudes de la ciudad. He mirado en muchos rostros en busca de la ayuda que necesito. Y la encuentro aquí. —Repitió la última frase en un tono más suave y angustiado, y sus grandes ojos se llenaron de inquietud—: Y la encuentro aquí.

—Bueno —dijo Bayta con tono razonable—. Me gustaría ayudar, pero, la verdad, amigo, yo no soy ninguna protección contra una tormenta que barre mundos. A decir verdad, no me vendría mal…

Entonces se oyó una voz animada y poderosa que cayó sobre ellos.

—Bueno, mira por dónde, granuja salido del cieno…

Era el guardia de la playa, con la cara encendida y una mueca de desdén en los labios, que se acercaba a la carrera. Lo apuntó con una pistola paralizante de baja potencia.

—Ustedes dos, sujétenlo. Que no escape. —Su pesada mano cayó sobre el hombro delgado del payaso y le arrancó un quejido.

—¿Qué ha hecho? —dijo Toran.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? ¡Bueno, esta sí que es buena! —El guardia metió la mano dentro del bolsillo colgante que llevaba pegado al cinturón y sacó un pañuelo morado con el que se secó el cuello desnudo. Después dijo encantado—: Yo les diré lo que ha hecho. Es un fugitivo. Ya se ha corrido la voz por todo Kalgan y yo lo habría reconocido antes si hubiera estado de pie en lugar de haciendo el pino con esa cara de halcón. —Y sacudió a su presa con un buen humor fiero.

—Bueno, ¿y de dónde se escapó, señor? —dijo Bayta con una sonrisa.

El guardia levantó la voz. Se estaba reuniendo una multitud que parloteaba con los ojos muy abiertos y con el aumento de público, las ínfulas del guardia crecieron en proporción directa.

—¿Que de dónde se escapó? —declamó el oficial con un sarcasmo supremo—. En fin, supongo que habrán oído hablar del Mulo.

Se detuvieron todos los murmullos y Bayta sintió que un repentino chorro helado le bajaba por el estómago. El payaso solo

tenía ojos para ella, y seguía temblando entre las garras fornidas del guardia.

—Y quién —continuó el guardia con tono pomposo— iba a ser este andrajoso infernal salvo el mismísimo bufón de la corte de su señoría, que se ha escapado. —Zarandeó entonces a su cautivo con una sacudida gigantesca—. ¿Lo admites, necio?

La única respuesta fue un temor pálido y los silenciosos bisbiseos de la voz de Bayta junto al oído de Toran.

Este se acercó al guardia con ademán amigable.

—Pero hombre, supongamos que le quita la mano de encima durante solo un momento. El artista que sujeta llevaba un rato bailando para nosotros y todavía no se ha ganado sus honorarios.

—¡Oiga! —La voz del guardia se alzó, preocupada de repente—. Hay una recompensa…

—Y la tendrá, si puede demostrar que es el hombre que busca. Supongamos que se retira hasta entonces. Sepa que está molestando a un invitado, lo que podría ser grave para usted.

—Pero usted está molestando a su señoría y eso sí que será grave para usted. —Sacudió otra vez al payaso—. Devuélvele al hombre su dinero, carroña.

La mano de Toran se movió a toda velocidad y le arrancó al guardia la pistola paralizante, casi llevándose consigo medio dedo. El guardia aulló de dolor y rabia. Toran lo apartó de un violento empujón y el payaso, suelto ya, se escabulló tras él.

La multitud, cuyos límites quedaban ya fuera de la vista, no le prestó demasiada atención al último acontecimiento. Algunos cuellos se estiraron y se había producido un movimiento centrífugo, como si muchos hubieran decidido aumentar la distancia que los separaba del centro de actividad.

Y entonces hubo un bullicio y un reordenamiento basto a lo lejos. Se formó un pasillo y dos hombres lo atravesaron con grandes zancadas y unos látigos eléctricos, empuñados con despreocupación y listos para usar. Sobre las guerreras moradas lucían el diseño de un haz anguloso de rayos con un planeta partiéndose debajo.

Un gigante moreno con uniforme de teniente los seguía; oscuro de piel, cabello y expresión.

El hombre moreno habló con esa suavidad peligrosa que indicaba que no le hacía falta gritar para imponer sus caprichos.

—¿Eres tú el hombre que nos lo notificó? —dijo.

El guardia seguía sujetándose la mano retorcida y con el rostro distorsionado por el dolor murmuró:

—Reclamo la recompensa, su potestad, y acuso a ese hombre…

—Tendrás tu recompensa —dijo el teniente sin mirarlo. Después les hizo un gesto brusco a sus hombres—. Llévenselo.

Toran sintió que el payaso le tiraba de la túnica con ademán enloquecido.

Alzó la voz y contuvo el temblor que lo embargaba.

—Lo siento, teniente, este hombre es mío.

Los soldados asimilaron la declaración sin parpadear. Uno levantó el látigo con aire displicente, pero la orden tajante del teniente le hizo bajar la mano.

Su morena potestad se lanzó hacia delante y plantó el cuerpo cuadrado ante Toran.

—¿Quién es usted?

Y la respuesta resonó en el aire.

—Un ciudadano de la Fundación.

Funcionó… con la multitud, en cualquier caso. El silencio contenido se convirtió en un zumbido intenso. El nombre del Mulo quizá provocase miedo, pero era, después de todo, un nombre nuevo y no había llegado a penetrar tan profundamente en los órganos vitales como el antiguo nombre de la Fundación, la que había destruido al Imperio, y la que inspiraba un miedo que gobernaba un cuadrante de la galaxia con un despotismo despiadado.

El teniente no se amilanó.

—¿Es usted consciente de la identidad del hombre que se oculta tras usted? —dijo.

—Me han dicho que es un fugitivo de la corte de su líder, pero lo único que yo sé con certeza es que es amigo mío. Va a necesitar una prueba firme de su identidad para llevárselo.

Hubo suspiros agudos entre la multitud, pero el teniente los pasó por alto.

—¿Tiene usted encima los papeles que prueban su ciudadanía?

—En mi nave.

—¿Se da cuenta de que sus acciones son ilegales? Puedo hacer que le disparen.

—No me cabe duda. Pero entonces le habría disparado a un ciudadano de la Fundación y es muy probable que su cuerpo se enviase a la Fundación, descuartizado, como parte de la compensación. Ya lo han hecho otros caudillos.

El teniente se humedeció los labios. Aquello era cierto.

—¿Su nombre? —dijo entonces.

Toran aprovechó la ventaja que tenía.

—Responderé a las demás preguntas en mi nave. Puede obtener el número de celda en el hangar, está registrado a nombre de «Bayta».

—¿No va a entregar al fugitivo?

—Al Mulo, quizá. ¡Envíe a su amo!

La conversación había degenerado hasta no ser más que un susurro y el teniente se dio la vuelta con aspereza.

—¡Dispersen a la multitud! —les dijo a sus hombres con una ferocidad contenida.

Los látigos eléctricos se elevaron y cayeron. Hubo chillidos y una inmensa oleada de alejamientos y huidas.

Toran interrumpió su ensueño solo una vez de regreso al hangar.

—¡Por la galaxia, Bay! —dijo casi para sí—, ¡menudo rato he pasado! Estaba tan asustado…

—Sí —dijo la joven con una voz que todavía le temblaba y una mirada que todavía mostraba algo parecido a la adoración—, no fue nada propio de ti.

—Bueno, todavía no sé lo que pasó. Me planté allí con una pistola paralizante que ni siquiera estaba seguro de saber usar y le contesté. No sé por qué lo hice.

Miró al otro lado del pasillo del navío de corto recorrido que los estaba sacando de la zona de la playa y contempló el asiento en el que el payaso del Mulo dormía acurrucado y añadió con gesto asqueado:

—Fue lo más duro que he hecho jamás.

El teniente se encontraba ante el coronel de la guarnición con actitud respetuosa, el coronel lo miró.

—Buen trabajo. Su parte ya ha terminado —le dijo el superior.

Pero el teniente no se retiró de inmediato.

—El Mulo ha quedado mal ante una simple chusma, señor —dijo con tono sombrío—. Será necesario emprender acciones

disciplinarias para restablecer el ambiente adecuado de respeto.

—Ya se han tomado esas medidas.

El teniente empezó a darse la vuelta y luego, casi con resentimiento, dijo algo más.

—Estoy dispuesto a admitir, señor, que órdenes son órdenes, pero quedarme plantado delante de un hombre con su pistola paralizante y tragarme entera su insolencia fue lo más duro que he hecho jamás.

14

El mutante

El «hangar» de Kalgan es, en sí mismo, una institución bastante peculiar nacida de la necesidad de colocar un número ingente de naves traídas por los visitantes extranjeros y la simultánea, y, por tanto, inmensa, necesidad de disponer de alojamiento para esos mismos visitantes. El primer listo al que se le había ocurrido la solución más obvia se había convertido en millonario en un momento. Sus herederos, por cuestión de nacimiento o finanzas, estaban con toda facilidad entre los más ricos de Kalgan.

El hangar se extiende con torpeza por varios kilómetros cuadrados de territorio y «hangar» no es un término que lo describa demasiado bien. En esencia es un hotel… para naves. El viajero paga por adelantado y a su nave se le adjudica un amarradero desde el que puede despegar hacia el espacio en cualquier momento que lo desee. El visitante vive entonces en su nave como siempre. Los servicios de cualquier hotel normal, como la reposición de comida y suministros médicos mediante el pago de tarifas especiales, el mantenimiento más sencillo de la nave en sí y transporte especial por Kalgan a cambio de una suma simbólica, están también disponibles, por supuesto.

Por consiguiente, el visitante combina en una sola factura el espacio del hangar y la cuenta del hotel, y ahorra una buena cantidad. Los propietarios venden el uso temporal del suelo con amplios beneficios. El Gobierno recauda enormes impuestos. Todo el mundo se divierte. Nadie pierde. ¡Así de sencillo!

El hombre que bajaba por los márgenes envueltos en sombras de los amplios pasillos que conectaban las numerosísimas alas del hangar había especulado en el pasado sobre la novedad y utilidad del sistema descrito más arriba, pero esas eran reflexiones para momentos ociosos, y desde luego nada oportunas en esos instantes.

Las naves se alzaban a todo lo largo y ancho por las largas filas

de celdas cuidadosamente alineadas, y el hombre iba descartando fila tras fila. Era todo un experto en lo que estaba haciendo en esos momentos y si su estudio preliminar del registro del hangar no le había proporcionado la información concreta más allá de la dudosa indicación de un ala concreta, un ala que contenía cientos de naves, sus conocimientos especializados podían entresacar una de entre esos cientos.

Se oyó la insinuación de un suspiro en medio del silencio cuando el hombre se detuvo y se desvaneció por una de las filas; un insecto que se arrastraba, sin que llegaran a advertirlo los arrogantes monstruos de metal que descansaban allí.

De vez en cuando, el destello de luz de un ojo de buey indicaba la presencia de alguien que había abandonado temprano los placeres organizados y había regresado para disfrutar de placeres propios más sencillos, o quizá más privados.

El hombre se detuvo y habría sonreído si es que alguna vez sonreía. Desde luego las circunvoluciones de su cerebro llevaron a cabo el equivalente mental de una sonrisa.

La nave ante la que se detuvo tenía unas líneas puras y era obvio que era muy rápida. La peculiaridad de su diseño era lo que buscaba. No era un modelo habitual y en aquellos tiempos, la mayor parte de las naves de ese cuadrante de la galaxia imitaban el diseño de la Fundación o bien estaban construidas por los técnicos de la Fundación. Pero esa era especial. Esa era una nave de la Fundación, aunque solo fuera por los diminutos bultos de la superficie, eran los nódulos de la pantalla de protección que solo podía poseer una nave de la Fundación. También había otros indicativos.

El hombre no vaciló en ningún momento.

La barrera electrónica que cruzaba la fila de naves, como concesión a la privacidad por parte de la dirección, carecía totalmente de importancia para él. Se abrió con facilidad, y sin activar la alarma, cuando hizo uso de una fuerza neutralizadora muy especial que tenía a su disposición.

Así que la primera noticia que se tuvo dentro de la nave de que había entrado un intruso fue la señal fortuita y casi afable del silencioso interfono que había en el salón de la nave y que provocó la palma de una mano al posarse sobre la pequeña fotocélula que

había justo al lado de la esclusa de aire principal.

Y mientras continuaba con éxito el registro, Toran y Bayta solo sentían la seguridad más precaria dentro de las paredes de acero del *Bayta*. El payaso del Mulo, que les había informado que dentro del estrecho ámbito de su cuerpo albergaba el señorial nombre de Magnífico Giganticus, se había encorvado sobre la mesa y engullía a toda velocidad la comida que le habían puesto delante.

Sus tristes ojos castaños solo abandonaban la comida para seguir los movimientos de Bayta por la combinación de cocina y despensa en la que comía.

—El agradecimiento de un débil no tiene apenas valor —murmuró—, pero vos contáis con él, pues, en verdad, durante la última semana, poco más que sobras me he cruzado en mi camino y si bien mi cuerpo es pequeño, mi apetito es indecorosamente grande.

—¡Bueno, come entonces! —dijo Bayta con una sonrisa—. No pierdas el tiempo con agradecimientos. ¿No hay un proverbio de la galaxia Central sobre la gratitud? Creo que lo he oído alguna vez.

—Bien es cierto que lo hay, mi señora. Pues un hombre sabio, según me han contado, dijo una vez, «La gratitud es mejor y más eficaz cuando no se evapora en frases vacías». Pero cielos, mi señora, yo no soy más que un montón de frases vacías, al parecer. Cuando mis frases vacías agradaron al Mulo, me proporcionó un traje de corte y un nombre grandioso, pues, ya veis, en un principio yo no era más que Bobo, un nombre que no le agrada, y luego, cuando mis frases vacías no le agradaron, hizo recaer sobre mis pobres huesos palizas y latigazos.

Toran entró proveniente de la sala de pilotaje.

—Ya no queda más que esperar, Bay. Espero que el Mulo sea capaz de entender que una nave de la Fundación es territorio de la Fundación.

Magnífico Giganticus, en otro tiempo Bobo, abrió mucho los ojos y exclamó:

—Cuán grande es la Fundación ante la que hasta los crueles sirvientes del Mulo tiemblan.

—¿Tú también has oído hablar de la Fundación? —preguntó Bayta con una leve sonrisa.

—¿Y quién no? —La voz de Magnífico era un susurro misterioso

—. Los hay que dicen que es un mundo de gran magia, de fuegos que pueden consumir planetas y secretos de fuerzas poderosas. Dicen que ni siquiera la más alta nobleza de la galaxia podría lograr el honor y la deferencia que se consideran debidas por derecho natural a un simple hombre que pueda decir, «Yo soy ciudadano de la Fundación», ya sea solo un minero de rescate estelar o un don nadie como yo.

—Bueno, Magnífico —dijo Bayta—, no vas a terminar nunca si sigues dando discursos. Toma, te traeré un poco de leche aromatizada. Está buena.

Colocó una jarra de leche en la mesa y le hizo un gesto a Toran para que saliera de la habitación.

—Torie, ¿qué vamos a hacer ahora, con él? —e indicó con un ademán la cocina.

—¿A qué te refieres?

—Si viene el Mulo, ¿se lo vamos a entregar?

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer si no, Bay? —El joven parecía agobiado y el gesto con el que se echó hacia atrás el rizo húmedo de la frente era buena prueba de ello.

Después continuó con tono impaciente.

—Antes de llegar aquí tenía una idea vaga de que todo lo que teníamos que hacer era preguntar por el Mulo y luego ponernos a trabajar, hacer algo, ya sabes, nada concreto.

—Sé a qué te refieres, Torie. Yo no tenía muchas esperanzas de ver al Mulo en persona, pero sí que pensé que podíamos recoger alguna información de primera mano de todo este asunto y luego pasársela a la gente que sabe un poco más sobre esta intriga interestelar. Yo no soy ninguna espía de cuento.

—No me tranquilizas, Bay. —Toran se cruzó de brazos y frunció el ceño—. ¡Menuda situación! Ni siquiera se notaría que hay una persona como el Mulo salvo por este último y extraño golpe de suerte. ¿Crees que va a venir a buscar a su payaso?

Bayta levantó la cabeza y lo miró.

—No sé si quiero que venga. No sé qué decir ni qué hacer. ¿Y tú?

El interfono interno resonó con su zumbido intermitente. Los labios de Bayta se movieron sin ruido.

—¡El Mulo!

Magnífico estaba en la puerta con los ojos muy abiertos y un quejido en la voz.

—¿El Mulo?

—Tengo que dejarlos entrar —murmuró Toran.

Un contacto abrió la exclusa de aire y la puerta exterior se cerró tras el recién llegado. El escáner mostró una única figura envuelta en sombras.

—Es solo una persona —dijo Toran, claramente aliviado, y la voz casi le tembló cuando se inclinó hacia el tubo de señales—. ¿Quién es usted?

—Será mejor que me deje entrar y lo averigüe, ¿no? —Las palabras salieron con frialdad por el receptor.

—Le informo que esta es una nave de la Fundación y por tanto territorio de la Fundación según el tratado internacional.

—Ya lo sé.

—Entre con los brazos vacíos o disparo. Estoy bien armado.

—¡Hecho!

Toran abrió la puerta interna y cerró el contacto de su desintegrador, su pulgar se cernía sobre el punto de presión. Se oyó el sonido de unos pasos y luego se abrió la puerta de par en par.

—No es el Mulo. Es solo un hombre —exclamó Magnífico.

El «hombre» se inclinó ante el payaso con aire sombrío.

—Qué preciso. No soy el Mulo. —Abrió las manos—. No estoy armado y vengo en son de paz. Podría relajarse y guardar el desintegrador. Su mano no es lo bastante firme como para que yo me quede tranquilo.

—¿Quién es usted? —preguntó Toran con tono brusco.

—Eso podría preguntárselo yo a usted —dijo el desconocido con frialdad—, ya que es usted el que está aquí con falsos pretextos, no yo.

—¿Y cómo es eso?

—Es usted el que afirma ser ciudadano de la Fundación cuando no hay ni un solo comerciante autorizado en el planeta.

—Eso no es así. ¿Y cómo lo iba a saber usted?

—Porque yo sí que soy ciudadano de la Fundación y tengo mis papeles para demostrarlo. ¿Dónde están los suyos?

—Creo que será mejor que se largue.

—Me parece que no. Si sabe algo sobre los métodos de la

Fundación, y a pesar de su engaño es posible que algo sepa, sabría que si no regreso vivo a mi nave a una hora concreta, se recibirá una señal en el cuartel general más cercano de la Fundación, así que dudo que sus armas logren provocar un gran efecto, en términos prácticos.

Se produjo un silencio indeciso y luego Bayta habló con calma.

—Guarda la pistola, Toran, y créete lo que te dice. Parece auténtico.

—Gracias —dijo el desconocido.

Toran dejó el arma en la silla, a su lado.

—Supongamos que ahora nos lo explica todo.

El desconocido permaneció de pie. Era un hombre de huesos y miembros largos. Su rostro estaba compuesto por planos lisos y duros y, por alguna razón, era evidente que nunca sonreía. Pero sus ojos carecían de dureza.

—Las noticias vuelan —dijo—, sobre todo cuando parecen increíbles. No creo que haya una sola persona en todo Kalgan que no sepa que a los hombres del Mulo les dieron hoy una patada en los dientes dos turistas de la Fundación. Me enteré de los detalles más importantes antes de la caída de la noche y, como ya he dicho, aparte de mí, no hay más turistas de la Fundación en el planeta. Son cosas que sabemos con certeza.

—¿«Sabemos»? ¿Quiénes?

—Pues lo «sabemos»… ¡«nosotros»! ¡Yo, para empezar! Sabía que estaban en el hangar, se lo oyeron decir. Tengo formas de comprobar el registro y formas de encontrar la nave. —De repente se volvió hacia Bayta—. Usted sí que es de la Fundación, de nacimiento, ¿no?

—¿Lo soy?

—Es miembro de la oposición democrática, lo llaman «la resistencia clandestina». No recuerdo su nombre, pero sí su rostro. Ha salido hace muy poco, y no lo habría hecho si fuera más importante.

Bayta se encogió de hombros.

—Sabe muchas cosas.

—Así es. Se escapó con un hombre. ¿Ese?

—¿Importa acaso lo que yo diga?

—No. Solo quiero que nos entendamos, todos. Creo que la

contraseña que se utilizaba durante la semana que nos abandonó con tantas prisas era «Seldon, Hardin y Libertad». Porfirat Hart era su jefe de sección.

—¿De dónde ha sacado eso? —Bayta se puso furiosa de repente—. ¿Lo ha cogido la policía? —Toran la contuvo, pero la joven se soltó con una sacudida y avanzó hacia el otro.

El hombre de la Fundación habló en voz baja.

—No lo ha cogido nadie. Es solo que la resistencia se extiende por muchos lugares, algunos muy extraños. Soy el capitán Han Pritcher, de Información y yo también soy jefe de sección, no importa bajo qué nombre.

Esperó un momento antes de continuar.

—No, no tiene que creerme. En este asunto es mejor exagerar la suspicacia que lo contrario. Pero será mejor que deje ya los preliminares.

—Sí —dijo Toran—. Supongamos que lo hace.

—¿Me permiten sentarme? Gracias. —El capitán Pritcher cruzó una de sus largas piernas sobre la otra y dejó que un brazo le colgara sobre el respaldo de la silla—. Empezaré diciendo que no sé de qué va todo esto, desde su punto de vista. Ustedes no son de la Fundación, pero no es difícil adivinar que vienen de uno de los Mundos Comerciales Independientes. Eso no me molesta demasiado. Pero por pura curiosidad, ¿qué tienen que ver con ese tipo, ese payaso que se llevaron de allí para ponerlo a salvo? Están arriesgando su vida para defenderlo.

—No puedo decírselo.

—Ajá. Bueno. No creí que lo hiciese. Pero si están esperando a que el Mulo en persona venga detrás de una fanfarria de cuernos, tambores y órganos eléctricos, ¡relájense! El Mulo no funciona así.

—¿Qué? —Salió a la vez de la boca de Toran y Bayta y en la esquina donde Magnífico se escondía con las orejas casi visiblemente estiradas hubo un repentino salto de alegría.

—Eso es. Yo también he estado intentando ponerme en contacto con él y estoy haciendo un trabajo bastante más riguroso de lo que pueden hacer unos aficionados como ustedes dos. No va a funcionar. Ese hombre no hace apariciones personales, no permite que nadie lo fotografíe o represente y solo lo ven los miembros más íntimos de su círculo.

—¿Se supone que eso explica el interés que siente por nosotros, capitán? —le preguntó Toran.

—No. Ese payaso es la clave. Ese payaso es una de las escasísimas personas que lo han visto. Lo quiero. Puede que sea la prueba que necesito y bien sabe la galaxia que necesito algo para despertar a la Fundación.

—¿Es que hace falta que la despierten? —interpuso Bayta con una repentina aspereza—. ¿Contra qué? ¿Y con qué papel piensa dar la alarma, con el de demócrata rebelde o con el de policía secreta y provocador?

La cara del capitán adoptó una mueca dura.

—Cuando la Fundación entera está amenazada, señorita revolucionaria, tanto los demócratas como los tiranos perecen. Vamos a salvar a los tiranos de uno mayor para que luego podamos derrocarlos a su vez.

—¿Quién es el tirano mayor del que habla usted? —bramó Bayta, furiosa.

—¡El Mulo! Sé un poco sobre él, lo suficiente como para que ya me hubiera costado la vida varias veces si me hubiera movido con menos destreza. Saquen al payaso fuera de la habitación. Esto exige un poco de privacidad.

—Magnífico —dijo Bayta con un gesto y el payaso abandonó la sala sin un solo sonido.

La voz del capitán era grave e intensa y lo bastante baja para que Toran y Bayta tuvieran que acercarse un poco más.

—El Mulo es un tipo astuto —dijo—, demasiado astuto para no darse cuenta de la ventaja que proporciona el magnetismo y el glamur de un liderato personal. Si renuncia a eso, es por una buena razón. Esa razón tiene que ser el hecho de que un contacto personal revelaría algo que es de suma importancia que no se revele.

Descartó las preguntas con un ademán y continuó más deprisa.

—Regresé al lugar donde nació en busca de la razón e interrogué a personas que, dado lo que saben, no vivirán mucho tiempo. Ya son muy pocos los que quedan vivos. Recuerdan al bebé que nació treinta años atrás, la muerte de su madre, su extraña juventud. ¡El Mulo no es un ser humano!

Y sus dos oyentes se echaron hacia atrás, horrorizados, al percibir las brumosas implicaciones. Ninguno lo entendía del todo,

ni con claridad, pero la amenaza de la frase era inequívoca.

El capitán continuó.

—Es un mutante, y es obvio, por la posterior carrera que ha tenido, que es un mutante que ha triunfado. No conozco sus poderes ni hasta qué punto es lo que nuestras novelas de suspense llamarían un «superhombre», pero el ascenso a partir de la nada hasta convertirse en el conquistador del caudillo de Kalgan en solo dos años es revelador. ¿Ustedes se dan cuenta, verdad, del peligro? ¿Puede un accidente genético de propiedades biológicas impredecibles tomarse en cuenta en el plan Seldon?

—No me lo creo —Bayta habló despacio—. Esto es una especie de truco, una complicada superchería. ¿Por qué no nos mataron los hombres del Mulo cuando pudieron hacerlo si es un superhombre?

—Ya les he dicho que no sé el alcance de su mutación. Puede que todavía no esté listo para la Fundación y sería una señal de gran sabiduría resistirse a las provocaciones hasta estarlo. Supongamos que me permiten hablar con el payaso.

El capitán se enfrentó al tembloroso Magnífico, que era obvio que desconfiaba de aquel hombre enorme y duro que lo miraba.

El capitán empezó a hablar sin prisas.

—¿Has visto al Mulo con tus propios ojos?

—Bien es cierto que lo he visto, mi respetado señor. Y también he sentido el peso de su brazo en mi cuerpo.

—No me cabe duda de eso. ¿Puedes describirlo?

—Es aterrador recordarlo, mi respetado señor. Es un hombre de una constitución poderosa. Contra él incluso vos no seríais más que un huso. Su cabello es de un color carmesí encendido y con toda mi fuerza y peso yo no podía bajarle el brazo, una vez extendido, ni siquiera el grosor de un cabello. —La delgadez de Magnífico parecía derrumbarse sobre sí misma en un montón de brazos y piernas—. Con frecuencia, para divertir a sus generales o para divertirse él solo, me suspendía por un dedo del cinturón a una altura temible mientras yo soltaba versos sin ton ni son. Y solo después del vigésimo verso me bajaban de allí, y cada verso improvisado y cada uno una rima perfecta, o si no, debía empezar de nuevo. Es un hombre de un poder arrollador, mi respetado señor, y cruel cuando utiliza su poder, y sus ojos, mi respetado señor, nadie los ve.

—¿Qué? ¿Qué era eso último?

—Utiliza unos lentes, mi respetado señor, de una naturaleza muy curiosa. Se dice que son opacos y que ve gracias a una poderosísima magia que trasciende los poderes humanos. He oído —y la voz del payaso era entrecortada y misteriosa— que ver sus ojos es ver la muerte; que mata con los ojos, mi respetado señor.

Los ojos de Magnífico rodaban a toda prisa de un rostro expectante al siguiente.

—Es cierto. Por mi vida que es cierto —dijo el payaso con voz temblorosa.

Bayta dio un profundo suspiro.

—Parece que tiene razón, capitán. ¿Quiere hacerse cargo?

—Bueno, echémosle un vistazo a la situación. ¿Aquí no deben nada? ¿La barrera superior del hangar está abierta?

—Puedo irme en cuanto quiera.

—Entonces váyanse. El Mulo quizá no desee enfrentarse a la Fundación, pero corre un riesgo temible al dejar escapar a Magnífico. Lo que es probable que explique el alboroto que se formó después de que este pobre diablo se largara. Así que es posible que haya naves esperándolos arriba. Si se pierden en el espacio, ¿quién va a cargar con el crimen?

—Tiene razón —asintió Toran con aire sombrío.

—Sin embargo, tienen un escudo y es probable que sean más veloces que cualquier aparato que tengan ellos, así que, en cuanto salga de la atmósfera, gire en punto muerto hasta el otro hemisferio y luego ponga rumbo exterior acelerando al máximo.

—Sí —dijo Bayta con tono frío—, y cuando estemos de vuelta en la Fundación, ¿entonces, qué, capitán?

—Bueno, ustedes son unos serviciales ciudadanos de Kalgan, ¿no es cierto? Yo no sé nada que indique lo contrario, ¿verdad?

Nadie dijo nada. Toran se volvió hacia los controles y se produjo una sacudida casi imperceptible.

Y fue cuando Toran hubo dejado Kalgan lo bastante atrás, a su espalda, como para intentar el primer salto interestelar, cuando la cara del capitán se arrugó un poco por primera vez, ya que ninguna nave del Mulo había intentado en ningún momento impedir su partida.

—Parece que está dejando que nos llevemos a Magnífico —dijo Toran—. Mala señal en lo que a su historia se refiere.

—A menos —lo corrigió el capitán—, que quiera que nos lo llevemos, en cuyo caso es mala señal en lo que a la Fundación se refiere.

Fue después del último salto, cuando estaban a distancia de vuelo en punto muerto de la Fundación, cuando la nave recibió la primera emisión de noticias por ultraondas.

Y había una noticia que apenas se mencionaba. Al parecer, un caudillo (un caudillo que el aburrido locutor no identificaba) había presentado una protesta ante la Fundación por el secuestro de un miembro de su corte. El presentador pasaba luego a las noticias de deportes.

—Va un paso por delante de nosotros, después de todo —dijo el capitán Pritcher con tono gélido. Y después añadió con aire más pensativo—: está listo para la Fundación y utiliza esto como excusa para entrar en acción. Eso nos pone las cosas más difíciles. Tendremos que actuar antes de estar listos de verdad.

15

El psicólogo

El hecho de que el elemento conocido como «ciencia pura» fuera la forma de vida más libre de la Fundación tenía sus razones. En una galaxia en la que la primacía (e incluso la supervivencia) de la Fundación todavía descansaba sobre la superioridad de su tecnología, incluso a pesar del gran estallido de poder físico del último siglo y medio, al Científico lo envolvía una cierta inmunidad. Lo necesitaban, y él lo sabía.

Del mismo modo, había razones para el hecho de que Ebling Mis (solo aquellos que no lo conocían le añadían sus títulos al nombre) fuera la forma de vida más libre dentro de la «ciencia pura» de la Fundación. En un mundo en el que se respetaba tanto la ciencia, él era El Científico, con letras mayúsculas y sin sonrisitas. Lo necesitaban, y él lo sabía.

Y así ocurrió que cuando los otros hincaron la rodilla, él se negó y añadió en voz bien alta que sus ancestros, en su época, no habían doblado la rodilla ante ningún asqueroso alcalde. Y además, en la época de sus ancestros, al alcalde lo elegían y echaban de una patada a voluntad, y que los únicos que heredaban algo por derecho de nacimiento eran los idiotas congénitos.

Y así ocurrió también que cuando Ebling Mis decidió permitir que Indbur lo honrara con una audiencia, no esperó a que la habitual y rígida línea de mando le pasara a él la solicitud y luego devolviera la afortunada respuesta, sino que, tras echarse sobre los hombros la menos desaliñada de las dos chaquetas de vestir que tenía y encasquetarse en un lado de la cabeza un sombrero extraño de diseño imposible, y para colmo encender después un puro prohibido, pasó como un trueno junto a los dos guardias que se pusieron a balar de una forma bastante inútil y entró en el palacio del alcalde.

La primera noticia que recibió su Excelencia sobre la intrusión

en cuestión fue cuando, desde el jardín, oyó el alboroto que se iba acercando, las interminables protestas y el rugido de juramentos inarticulados a modo de respuesta.

Indbur dejó el desplantador poco a poco, se levantó sin prisas y frunció el ceño sin apresurarse. Porque Indbur se permitía cada día un pequeño descanso del trabajo y durante dos horas, a primeras horas de la tarde, si el tiempo no lo impedía, se iba al jardín. Y allí, en su jardín, los brotes crecían en cuadrados y triángulos, entrelazados en un riguroso orden de rojos y amarillos, con pequeñas manchas de color violeta en los vértices y el follaje ribeteándolo todo en una línea rigurosa. Y allí, en su jardín, nadie lo molestaba, ¡nadie!

Indbur se quitó los guantes manchados de tierra mientras se acercaba a la pequeña puerta del jardín.

Y, como era inevitable, dijo:

—¿Qué significa todo esto?

Es la pregunta precisa y la forma concreta de expresar la misma que, desde que se inventó la humanidad, ha enviado a la atmósfera en ocasiones parecidas una increíble variedad de hombres. Y no ha quedado plasmado en ningún sitio que su propósito haya sido otro que el de crear cierto efecto de dignidad.

Pero la respuesta, esa vez, fue literal, porque el cuerpo de Mis entró disparado, bramando y agitando los puños contra los que todavía se aferraban a los jirones de su abrigo.

Indbur les indicó que se retiraran con un gesto de la mano, una mirada solemne y disgustada y el ceño fruncido. Mis se inclinó para coger la ruina en la que se había convertido su sombrero, sacudirle más o menos un cuarto del polvo que había reunido y metérselo bajo el sobaco al tiempo que decía:

—Mire, Indbur, esos impublicables secuaces suyos me van a pagar un buen abrigo. A este abrigo todavía le quedaba mucho tiempo. —Le dio una chupada al puro y se limpió la frente con un gesto levemente teatral.

El alcalde se quedó rígido de puro desagrado y se dirigió al otro con arrogancia desde su uno cincuenta y siete de altura.

—No se me ha notificado, Mis, que haya solicitado una audiencia. Y desde luego no le han asignado ninguna.

Ebling Mis bajó la cabeza y miró a su alcalde con lo que parecía

una expresión asombrada de incredulidad.

—¡Por la ga-LA-xia, Indbur!, ¿es que no recibió ayer mi nota? Se la di anteayer a uno de esos lacayos con uniforme morado. Se la habría dado a usted directamente, pero sé que le gusta la formalidad.

—¡Formalidad! —Indbur levantó al cielo unos ojos exasperados. Luego, con rotundidad—: ¿Ha oído hablar alguna vez de una organización como debe ser? En el futuro, enviará su solicitud de audiencia, redactada por triplicado como corresponde, al despacho gubernamental destinado para ese propósito. Esperará entonces hasta que el curso habitual de los acontecimientos le lleve la notificación de la hora de la audiencia que se le conceda. Aparecerá entonces, bien vestido, (bien vestido, me entiende) y con el respeto que corresponde, por supuesto. Puede irse.

—¿Pero qué le pasa a mi ropa? —quiso saber Mis, acalorado—. La mejor chaqueta que tenía hasta que esos diablos impublicables le pusieron las zarpas encima. Me iré en cuanto entregue lo que he venido a entregar. ¡Por la ga-LA-xia, si no se tratara de una crisis Seldon, me iría ahora mismo!

—¡Una crisis Seldon! —Indbur mostró entonces los primeros signos de interés. Mis era un gran psicólogo, después de todo; un demócrata, un palurdo y desde luego un rebelde, pero también era psicólogo. En medio de su incertidumbre, el alcalde ni siquiera fue capaz de expresar con palabras la punzada interna que lo atravesó de repente cuando Mis arrancó con aire despreocupado un capullo, se lo llevó a la nariz con expectación y luego lo tiró al suelo con la nariz arrugada.

Indbur se dirigió entonces a él con frialdad.

—¿Quiere seguirme? Este jardín no se hizo para conversaciones serias.

Se sintió mucho mejor una vez instalado en su sillón alto, detrás de su gran escritorio, desde el que podía bajar la vista y contemplar los pocos cabellos que intentaban ocultar sin mucho éxito el cráneo rosado de Mis. Se sintió mucho mejor cuando Mis lanzó una serie de miradas automáticas a su alrededor en busca de una silla inexistente y luego permaneció de pie, incómodo, cambiando de postura. Y cuando mejor se sintió fue cuando, y respondiendo a una cuidadosa presión del contacto correcto, entró a toda prisa un subordinado

con librea, se acercó con una reverencia al escritorio y dejó encima un tomo abultado encuadernado en metal.

—Y ahora —dijo Indbur, dueño una vez más de la situación—, para que esta entrevista no autorizada sea tan corta como sea posible, declare lo que tenga que decir en el menor número de palabras posible.

—¿Sabe lo que estoy haciendo últimamente? —dijo Ebling Mis a toda prisa.

—Tengo aquí sus informes —respondió el alcalde, muy satisfecho—, junto con resúmenes autorizados de ellos. Tal y como yo lo entiendo, sus investigaciones sobre las matemáticas de la psicohistoria han tenido como objetivo duplicar el trabajo de Hari Seldon y, con el tiempo, trazar el curso proyectado de la historia futura, para uso de la Fundación.

—Exacto —dijo Mis con sequedad—. Cuando Seldon estableció la Fundación, fue lo bastante inteligente como para no incluir ningún psicólogo entre los científicos que se instalaron aquí, de tal forma que la Fundación siempre ha trabajado a ciegas y según la necesidad histórica. En el curso de mis investigaciones, he basado muchas cosas en insinuaciones encontradas en la Cámara del Tiempo.

—Soy consciente de ello, Mis. Es una pérdida de tiempo repetirlo.

—No me estoy repitiendo —vociferó Mis— porque lo que voy a contarle no está en ninguno de esos informes.

—¿A qué se refiere, cómo que no está en los informes? —dijo Indbur con aire estúpido—. ¿Cómo ha podido…?

—¡Por la ga-LA-xia! Déjeme contarlo a mi manera, ofensiva criatura. Deje de poner palabras en mi boca y cuestionar cada una de mis frases o pienso salir de aquí dando un portazo y permitir que todo se derrumbe a su alrededor. Recuerde, necio impublicable, que la Fundación sobrevivirá porque no le queda más remedio, pero si yo salgo de aquí ahora mismo… usted no.

Tiró el sombrero al suelo, con lo que los terrones de tierra se esparcieron por todos lados, y subió de un salto las escaleras del estrado en el que se encontraba el amplio escritorio y, tras apartar los papeles de un violento empujón, se sentó en una esquina.

Indbur pensó durante un instante frenético en llamar al guardia,

o en utilizar los desintegradores que tenía incorporados a su mesa. Pero el rostro de Mis lo miraba furioso desde arriba y no había nada que hacer salvo encogerse y poner buena cara.

—Doctor Mis —empezó a decir en un débil intento de ponerse formal—, debe…

—Cállese —dijo Mis con tono feroz—, y escuche. Si esto de aquí —y su palma se posó con pesadez en el metal de los datos encuadernados—, es un batiburrillo de mis informes, tírelo. Cualquier informe que yo escriba pasa por las manos de unos veintitantos funcionarios, llega a usted y luego vuelve a pasar por otros veinte más. Y está bien si no hay nada que quiera mantener en secreto. Bueno, pues yo tengo aquí algo confidencial. Es tan confidencial que ni siquiera los chicos que trabajan para mí se han enterado. Fueron ellos los que hicieron el trabajo, por supuesto, pero cada uno una pequeña parte inconexa y soy yo el que lo reúne todo. ¿Sabe lo que es la Cámara del Tiempo?

Indbur asintió, pero Mis continuó a grandes gritos, disfrutando obviamente de la situación.

—Bueno, pues se lo voy a contar de todos modos porque resulta que llevo la de la ga-LA-xia de tiempo imaginándome esta impublicable situación; soy capaz de leerle el pensamiento, pequeño fraude de nada. Tiene la mano justo al lado de un botoncito que va a llamar a unos quinientos hombres armados para terminar conmigo, pero tiene miedo de lo que sé, tiene miedo de una crisis Seldon. Y aparte de eso, si toca lo que sea de su escritorio, le arrancaré esa impublicable cabeza antes de que llegue nadie. Además, usted, ese bandido de su padre y el pirata de su abuelo, ya llevan mucho tiempo chupándole la sangre a la Fundación.

—Esto es traición —farfulló Indbur.

—Pues claro que lo es —se recreó Mis—, ¿pero qué va a hacer usted? Permítame que le hable de la Cámara del Tiempo. Esa Cámara del Tiempo es lo que Hari Seldon colocó aquí en un principio para ayudarnos a superar los peores aprietos. Para cada crisis, Seldon ha preparado un simulacro personal para ayudarnos, y explicar las cosas. Cuatro crisis hasta ahora, cuatro apariciones. La primera vez apareció en el punto crítico de la primera crisis. La segunda vez, apareció justo después de la resolución satisfactoria de la segunda crisis. Nuestros ancestros estaban allí para escucharlo

ambas veces. En la tercera y cuarta crisis, se hizo caso omiso de él, probablemente porque nadie lo necesitaba, pero las últimas investigaciones, que no se incluyen en esos informes que usted tiene, indican que apareció de todos modos y en los momentos adecuados. ¿Entiende?

No esperó la respuesta. Se deshizo al fin del puro, un despojo inerte y hecho jirones; se buscó otro y lo encendió. Las bocanadas de humo salieron con violencia.

Y después continuó.

—Oficialmente hablando he estado intentando reconstruir la ciencia de la psicohistoria. Bueno, un solo hombre no va a hacerlo y tampoco se va a hacer en un solo siglo. Pero he hecho avances en los elementos más sencillos y he podido utilizar eso como excusa para hurgar un poco en la Cámara del Tiempo. Lo que sí que he podido determinar, con una certeza bastante notable, has sido la fecha exacta de la próxima aparición de Hari Seldon. Puedo darle el día exacto, en otras palabras, el día en el que la inminente crisis Seldon, la quinta, llegará a su punto culminante.

—¿Cuánto tiempo falta? —preguntó Indbur, muy tenso.

Y Mis lanzó su bomba con alegre despreocupación.

—Cuatro meses —dijo—. Cuatro impublicables meses, menos dos días.

—Cuatro meses —dijo Indbur con una vehemencia muy poco propia de él—. Imposible.

—Imposible, y un cuerno imposible.

—¿Cuatro meses? ¿Entiende lo que significa eso? Si una crisis va a alcanzar su punto crítico dentro de cuatro meses, eso significaría que lleva años preparándose.

—¿Y por qué no? ¿Es que hay alguna ley de la naturaleza que exija que el proceso de maduración se produzca a plena luz del día?

—Pero no hay ninguna amenaza. Nada se cierne sobre nosotros. —Indbur casi se retorcía las manos de angustia. Y con un repentino recrudecimiento espasmódico de ferocidad, chilló—: ¿Quiere bajarse de mi mesa y dejarme que la ordene? ¿Cómo espera que piense así?

Mis, sorprendido, se levantó con movimientos torpes y se apartó.

Indbur volvió a colocar los objetos en sus huecos con movimientos febriles.

—No tiene derecho a presentarse aquí así. —El alcalde hablaba a toda prisa—. Si hubiera presentado su teoría…

—No es ninguna teoría.

—Pues yo digo que es una teoría. Si usted la hubiera presentado junto con sus pruebas y argumentos del modo correspondiente, habría ido a la Oficina de Ciencias Históricas. Allí habrían podido examinarla como debe ser, me habrían enviado el análisis resultante y luego, por supuesto, se habrían tomado las medidas correspondientes. Así las cosas, me ha importunado usted sin motivo. ¡Ah, aquí está!

Tenía en la mano una hoja de papel transparente y plateado que sacudió ante el bulboso psicólogo que tenía al lado.

—Este es un breve resumen que preparo yo mismo, cada semana, sobre los asuntos del exterior que llevamos entre manos. Escuche, hemos terminado las negociaciones para firmar un tratado comercial con Mores, continuamos las negociaciones para firmar otro con Lyonesse, hemos enviado una delegación a no sé qué celebración de Bonde, hemos recibido no sé qué queja de Kalgan y hemos prometido investigarla, hemos protestado por unas prácticas comerciales poco claras en Asperta y nos han prometido investigarlas… y así sucesivamente. —Los ojos del alcalde recorrieron a toda prisa la lista de anotaciones codificadas y luego colocó con cuidado la hoja en el sitio que le correspondía de la carpeta que le correspondía del casillero que le correspondía.

»Se lo digo yo, Mis, aquí no hay nada que no indique otra cosa que paz y orden…

Se abrió la puerta del otro extremo, a gran distancia de los dos, y de un modo demasiado coincidente y dramático para sugerir cualquier otra cosa que no fuese la vida real, entró uno de los notables vestido con sencillez.

Indbur se levantó a medias. Tenía esa curiosa sensación de mareo e irrealidad que surge esos días en los que pasan demasiadas cosas. Después de la intrusión de Mis y su absurda perorata, se producía la intrusión no anunciada e igual de indebida, y por lo tanto inquietante, de su secretario, que por lo menos conocía las reglas.

El secretario se arrodilló todo lo que pudo.

—¡Y bien! —dijo Indbur con aspereza.

El secretario se dirigió al suelo.

—Excelencia, el capitán Han Pritcher, de Información, a su regreso de Kalgan y tras desobedecer sus órdenes, ha sido encarcelado según instrucciones previas (orden X20-513 de su Excelencia) y aguarda su ejecución. Se ha retenido a las personas que lo acompañaban para proceder a su interrogatorio. Se ha presentado un informe completo.

Indbur, en medio de un terrible sufrimiento, dijo:

—Se ha recibido un informe completo. ¡Y bien!

—Excelencia, el capitán Pritcher ha informado, de una forma bastante vaga, sobre las peligrosas intenciones del nuevo caudillo de Kalgan. No se le ha concedido, según instrucciones previas (orden X20-651 de su Excelencia) ninguna vista formal, pero se han recogido sus comentarios y se ha presentado un informe completo.

—Se ha recibido un informe completo. ¡Y bien! —chilló Indbur.

—Excelencia, en el último cuarto de hora se han recibido informes de la frontera saliniana. Varias naves identificadas como pertenecientes a Kalgan han entrado en territorio de la Fundación sin autorización. Las naves están armadas. Se han producido combates.

El secretario se había doblado casi en dos. Indbur permanecía de pie. Ebling Mis se puso en marcha, se acercó con un par de zancadas al secretario y le dio un par de ásperos golpecitos en el hombro.

—Oiga, será mejor que haga que liberen al tal capitán Pritcher y que lo manden aquí. Largo.

El secretario se fue y Mis se volvió hacia el alcalde.

—¿No sería mejor que pusiera la maquinaria en movimiento, Indbur? Cuatro meses, ya sabe.

Indbur seguía de pie, con los ojos vidriosos. Solo un dedo parecía vivo y trazaba a sacudidas unos rápidos triángulos sobre la superficie lisa de la mesa que tenía delante.

16

La conferencia

Cuando los veintisiete mundos comerciales, unidos solo por su desconfianza hacia el planeta madre de la Fundación, conciertan una asamblea y cada uno tiene un gran orgullo nacido de su pequeño tamaño, endurecido por su aislamiento y envenado por un peligro constante, hay que vencer negociaciones preliminares de una mezquindad lo bastante pasmosa como para poner enfermo al más perseverante.

No basta con fijar por adelantado detalles como el método de votación o el tipo de representación, ya sea por mundo o por población. Esos son asuntos enrevesados de gran importancia política. No basta con establecer las prioridades en la mesa, tanto la del consejo como la de la cena, esos son asuntos enrevesados de gran importancia social.

Era el lugar del encuentro, dado que era un tema de un provincianismo sofocante. Y al final, las intrincadas rutas de la diplomacia los llevaron al mundo de Radole, que algunos comentaristas habían sugerido al principio por una razón muy lógica, estaba en el centro.

Radole era un mundo pequeño y, en cuanto a potencial militar, quizá el más débil de los veintisiete. Y eso, por cierto, era otro factor en la lógica de la elección.

Era un mundo de los llamados cinta, de los que la galaxia se jacta de tener un buen número, pero entre los que la variedad habitada es una rareza. Era un mundo, en otras palabras, en el que las dos mitades se enfrentan a los monótonos extremos del calor y el frío mientras que la región donde la vida es posible es una cinta diminuta en la zona intermedia.

Es inevitable que un mundo así no les parezca demasiado acogedor a los que no lo han visitado, pero existen lugares, estratégicamente colocados, y Ciudad Radole estaba ubicada en uno

de ellos.

La ciudad se extendía a lo largo de las suaves pendientes de las colinas que se alzaban delante de unas montañas que parecían cortadas a machetazos, montañas que respaldaban la ciudad a lo largo de la frontera del hemisferio frío y mantenían a raya el temible hielo. El aire cálido y seco del sol se derramaba a medias sobre ellas y desde la montaña se canalizaba el agua, y entre ambos, Ciudad de Radole se convertía en un jardín continuo que se bañaba en la mañana eterna de un eterno mes de junio.

Cada casa se acurrucaba en su jardín de flores, abierta a los inofensivos elementos. Cada jardín era un maduradero hortícola en el que las plantas espléndidas crecían en dibujos fantásticos por el bien de las divisas que atraían, hasta el punto que Radole casi se había convertido en un mundo productor en lugar de ser el mundo comerciante típico.

Así que, a su manera, Ciudad Radole era un puntito mullido y lujoso en medio de un planeta horrible, un diminuto rastro del Edén, y eso, también, fue un factor en la lógica de esa elección.

Los extranjeros llegaron desde cada uno de los demás veintiséis mundos comerciantes: delegados, esposas, secretarios, periodistas, naves y tripulaciones; la población de Radole casi se duplicó y los recursos de Radole se forzaron al límite. Se comía a voluntad, se bebía lo que se quería y nunca se dormía.

Había, sin embargo, pocos entre los jaraneros que no fueran muy conscientes de todo el volumen de la galaxia que se iba quemando poco a poco en una especie de guerra silenciosa y soñolienta. Y entre los que eran conscientes, había tres clases. Primero estaban los muchos que sabían poco y tenían una gran confianza…

A ese grupo pertenecía el joven piloto espacial que lucía la escarapela de Refugio en el broche de la gorra y que se las arreglaba, mientras sostenía la copa ante sus ojos, para llamar la atención de los de la muchacha radoliana que sonreía un poco frente a él.

—Pasamos justo por la zona de guerra para llegar aquí —estaba diciendo el joven—, a propósito. Pasamos a un minutoluz, o algo así, en punto muerto, justo al lado de Horleggor…

—¿Horleggor? —lo interrumpió un nativo de piernas largas que

ejercía de anfitrión de aquel grupo concreto—. Allí fue donde al Mulo le sacaron las tripas por la boca la semana pasada, ¿no?

—¿Dónde oyó que al Mulo le sacaron las tripas por la boca? —quiso saber el piloto con altanería.

—En la radio de la Fundación.

—¿Ah, sí? Bueno, pues el Mulo se ha hecho con Horleggor. Casi nos tropezamos con un convoy de sus naves y de allí era de donde salían. No se le puede llamar la gran paliza cuando te quedas donde has luchado y es el arrancatripas el que se va corriendo.

—No hable así —dijo otra persona con tono agudo y poco claro—. La Fundación siempre encaja los golpes durante un tiempo. Ya lo verá, espere y observe. La vieja Fundación sabe cuándo volver. Y luego… *¡pam!* —concluyó la voz pastosa, a la que siguió una agotada sonrisa.

—Pero bueno —dijo el piloto de Refugio después de una pausa—, como les decía, vimos las naves del Mulo y no estaban nada mal, nada mal. Lo que yo les diga, parecían nuevas.

—¿Nuevas? —dijo el nativo con tono pensativo—. ¿Las construyeron ellos? —Arrancó una hoja de una rama que tenía sobre la cabeza, la olisqueó con delicadeza y después la aplastó entre los dientes, los magullados tejidos derramaron su sangre verde y esparcieron un olor a menta. Después dijo—: ¿Está intentando decirme que vencieron a las naves de la Fundación con trabajitos caseros? Continúe.

—Las vimos, colega. Y sé distinguir una nave de un cometa, sabe.

El nativo se inclinó hacia él.

—¿Quiere saber lo que pienso? Escuche, no se engañe. Las guerras no se empiezan solas y nosotros tenemos a una panda de tipos muy listos dirigiendo las cosas. Saben lo que están haciendo.

El bien hidratado habló de repente a gritos.

—Ya verán a la vieja Fundación. Esperan al último minuto y luego… *¡pam!* —Abrió la boca y le dedicó una sonrisa grande y vacua a la muchacha, que se apartó de él.

El radoliano estaba hablando en ese momento.

—Por ejemplo, amigo, usted cree que igual es el tal Mulo el que está dirigiéndolo todo. *Nooo*. —Y sacudió un dedo en sentido horizontal—. Por lo que yo he oído, y viene de muy arriba, por

cierto, ese chico es de los nuestros. Somos nosotros los que le estamos pagando y lo más probable es que nosotros hayamos construido esas naves. Seamos realistas, lo mismo las construimos nosotros. Pues claro que, a la larga, no puede vencer a la Fundación, pero puede dejarla bastante floja y cuando lo haga… entramos nosotros.

—¿Es que no sabes hablar de otra cosa, Klev? —dijo la chica—. ¿Solo de la guerra? No sabes cómo me cansas.

—Cambiemos de tema —dijo el piloto de Refugio en un ataque de galantería—. No se puede cansar a las chicas.

El achispado adoptó la cantinela y empezó a golpear una jarra al ritmo de la misma. Los grupitos de dos que se habían formado se separaron con risitas y pavoneos, y unos cuantos grupos parecidos, de dos, salieron del solario que había al fondo.

La conversación se hizo más general, más variada, más carente de sentido…

Luego estaban los que sabían un poco más y no tenían tanta confianza.

De ese tipo era el manco Fran, cuyo enorme corpachón representaba a Refugio como delegado oficial y que por tanto vivía a lo grande y cultivaba nuevas amistades, con mujeres cuando podía y con hombres cuando no le quedaba más remedio.

Era en la solana de la casa que tenía en la colina uno de esos nuevos amigos donde se relajaba en aquellos momentos; la primera de lo que al final resultaron ser un total de dos veces durante el tiempo que permaneció en Radole. El nuevo amigo era Iwo Lyon, un alma gemela de Radole. La casa de Iwo estaba separada del grupo general, aparentemente sola en un mar de perfumes florales y cháchara de insectos. La solana era una franja de césped dispuesta en un ángulo de cuarenta y cinco grados y sobre ella se había estirado Fran para absorber todos los rayos de sol que pudiera.

—No tenemos nada parecido en Refugio —dijo.

—Es que no has visto el lado frío —respondió Iwo con voz soñolienta—. Hay un punto a treinta kilómetros de aquí en el que el oxígeno corre como el agua.

—Venga ya.

—Es un hecho.

—Bueno, pues te voy a decir una cosa, Iwo. En los viejos

tiempos, antes de que me arrancaran el brazo, vi un poco de mundo, sabes, y no te lo vas a creer, pero… —La historia que siguió duró un tiempo considerable e Iwo no se la creyó.

—Ya no los hacen como en los viejos tiempos, esa es la verdad —dijo Iwo entre bostezos.

—No, supongo que no. Bueno —se calentó Fran—, tampoco digas eso. Te he hablado de mi hijo, ¿no? Ese sí que es de la vieja escuela, si no te importa. Será un magnífico comerciante, por todos los rayos. Es clavado a su viejo, de arriba a abajo. Clavado, salvo que a él le da por casarse.

—¿Te refieres a un contrato legal? ¿Con una chica?

—Eso es. Yo tampoco le encuentro sentido. Fueron a Kalgan a pasar la luna de miel.

—¿Kalgan? ¿Has dicho Kalgan? ¿Pero cuándo galaxia fue eso?

Fran esbozó una amplia sonrisa y después dijo con toda intención, pero sin prisas:

—Justo antes de que el Mulo le declarara la guerra a la Fundación.

—¿En serio?

Fran asintió y le hizo un gesto a Iwo con la cabeza para que se acercara más. Después habló con voz ronca.

—De hecho, puedo decirte una cosa si no dejas que salga de aquí. A mi chico lo enviaron a Kalgan por un motivo concreto. Bueno, no me gustaría comentar, ya sabes, cuál era ese motivo, como es natural, pero mira la situación ahora y supongo que podrás adivinarlo tú solo. En cualquier caso, mi chico era el hombre adecuado para ese trabajo. Los comerciantes necesitábamos montar un poco de follón. —Esbozó una sonrisa astuta—. Y aquí lo tenemos. No voy a decir cómo lo hicimos, pero… mi chico fue a Kalgan y el Mulo sacó las naves. ¡Mi hijo!

Iwo se quedó debidamente impresionado. Y a su vez fue adquiriendo más confianza.

—Eso está bien. ¿Sabes?, dicen que tenemos quinientas naves listas para echar una mano por nuestra cuenta cuando llegue el momento.

—Más que eso, quizá —dijo Fran con autoridad—. Esto es una auténtica estrategia. Como las que a mí me gustan. —Después se rascó con fuerza la piel del abdomen—. Pero no te olvides de que el

Mulo también es un chico listo. Me preocupa lo que pasó en Horleggor.

—He oído que perdió unas diez naves.

—Sí, pero tenía cien más y la Fundación tuvo que salir de allí. Está bien que les den una paliza a esos tiranos, pero no tan rápido. —Sacudió la cabeza.

—Lo que yo pregunto es, ¿de dónde saca el Mulo sus naves? Se ha corrido el rumor de que somos nosotros los que se las hacemos.

—¿Nosotros? ¿Los comerciantes? Refugio tiene las fábricas de naves más grandes de cualquier mundo independiente y nosotros no hemos hecho ninguna para nadie, salvo para nosotros mismos. ¿Te parece que un mundo está construyendo una flota para el Mulo, sin contar con nadie y sin tomar la precaución de una acción en conjunto? Eso es un… cuento para niños.

—Bueno, ¿y dónde las consigue entonces?

Y Fran se encogió de hombros.

—Se las hace él, supongo. Y eso también me preocupa.

Fran parpadeó para defenderse del sol y encogió los dedos de los pies sobre la madera lisa del pulido reposapiés. Se fue quedando dormido poco a poco y el zumbido suave de su respiración se mezcló con el siseo de los insectos.

Por último, estaba el escasísimo grupo que sabía bastante y no sentía ninguna confianza.

Por ejemplo, Randu, que al quinto día de la convención global de comerciantes entró en el Salón Central y encontró esperando a los dos hombres que había pedido que estuvieran allí. Las quinientas butacas estaban vacías y así iban a permanecer.

Randu habló a toda prisa, casi antes de sentarse.

—Los tres representamos más o menos la mitad del potencial militar de los Mundos Comerciantes Independientes.

—Sí —dijo Mangin, de Iss—, mi colega y yo ya lo hemos comentado.

—Estoy listo —dijo Randu— para hablar deprisa y en serio. No me interesan el regateo ni las sutilezas. Nuestra posición ha empeorado de forma radical.

—A consecuencia de… —lo alentó Ovall Gri, de Mnemon.

—De los acontecimientos de la última hora. ¡Por favor! Desde el principio. En primer lugar, nuestra posición no es obra nuestra y

dudo mucho que esté bajo nuestro control. Nuestros tratos originales no fueron con el Mulo, sino con otros varios, en particular con el ex caudillo de Kalgan, al que el Mulo derrotó en un momento muy inoportuno para nosotros.

—Sí, pero el tal Mulo es un digno sustituto —dijo Mangin—. Yo no le pongo peros a los detalles.

—Puede que lo haga cuando conozca todos los detalles y no solo unos cuantos. —Ranu se inclinó hacia delante y colocó las manos en la mesa con las palmas hacia arriba en un gesto obvio. Después dijo:

»Hace un mes envié a mi sobrino y a la mujer de mi sobrino a Kalgan.

—¡Su sobrino! —exclamó Ovall Gri, sorprendido—. No sabía que era su sobrino.

—¿Con qué propósito? —preguntó Mangin con tono seco—. ¿Esto? —Y su pulgar dibujó un círculo en el aire que lo incluía todo.

—No. Si se refiere a la guerra del Mulo contra la Fundación, no. Cómo iba a apuntar tan alto. El joven no sabía nada, ni de nuestra organización ni de nuestros objetivos. Se le dijo que yo era un miembro menor de una sociedad patriótica interna de Refugio y su función en Kalgan no era más que la de un observador aficionado. Mis motivos eran, debo admitirlo, poco claros. Sobre todo sentía curiosidad por el Mulo. Es un fenómeno extraño, pero a eso ya le hemos dado bastantes vueltas, no voy a entrar en ello. En segundo lugar, sería un entrenamiento interesante y educativo para un hombre que tenía experiencia con la Fundación y la resistencia clandestina de la Fundación y prometía poder sernos útil en el futuro. Verán…

El largo rostro de Ovall se desplomó en líneas verticales cuando enseñó los grandes dientes.

—Debe de haberle sorprendido mucho el resultado, entonces, ya que no creo que haya ni un solo mundo entre los comerciantes que no sepa que ese sobrino suyo secuestró a un siervo del Mulo en nombre de la Fundación y le proporcionó al Mulo un *casus belli*. ¡Por la galaxia, Randu, no se invente cosas! Me cuesta creer que no tuviera nada que ver con eso. Vamos, fue un trabajo muy hábil.

Randu sacudió la canosa cabeza.

—Nada que ver conmigo. Ni, al menos a propósito, con mi sobrino, que ahora es prisionero de la Fundación y puede que no

viva lo suficiente para ver la conclusión de ese supuesto trabajo tan hábil. Acabo de tener noticias de él. De algún modo se pudo sacar de contrabando una cápsula personal que atravesó la zona de guerra, llegó a Refugio y luego vino hasta aquí. Ha pasado un mes viajando.

—¿Y?

Randu apoyó con pesadez una mano en la palma de la otra y luego habló con tristeza.

—Me temo que nos va a tocar interpretar el mismo papel que tuvo en su día el antiguo caudillo de Kalgan. ¡El Mulo es un mutante!

Hubo una vacilación momentánea, una leve impresión de pulsos acelerados entre los presentes. Pero quizá Randu se lo había imaginado.

Cuando habló Mangin, el tono sosegado de su voz no había cambiado.

—¿Cómo lo sabe?

—Solo porque lo dice mi sobrino, pero él estuvo en Kalgan.

—¿Qué clase de mutante? Hay muchos tipos, ya lo sabe.

Randu luchó por contener la oleada de impaciencia que lo invadía.

—Muchos tipos de mutantes, sí, Mangin. ¡Muchos tipos! Pero solo un tipo de Mulo. Qué clase de mutante empezaría de la nada, reclutaría un ejército, establecería, según dicen, un asteroide de siete kilómetros y medio como primera base, capturaría un planeta, luego un sistema y luego una región, y luego atacaría a la Fundación y encima los derrotaría en Horleggor. ¡Y todo en dos o tres años!

Ovall Gri se encogió de hombros.

—¿Así que cree que va a vencer a la Fundación?

—No lo sé. ¿Y si gana?

—Lo siento, no se puede ir tan lejos. No se vence a la Fundación. Mire, no tenemos ni un solo hecho en el que basarnos salvo las declaraciones de un… bueno, de un muchacho sin experiencia. Supongamos que de momento lo dejamos así. A pesar de todas las victorias del Mulo, hasta ahora no estábamos preocupados y a menos que vaya mucho más allá de lo que lo ha hecho, no veo razón para cambiar. ¿Sí?

Randu frunció el ceño y se desesperó, aquel argumento tenía el grosor de una telaraña.

—¿Nos hemos puesto en contacto ya con el Mulo? —les dijo después a los otros dos

—No —respondieron ambos.

—Es cierto, sin embargo, que lo hemos intentado, ¿no? Es cierto que nuestra reunión no tiene mucho sentido a menos que hablemos con él, ¿no? Es cierto que hasta ahora se ha bebido más que pensado y ha habido más cortejos que medidas, y cito un editorial del *Radole Tribune* de hoy, y todo porque no podemos hablar con el Mulo. Caballeros, tenemos casi mil naves esperando para entrar en combate en el momento más adecuado y apoderarnos así de la Fundación. Yo digo que cambiemos eso. Yo digo que pongamos esas mil naves encima de la mesa ya…, pero contra el Mulo.

—¿Quiere decir para ayudar al tirano de Indbur y a los chupasangres de la Fundación? —quiso saber Mangin sin alzar la voz, pero con tono envenenado.

Randu levantó la mano con gesto cansado.

—Ahórreme los adjetivos, por favor. Contra el Mulo, he dicho, y me da igual a quién ayudemos.

Ovall Gri se levantó.

—Randu, no pienso tener nada que ver con eso. Presénteselo a todo el consejo esta noche si tanto le interesa cometer un suicidio político.

Se fue sin decir nada más y Mangin lo siguió en silencio, dejando allí a Randu para matar en solitario una hora de reflexiones interminables e insolubles.

Esa noche, ante todo el consejo, el tío de Toran no dijo nada.

Pero fue Ovall Gri el que entró de repente en su habitación a la mañana siguiente; un Ovall Gri ataviado solo con lo básico y que no se había afeitado ni peinado.

Randu se lo quedó mirando por encima de la mesa del desayuno, todavía sin recoger, con una expresión lo bastante asombrada y franca como para que se le cayera la pipa de la boca.

—Han bombardeado Mnemon desde el espacio, un ataque a traición —dijo Ovall con tono grave y duro.

Randu entrecerró los ojos.

—¿La Fundación?

—¡El Mulo! —explotó Ovall—. ¡El Mulo! —Las palabras se precipitaron entonces—. Ha sido un ataque deliberado sin que mediara provocación alguna. La mayor parte de nuestra flota se había unido a la flotilla internacional. Los pocos que quedaron formando el escuadrón nacional eran insuficientes y los reventaron en el aire. Todavía no se ha producido ningún aterrizaje y puede que no lo haya, ya que, según los informes, se destruyó a la mitad de los atacantes, pero es la guerra y he venido a preguntarle cuál es la postura de Refugio en este asunto.

—Estoy seguro de que Refugio respetará el espíritu del Fuero de la Federación. Pero, ¿lo ve? También nos ataca a nosotros.

—Ese tal Mulo está loco. ¿Puede derrotar al universo entero? —Titubeó, se sentó y cogió la muñeca de Randu—. Nuestros pocos supervivientes han comentado que el Mulo pos… que el enemigo posee una nueva arma. Un depresor de campos atómicos.

—¿Un qué?

—Perdimos la mayor parte de nuestras naves porque les fallaron sus armas atómicas —dijo Ovall—. No ha podido ser un accidente ni un sabotaje. Tiene que haber sido un arma del Mulo. No funcionó a la perfección, el efecto era intermitente, había formas de neutralizarlo, los despachos que tengo no entran en detalles. Pero es obvio que una herramienta así cambiaría la naturaleza de la guerra y es posible que convirtiera en obsoleta toda nuestra flota.

Randu se sintió viejo, muy viejo. L expresión de su cara era de desánimo total.

—Me temo que ha surgido un monstruo que nos devorará a todos. Y sin embargo, debemos luchar contra él.

17

El Visisonómetro

La casa que tenía Ebling Mis en un barrio no demasiado pretencioso de Ciudad Términus la conocían todos los intelectuales, literatos y simples instruidos de la Fundación. Sus características más notables dependían, subjetivamente hablando, de la fuente que se leyese. Para un biógrafo considerado, era la «simbolización de un retiro que pretende alejarse de una realidad no académica»; en una columna de sociedad, el periodista se extendió en sedosas frases sobre su «masculinísimo ambiente de despreocupado desorden»; un doctor universitario se refirió a ella con brusquedad llamándola «rincón lleno de libros, pero sin organizar»; un amigo que no pertenecía a la universidad dijo que era «un buen sitio para tomar una copa en cualquier momento y además se pueden poner los pies en el sofá»; y un animado programa de noticias semanal, que entró para buscar una nota de color, habló del «alojamiento duro, práctico y sensato del blasfemo, izquierdista y medio calvo Ebling Mis».

Para Bayta, que no pensaba en más público que ella misma en esos momentos, y que tenía la ventaja de contar con información de primera mano, era un sitio descuidado, sin más.

Salvo durante los primeros días, su encarcelamiento había sido una carga ligera. Mucho más ligera, por lo que se veía, que esa espera de media hora en el hogar del psicólogo, ¿sometida a una observación secreta, quizá? Al menos antes estaba con Toran…

Quizá la presión la hubiera agotado más si no hubiera sido por la larga nariz de Magnífico, que se encorvaba con un gesto que demostraba a las claras que estaba sometido a una tensión mucho mayor.

Magnífico había doblado aquellas piernas suyas alargadas como tuberías bajo la barbilla puntiaguda y caída, como si estuviera intentando acurrucarse y desaparecer. La mano de Bayta salió con

un gesto dulce y automático que pretendía tranquilizarlo. Magnífico se estremeció y luego sonrió.

—Bien parecería, mi señora, que hasta mi cuerpo rechaza lo que mi mente sabe y espera un golpe de las manos de otros.

—No hay nada de lo que preocuparse, Magnífico. Estoy contigo y no dejaré que nadie te haga daño.

Los ojos del payaso le dedicaron una mirada furtiva y luego se apresuraron a apartarse.

—Pero me alejaron de vos antes, y también de vuestro amable marido, y os lo juro, podéis reíros si queréis, pero me sentía solo por falta de amistad.

—Yo no me reiría de eso. Yo también me sentía así.

La expresión del payaso se animó y se abrazó un poco más las rodillas. Después dijo:

—¿No habéis conocido a este hombre que quiere vernos? —Era una pregunta cauta.

—No. Pero es un hombre famoso. Lo he visto en las noticias y he oído hablar mucho de él. Creo que es un buen hombre, Magnífico, que no quiere hacernos ningún daño.

—¿Sí? —El payaso se revolvió, inquieto—. Puede ser, mi señora, pero a mí ya me ha interrogado y sus modales son de tal brusquedad y estridencia que me estremezco. Está lleno de palabras extrañas, hasta el punto que no podía arrancarme de la garganta las respuestas a sus preguntas. Casi estaría dispuesto a creer al romancero que una vez jugó con mi inteligencia contándome un cuento que decía que, en momentos como ese, el corazón se alojaba en la tráquea e impedía el discurso.

—Pero ahora es diferente. Somos dos contra uno y no podrá asustarnos a los dos, ¿verdad?

—No, mi señora.

Se oyó un portazo en alguna parte y el rugido de una voz entró en la casa. Al otro lado de la puerta, el rugido se solidificó en palabras y se oyó un fiero:

—¡Largo de aquí, por la ga-LA-xia! —y dos guardias uniformados se vieron por un momento a través de una puerta abierta, retirándose a toda prisa.

Ebling Mis entró con el ceño fruncido, depositó un fardo cuidadosamente envuelto en el suelo y se acercó a estrechar la

mano de Bayta con una presión descuidada. Bayta le devolvió el gesto con vigor, como un hombre. Mis no dio crédito y justo cuando se dirigía hacia el payaso, se volvió y le dedicó a la joven una mirada más larga.

—¿Casada? —dijo.

—Sí. Llevamos a cabo las formalidades legales.

Mis hizo una pausa y luego:

—¿Contenta?

—Hasta ahora.

Mis se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia Magnífico. Después desenvolvió el paquete.

—¿Sabes lo que es esto, muchacho?

Magnífico prácticamente se tiró de la silla y cogió aquel instrumento compuesto por múltiples teclas. Manoseó la miríada de botones nudosos y dio una repentina voltereta hacia atrás de pura alegría, con el evidente peligro de destrucción inminente para el mobiliario cercano.

—Un visisonómetro —dijo con voz ronca—, y de una factura capaz de hacer destilar alegría al corazón de un muerto. —Sus largos dedos lo acariciaron con suavidad y sin prisas, apretando apenas los botones con un movimiento ondulado, los dedos reposaron un momento en una tecla y luego en otra y ante ellos, en el aire, se alzó un fulgor suave y rosado, justo dentro del campo visual de los presentes.

—Muy bien, muchacho, dijiste que sabías aporrear uno de estos trastos, pues aquí tienes tu oportunidad —dijo Ebling Mis—. Pero será mejor que lo afines. Acabo de sacarlo de un museo. —Y luego, en un aparte con Bayta—. Que yo sepa, no hay nadie en la Fundación que sepa hacerlo hablar bien.

El psicólogo se inclinó hacia delante y habló a toda prisa.

—El payaso no quiere hablar sin usted. ¿Quiere ayudar?

La joven asintió.

—¡Bien! —dijo—. Su estado de miedo es casi inamovible y dudo que su fuerza mental sea capaz de soportar una sonda psíquica. Si quiero sacarle algo de algún otro modo, tiene que sentirse completamente cómodo. ¿Me entiende?

Bayta volvió a asentir.

—Este visisonómetro es el primer paso del proceso. Dice que

sabe tocarlo y la reacción que acaba de tener deja bastante claro que es una de las grandes alegrías de su vida. Así que, ya toque bien o mal, ponga interés y elógielo. Luego muestre amabilidad y confianza en mí. Y, sobre todo, sígame el juego en todo. —Le dirigió una rápida mirada a Magnífico, que seguía acurrucado en una esquina del sofá, haciendo ajustes rápidos en el interior del instrumento y completamente absorto en su tarea.

»¿Ha oído alguna vez un visisonómetro? —le dijo Mis a Bayta con tono relajado.

—Una vez —dijo Bayta con la misma despreocupación—, en un concierto de instrumentos raros. No me impresionó mucho.

—Bueno, dudo que se encontrara usted con un buen intérprete. Hay muy pocos músicos que sean buenos de verdad. No es tanto que requiera coordinación física, un piano de teclados múltiples requiere más, por ejemplo, como cierto tipo de mentalidad desenvuelta. —Y luego, en voz más baja—. Por eso es por lo que ese esqueleto vivo de ahí podría ser mejor de lo que pensamos. La mayoría de las veces los buenos músicos son idiotas en otros sentidos. Es una de esas cosas raras que hacen que la psicología sea interesante.

Y añadió en un esfuerzo evidente por mantener una conversación ligera:

—¿Sabe cómo funciona ese puñetero cacharro? Lo he estado mirando con este propósito y todo lo que he conseguido descifrar hasta ahora es que sus radiaciones estimulan directamente el centro óptico del cerebro, sin llegar a tocar siquiera el nervio óptico. En realidad es la utilización de un sentido con el que nunca nos encontramos en la naturaleza normal. Notable, cuando se piensa en ello. Lo que se oye no tiene nada de raro. Es lo normal. Tímpano, cóclea, todo eso. Pero… *¡Shh!* Está listo. ¿Quiere darle una patada a ese interruptor? Funciona mejor en la oscuridad.

En medio de la oscuridad, Magnífico era un simple grumo y Ebling Mis una masa que resollaba. Bayta se encontró forzando los ojos, angustiada, y, al principio, en vano. Hubo un temblor fino, aflautado, en el aire, que osciló sin mucho orden por toda la escala. Planeó, cayó y luego se contuvo, adquirió cuerpo y bajó en picado con un estrépito que resonó por todas partes y que tuvo el mismo efecto que una cuchillada atronadora en un velo.

Una pequeña esfera de color palpitante fue creciendo a borbotones rítmicos y al final estalló en pleno aire y se convirtió en gotas sin forma que subían como un torbellino y bajaban convertidas en serpentinas que dibujaban curvas y se iban entrelazando. Se fundieron luego en pequeñas esferas, de las que no había ni dos del mismo color… y Bayta empezó a descubrir cosas.

Notó que al cerrar los ojos las pautas de color se hacían todavía más claras; cada pequeño movimiento de color tenía su propia y pequeña pauta de sonido; que no podía identificar los colores y, por último, que las esferas no eran esferas sino figuritas.

Figuritas, llamitas que cambiaban de posición, que danzaban y parpadeaban por millares; que se perdían de vista y regresaban de la nada, que se fustigaban y después se fundían y formaban un nuevo color.

Quizá fuera incongruente, pero Bayta pensó en las pequeñas manchas de color que surgen por la noche cuando cierras los párpados hasta que te duelen y luego te quedas mirando con paciencia. Estaba ese viejo efecto tan familiar de los dibujos de puntos que pasan cambiando de color, de los círculos concéntricos que se contraen, de las masas informes que se estremecen por un momento. Todo eso, más grande, mucho más variado y en cada puntito de color, una figura diminuta.

Las figuras se precipitaron hacia ella en parejas, a toda velocidad, y la joven levantó las manos con un grito ahogado, pero los puntos dieron una voltereta y durante un instante Bayta fue el centro de una brillante tormenta de nieve, mientras la luz fría se deslizaba por sus hombros, le bajaba por el brazo en un luminoso tobogán, salía disparada de sus dedos rígidos y se iba encontrando sin prisas en pleno aire, brillante, centrada. Bajo todo ello, el sonido de cien instrumentos iba fluyendo en una corriente líquida hasta que ya no fue capaz de distinguirlo de la luz.

La muchacha se preguntó si Ebling Mis estaba viendo lo mismo y si no era así, qué veía él. El asombro pasó y luego…

Bayta estaba mirando otra vez. Las figuritas (¿eran figuritas? ¿mujercitas diminutas con el cabello en llamas que giraban y se inclinaban demasiado deprisa como para que la mente se centrara?) se cogían unas a otras en grupos que dibujaban estrellas que giraban, y la música era una risa ligera, las carcajadas de unas

jóvenes que surgían del propio oído.

Las estrellas se fueron reuniendo, se juntaron con un destello, fueron formando una estructura y desde la parte inferior brotó de repente un palacio en rápida evolución. Cada ladrillo, un color diminuto; cada color, un destello diminuto; cada destello, una luz punzante que cambiaba de forma y llevaba la mirada hacia el cielo, hacia veinte minaretes enjoyados.

Salió disparada y se extendió una alfombra resplandeciente, una alfombra que giraba en un remolino que hilaba una telaraña etérea que envolvía el espacio entero, se disparaba desde sus luminosos brotes y se abría en árboles que cantaban con una música propia.

Bayta permanecía sentada, envuelta por todo ello. La música brotaba a su alrededor en rápidos vuelos líricos. Estiró la mano para tocar un árbol frágil y las espículas recién brotadas flotaron hasta el suelo y se desvanecieron, cada una con un tañido diminuto y claro.

La música se estrelló en veinte timbales y ante Bayta brotó una zona encendida, un chorro que se precipitó como una cascada de escalones invisibles que cayó sobre el regazo de Bayta, donde se derramó y fluyó en una corriente rápida que elevó el abrasador destello hasta la cintura de la joven mientras en su regazo aparecía un puente de arcoiris y sobre él las figuritas…

Un palacio, un jardín, hombres y mujeres diminutos sobre un puente, extendiéndose todo hasta donde alcanzaba la vista, atravesando los imponentes oleajes de música de cuerda que convergían sobre ella…

Y luego, pareció producirse una pausa asustada, un movimiento vacilante e interno, un desplome rápido. Los colores huyeron en un torbellino que giró hasta convertirse en una esfera que se encogió, se alzó y desapareció.

Y después ya solo volvió a quedar la oscuridad.

Un pie pesado arañó el suelo en busca del pedal, lo alcanzó y la luz inundó la habitación; la luz plana de un sol prosaico. Bayta parpadeó hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, como si ansiara recuperar lo perdido. Ebling Mis era una masa inerte y gordinflona, con los ojos todavía muy abiertos y la boca aún abierta.

Solo Magnífico estaba vivo y acariciaba su visisonómetro sumido en el éxtasis, canturreando.

—Mi señora —jadeó—, tiene desde luego un efecto de lo más mágico. Tiene un equilibrio y una respuesta casi más allá de toda esperanza en su delicadeza y estabilidad. Con esto se podría decir que podría hacer maravillas. ¿Qué os parecido mi composición, mi señora?

—¿Era tuya? —dijo Bayta sin aliento—. ¿Tu obra?

Ante el asombro de la joven, el rostro flaco del payaso se volvió de un color rojo resplandeciente, hasta la punta de su poderosa nariz.

—Compuesta por mí, mi señora. Al Mulo no le agradaba, pero yo la he tocado con frecuencia para mi propio regocijo. Solo una vez, en mi juventud, vi ese palacio; un lugar gigantesco de riquezas incrustadas de joyas que vi desde lejos en una época de grandes carnavales. Había personas de un esplendor nunca soñado, y una magnificencia superior a todo lo que yo he visto después, incluso al servicio del Mulo. No es más que una imitación lo que yo he creado, pero la pobreza de mi mente me impide hacer más. Yo lo llamo, «El recuerdo del cielo».

Y en ese momento, entre la neblina de la cháchara, Mis se sacudió y volvió a la vida activa.

—Esto —dijo—, oye, Magnífico, ¿te gustaría hacer lo mismo para otros?

En un primer momento el payaso se echó hacia atrás.

—¿Para otros? —dijo con voz trémula.

—Para miles —exclamó Mis—, en las grandes salas de la Fundación. ¿Te gustaría ser tu propio dueño, y que te honren todos, y ser rico y…? —al psicólogo le falló la imaginación—. ¿Y todo eso? ¿Eh? ¿Qué dices?

—¿Pero cómo puedo ser todo eso, pues bien es cierto que no soy más que un pobre payaso al que no se le obsequia con las grandes cosas del mundo?

El psicólogo frunció los labios y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Pero tu música, hombre —dijo—. El mundo es tuyo si quisieras tocar para el alcalde y sus compañías comerciales. ¿No te gustaría?

El payaso miró un momento a Bayta.

—¿Y ella se quedaría conmigo?

Bayta se echó a reír.

—Por supuesto, tonto. ¿Qué probabilidades hay de que te deje ahora que estás a punto de convertirte en rico y famoso?

—Todo sería vuestro —respondió él con fervor— y sin duda hasta la misma riqueza de la galaxia sería vuestra antes de que yo alcanzara a pagar la deuda que tengo con vuestra amabilidad.

—Pero —dijo Mis con tono despreocupado—, si quisieras ayudarme antes…

—¿Cómo es eso?

El psicólogo hizo una pausa y sonrió.

—Una pequeña sonda superficial que no hace daño. No te tocaría más que el recubrimiento del cerebro.

Hubo una llamarada de miedo mortal en los ojos de Magnífico.

—Una sonda no. La he visto funcionar. Consume la mente y no deja más que el cráneo vacío. El Mulo la utilizaba con los traidores y luego los dejaba vagar por las calles despojados de su cerebro hasta que, por compasión, alguien los mataba. —Levantó la mano para apartar a Mis.

—Eso era una sonda psíquica —le explicó Mis con paciencia— y eso solo le haría daño a una persona si se utilizara mal. Esta sonda que yo tengo es una sonda de superficie y no le haría daño ni a un bebé.

—Es cierto, Magnífico —lo alentó Bayta—. Es solo para ayudar a vencer al Mulo y mantenerlo lejos de aquí. Una vez hecho eso, tú y yo seremos ricos y famosos toda nuestra vida.

Magnífico extendió una mano temblorosa.

—¿Me sostendréis la mano, entonces?

Bayta la tomó entre las dos suyas y el payaso observó con los ojos muy abiertos las placas bruñidas de los polos que se acercaban a él.

Ebling Mis se sentó con gesto despreocupado en la silla demasiado suntuosa de las dependencias privadas del alcalde Indbur, sin agradecer en absoluto la condescendencia que se le mostraba mientras observaba la inquietud del pequeño alcalde con aire muy poco comprensivo. Tiró la colilla del puro y escupió una hebra de tabaco.

—Y por cierto, si quiere algo para su próximo concierto de la sala Mallow, Indbur —dijo—, puede mandar a esos intérpretes de

chismes electrónicos a las cloacas de donde salieron y dejar que este pequeño bicho raro toque el visisonómetro para usted. Indbur, es una maravilla.

—No le he mandado llamar para escuchar conferencias sobre música —dijo Indbur de mal humor—. ¿Qué hay del Mulo? Hábleme de eso. ¿Qué hay del Mulo?

—¿El Mulo? Bueno, le diré una cosa, utilicé una sonda de superficie y conseguí muy poco. No puedo utilizar la sonda psíquica porque el fenómeno ese se muere de miedo al verla, así que lo más probable es que su resistencia le reventara los impublicables plomos mentales en cuanto se la conectáramos. Pero lo que tengo es lo siguiente, si quiere dejar de tamborilear con los dedos en la mesa…

»En primer lugar, deje de darle importancia a la fuerza física del Mulo. Es probable que sea un hombre fuerte, pero es muy probable también que la mayor parte de los cuentos del bicho raro sobre esa fuerza los hayan exagerado de una forma considerable sus propios y atemorizados recuerdos. Lleva unas gafas raras y sus ojos matan, es evidente que tiene poderes mentales.

—Todo eso ya lo sabíamos al principio —comentó el alcalde con amargura.

—Y la sonda lo confirma, y a partir de ahí he estado trabajando con las matemáticas.

—¿Y? ¿Cuánto tiempo va a llevar todo esto? Tanto parloteo suyo todavía me dejará sordo.

—Un mes, diría yo y puede que tenga algo para usted. O puede que no, claro. ¿Pero y qué? Si todo esto no está en los planes de Seldon, nuestras posibilidades son muy escasas, impublicablemente escasas.

Indbur se volvió contra el psicólogo con fiereza.

—Ya lo tengo, traidor. ¡Miente! Diga que no es usted uno de esos criminales que extienden rumores y propagan el derrotismo y el pánico por toda la Fundación y hacen que mi trabajo sea el doble de duro.

—¿Yo? ¿Yo? —Mis se fue enfadando poco a poco.

Indbur lo maldijo.

—Porque, por las nubes de polvo del espacio, la Fundación va a ganar, la Fundación tiene que ganar.

—¿A pesar de la pérdida de Horleggor?

—No fue una pérdida. ¿También usted se ha tragado esa mentira que está por todas partes? Nos superaban en número y nos traicionaron…

—¿Quién? —quiso saber Mis, con desdén.

—Esos piojosos demócratas del arroyo —le gritó Indbur—. Hace ya tiempo que sé que la flota está plagada de células demócratas. Hemos acabado con la mayor parte, pero quedan suficientes, bastantes para dar respuesta a la inexplicada rendición de veinte naves en plena batalla campal. Suficientes para forzar una derrota aparente.

»Y en cuanto a eso, mi malhablado y sencillo patriota, epítome de todas las virtudes primitivas, ¿cuáles son sus conexiones con los demócratas?

Ebling Mis desechó la pregunta con un encogimiento de hombros.

—Desvaría usted, ¿lo sabía? ¿Y qué pasa con la retirada que ha habido después y la pérdida de la mitad de Siwenna? ¿Otra vez los demócratas?

—No. No fueron los demócratas —el hombrecillo sonrió con dureza—. Nos retiramos, como siempre se ha retirado la Fundación cuando la atacan, hasta que la inevitable marcha de la historia gira a nuestro favor. Y yo ya veo el resultado. La supuesta resistencia clandestina de los demócratas ya ha publicado manifiestos jurando lealtad al Gobierno y prometiendo ayudar. Podría ser una treta, una tapadera para una traición más profunda, pero pienso utilizarlo, y la propaganda que se destile de ello tendrá sus efectos, da igual lo que tramen esos despreciables traidores. Y todavía mejor…

—¿Incluso mejor que eso, Indbur?

—Júzguelo usted. Hace dos días, la supuesta Asociación de Comerciantes Independientes le declaró la guerra al Mulo y la flota de la Fundación se ha reforzado, de un solo golpe, con mil naves. Ya ve, el tal Mulo va demasiado lejos. Nos encuentra divididos y riñendo entre nosotros y bajo la presión de su ataque, nos unimos y reforzamos. Tiene que perder. Es inevitable, como siempre.

Mis seguía exudando escepticismo.

—Entonces me está diciendo que Seldon hizo planes incluso por si surgía, de forma fortuita, un mutante.

—¡Un mutante! Yo no lo distingo de un ser humano, y usted

tampoco podría si no fuera por los delirios de un capitán rebelde, unos jóvenes extranjeros y un payaso malabarista confuso. Se olvida de las pruebas más concluyentes de todas, las suyas.

—¿Las mías? —Y durante solo un momento, Mis se quedó sorprendido.

—Las suyas —asintió el alcalde con una sonrisa desdeñosa—. La Cámara del Tiempo se abre dentro de nueve semanas. ¿Qué pasa con eso? Se abre cuando hay una crisis. Si este ataque del Mulo no es la crisis, ¿dónde está la «auténtica», la que provoca la apertura de la Cámara? ¡Respóndame, bola de manteca!

El psicólogo se encogió de hombros.

—Muy bien. Si eso lo hace feliz. Pero hágame un favor. Solo por si acaso… solo por si acaso el viejo Seldon da su discurso y la cosa se pone fea de verdad, qué tal si me permite asistir a la gran apertura.

—Muy bien. Salga de aquí. Y aléjese de mi vista durante nueve semanas.

—Será un impublicable placer, su marchito pavor —murmuró Mis para sí cuando se fue.

18

La caída de la Fundación

Había un ambiente en la Cámara del Tiempo que escapaba a cualquier definición en varias direcciones a la vez. No era de decadencia, pues estaba bien iluminada y bien acondicionada, con una combinación de colores llena de vida en las paredes y filas de sillas cómodas, clavadas al suelo y, en apariencia, diseñadas para ser usadas por los siglos de los siglos. Ni siquiera era antigüedad, porque tres siglos no habían dejado ninguna marca obvia. Desde luego no se había hecho ningún esfuerzo por provocar el asombro o un temor reverencial ya que el mobiliario era sencillo y cotidiano, casi escaso, de hecho.

Sin embargo, después de sumar todos esos negativos y deshacerse del total, todavía quedaba algo y ese algo se centraba alrededor del cubículo de cristal que dominaba la mitad de la sala con su transparente vacío. Cuatro veces en tres siglos el simulacro vivo del mismísimo Hari Seldon se había sentado allí y había hablado. Dos de esas veces había hablado sin público alguno.

Los separaban tres siglos y nueve generaciones, pero el anciano que había visto los grandes tiempos del imperio universal seguía proyectándose y entendía más de la galaxia de sus ultra-ta-ta-tataranietos que los propios tataranietos.

Ese cubículo vacío esperaba con paciencia.

El primero en llegar fue el alcalde Indbur III, conduciendo su vehículo terrestre de gala por las calles silenciosas y angustiadas. Con él llegaba su propia silla, más alta que las que tenía la sala y más ancha. La colocaron delante de todas las demás e Indbur lo dominó todo salvo el cristal vacío que tenía delante. El solemne funcionario que tenía a su izquierda inclinó la cabeza con gesto reverente.

—Excelencia, ya se han tomado todas las disposiciones pertinentes para la difusión subetérea más amplia posible del

anuncio oficial que hará su Excelencia esta noche.

—Bien. Mientras tanto deben continuar los programas interplanetarios especiales sobre la Cámara del Tiempo. Por supuesto, no habrá predicciones ni especulaciones de ningún tipo sobre el tema. ¿La reacción popular sigue siendo satisfactoria?

—Excelencia, muy satisfactoria. Los rumores maliciosos que prevalecían en los últimos días han disminuido todavía más. La confianza se ha generalizado.

—¡Bien! —Despidió al hombre con un gesto y después se ajustó con precisión la elaborada corbata.

¡Faltaban veinte minutos para el mediodía!

Un selecto grupo de los grandes puntales de la alcaldía (los líderes de las grandes organizaciones comerciales) fueron apareciendo de uno en uno o de dos en dos, con el grado de pompa correspondiente a su estatus financiero y al lugar que ocupaban en el favor del alcalde. Cada uno se presentó ante el alcalde, recibió alguna palabra cortés y ocupó el asiento que le habían asignado.

En algún lugar, incongruente entre la afectada ceremonia de todo aquel acto, hizo su aparición Randu, de Refugio y se fue abriendo paso de forma sigilosa y sin que nadie lo anunciara hasta la silla del alcalde.

—¡Excelencia! —murmuró y se inclinó.

Indbur frunció el ceño.

—No se le ha concedido audiencia.

—Excelencia, hace una semana que solicito una.

—Lamento que los asuntos de Estado derivados de la aparición de Seldon hayan…

—Excelencia, yo también lo lamento, pero debo pedirle que anule la orden de que las naves de los comerciantes independientes se distribuyan entre las flotas de la Fundación.

Indbur se había puesto rojo de cólera ante la interrupción.

—Este no es el momento de discutirlo.

—Excelencia, es el único momento —le susurró Randu con tono urgente—. Como representante de los Mundos Comerciales Independientes, le digo que no se puede obedecer un movimiento de ese tipo. Debe anularse antes de que Seldon nos resuelva el problema. Una vez que desaparezca la emergencia, será demasiado tarde para conciliar nada y nuestra alianza se esfumará.

Indbur se quedó mirando a Randu con frialdad.

—¿Se da cuenta usted de que soy el jefe de las fuerzas armadas de la Fundación? ¿Tengo derecho a determinar la política militar o no lo tengo?

—Excelencia, lo tiene, pero hay cosas que no son convenientes.

—No observo ninguna falta de conveniencia. Es peligroso permitir que su pueblo disponga de flotas separadas en esta emergencia. Las acciones divididas le hacen el juego al enemigo. Debemos estar unidos, embajador, militar además de políticamente hablando.

Randu sintió que se le tensaban los músculos de la garganta y omitió la cortesía del título inicial.

—Ahora que Seldon va a hablar se siente seguro y se pone contra nosotros. Hace un mes se mostró amable y complaciente, cuando nuestras naves derrotaron al Mulo en Terel. Podría recordarle, señor, que es la Flota de la Fundación la que ha sido derrotada en combate abierto cinco veces, y que las naves de los Mundos Comerciales Independientes le han proporcionado sus victorias.

Indbur frunció el ceño con expresión peligrosa.

—Ya no es usted bienvenido en Términus, embajador. Se solicitará su regreso a su tierra esta misma noche. Es más, su conexión con las fuerzas democráticas subversivas de Términus serán (lo han sido ya) investigadas.

—Cuando me vaya —respondió Randu—, nuestras naves se irán conmigo. Yo no sé nada de sus demócratas. Solo sé que las naves de la Fundación se han rendido al Mulo, traicionadas por sus oficiales superiores, no por sus marineros, democráticos o no. Le estoy diciendo que veinte naves de la Fundación se rindieron en Horleggor por orden de su contralmirante, cuando no habían sufrido ningún daño y permanecían invictos. El contralmirante era una persona muy próxima a usted, fue el que presidió el juicio de mi sobrino cuando llegó de Kalgan. No es el único caso que conocemos y nuestras naves y nuestros hombres no se van a arriesgar bajo el mando de traidores en potencia.

—Se le pondrá bajo vigilancia cuando salga de aquí —dijo Indbur.

Randu se alejó bajo las miradas silenciosas de la desdeñosa

camarilla de los gobernantes de Términus.

¡Faltaban diez minutos para el mediodía!

Bayta y Toran ya habían llegado. Se levantaron de las butacas de atrás que habían ocupado y llamaron a Randu con la mano cuando pasó junto a ellos.

Randu esbozó una dulce sonrisa.

—Estáis aquí, después de todo. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Magnífico fue nuestro político —sonrió Toran—. Indbur insiste en que escriba para su visisonómetro una composición basada en la Cámara del Tiempo con él, sin duda, como héroe. Magnífico se negó a venir sin nosotros y no hubo forma de hacerle cambiar de idea. Ebling Mis está con nosotros, o lo estaba. Anda por ahí, en alguna parte. —Y luego, en un arrebato de seriedad e inquietud—: Pero, ¿qué es lo que pasa, tío? No tienes buen aspecto.

Randu asintió.

—Supongo que no. Llegan malos tiempos, Toran. Cuando nos deshagamos del Mulo, me temo que nos llegará el turno a nosotros.

Una figura solemne y erguida, vestida de blanco, se acercó a ellos y los saludó con una rígida inclinación.

Los ojos oscuros de Bayta sonrieron cuando extendió la mano.

—¡Capitán Pritcher! ¿Está usted de servicio en el espacio, entonces?

El capitán cogió la mano y se inclinó un poco más.

—En absoluto. El doctor Mis, según tengo entendido, ha contribuido de una forma decisiva para traerme aquí, pero es solo temporal. Regreso a la guardia nacional mañana. ¿Qué hora es?

¡Eran las doce menos tres minutos!

Magnífico era la viva imagen del sufrimiento, la angustia y la depresión. Encogía el cuerpo entero en su eterno esfuerzo por desaparecer. Tenía encogidas las aletas de su larga nariz y sus ojos, grandes y caídos, miraban hacia todas partes con expresión inquieta.

Se aferró a la mano de Bayta cuando esta se inclinó y le susurró:

—¿Suponéis, mi señora, que todos estos grandes estaban entre el público, quizá, cuando yo… cuando toqué el visi-sonómetro?

—Todo el mundo, estoy segura —lo tranquilizó Bayta y después le dio una pequeña sacudida—. Y estoy segura de que todos piensan que eres el intérprete más maravilloso de la galaxia y que tu

concierto fue el mejor que se ha visto jamás, así que ponte derecho y siéntate bien. Hay que mantener una postura digna.

El payaso esbozó una débil sonrisa al ver el burlón ceño de la joven y fue desplegando poco a poco sus largos miembros.

Era mediodía…

… y el cubículo de cristal ya no estaba vacío.

Era poco probable que alguien hubiera presenciado la aparición. Fue un corte limpio: en un momento dado no estaba allí y al siguiente lo estaba.

En el cubículo había una figura en una silla de ruedas, una figura anciana y encogida, una figura en cuyo rostro arrugado resplandecían unos ojos brillantes y cuya voz resultó ser lo más vivo que había en él. Un libro reposaba boca abajo en su regazo y la voz se oyó con suavidad.

—¡Soy Hari Seldon!

Habló en medio de un silencio atronador por su intensidad.

—¡Soy Hari Seldon! No tengo forma de saber, por medio de mis sentidos, si hay alguien aquí, pero eso carece de importancia. Todavía quedan unos cuantos años antes de que pueda haber un fallo en el Plan. Durante los tres primeros siglos, el porcentaje de probabilidades de que no se produzcan desvíos es de noventa y cuatro coma dos.

Hizo una pausa para sonreír y luego añadió con tono afable:

—Por cierto, si alguno de ustedes está de pie, puede sentarse. Si a alguno le apetece fumar, por favor, háganlo. No estoy aquí en carne y hueso. No es necesario andarse con cumplidos.

»Vamos a ocuparnos del problema actual, entonces. Por primera vez la Fundación ha tenido que enfrentarse, o quizá está enfrentándose ya, a las últimas etapas de una guerra civil. Hasta ahora, los ataques del exterior se han repelido de la forma adecuada y, como es inevitable, según las estrictas leyes de la psicohistoria. El ataque actual es el de un grupo de la Fundación, periférico y demasiado indisciplinado, contra el gobierno central, demasiado autoritario. El procedimiento era necesario; el resultado, obvio.

La dignidad del ilustre público estaba empezando a quebrarse. Indbur casi se había levantado de la silla.

Bayta se inclinó hacia delante con expresión inquieta. ¿De qué estaba hablando el gran Seldon? Se había perdido unas cuantas

palabras…

—… que el compromiso alcanzado es necesario en dos aspectos. La revuelta de los comerciantes independientes introduce un elemento nuevo de incertidumbre en un Gobierno que quizá peque de exceso de confianza. Se restablece el elemento de lucha. Aunque vencidos, un sano aumento de la democracia…

Empezaban ya a alzarse voces. Los susurros habían ido subiendo por la escala de estridencia y comenzaba a notarse un matiz de pánico en ellos.

—¿Por qué no habla del Mulo? —le dijo Bayta a Toran al oído —. Los comerciantes no se han sublevado nunca.

Toran se encogió de hombros.

La figura sentada seguía hablando alegremente en medio de una desorganización cada vez mayor.

—… un nuevo gobierno de coalición más firme era el resultado necesario y beneficioso de la lógica guerra civil que se ha visto forzada a librar la Fundación. Y ahora ya solo los restos del viejo Imperio se interponen en el camino de la próxima expansión y esos restos, durante los próximos años, en cualquier caso, no suponen un problema. Por supuesto no puedo revelar la naturaleza del próximo prob…

En medio del acrecentado rugido de la multitud, los labios de Seldon se movían sin ruido.

Ebling Mis estaba al lado de Randu, con la cara arrebolada y gritando.

—¡Seldon está majareta! ¡Se ha equivocado de crisis! ¿Es que los comerciantes estabais planeando una guerra civil?

—Planeamos una, sí —dijo Randu con tono frío—. Pero la cancelamos cuando apareció el Mulo.

—Entonces el Mulo es un rasgo añadido, un rasgo para el que no se preparó la psicohistoria de Seldon. ¿Y ahora qué ha pasado?

En medio de aquel silencio repentino, inmóvil, Bayta se encontró el cubículo vacío una vez más. El fulgor atómico de las paredes estaba muerto y la suave corriente de aire acondicionado había desaparecido.

En algún lugar el sonido de una aguda sirena se alzaba y caía por toda la escala y Randu solo articuló las palabras.

—¡Ataque espacial!

Ebling Mis se llevó el reloj de muñeca al oído y gritó de repente:

—¡Parado, por la ga-LA-xia! ¿Hay algún reloj en la sala que funcione? —Su voz era un rugido.

Veinte muñecas se acercaron a veinte oídos. Y en mucho menos de veinte segundos, todos tuvieron la certeza de que no había ninguno.

—Entonces —dijo Mis con un tono espantosamente tajante y expresión seria—, algo ha desconectado toda la energía atómica de la Cámara del Tiempo, y el Mulo está atacando.

El gemido de Indbur se elevó por encima del ruido.

—¡Vuelvan a sus asientos! El Mulo está a cincuenta parsecs de distancia.

—Lo estaba —le gritó Mis a su vez—, hace una semana. Ahora mismo están bombardeando Términus.

Bayta sintió que una profunda depresión la iba envolviendo poco a poco. Sintió que sus pliegues se apretaban y la ceñían hasta el punto de que le costaba hasta respirar y le dolía cada vez que el aliento le atravesaba la garganta, que tenía bloqueada.

Era evidente el ruido que hacía en el exterior la multitud que empezaba a reunirse. Se abrieron las puertas de golpe, entró una figura preocupadísima y habló a toda prisa con Indbur, que había echado a correr hacia él.

—Excelencia —le susurró—, no hay ni un solo vehículo que funcione en toda la ciudad, no hay ni una sola línea de comunicación abierta con el exterior. Según nos han informado, la Décima Flota está vencida y las naves del Mulo están a punto de entrar en la atmósfera. El estado mayor…

Indbur se desplomó y se convirtió en una figura destruida e impotente en el suelo. No se alzaba ni una sola voz en toda la sala. Hasta la creciente multitud del exterior tenía miedo, pero callaba, y el horror del pánico en estado puro se cernía peligrosamente sobre todos.

Levantaron a Indbur. Le llevaron vino a los labios y esos mismos labios se movieron antes de abrir los ojos y la palabra que formaron fue:

—¡Rendición!

Bayta se encontró a punto de llorar, no de pena ni humillación, sino simple y llanamente por la inmensa sensación de desesperación

y miedo que la embargaba. Ebling Mis le tiró de la manga.

—Venga, jovencita…

La sacó de su asiento a la fuerza.

—Nos vamos —le dijo el psicólogo—, y llévese a su músico con usted. —Los labios del regordete científico temblaban y les faltaba el color.

—Magnífico —dijo Bayta casi sin voz. El payaso se encogió horrorizado. Tenía los ojos vidriados.

—El Mulo —chillaba—. El Mulo viene a por mí.

Se sacudió como un loco cuando Bayta lo tocó. Toran se inclinó sobre él y le lanzó un brutal puñetazo. Magnífico se desplomó, inconsciente, y Toran se lo llevó de la sala como si fuera un saco de patatas.

Al día siguiente, las feas naves del Mulo, ennegrecidas por la batalla, se fueron posando unas detrás de otras en los campos de aterrizaje del planeta Términus. El general atacante bajó disparado por la vacía calle principal de Ciudad Términus en un vehículo terrestre de factura extranjera que funcionaba allí donde toda una ciudad de coches atómicos seguía inservible.

La proclamación de la ocupación se hizo veinticuatro horas justas después de que Seldon hubiera aparecido ante lo que antes era la poderosa Fundación.

De todos los planetas de la Fundación, solo los comerciantes independientes seguían resistiéndose y contra ellos se volvió el poder del Mulo, el conquistador de la Fundación.

19

El comienzo de la búsqueda

El solitario planeta, Refugio, único planeta de un único sol de un sector galáctico que se iba perdiendo sin orden ni concierto en un vacío intergaláctico, estaba cercado.

En un sentido estrictamente militar, no cabía duda de que estaba cercado, ya que no había zona del espacio en el lado galáctico a más de veinte parsecs de distancia que estuviera fuera del alcance de las avanzadillas del Mulo. En los cuatro meses transcurridos desde la aplastante caída de la Fundación, las comunicaciones de Refugio se habían desmoronado como una telaraña bajo el filo de una navaja. Las naves de Refugio regresaban al interior, a su mundo natal, y ya solo en el propio Refugio se seguía luchando.

Y en otros aspectos, el asedio era incluso más sofocante, porque los sudarios de la impotencia y el catastrofismo ya lo habían invadido todo…

Bayta se abrió paso sin ganas por el pasillo de ondas rosas, junto a las filas de mesas de plástico lechoso, y encontró su sitio por pura intuición. Se dejó caer en la silla alta sin brazos y respondió mecánicamente a los saludos que apenas había oído, después se frotó un ojo que le picaba de cansancio con el dorso de una mano agotada y cogió el menú.

Tuvo tiempo de experimentar una violenta reacción mental de asco ante la pronunciada presencia de platos de hongos cultivados que se consideraban manjares exquisitos en Refugio y que su gusto, educado en la Fundación, encontraba incomibles; entonces fue consciente de los sollozos que se oían allí cerca y levantó la cabeza.

Hasta entonces, la relación que había tenido con Juddee, aquella rubia del montón, de nariz chata, que se sentaba en el comedor en la unidad de enfrente, en diagonal, había sido muy superficial, casi ni se saludaban. Pero en ese momento Juddee estaba llorando, mordía con gesto afligido un pañuelo húmedo y contenía los

sollozos hasta que su tez se manchó de un color rojo subido. Llevaba el informe traje a prueba de radiaciones echado hacia atrás y el escudo facial transparente se le había caído sobre el postre y allí seguía.

Bayta se reunió con las tres chicas que se turnaban para consolarla con los eternamente aplicados y eternamente ineficaces remedios de palmaditas en el hombro, caricias en el pelo y murmullos incoherentes.

—¿Qué le ocurre? —susurró.

Una de las jóvenes se volvió hacia ella y se encogió de hombros con un discreto:

—No lo sé.

Después, al comprender lo inadecuado del gesto, se llevó a Bayta a un lado.

—Ha tenido un mal día, supongo. Y está muy preocupada por su marido.

—¿Está en la patrulla espacial?

—Sí.

Bayta le tendió una mano a Juddee con gesto amable.

—¿Por qué no te vas a casa, Juddee? —Su voz era una intrusión alegre y profesional entre las sandeces suaves y sosas que la habían precedido.

Juddee levantó la cabeza, un poco resentida.

—Ya he faltado una vez esta semana…

—Entonces faltarás dos veces. Verás, si intentas quedarte hoy, lo único que conseguirás será faltar tres días la semana que viene, así que irte a casa ahora es un acto patriótico. Chicas, ¿alguna de vosotras trabaja en su departamento? Bueno, qué te parece si te ocupas tú de su tarjeta. Será mejor que vayas al lavabo antes, Juddee, y devuelvas los melocotones y la nata a donde pertenecen. ¡Adelante! ¡Vamos!

Bayta regresó a su asiento y cogió otra vez el menú con una sensación de alivio desalentado. Aquello era contagioso. En aquellos días de nervios destrozados, una chica que se pusiese a llorar podía volver loco al departamento entero.

Tomó una decisión a pesar del asco, apretó los botones adecuados que tenía junto al codo y volvió a poner el menú en su casillero.

La chica alta y morena que tenía enfrente estaba diciendo en ese momento:

—No hay mucho que podamos hacer ninguna de nosotras salvo llorar, ¿verdad?

Apenas movía los labios asombrosamente llenos y Bayta notó que llevaba los extremos retocados con mucho cuidado para exhibir esa sonrisita justa y artificial que era el último grito en sofisticación.

Bayta investigó con los ojos bajos el dardo malintencionado que contenían las palabras y agradeció la distracción que suponía la llegada de su almuerzo, la superficie de azulejos de su unidad se había introducido en el hueco para dejar subir la comida. Rompió con cuidado la envoltura de los cubiertos y los sujetó con cautela hasta que se enfriaron.

—¿Es que no se te ocurre nada más que hacer, Hella? —dijo entonces.

—Oh, sí —dijo Hella—. ¡Sí que se me ocurre! —Tiró el cigarrillo que tenía en la mano en el pequeño hueco del que disponían con un movimiento despreocupado y experto del dedo, y el diminuto vaporizador atómico lo atrapó antes de que cayera en el fondo poco profundo.

»Por ejemplo —y Hella juntó unas manos esbeltas y bien cuidadas bajo la barbilla—, creo que podríamos arreglar las cosas de la mejor forma posible con el Mulo y poner fin a todas estas tonterías. Claro que yo no tengo… bueno… facilidades para poder salir de los sitios a toda velocidad cuando el Mulo toma el mando.

La lisa frente de Bayta permaneció lisa. Su voz era ligera e indiferente.

—Tú no tendrás un hermano o un marido en las naves combatientes, ¿verdad?

—No. Y más a mi favor, ya que no veo razón para que se sacrifique a los hermanos y maridos de otras.

—El sacrificio se producirá con mayor seguridad si nos rendimos.

—La Fundación se rindió y está en paz. Nuestros hombres están fuera y la galaxia está contra nosotros.

Bayta se encogió de hombros y dijo con tono dulce:

—Me temo que es lo primero lo que te molesta en realidad. —Regresó a su plato de verduras y se lo comió mientras notaba con

una sensación pegajosa que a su alrededor se había hecho el silencio. Nadie de las cercanías se había molestado en responder al cinismo de Hella.

Bayta se fue a toda prisa después de apuñalar los botones que recogían la unidad y la dejaban lista para la ocupante del siguiente turno.

Una chica nueva, tres sillas más allá, se dirigió en un aparte a Hella.

—¿Quién era?

Los inquietos labios de Hella forjaron una mueca indiferente.

—Es la sobrina de nuestro coordinador. ¿No lo sabías?

—¿Sí? —Los ojos de la joven buscaron los últimos rastros de la espalda que desaparecía—. ¿Y qué está haciendo aquí?

—Una simple chica de la cadena de montaje. ¿No sabes que está de moda ser patriótico? Con tanta democracia me dan arcadas.

—Vamos, Hella —dijo la chica regordeta que tenía a la derecha —. Nunca nos ha restregado el puesto de su tío por la cara. ¿Por qué no lo dejas ya?

Hella hizo caso omiso de su vecina paseando la mirada vidriosa por su entorno y encendió otro cigarrillo.

La chica nueva estaba escuchando el parloteo de la contable de ojos brillantes que tenía enfrente. Las palabras se sucedían a toda prisa.

—… y se supone que estuvo en la Cámara, en la Cámara de verdad, sabéis, cuando habló Seldon y dicen que el alcalde echaba espuma por la boca de furia y que hubo disturbios y todo eso, ya sabéis. Ella se escapó antes de que aterrizara el Mulo y dicen que la huida fue apasionante, tuvo que atravesar el bloqueo y todo, y me pregunto por qué no escribe un libro, esos libros de guerra son muy populares últimamente, ya sabéis. Y se supone que también estuvo en ese mundo del Mulo, en Kalgan, ya sabéis, y…

El timbre de la hora emitió un sonido estridente y la cantina se fue vaciando poco a poco. El zumbido de la voz de la contable continuó y la chica nueva la miraba con los ojos muy abiertos y los convencionales «¿En serio?» en los momentos apropiados.

Cuando Bayta regresó a casa, las luces de la enorme cueva comenzaban a cubrirse por grupos, haciendo caer de forma gradual la oscuridad que mandaba a dormir a los justos y trabajadores.

Toran la recibió en la puerta con una rebanada de pan untado de mantequilla en la mano.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con la boca llena de comida. Y luego, con más claridad—: He apañado una especie de cena. No es mucho, Pero no me eches la culpa.

Pero su mujer daba vueltas a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—¡Torie! ¿Dónde está tu uniforme? ¿Qué estás haciendo de paisano?

—Órdenes, Bay. Ahora mismo Randu está encerrado con Ebling Mis y de qué están hablando, yo no lo sé. Así que ahí lo tienes todo.

—¿Y yo voy? —La joven se acercó a su marido con gesto impulsivo.

Toran la besó antes de responderle.

—Creo que sí. Lo más probable es que sea peligroso.

—¿Y hay algo que no lo sea?

—Exacto. Ah, sí, y ya he mandado llamar a Magnífico, así que es probable que él también se venga.

—Quieres decir que habrá que cancelar su concierto en la fábrica de motores.

—Es obvio.

Bayta entró en la habitación de al lado y se sentó ante una comida que desde luego lucía todos los indicios de haber sido «apañada». Cortó los sándwiches en dos con movimientos rápidos y eficientes y dijo:

—Es una pena lo del concierto. Las chicas de la fábrica estaban deseando verlo. Y Magnífico también, si a eso vamos. Maldita sea, es un tipo tan raro.

—Ese tipo despierta tu instinto maternal, Bay, eso es lo que pasa. Algún día tendremos un bebé y te olvidarás de Magnífico.

Bayta respondió desde las profundidades de su sándwich.

—Me parece a mí que tú ya despiertas todo lo que mi instinto maternal puede soportar.

Después dejó el sándwich en el plato y se quedó muy seria durante un momento.

—Torie.

—*¿Mm-mm?*

—Torie, hoy he estado en el Ayuntamiento. En la Oficina de

Producción. Por eso he llegado tan tarde.

—¿Y qué estabas haciendo allí?

—Bueno… —La joven dudó, indecisa—. Es que no ha dejado de crecer. Al final ya no podía soportarlo más en la fábrica. La moral… no existe, sin más. Las chicas se echan a llorar sin razón aparente. Las que no se ponen enfermas se amargan solas. Hasta las que son como ratoncitos hacen pucheros. En mi sección, sin ir más lejos, la producción no es ni la cuarta parte de lo que era cuando llegué y no hay un solo día en el que tengamos la nómina completa de trabajadoras.

—Está bien —dijo Toran—, Producción. ¿Qué hiciste allí?

—Hice unas cuantas preguntas. Y es igual, Torie, pasa lo mismo en todo Refugio. La producción cae, y sube la sedición y el descontento. El jefe de la oficina se limitó a encogerse de hombros (después de que hubiera esperado en su antesala una hora entera para verlo y que solo entrara porque era la sobrina del coordinador), y dijo que no sabía qué hacer. Con franqueza, no creo que le importara siquiera.

—Vamos, no exageres, Bay.

—Es que no lo creo. —El tono de la joven era tan tenaz como fiero—. Está pasando algo, en serio. Es esa misma frustración horrenda que me invadió en la Cámara del Tiempo cuando nos abandonó Seldon. Tú también la sentiste.

—Sí, la sentí.

—Bueno, pues ha vuelto —continuó Bayta con tono drástico—. Y jamás seremos capaces de resistirnos al Mulo. Aunque tuviéramos los materiales, nos falta el corazón, el espíritu, la voluntad… Torie, no tiene sentido luchar…

Que Toran recordara, Bayta no había llorado jamás y tampoco lloró en ese momento. No del todo. Pero Toran le puso una mano ligera en el hombro y susurró:

—¿Qué tal si lo olvidas, nena? Sé a lo que te refieres. Pero no hay nada…

—¡Ya sé, no hay nada que podamos hacer! Todo el mundo lo dice y nosotros nos quedamos aquí sentados, esperando el cuchillo.

Volvió a coger lo que le quedaba del sándwich y el té. Toran estaba arreglando las camas en silencio. Fuera había caído la oscuridad.

A Randu, como recién nombrado coordinador (en sí mismo ya un puesto de guerra) de la confederación de ciudades de Refugio, se le había asignado, por petición propia, una habitación en los pisos superiores, por cuya ventana podía reflexionar, contemplando los tejados y los espacios verdes de la ciudad. En esos momentos, al desvanecerse las luces de la cueva, la ciudad se iba hundiendo en esa falta de distinción igualitaria de las sombras. A Randu no le apetecía mucho plantearse el simbolismo de todo aquello.

Se dirigió a Ebling Mis, cuyos ojos, pequeños y despejados, parecían no encontrar interés en nada salvo en la copa llena de líquido rojo que tenía en la mano.

—Hay un dicho en Refugio que dice que cuando las luces de la cueva se apagan, es hora de que los justos y trabajadores se vayan a dormir.

—¿Duerme usted mucho últimamente?

—¡No! Siento haberlo llamado tan tarde, Mis. Por alguna razón, en los últimos tiempos prefiero la noche. ¿No es raro? La gente de Refugio se condiciona de una forma bastante estricta y se convencen de que la falta de luz significa que hay que irse a dormir. Y yo también. Pero ahora es diferente…

—Se está escondiendo —dijo Mis con tono rotundo—. Durante el periodo de vigilia usted está rodeado de personas, y siente sus ojos y sus esperanzas puestos en usted. No puede erguirse bajo todo eso. Durante el periodo de sueño, es libre.

—¿Usted también lo siente, entonces? ¿Esta miserable sensación de derrota?

Ebling Mis asintió poco a poco.

—Sí. Es una psicosis colectiva, un impublicable pánico en masa. Por la ga-LA-xia, Randu, ¿qué esperaba? Aquí tiene toda una cultura que ha crecido con una plañidera fe ciega en un héroe popular del pasado que lo tiene todo planeado y está ocupándose hasta del menor detalle de sus impublicables vidas. La pauta de pensamiento evocada tiene características *ad religio*, y ya sabe lo que eso significa.

—Ni idea.

A Mis no le entusiasmaba tener que explicarse. Nunca le entusiasmaba. Así que gruñó un poco, se quedó mirando el largo puro que hizo rodar entre los dedos con gesto pensativo y dijo:

—Que está caracterizado por fuertes reacciones de fe. Las creencias no se pueden hacer tambalear salvo con un golpe clave, en cuyo caso, se produce una alteración mental casi completa. En los casos más suaves, histeria o una sensación malsana de inseguridad. En los casos avanzados, locura y suicidios.

Randu se mordió la uña del pulgar.

—Cuando Seldon nos falla, en otras palabras, desaparece nuestro puntal y llevamos apoyándonos en él tanto tiempo que tenemos los músculos atrofiados hasta el punto de que no podemos ponernos en pie sin él.

—Eso es. Una metáfora un tanto torpe, pero eso es.

—¿Y usted, Ebling, qué tal sus músculos?

El psicólogo filtró una larga bocanada de aire a través del puro y luego dejó salir el humo muy despacio.

—Oxidados, pero no atrofiados. Mi profesión ha dado como resultado un cierto pensamiento independiente.

—¿Y ve alguna salida?

—No, pero tiene que haberla. Quizá Seldon no haya previsto la aparición del Mulo. Quizá no haya garantizado nuestra victoria. Pero, bueno, tampoco garantizó la derrota. Sencillamente está fuera de juego, estamos solos. Se le puede dar una paliza al Mulo.

—¿Cómo?

—Del único modo que se le puede dar una paliza a cualquiera, atacando el punto débil desde una posición de fuerza. Mire, Randu, el Mulo no es ningún superhombre. Si al final se le derrota, todo el mundo lo verá. Es solo que es un desconocido y las leyendas se multiplican con rapidez. Se supone que es mutante. Bueno, ¿y qué? Mutante significa «superhombre» solo para los ignorantes de la humanidad. Pero no es así.

»Según los cálculos, todos los días nacen en la galaxia varios millones de mutantes. De esos varios millones, todos salvo un uno o dos por ciento se pueden detectar solo por medio de microscopios y procedimientos químicos. Del uno o dos por ciento de macromutantes, es decir, aquellos con mutaciones detectables a simple vista o por lógica, todos salvo un uno o dos por ciento son bichos raros, seres que solo sirven para los centros de entretenimiento, los laboratorios y la muerte. De los pocos macromutantes cuyas diferencias son para bien, casi todos son

curiosidades inofensivas, inusuales en un único aspecto, normales (y con frecuencia subnormales) en la mayor parte de los demás. ¿Ve a lo que me refiero, Randu?

—Lo veo. ¿Pero qué pasa con el Mulo?

—Suponiendo que el Mulo sea un mutante, podemos asumir que tiene algún atributo, sin duda mental, que se puede utilizar para conquistar mundos. En cualquier otro aspecto, no cabe duda de que tiene sus fallos, fallos que debemos encontrar. No sería tan reservado, no huiría tanto de los ojos de los demás si esos defectos no fueran evidentes y letales. Si es que es un mutante.

—¿Hay alguna alternativa?

—Podría haberla. Las pruebas de esa mutación descansan en el capitán Han Pritcher, de lo que antes era el Departamento de Inteligencia de la Fundación. Ese hombre sacó sus conclusiones de los débiles recuerdos de los que afirmaban haber conocido al Mulo, o a alguien que podría haber sido el Mulo, cuando nació y durante sus primeros años. Pritcher trabajó con muy poca cosa y las pruebas que encontró podría haberlas plantado con facilidad el propio Mulo por algún motivo, porque es seguro que al Mulo lo ha ayudado muchísimo su reputación como superhombre mutante.

—Eso es interesante. ¿Cuánto tiempo lleva pensando eso?

—Nunca lo he pensado, en el sentido de creerlo. No es más que una alternativa que se debe considerar. Por ejemplo, Randu, supongamos que el Mulo ha descubierto una forma de radiación capaz de deprimir la energía mental, igual que está en posesión de algo que deprime las reacciones atómicas. ¿Qué pasa entonces, eh? ¿Podría explicar eso lo que nos está pasando ahora… y lo que ocurrió en la Fundación?

Randu parecía inmerso en una melancolía que casi le impedía hablar.

—¿Qué hay de sus investigaciones sobre el payaso del Mulo? —dijo.

En ese momento Ebling Mis dudó.

—De momento no sirven para nada. Le hablé claramente al alcalde antes del derrumbamiento de la Fundación, sobre todo, para que no perdiera el valor, en parte, para no perderlo yo tampoco. Pero, Randu, si mis herramientas matemáticas estuvieran a la altura de la tarea, solo con el payaso podría analizar al Mulo por

completo. Y ya lo tendríamos. Podríamos resolver las extrañas anormalidades que a mí ya me han impresionado.

—¿Por ejemplo?

—Piénselo, hombre. El Mulo derrotó las armadas de la Fundación a voluntad, pero ni una sola vez ha conseguido forzar la retirada de las flotas, mucho más débiles, de los comerciantes independientes en un combate abierto. La Fundación cayó con un solo golpe, los comerciantes independientes están resistiendo contra toda su fuerza. La primera vez que utilizó su campo de extinción fue con las armas atómicas de los comerciantes independientes de Mnemon. El factor sorpresa les hizo perder esa batalla pero contrarrestaron el campo. Jamás ha podido usarlo otra vez con éxito contra los independientes.

»Pero funcionó una y otra vez contra las fuerzas de la Fundación. Funcionó con la propia Fundación. ¿Por qué? Con lo que sabemos en estos momentos, es ilógico. Así que tiene que haber factores de los que no somos conscientes.

—¿Traición?

—Eso son tonterías más dignas de necios, Randu. Una sarta de bobadas impublicables. No había ni un solo hombre en la Fundación que no estuviese seguro de la victoria. ¿Quién iba a traicionar al bando que está seguro de ganar?

Randu se acercó a la ventana curva y se quedó mirando sin ver lo que no se podía ver.

—Pero ahora vamos a perder, seguro —dijo—. Si el Mulo tuviera mil puntos débiles, si tuviera toda una red de agujeros…

No se volvió. Era como si lo que hablara fuese el encorvamiento de su espalda, el nervioso tanteo de las manos que se buscaban tras él. Y dijo:

—Escapamos con bastante facilidad después del episodio de la Cámara del Tiempo, Ebling. Es posible que también hayan escapado otros. Unos cuantos lo hicieron, la mayoría no. Se podría haber contrarrestado el campo de extinción. Exigía inventiva y cierta cantidad de trabajo. Todas las naves de la armada de la Fundación podrían haber volado a Refugio o a otros planetas cercanos para continuar la lucha como hicimos nosotros. No lo hizo ni un uno por ciento. De hecho, desertaron y se unieron al enemigo.

»La resistencia de la Fundación, en la que la mayor parte de la

gente de aquí parece confiar tanto, hasta ahora no ha hecho nada importante. El Mulo ha tenido la precaución política de comprometerse a salvaguardar la propiedad y los beneficios de los grandes comerciantes y estos se han pasado a su bando.

—Los plutócratas siempre han estado contra nosotros —dijo Ebling Mis con terquedad.

—Y también son los que han ostentado siempre el poder. Escuche, Ebling. Tenemos razones para creer que el Mulo, o alguno de sus acólitos, ya se ha puesto en contacto con hombres poderosos entre los comerciantes independientes. Se sabe que al menos diez de los veintisiete Mundos Comerciales se han pasado al bando del Mulo. Quizá diez más flaqueen. En el propio Refugio, hay personalidades a las que no les desagradaría el dominio del Mulo. Al parecer, es una tentación insuperable entregar el poder político amenazado si con eso se mantiene el dominio sobre los asuntos económicos.

—¿No cree que Refugio pueda enfrentarse al Mulo?

—No creo que Refugio vaya a hacerlo. —Y en ese momento Randu volvió su rostro angustiado hacia el psicólogo—. Creo que Refugio está esperando para rendirse. Le he pedido que viniera para contárselo. Quiero que se vaya de Refugio.

Ebling Mis hinchó los regordetes carrillos, asombrado.

—¿Pero ya?

Randu se sentía horriblemente cansado.

—Ebling, usted es el mejor psicólogo de la Fundación. Los auténticos maestros de la psicología desaparecieron con Seldon, pero usted es lo mejor que tenemos. Usted es nuestra única posibilidad de derrotar al Mulo. No puede hacerlo aquí, tendrá que irse a lo que queda del Imperio.

—¿A Trántor?

—Eso es. Lo que en otro tiempo fue el Imperio hoy no es más que un esqueleto, pero todavía tiene que haber algo en el centro. Allí es donde tienen los archivos, Ebling. Es posible que aprenda más de psicología matemática, quizá lo suficiente para interpretar la mente del payaso. Él irá con usted, por supuesto.

Mis respondió con sequedad.

—Dudo que esté dispuesto, incluso a pesar del miedo que le tiene al Mulo, a menos que su sobrina lo acompañe.

—Ya lo sé. Toran y Bayta se van con usted por esa misma razón. Y, Ebling, hay otro motivo, mucho más importante. Hari Seldon creó dos fundaciones hace tres siglos; una en cada extremo de la galaxia. Debe encontrar esa Segunda Fundación.

20

El conspirador

El palacio del alcalde, o lo que en otro tiempo había sido el palacio del alcalde, era una mancha que se cernía en la oscuridad. La ciudad estaba silenciosa tras la conquista y el toque de queda y el aire lechoso y confuso de la gran lente galáctica, con alguna estrella solitaria que otra, dominaba el cielo de la Fundación.

En tres siglos, la Fundación había pasado de ser el proyecto privado de un pequeño grupo de científicos a ser un imperio comercial cuyos tentáculos se extendían por las profundidades de la galaxia, y en medio año se había derrumbado desde esa cumbre y había quedado reducida al estatus de otra provincia conquistada.

El capitán Han Pritcher se había negado a comprenderlo.

El silencio nocturno y hosco de la ciudad, el palacio oscurecido, ocupado por intrusos, ya era de por sí todo un símbolo, pero el capitán Han Pritcher, que acababa de entrar por la verja exterior del palacio con la diminuta bomba atómica bajo la lengua, se negaba a entenderlo.

Una sombra se acercó un poco más, el capitán inclinó la cabeza.

El susurro fue mortalmente bajo.

—El sistema de alarma es como siempre ha sido, capitán. ¡Proceda! No registrará nada.

El capitán agachó la cabeza y se coló sin ruido por el reducido arco y bajó por el sendero flanqueado por fuentes hasta lo que había sido el jardín de Indbur.

Cuatro meses antes había sido el día de la Cámara del Tiempo, ante cuyo recuerdo su memoria siempre se resistía. Las impresiones volvían, solas y por separado, molestas, sobre todo por la noche.

El viejo Seldon pronunciando esas palabras que eran un error devastador, la confusión absoluta, Indbur, con su traje de alcalde incongruente y brillante bajo su rostro inconsciente y arrugado, las multitudes asustadas que se iban reuniendo a toda prisa y

esperaban sin ruido a que se diese la inevitable orden de rendición; el joven, Toran, desapareciendo por una puerta lateral con el payaso del Mulo a cuestas.

Y él mismo, que de algún modo había conseguido salir después, con el coche inutilizado.

Se había abierto paso entre la multitud sin líderes que comenzaba a abandonar la ciudad, con destino desconocido.

Dirigiéndose a ciegas hacia las varias ratoneras que eran, que habían sido en otro tiempo, los cuarteles generales de una resistencia democrática que llevaba ochenta años fracasando y encogiéndose.

Y las ratoneras estaban vacías.

Al día siguiente se vieron por un momento en el cielo unas naves negras y extrañas, unas naves que se fueron posando con suavidad entre los edificios arracimados de la cercana ciudad. El capitán Han Pritcher sintió que lo ahogaba una acumulación de impotencia y desesperación.

Comenzó entonces a viajar sin parar.

En treinta días había cubierto casi trescientos kilómetros a pie, se había puesto la ropa de un trabajador de las fábricas hidropónicas cuyo cuerpo había encontrado recién muerto al lado del camino, se había dejado crecer una barba fuerte de un color rojizo subido…

Y había encontrado lo que quedaba de la resistencia clandestina.

La ciudad era Newton; el distrito, un barrio residencial que en otro tiempo había lucido una elegancia que poco a poco iba cayendo en la miseria; la casa, un miembro no demasiado distinguido de toda una fila y el hombre, un ser de ojos pequeños y huesos grandes cuyos puños nudosos le abultaban los bolsillos y cuyo cuerpo fibroso permanecía ante la estrecha abertura de la puerta sin moverse.

—Vengo de parte de Miran —murmuró el capitán.

El hombre le devolvió la jugada con aire hosco.

—Miran llega pronto este año.

—No antes que el año pasado —dijo el capitán.

Pero el hombre no se apartó.

—¿Quién es usted? —dijo.

—¿No es usted Zorro?

—¿Siempre responde con otra pregunta?

El capitán tomó una honda e imperceptible bocanada de aire y luego habló con calma.

—Soy Han Pritcher, capitán de la flota y miembro del Partido Democrático Clandestino. ¿Quiere dejarme entrar?

El Zorro se apartó y después dijo:

—Mi verdadero nombre es Orum Palley.

Le tendió la mano y el capitán se la estrechó.

La habitación estaba bien cuidada, pero no era suntuosa. En una esquina había un proyector decorativo de libros película que, a los ojos entrenados del militar, bien podría haber sido un desintegrador camuflado de un calibre respetable. El proyector cubría la entrada y ese tipo de armas podían dirigirse por control remoto.

El Zorro siguió la mirada de su barbudo invitado y esbozó una sonrisa tensa.

—¡Sí! —dijo—. Pero solo en los tiempos de Indbur y sus vampiros con corazón de lacayos. No serviría de mucho contra el Mulo, ¿eh? Nada serviría de mucho contra el Mulo. ¿Tiene hambre?

Los músculos de la mandíbula del capitán se tensaron bajo la barba y asintió.

—Tardará un minuto si no le importa esperar. —El Zorro sacó unas latas de un armario y colocó dos delante del capitán Pritcher —. Ponga el dedo encima y manténgalo ahí, rómpalas cuando estén lo bastante calientes. Tengo fastidiada la unidad de control de calor. Cosas así te recuerdan que hay una guerra, o que la había, ¿no?

Aquellas rápidas palabras tenían un contenido alegre, pero la forma de decirlas no tenía nada de jovial y en sus ojos había una expresión fría y pensativa. Se sentó enfrente del capitán y dijo:

—No quedará nada más que un punto quemado donde usted está sentado si hay algo en usted que no me guste. ¿Lo sabe?

El capitán no respondió. Las latas que tenía delante se abrieron con una presión.

—¡Estofado! —dijo el Zorro con aspereza—. Lo siento, pero hay escasez de comida.

—Lo sé —dijo el capitán. Comió a toda prisa, sin levantar la cabeza.

—Lo vi una vez —dijo el Zorro—. Estoy intentando recordarlo y la barba, desde luego, no estaba ahí.

—Hace treinta días que no me afeito. —Y luego, con fiereza—. ¿Qué quiere? Tengo las contraseñas correctas. Tengo la identificación.

El otro agitó la mano.

—Oh, admito que es usted Pritcher. Pero hay muchos que tiene las contraseñas, y las identificaciones, y las identidades también, y que están con el Mulo. ¿Ha oído hablar alguna vez de Levvaw, eh?

—Sí.

—Está con el Mulo.

—¿Qué? Pero…

—Sí. Era el hombre al que llamaban «No Pasarán». —Los labios del Zorro hicieron un gesto como si fueran a reírse, pero sin sonido ni humor—. Y luego está Willig. ¡Con el Mulo! Garre y Noth. ¡Con el Mulo! Por qué no Pritcher también, ¿eh? ¿Cómo iba a saberlo?

El capitán se limitó a negar con la cabeza.

—Pero no importa —dijo el Zorro en voz baja—. Tiene que tener mi nombre si Noth se ha pasado al enemigo, así que si es usted sincero, ahora corre más peligro que yo con esta relación.

El capitán había terminado de comer y se echó hacia atrás.

—Si usted no tiene organización aquí, ¿dónde puedo encontrar algo? La Fundación puede que se haya rendido, pero yo no.

—¡Y qué! No puede vagar por ahí para siempre, capitán. Los hombres de la Fundación tienen que tener permisos de viaje para moverse de ciudad en ciudad en estos tiempos. ¿Lo sabe? Y también tarjetas de identidad. ¿Tiene usted una? Además, a todos los oficiales de la antigua Armada se les ha pedido que se presenten en el cuartel de ocupación más cercano. Ese es usted, ¿no?

—Sí. —La voz del capitán se había endurecido—. ¿Cree usted que huyo por miedo? Estaba en Kalgan no mucho después de que se rindiera al Mulo. En menos de un mes ni uno solo de los oficiales del antiguo caudillo seguía por ahí, porque eran los líderes militares naturales de cualquier revuelta. La resistencia clandestina siempre ha sabido que ninguna revolución puede triunfar sin controlar al menos parte de la Armada. Es evidente que el Mulo también lo sabe.

El Zorro asintió con gesto pensativo.

—Bastante lógico. El Mulo es minucioso.

—Me deshice del uniforme en cuanto pude. Me dejé crecer la

barba. Cabe la posibilidad de que otros hayan tomado las mismas medidas.

—¿Está casado?

—Mi mujer está muerta. No tengo hijos.

—Es inmune a los rehenes, entonces.

—Sí.

—¿Quiere mi consejo?

—Si tiene alguno.

—No sé cuál es la política del Mulo ni sus intenciones, pero hasta ahora no se ha hecho daño a los trabajadores cualificados. Los sueldos han subido. Está en auge la producción de todo tipo de armas atómicas.

—¿Ah, sí? Da la sensación de que continúa la ofensiva.

—No lo sé. El Mulo es un hijo de ramera muy sutil y es posible que solo esté aplacando a los trabajadores para que se sometan. Si Seldon no pudo descifrarlo con toda su psicohistoria, yo no pienso intentarlo. Pero lleva usted ropa de trabajo. Eso ya sugiere algo, ¿no?

—No soy un trabajador cualificado.

—En el ejército hizo usted un curso de energía atómica, ¿no?

—Desde luego.

—Con eso basta. Cojinetes para Campo Atómico, S. A. está aquí, en la ciudad. Dígales que tiene experiencia. Los canallas que dirigían la fábrica para Indbur siguen dirigiéndola… para el Mulo. No hacen preguntas siempre que necesiten trabajadores para seguir sacando la gran tajada. Le darán una tarjeta de identidad y puede solicitar una habitación en la urbanización de la compañía. Podría empezar ya.

Y de ese modo, el capitán Han Pritcher, de la Flota Nacional, se convirtió en el operario Lo Moro, productor de escudos, del taller 45 de Cojinetes para Campo Atómico, S. A. Y de agente de inteligencia se vio reducido a la escala social de «conspirador», un oficio que lo llevó meses más tarde a lo que había sido el jardín privado de Indbur.

En el jardín, el capitán Pritcher consultó el lector de radiaciones que llevaba en la palma de la mano. El campo de alarma interno seguía funcionando, así que esperó. A la bomba atómica que llevaba en la boca le quedaba media hora de vida. La hizo rodar

cautelosamente con la boca.

El lector de radiaciones murió sumiéndose en una oscuridad siniestra y el capitán se apresuró a avanzar.

Hasta ese momento, las cosas habían ido bien.

Pensó que, objetivamente hablando, la vida que le quedaba a la bomba atómica era la que le quedaba a él también; que la muerte del mecanismo suponía su propia muerte, y la muerte del Mulo.

Y en ese momento se alcanzaría el gran clímax de una guerra privada de cuatro meses; una guerra que había pasado por la huída a través de una fábrica de Newton…

Durante dos meses, el capitán Pritcher llevó delantales de plomo y pesados protectores faciales, hasta que la fricción hizo desaparecer de su porte todo lo relacionado con el ejército. Era un simple trabajador, un trabajador que recogía su paga, pasaba las noches en la ciudad y jamás hablaba de política.

Durante dos meses no vio al Zorro.

Y entonces, un día, un hombre tropezó al pasar junto a su banco de trabajo y Pritcher se encontró con un trozo de papel en el bolsillo. La palabra «Zorro» estaba escrita en él. Lo tiró a la cámara atómica, donde se desvaneció con un soplo ciego e hizo subir el rendimiento energético un milimicrovoltio, y después volvió a su trabajo.

Esa noche estaba en casa del Zorro y jugaba una mano de un juego de cartas con otros dos hombres que conocía de oídas y con otro que conocía de vista y por el nombre.

Con las cartas en la mano y ante las fichas que pasaban y volvían a pasar, hablaron todos.

—Es un error básico —dijo el capitán—. Vivís en un pasado que ha explotado. Nuestra organización lleva ochenta años esperando el momento histórico correcto. Nos ha cegado la psicohistoria de Seldon, una de cuyas primeras proposiciones es que el individuo no cuenta, no hace historia, y que los factores sociales y económicos más complejos lo anulan, lo convierten en una marioneta. —Colocó sus cartas con cuidado, examinó su valor y dijo mientras echaba una ficha—. ¿Por qué no matar al Mulo?

—Venga, vamos, ¿y de qué serviría eso? —quiso saber con tono fiero el hombre que tenía a la izquierda.

—Verá —dijo el capitán deshaciéndose de dos cartas— de eso se

trata. Qué es un hombre, entre trillones. La galaxia no va a dejar de rotar porque muera un hombre. Pero el Mulo no es un hombre, es un mutante. Ya ha alterado el plan de Seldon, y si nos paramos un momento a analizar las implicaciones, eso significa que él, un hombre, un mutante, ha alterado toda la psicohistoria de Seldon. Si jamás hubiera vivido, la Fundación no habría caído. Si dejara de vivir, no seguiría en el suelo.

»Vamos, los demócratas llevamos ochenta años confabulándonos para enfrentarnos a alcaldes y comerciantes. Probemos con el asesinato.

—¿Cómo? —interpuso el Zorro con frialdad y bastante sentido común.

—Me he pasado tres meses pensando en eso sin encontrar solución —dijo el capitán poco a poco—. Llego aquí y la encuentro en cinco minutos. —Le echó un breve vistazo al hombre cuyo rostro amplio y rosado, y grande como un melón, le sonreía desde la silla que ocupaba a su derecha—. Usted fue en su momento el chambelán del alcalde Indbur. No sabía que pertenecía a la resistencia.

—Ni yo que usted también lo hiciera.

—Bueno, entonces como chambelán comprobaba periódicamente el funcionamiento del sistema de alarma del palacio.

—Así es.

—Y el Mulo ocupa ahora el palacio.

—Eso es lo que se ha anunciado, aunque es un conquistador muy modesto que no da discursos ni hace proclamas ni apariciones públicas de ningún tipo.

—Eso es una vieja historia que no influye para nada. Usted, mi querido ex chambelán, es todo lo que necesitamos.

Se mostraron las cartas y el Zorro recogió las apuestas. Después repartió otra mano sin prisas.

El hombre que en otro tiempo había sido chambelán fue recogiendo sus cartas una por una.

—Lo siento, capitán. Comprobaba el sistema de alarma, pero era pura rutina. No sé nada de él.

—Me lo esperaba, pero su mente dispone de una memoria eidética de los controles, si se puede ahondar lo suficiente, con una

sonda psíquica.

El rostro rubicundo del chambelán empalideció de repente y se hundió. Las cartas que tenía en la mano se arrugaron bajo la presión repentina de un puño.

—¿Una sonda psíquica?

—No tiene de qué preocuparse —dijo el capitán con aspereza—. Sé cómo utilizarla. No le hará daño, salvo una pequeña debilidad de unos cuantos días. Y si se lo hiciera, es el riesgo que corre y el precio que paga. Entre nosotros hay algunos, sin duda, que a partir de los controles de la alarma podríamos determinar las combinaciones de las longitudes de onda. Entre nosotros hay algunos que podríamos fabricar una bomba pequeña de tiempo y yo mismo se la llevaré al Mulo.

Los hombres se congregaron sobre la mesa.

El capitán continuó.

—Una noche dada darán comienzo unos disturbios en Ciudad Términus, en el barrio del palacio. Ningún combate de verdad. Un alboroto y luego se huye. Siempre que se atraiga a la guardia del palacio… o, como mínimo, que se la distraiga.

Y a partir de ese día continuaron los preparativos durante un mes y el capitán Han Pritcher, de la Flota Nacional, tras haberse convertido en conspirador, descendió un poco más por la escala social y se convirtió en «asesino».

El capitán Pritcher, asesino, había entrado en el mismísimo palacio y se encontraba tristemente satisfecho con sus deducciones. Un sistema de alarma meticuloso en el exterior significaba menos guardias en el interior. Y en ese caso, ninguno.

Tenía el plano del edificio muy claro en la cabeza. Él era una mancha que subía sin hacer ruido por la rampa bien alfombrada. Al llegar arriba, se pegó a la pared y esperó.

Tenía ante él la pequeña puerta cerrada de una habitación privada. Tras esa puerta debía estar el mutante que había vencido a los invencibles. Llegaba temprano, a la bomba todavía le quedaban diez minutos de vida.

Pasaron cinco de ellos y en todo el mundo todavía no había ni un ruido. Al Mulo le quedaban cinco minutos de vida, y también al capitán Pritcher.

Se adelantó siguiendo un impulso repentino. El complot ya no

podía fallar. Cuando la bomba estallase, el palacio desaparecería con ella, todo el palacio. El hecho de que hubiera una puerta entre medias, diez metros de separación, no significaba nada. Pero quería ver al Mulo cuando murieran juntos.

En un último gesto de insolencia, el capitán cayó como un trueno sobre la puerta.

Y esta se abrió y dejó escapar la luz cegadora.

El capitán Pritcher se tambaleó y luego se recuperó. El hombre solemne que se encontraba en el centro de la pequeña habitación, ante una pecera suspendida en el aire, levantó un poco la cabeza.

Su uniforme era de un color negro sombrío y cuando dio unos golpecitos en la pecera con gesto ausente, el receptáculo se movió de inmediato y los peces naranjas y bermejos de aletas como plumas salieron disparados por el agua.

—¡Entre, capitán! —dijo.

Para la lengua temblorosa del capitán la esferita de metal que tenía debajo se estaba hinchando de un modo siniestro, una imposibilidad física, el capitán lo sabía. Pero al artefacto solo le quedaba un minuto de vida.

—Será mejor que escupa ese absurdo perdigón —dijo el hombre uniformado— para que pueda hablar con libertad. No va a estallar.

Pasó el minuto y con un movimiento lento y repentino, el capitán inclinó la cabeza y dejó caer la esfera plateada en la palma de su mano. Con una fuerza furiosa la bola se lanzó contra la pared y rebotó con un tintineo metálico e ínfimo, después de lanzar inofensivos destellos durante el vuelo.

El hombre del uniforme se encogió de hombros.

—Ya ve qué explosión. En cualquier caso no le habría servido de nada, capitán. Yo no soy el Mulo. Tendrá que conformarse con su virrey.

—¿Cómo lo supo? —murmuró el capitán con la voz pastosa.

—Échele la culpa a un sistema de contraespionaje muy eficiente. Puedo darle todos los nombres de su pequeña banda, cada paso de los planes que hicieron…

—¿Y dejó que llegara hasta aquí?

—¿Por qué no? Uno de mis grandes propósitos al venir aquí ha sido encontrarlo a usted y a algunos otros. Sobre todo, a usted. Podría haberlo cogido hace unos meses, cuando todavía trabajaba

en la fábrica de cojinetes, en Newton, pero esto es mucho mejor. Si no hubiera sugerido usted los trazos principales del complot, uno de mis hombres le habría adelantado algo muy parecido a usted. El resultado es notable y tiene cierta gracia siniestra.

Los ojos del capitán eran duros.

—A mí también me lo parece. ¿Ya ha terminado todo?

—Acaba de empezar. Vamos, capitán, siéntese. Dejemos las gestas heroicas para los tontos que se dejen impresionar por ellas. Capitán, usted es un hombre muy capacitado. Según la información que tengo, usted fue el primero de la Fundación que reconoció el poder del Mulo. Desde entonces, ha mostrado bastante interés, de una forma yo diría que atrevida, por los primeros años del Mulo. Usted ha sido uno de los que se llevaron a su payaso, al que, por cierto, todavía no se ha encontrado y por el que todavía se ha de pagar. Como es natural, reconocemos su capacidad y el Mulo no es de los que le temen a la capacidad de sus enemigos, siempre que pueda convertirla en la capacidad de un nuevo amigo.

—¿Es a eso a lo que va? ¡Ah, no!

—¡Ah, sí! Ese era el propósito de la pequeña comedia de esta noche. Usted es un hombre inteligente; sin embargo, sus pequeñas conspiraciones contra el Mulo fracasan de una forma bastante cómica. Apenas puede dignificarlo con el nombre de conspiración. ¿Forma parte de su preparación militar desperdiciar naves en acciones imposibles?

—Primero hay que admitir que son imposibles.

—Se admitirá —le aseguró el virrey con tono dulce—. El Mulo ha conquistado la Fundación. Que, por cierto, se está convirtiendo a toda prisa en un arsenal para la realización de sus objetivos superiores.

—¿Qué objetivos superiores?

—La conquista de toda la galaxia. La reunión de todos los mundos desgarrados en un nuevo Imperio. El cumplimiento, patriota embotado, del sueño de su Seldon setecientos años antes de lo que él esperaba. Y para cumplir ese sueño, usted puede ayudarnos.

—No me cabe duda de que puedo. Pero tampoco me cabe duda de que no lo haré.

—Tengo entendido —razonó el virrey— que solo tres de los

Mundos Comerciales Independientes siguen resistiendo. No durarán mucho más. Serán las últimas fuerzas de la Fundación. Usted todavía aguanta.

—Sí.

—Pero no seguirá haciéndolo. Un recluta voluntario es muy eficiente. Pero servirá el otro tipo. Por desgracia, el Mulo no está aquí. Lidera la lucha, como siempre, contra los comerciantes que siguen resistiendo. Pero está en contacto continuo con nosotros. No tendrá que esperar mucho, capitán.

—¿Para qué?

—Para su conversión.

—El Mulo —dijo el capitán con tono gélido— se dará cuenta de que eso está por encima de su capacidad.

—Pero es que no será así. Yo mismo no estaba por encima de ella. ¿No me reconoce? Vamos, usted estuvo en Kalgan, así que me ha visto. Llevaba monóculo, una túnica escarlata ribeteada de piel, un sombrero de copa…

El capitán se irguió de repente, consternado.

—Usted era el caudillo de Kalgan.

—Sí, y ahora soy el leal virrey del Mulo. Ya ve, es muy convincente.

21

Interludio en el espacio

El bloqueo se llevaba a cabo con éxito. En el inmenso volumen del espacio, ni todas las armadas que hubieran existido jamás podían acercarse tanto como para mantener la vigilancia. Cojamos una única nave, un piloto hábil y una cantidad moderada de suerte y conseguirá colarse.

Con una calma gélida, Toran conducía un quejumbroso navío desde los alrededores de una estrella a los de otra. Si la proximidad de una gran masa hacía que el salto interestelar fuera errático y difícil, también hacía que los mecanismos de detección del enemigo fuesen inútiles o casi.

Y una vez que se salvaba el cinturón de naves, también se salvaba la esfera interna de espacio muerto, a través de cuyo subéter bloqueado no se podía enviar ningún mensaje. Por primera vez en más de tres meses, Toran había dejado de sentirse aislado.

Pasó una semana antes de que los noticiarios enemigos trataran algo más que los aburridos y autocomplacientes detalles de su creciente control sobre la Fundación. Fue una semana en la que la nave mercante blindada de Toran se fue alejando velozmente de la Periferia con saltos apresurados.

Ebling Mis llamó a la sala de pilotaje y Toran abandonó sus cartas de navegación con un parpadeo.

—¿Qué pasa? —Toran bajó a la pequeña cámara central que Bayta, como era inevitable, había convertido en salita.

Mis sacudió la cabeza.

—¡Que me rellenen el imbornal si lo sé! Los presentadores del Mulo están anunciando un boletín especial. Pensé que querrías echarle un vistazo.

—Por qué no. ¿Dónde está Bayta?

—Poniendo la mesa en el comedor y escogiendo un menú, o algún perifollo de esos.

Toran se sentó en el catre que le servía a Magnífico de cama y esperó. La rutina propagandística de los boletines especiales del Mulo era siempre igual de monótona. Primero la música marcial y luego la empalagosa maestría del presentador. Después llegaban las noticias menores, que se sucedían unas a otras sin pausa. Tras ellas, la pausa. Y luego las trompetas, la emoción creciente y el clímax.

Toran lo soportaba. Mis murmuraba para sí.

El presentador empezó a soltar, con la fraseología convencional del corresponsal de guerra, las empalagosas palabras que traducían en sonido el metal fundido y la carne reventada de una batalla en el espacio.

—Escuadrones de cruceros rápidos al mando del teniente general Sammin le han devuelto hoy el golpe con dureza a la fuerza expedicionaria que atacaba desde Iss… —El rostro cuidadosamente inexpresivo del locutor que había en pantalla se desvaneció en la negrura de un espacio atravesado por los tajos rápidos de unas naves que se tambaleaban por el vacío, inmersos en una batalla mortal. La voz siguió hablando entre los truenos mudos—. La acción más sorprendente de la batalla fue el combate secundario del crucero pesado *Agrupamiento* contra tres naves enemigas de la clase «Nova»…

La perspectiva de la pantalla giró y se acercó. Una nave grande lanzó un destello y uno de los frenéticos atacantes resplandeció con una luz estridente, hizo un giro que lo desenfocó, dio media vuelta y embistió. La *Agrupamiento* se meció con un movimiento violento y sobrevivió al impacto oblicuo que apartó al atacante con un reflejo retorcido.

El discurso elocuente y desapasionado del presentador continuó hasta que describió el último impacto y el último casco.

Después hubo una pausa y una voz y unas imágenes muy parecidas de los combates librados junto a Mnemon, al que se añadía la novedad de la prolongada descripción de un aterrizaje relámpago, la imagen de una ciudad destruida (prisioneros apiñados y agotados), y pausa otra vez.

A Mnemon ya no le quedaba mucho.

De nuevo la pausa y esa vez el sonido estridente de los metales que era de esperar. La pantalla fue desapareciendo por el pasillo largo que flanqueaba una impresionante fila de soldados y por el

que el portavoz del Gobierno, con uniforme de concejal, iba subiendo a toda prisa.

El silencio era sofocante.

La voz que se oyó al fin era solemne, lenta y dura:

—Por orden de nuestro soberano, se anuncia que el planeta Refugio, que hasta ahora mantenía una oposición bélica a su voluntad, se ha sometido y aceptado la derrota. En este momento, las fuerzas de nuestro soberano están ocupando el planeta. La resistencia fue dispersa, mal coordinada y aplastada de inmediato.

La escena se desvaneció y regresó el presentador original, que afirmó con tono trascendental que se transmitirían las novedades según se fueran produciendo.

Después hubo música de baile y Ebling Mis tiró el escudo que desconectó la electricidad.

Toran se levantó y se alejó con pasos vacilantes, sin una sola palabra. El psicólogo no intentó detenerlo.

Cuando Bayta salió de la cocina, Mis le hizo un gesto para que no dijera nada.

—Han tomado Refugio —dijo.

—¿Ya? —dijo Bayta. Tenía los ojos muy abiertos y había en ellos una expresión enfermiza de incredulidad.

—Sin un solo combate. Sin un imp… —El psicólogo se detuvo y tragó saliva—. Será mejor que dejes solo a Toran. Para él no es muy agradable. ¿Qué tal si comemos sin él por esta vez?

Bayta miró una vez hacia la sala de pilotaje y luego se giró sin esperanza.

—¡Muy bien!

Magnífico se sentó a la mesa sin que nadie advirtiera su presencia. No habló ni comió, sino que se quedó mirando hacia delante con un miedo concentrado que parecía consumir toda la vitalidad de su cuerpo ahusado.

Ebling Mis revolvió con aire ausente el postre de fruta helada y después dijo con dureza:

—Hay dos Mundos Comerciales que luchan. Luchan, se desangran y mueren, y no se rinden. Solo en Refugio… Igual que en la Fundación…

—¿Pero por qué? ¿Por qué?

El psicólogo sacudió la cabeza.

—Es parte del mismo problema. Cada una de esas extrañas facetas es una insinuación de la naturaleza del Mulo. Primero, el problema de cómo pudo conquistar la Fundación, con tan poco derramamiento de sangre y de un solo golpe, en esencia, mientras los Mundos Comerciales Independientes seguían resistiendo. La manta que cubre las reacciones atómicas era un arma endeble, lo hemos discutido hasta el hartazgo, no funcionó en ningún otro sitio salvo la Fundación.

»Randu sugirió —Ebling frunció el ceño— que podría ser un depresor de voluntad por radiaciones. Es lo que podría haber funcionado en Refugio. Pero claro, por qué no se utilizó en Mnemon e Iss, que incluso ahora siguen luchando con tal demoníaca intensidad que están necesitando la mitad de la flota de la Fundación además de las fuerzas del Mulo para derrotarlos. Sí, reconocí las naves de la Fundación en el ataque.

—La Fundación, luego Refugio —susurró Bayta—. El desastre parece seguirnos sin llegar a tocarnos. Parece que siempre conseguimos escaparnos por un pelo. ¿Es que va a durar para siempre?

Ebling Mis no la escuchaba. Estaba considerando un punto para sí mismo.

—Pero hay otro problema… otro problema. Bayta, ¿recuerdas la noticia de que no se había encontrado al payaso del Mulo en Términus, que se sospechaba que había huido a Refugio o bien que sus raptores originales lo habían llevado allí? En ese hombre hay algo importante, Bayta, algo que no se desvanece y que nosotros todavía no hemos averiguado. Magnífico debe de saber algo que es fatal para el Mulo. Estoy seguro.

Magnífico, pálido y tartamudeando, protestó.

—Mi señor… noble caballero… de verdad os juro que está más allá de mi pobre entendimiento comprender lo que buscáis. Os he contado todo lo que sé, sin ponerme límites, y con vuestra sonda, habéis sacado de mi escaso ingenio lo que sabía, pero no sabía que sabía.

—Lo sé… lo sé. Es algo pequeño. Una insinuación tan pequeña que ni tú ni yo la reconocemos por lo que es. Y sin embargo debo encontrarla, porque Mnemon e Iss desaparecerán pronto y cuando lo hagan, nosotros somos los últimos restos, las últimas gotas de la

Fundación independiente.

Las estrellas comienzan a arracimarse cuando se entra en el corazón de la galaxia. Los campos gravitacionales empiezan a superponerse con intensidades suficientes como para introducir perturbaciones que no se pueden pasar por alto en un salto interestelar.

Toran fue consciente de ello cuando un salto hizo aterrizar su nave en medio del resplandor de una gigante roja que se aferraba a ellos con saña y cuyas garras consiguió aflojar y de las que luego se desprendió, pero solo después de doce horas sin dormir que le destrozaron el alma.

Con unas cartas de navegación de alcance limitado y una experiencia que no se había desarrollado del todo, ni operacional ni matemáticamente, Toran se resignó a pasarse días enteros calculando con cuidado entre salto y salto.

Se convirtió en una especie de proyecto comunitario. Ebling Mis comprobaba las matemáticas de Toran y Bayta probaba posibles rutas por medio de varios métodos generalizados, en busca de soluciones reales. Hasta a Magnífico lo pusieron a trabajar en la máquina de cálculos para hacer cómputos de rutina, un tipo de trabajo que, una vez explicado, fue fuente de gran diversión para él y en el que se mostró sorprendentemente competente.

Así que después de un mes, o casi, Bayta fue capaz de examinar la línea roja que se abría paso como un gusano por el modelo tridimensional de la lente galáctica de la nave y que llegaba a medio camino de su centro, y dijo con cierto entusiasmo irónico:

—¿Sabes a qué se parece? Se parece a un gusano de tierra de tres metros con una indigestión tremenda. Al final vas a terminar haciéndonos aterrizar en Refugio.

—Lo haré —gruñó Toran con un fiero crujido de su carta de navegación— si no te callas ahora mismo.

—Y por cierto —continuó Bayta—, lo más probable es que haya una ruta directa que lo atraviesa, recta como un meridiano.

—¿Sí? Bueno, en primer lugar, so lerda, es muy probable que quinientas naves necesitaran quinientos años para calcular esa ruta a base de equivocarse y volver a empezar, y en mis pésimos mapas de medio crédito no vienen. Además, quizá sea mejor evitar esas rutas tan directas. Seguro que están hasta arriba de naves. Y

además…

—¡Oh, por el amor de la galaxia, deja de decir tonterías y no te pongas tan digno! —Las manos de Bayta se lanzaron al pelo de su marido.

—¡Au! ¡Suéltame! —aulló Toran, después la cogió por las muñecas y la derribó con una sacudida seca, con lo que Toran, Bayta y silla terminaron formando un trío enredado en el suelo que degeneró en una pelea de lucha libre llena de jadeos y compuesta sobre todo de risas ahogadas y varios golpes en falso.

Toran se soltó cuando entró Magnífico, que venía sin aliento.

—¿Qué pasa?

Unas líneas de ansiedad arrugaban la cara del payaso y tensaban la piel hasta hacerla palidecer sobre el enorme puente de su nariz.

—Los instrumentos se comportan de forma extraña, señor, y yo no he tocado, por lo que sabe mi ignorancia, nada…

Toran se plantó en dos segundos en la sala de pilotaje. Después le dijo a Magnífico en voz baja:

—Despierta a Ebling Mis. Que baje aquí.

Acto seguido se dirigió a Bayta, que estaba intentando volver a poner cierto orden en su cabello con los dedos.

—Nos han detectado, Bay.

—¿Detectado? —Y los brazos de Bayta cayeron—. ¿Quién?

—¡La galaxia sabe! —murmuró Toran—, pero me imagino que alguien con los desintegradores ya alineados y apuntados.

Se sentó y en voz baja comenzó a enviar al subéter el código de identificación de la nave.

Y cuando Ebling Mis entró, con la bata puesta y cara de sueño, Toran se dirigió a él con una calma desesperada.

—Al parecer estamos dentro de las fronteras de un Reino Interior local que se llama la Autarquía de Filia.

—Jamás he oído hablar de él —dijo Mis con tono brusco.

—Bueno, yo tampoco —respondió Toran—, pero de todos modos no está deteniendo una nave filiana y no sé lo que va a significar.

El inspector-capitán de la nave filiana subió de inmediato a bordo con seis hombres armados tras él. Era bajo, de cabello ralo, labios finos y piel seca. Tosió, una tos seca y áspera, cuando se sentó y abrió de golpe la carpeta que llevaba bajo el brazo por una página en blanco.

—Sus pasaportes y acreditación de la nave, por favor.

—No tenemos ninguna de las dos cosas —dijo Toran.

—Ninguna, ¿eh? —Cogió de súbito un micrófono que le colgaba del cinturón y habló por él a toda prisa—. Tres hombres y una mujer. Los papeles no están en orden. —Hizo también una anotación en la carpeta.

—¿De dónde son? —dijo.

—Siwenna —dijo Toran con cautela.

—¿Dónde está eso?

—Cien mil parsecs, ochenta grados al oeste de Tréntor, cuarenta grados…

—¡No importa, no importa! —Toran vio que su inquisidor había escrito: «Punto de origen: Periferia».

El filiano continuó:

—¿Adónde van?

—Al sector de Trántor.

—¿Propósito?

—Viaje de placer.

—¿Llevan algún cargamento?

—No.

—*Mmm.* Comprobaremos eso. —Asintió y dos hombres se pusieron en marcha de un salto. Toran no intentó interferir.

—¿Qué les trae a territorio filiano? —Los ojos del filiano resplandecían con una luz poco amistosa.

—No sabíamos que habíamos entrado aquí. Carezco de una buena carta de navegación.

—Se le exigirá que pague cien créditos por esa carencia, y, por supuesto, las tasas requeridas por aranceles, etcétera.

Volvió a hablar por el micrófono, pero escuchó más que habló. Luego se volvió a dirigir a Toran.

—¿Sabe algo de tecnología atómica?

—Un poco —respondió Toran con cautela.

—¿Sí? —El filiano cerró la carpeta y añadió—: Los hombres de la Periferia tienen fama de entender de ese tema. Póngase un traje y acompáñeme.

Bayta se adelantó.

—¿Qué van a hacer con él?

Toran la apartó con suavidad y luego preguntó con tono frío:

—¿Adónde quieren que vaya?

—Nuestra planta eléctrica necesita unos ajustes menores. Él vendrá con usted. —El dedo señalaba directamente a Magnífico, cuyos ojos castaños se abrieron mucho y se llenaron de lágrimas con una expresión desesperada.

—¿Qué tiene él que ver con esto? —preguntó Toran como una fiera.

El oficial levantó la cabeza con expresión gélida.

—Me han informado que hay actividad pirata en las inmediaciones. Una descripción de uno de los matones conocidos coincide en líneas generales. No es más que una cuestión rutinaria de identificación.

Toran dudó, pero seis hombres y seis desintegradores son argumentos bastante elocuentes. Metió el brazo en el armario para coger los trajes.

Una hora después, se irguió en las entrañas de la nave filiana y montó en cólera.

—A los motores no les pasa nada, que yo vea. Las barras ómnibus están bien, los tubos L suministran como deben y el análisis de reacción concuerda. ¿Quién está aquí al mando?

—Yo —dijo el ingeniero jefe en voz baja.

—Bueno, pues sáqueme de aquí…

Lo llevaron a la planta de los oficiales, la pequeña antesala albergaba solo un alférez indiferente.

—¿Dónde está el hombre que vino conmigo?

—Por favor, espere —dijo el alférez.

Pasaron quince minutos hasta que trajeron a Magnífico.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Toran a toda prisa.

—Nada. Nada en absoluto —negó Magnífico con la cabeza, con movimientos lentos.

Hicieron falta doscientos cincuenta créditos para cumplir las exigencias de Filia, de ellos cincuenta créditos fueron para garantizar una liberación inmediata, y de nuevo se encontraron en el espacio abierto.

—¿Es que no merecemos una escolta? —dijo Bayta con una carcajada forzada—. ¿No nos dan la patada en el culo figurativa de rigor para sacarnos de la frontera?

—Eso no era ninguna nave filiana —le respondió Toran con

gesto grave—, y no nos vamos hasta dentro de un rato. Entrad aquí.

Los tres se reunieron a su alrededor.

Y dijo, muy pálido:

—Esa era una nave de la Fundación y los que estaban a bordo eran hombres del Mulo.

Ebling se inclinó para recoger el puro que se le había caído.

—¿Aquí? —dijo—. Estamos a treinta mil parsecs de la Fundación.

—Y estamos aquí. ¿Qué va a impedir que ellos hagan el mismo viaje? ¡Por la galaxia!, Ebling, ¿no crees que sé distinguir una nave de otra? Vi los motores que tenían y eso ya es suficiente para mí. Te estoy diciendo que era un motor de la Fundación en una nave de la Fundación.

—¿Y cómo llegaron aquí? —preguntó Bayta con cierta lógica—. ¿Qué posibilidades hay de que se produzca un encuentro al azar de dos naves dadas en medio del espacio?

—¿Qué tiene eso que ver? —quiso saber Toran, con calor—. Solo demostraría que nos han seguido.

—¿Seguido? —silbó Bayta—. ¿Por el hiperespacio?

Ebling Mis se interpuso entonces con gesto cansado.

—Se puede hacer, dada una buena nave y un gran piloto. Pero la posibilidad no me impresiona.

—No he estado ocultando mi rastro —insistió Toran—. He estado incrementando la velocidad de despegue de forma continua. Hasta un ciego podría haber calculado nuestra ruta.

—¡Y un cuerno en llamas! —exclamó Bayta—. Con los saltos tan disparatados que estás haciendo, con observar nuestra dirección inicial no se sacaba nada. Salimos del salto al revés más de una vez.

—Estamos perdiendo el tiempo —bramó Toran con los dientes apretados—. Es una nave de la Fundación bajo el mando del Mulo. Nos ha detenido. Nos ha registrado. Ha tenido a Magnífico a solas, conmigo como rehén para manteneros a los demás callados por si sospechabais algo. Y la vamos a reventar ahora mismo.

—Espera un momento —y Ebling Mis lo cogió por un brazo—. ¿Vas a destruirnos por una nave que crees que es un enemigo? Piensa, hombre, ¿iban a perseguirnos esos imbornales por una ruta imposible y por media puñetera galaxia, nos iban a echar un vistazo y luego nos iban a dejar marchar?

—Todavía les interesa el lugar al que vamos.

—¿Entonces para qué detenernos y ponernos en guardia? O una cosa o la otra, sabes.

—Lo haré a mi manera. Suéltame, Ebling, o te daré un puñetazo.

Magnífico se inclinó hacia delante, se había encaramado al respaldo de su silla favorita. Las aletas de su larga nariz le estallaban de emoción.

—Ruego que me disculpen por interrumpirlos, pero mi pobre mente se ve de repente atormentada por una extraña idea.

Bayta anticipó el gesto irritado de Toran y añadió sus manos a las de Ebling.

—Adelante, habla, Magnífico. Todos te escucharemos con atención.

—Durante mi estancia en la nave —dijo Magnífico— el confuso ingenio que tengo quedó asombrado y distraído por el temor que me invadió y me hizo castañetear los dientes. Es la verdad que carezco de recuerdo de la mayor parte de lo que ocurrió. Muchos hombres mirándome, y conversaciones que no entendí. Pero hacia el final, como si un haz de luz se hubiera precipitado por un claro en las nubes, hubo un rostro que conocí. Apenas vislumbrado, una luz trémula diminuta, y sin embargo, resplandece en mi memoria cada vez más fuerte y brillante.

—¿Quién era? —dijo Toran.

—Ese capitán que estaba con nosotros hace tanto tiempo, la primera vez que me salvaron de la esclavitud.

Era obvio que la intención de Magnífico había sido causar sensación y la enorme sonrisa encantada que se encrespó a la sombra de su probóscide dio fe de que se había dado cuenta que lo había logrado.

—¿El capitán… Han… Pritcher? —quiso saber Mis con tono firme—. ¿Estás seguro de eso? ¿Tienes la certeza?

—Señor, lo juro —y posó una mano huesuda en su estrecho pecho—. Mantendría la verdad de mis palabras ante el Mulo y se lo juraría en los dientes, aunque tuviera todo su poder detrás para negarlo.

Dijo entonces Bayta, asombrada:

—¿Entonces qué es lo que pasa aquí?

El payaso la miró con fervor.

—Mi señora, tengo una teoría. Se me ocurrió, ya completa, como si el Espíritu Galáctico la hubiera posado en mi mente con manos suaves. —De hecho, el payaso alzó la voz por encima de la interrupción de Toran, que pretendía objetar.

»Mi señora —y se dirigió exclusivamente a Bayta—, si este capitán hubiera, como nosotros, escapado con una nave; si él, como nosotros, estuviera haciendo un viaje por un motivo que ha concebido él; si se tropezó con nosotros por casualidad, sospecharía que lo habíamos seguido y querríamos atacarlo, como nosotros sospechamos de él por lo mismo. ¿Tan extraño es que interpretara esa comedia para entrar en nuestra nave?

—¿Por qué iba a querernos él en su nave? —preguntó Toran—. Eso no encaja.

—Bueno, sí, sí que encaja —clamó el payaso con una inspiración súbita—. Envió a un subordinado que no conocía nuestras personas pero que nos describió por su micrófono. Al capitán, al escuchar, le sorprendería mi pobre parecido, pues, es la verdad que no hay muchos en esta gran galaxia que se asemejen a mi escaso físico. Yo era la prueba que demostraba la identidad del resto de vuestras mercedes.

—¿Así que nos deja?

—¿Qué sabemos nosotros de esa misión y del secreto que la envuelve? Nos ha examinado y averiguado que no somos enemigos y habiendo hecho tal cosa, ¿acaso ha de pensar que es de sabios arriesgar su plan ampliando el conocimiento que otros puedan tener del mismo?

—No seas cabezota, Torie —dijo Bayta poco a poco—. Eso explica las cosas.

—Podría ser —asintió Mis.

Toran parecía indefenso ante aquel frente unido que se resistía a sus ideas. Había algo en la elocuente explicación del payaso que lo inquietaba. Algo no iba bien. Y sin embargo, estaba perplejo y, a pesar de sí mismo, su cólera fue disminuyendo.

—Durante un momento —susurró—, pensé que podríamos haber tenido al menos a una de las naves del Mulo.

Y sus ojos se oscurecieron de dolor por la pérdida de Refugio.

Los otros lo entendieron.

Neotrántor. El pequeño planeta de Delicass, al que se le cambió el nombre después del Gran Saqueo, fue durante casi un siglo la sede de la última dinastía del Primer Imperio. Era la sombra de un mundo y la sombra de un imperio y su existencia solo tiene importancia a efectos legales. Bajo el reinado del primero de la dinastía neotrantoriana…

—Enciclopedia Galáctica

22

Muerte en Neotrántor

¡El nombre era Neotrántor! ¡Nuevo Trántor! Y una vez pronunciado el nombre, has agotado de un solo golpe todo el parecido que el nuevo Trántor pudiera tener con el gran original. A dos parsecs de distancia, el sol del viejo Trántor todavía brillaba y la capital imperial del siglo anterior todavía atravesaba el espacio en la repetición silenciosa y eterna de su órbita.

Incluso había hombres que habitaban el viejo Trántor. No muchos, cien millones quizá, donde cincuenta años antes se habían agolpado cuarenta mil millones. El enorme mundo metálico estaba convertido en astillas dentadas. Las imponentes picas de las múltiples torres que se alzaban en la única base que ceñía el mundo estaban desgarradas y vacías y todavía lucían los agujeros reventados y los fragmentos abrasados originales que había dejado el Gran Saqueo cuarenta años atrás.

Era extraño que un mundo que había sido el centro de una galaxia durante dos mil años, que había gobernado un espacio sin límites y sido el hogar de legisladores y gobernantes cuyos caprichos cruzaban los parsecs, pudiera morir en un mes. Era extraño que un mundo que había permanecido intacto a lo largo de las inmensas conquistas y retiradas de un milenio, y que del mismo modo había seguido intacto a pesar de las guerras civiles y las revoluciones palaciegas de otro milenio, yaciera muerto al fin. Era extraño que la Gloria de la galaxia se hubiera convertido en un cadáver medio podrido.

¡Y patético!

Pues todavía pasarían siglos antes de que las poderosas obras de cincuenta generaciones de seres humanos se desmoronaran del todo y perdieran su utilidad. Solo el poder en decadencia de esos hombres las hacían inútiles en ese momento.

Los millones que quedaron tras la muerte de los miles de

millones arrancaron la base resplandeciente de metal del planeta y expusieron una tierra que no había sentido la caricia del sol en mil años.

Rodeados por la perfección mecánica de los esfuerzos humanos, sitiados por las maravillas industriales de la humanidad liberada de la tiranía del entorno, los hombres regresaron a la tierra. En los enormes claros del tráfico, se cultivó trigo y maíz. A la sombra de las torres empezaron a pastar las ovejas.

Pero también existía Neotrántor, una aldea oscura de un planeta ahogado a la sombra del poderoso Trántor, hasta que una familia real, con el corazón estrangulado por la angustia, huyó del fuego y las llamas del Gran Saqueo y corrió a adoptarla como último refugio, y allí resistió, apenas, hasta que amainó la oleada rugiente de la rebelión. Y allí, en medio de un esplendor fantasmal, gobernó los restos cadavéricos de un imperio.

¡Veinte mundos agrícolas eran un imperio galáctico!

Dagobert IX, regidor de veinte mundos de terratenientes obstinados y campesinos hoscos, era el Emperador de la Galaxia, Señor del Universo.

Dagobert IX tenía veinticinco años el sangriento día que aterrizó con su padre en Neotrántor. En sus ojos y su mente todavía vivía la gloria y el poder del imperio que había sido. Pero su hijo, que algún día podría ser Dagobert X, nació en Neotrántor.

Veinte mundos era todo lo que él conocía.

El aerocoche abierto de Jord Commason era el vehículo más magnífico de su tipo de todo Neotrántor, y, después de todo, con justicia. No terminaba con el hecho de que Commason fuera el mayor propietario de tierras de Neotrántor. Empezaba con eso. Pues en los primeros días había sido el compañero y el genio diabólico de un joven príncipe heredero, inquieto bajo las manos dominantes de un emperador maduro. Y en esos momentos seguía siendo el compañero y el genio diabólico de un príncipe heredero maduro que odiaba y dominaba a un anciano emperador.

Así que Jord Commason, en su aerocoche, al que con su acabado de madreperla y sus adornos de oro y lumetrón no le hacía falta escudo de armas para identificar a su propietario, examinaba las tierras que eran suyas, los kilómetros de trigo que se mecía al viento y era suyo, las enormes trilladoras y cosechadoras que eran

suyas y los arrendatarios y operarios que eran suyos, y se planteó sus problemas con cautela.

A su lado, su encorvado y marchito chófer guiaba la nave con suavidad por los vientos superiores y sonreía.

Jord Commason le habló al viento, al aire y al cielo.

—¿Recuerdas lo que te dije, Inchney?

El ralo cabello gris de Inchney se agitó un poco al viento. Su sonrisa desdentada se amplió a su manera, apretando los labios, y las arrugas verticales de sus mejillas se profundizaron como si se estuviera ocultando un secreto incluso a sí mismo. El susurro de su voz silbó entre sus dientes.

—Lo recuerdo, mi señor, y he estado pensando.

—¿Y qué has pensado, Inchney? —Había cierta impaciencia en la pregunta.

Inchney recordó que en otro tiempo había sido joven y guapo, y lord en el viejo Trántor. Inchney recordó que era un viejo desfigurado en Neotrántor, que vivía por cortesía del hacendado Jord Commason y que pagaba esa cortesía prestando su sutileza cuando se la pedían. Exhaló un levísimo suspiro.

Y volvió a susurrar.

—Unos visitantes de la Fundación, mi señor, son unos visitantes muy convenientes. Sobre todo, mi señor, cuando no viene más que una nave y un solo guerrero. ¿Acaso no debería dárseles la bienvenida?

—¿La bienvenida? —dijo Commason con pesimismo—. Quizá. Pero esos hombres son magos y puede que sean poderosos.

—¡Bah! —murmuró Inchney—, la bruma de la distancia oculta la verdad. La Fundación no es más que un mundo. Sus ciudadanos no son más que hombres. Si se los desintegra, se mueren.

Inchney mantuvo el rumbo de la nave. Un río serpenteaba chispeante bajo ellos y el chófer susurró:

—¿Y no hay un hombre del que hablan ahora y que agita los mundos de la Periferia?

Commason se mostró suspicaz de repente.

—¿Qué sabes tú de eso?

No había sonrisa en el rostro del chófer.

—Nada, mi señor. No era más que una pregunta vana.

El terrateniente no dudó mucho tiempo.

—Ninguna de las preguntas que tú haces es vana —dijo con una franqueza brutal—, y ese método de adquirir conocimientos todavía te va a meter ese escuálido pescuezo en un torno. Pero, ¡sea! Ese hombre se llama el Mulo y un súbdito suyo estuvo aquí hace unos meses por un… asunto de negocios. Aguardo a otro… ahora… para su conclusión.

—¿Y estos recién llegados, no son quizá los que vos buscáis?

—Carecen de la identificación que deberían tener.

—Se ha informado que se ha capturado la Fundación.

—Yo no te he dicho nada de eso.

—De eso se ha informado —continuó Inchney con tono frío—, y si la información está en lo cierto, puede que sean refugiados que huyen de la destrucción y se les podría retener para el hombre del Mulo por pura amistad.

—¿Sí? —Commason no estaba muy seguro.

—Y, mi señor, dado que es bien sabido que el amigo de un conquistador no es más que su última víctima, no sería más que una medida en simple defensa propia. Pues hay cosas como sondas psíquicas y aquí tenemos cuatro cerebros de la Fundación. Hay muchas cosas sobre la Fundación que sería útil saber, muchas cosas incluso sobre el Mulo. Y luego, la amistad del Mulo sería un poquito menos abrumadora.

Commason, en medio del silencio de las capas superiores del aire, regresó con un escalofrío a su primer pensamiento.

—Pero ¿y si la Fundación no ha caído? ¿Y si los informes mienten? Se dice que se ha predicho que no puede caer.

—Ya hemos dejado atrás la época de los adivinos, mi señor.

—Pero y si no cayó, Inchney. ¡Piénsalo! Y si no cayó. El Mulo me ha hecho promesas, es cierto… —Había ido demasiado lejos y dio marcha atrás—. Es decir, hizo alardes. Pero los alardes son como el viento y los hechos son duros como la tierra.

Inchney se rió sin ruido.

—Cierto es que los hechos son duros, hasta que se comienza. No sería fácil encontrar un miedo mayor que a una Fundación al extremo de la galaxia.

—Y todavía está el príncipe —murmuró Commason, casi para sí.

—¿Él también tiene tratos con el Mulo, entonces, mi señor?

Commason no pudo contener del todo el cambio complaciente

de sus rasgos.

—No del todo. No como yo, desde luego. Pero cada vez se desboca más, está incontrolable. Un demonio se ha apoderado de él. Si apreso a esas personas y él se las lleva para su propio uso, pues tampoco carece de cierta astucia, todavía no estoy listo para enfrentarme a él. —Frunció el ceño yse le bajaron las pesadas mejillas con un gesto de desagrado.

—Ayer vi a esos desconocidos durante unos momentos —dijo el chófer canoso sin venir a cuento—, y es una mujer extraña, esa morena. Pasea con la libertad de un hombre y es dueña de una palidez sorprendente que contrasta con el brillo oscuro de su cabello. —Había casi cierta calidez en el susurro ronco de aquella voz marchita, hasta el punto que Commason se volvió hacia él, sorprendido de repente.

Inchney continuó.

—El príncipe, creo, no encontraría su astucia óbice para llegar a un compromiso razonable. Podríais quedaros con el resto si le dejarais la chica a él…

Una luz se hizo en el cerebro de Commason.

—¡Es una idea! ¡Desde luego que es una idea! ¡Inchney, da la vuelta! E Inchney, si todo sale bien, hablaremos un poco más de ese asunto de tu libertad.

Y fue con una sensación casi supersticiosa que Commason encontró una cápsula personal esperándolo en su estudio privado al regresar. Había llegado por una longitud de onda que muy pocos conocían. Commason esbozó una amplia sonrisa. El hombre del Mulo se dirigía hacia allí y era cierto que había caído la Fundación.

Las difusas imágenes que tenía Bayta, cuando las tenía, de un palacio imperial, no concordaban con la realidad y la joven tuvo una vaga sensación de desilusión. La habitación era pequeña, casi sencilla, casi normal. El palacio ni siquiera llegaba a la altura de la residencia que había tenido el alcalde en la Fundación, y Dagobert IX…

Bayta tenía ideas muy claras sobre el aspecto que debería tener un emperador. Y desde luego no debería parecerse a un abuelo benevolente. No debería ser delgado, ni estar pálido y marchito… ni servir tazas de té con sus propias manos, con esa desazón expresa por la comodidad de sus visitantes.

Pero eso era ese emperador.

Dagobert IX lanzó una risita mientras le servía el té en la taza que la joven le tendía con gesto rígido.

—Es un gran placer para mí, querida. Así me alejo un momento del protocolo y los cortesanos. Y ya hace tiempo que no tengo la oportunidad de recibir a visitantes de mis provincias exteriores. Mi hijo se ocupa de esos detalles ahora que me he hecho viejo. ¿No han conocido a mi hijo? Un buen chico. Testarudo, quizá. Pero claro, es joven. ¿Le apetece una cápsula aromatizada? ¿No?

Toran intentó interrumpirlo.

—Majestad Imperial…

—¿Sí?

—Majestad Imperial, no ha sido nuestra intención venir a molestaros…

—Tonterías, no es molestia. Esta noche habrá una recepción oficial, pero hasta entonces, somos libres. Veamos, ¿de dónde dijeron que eran? Parece que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvimos una recepción oficial. ¿Dijeron que eran de la provincia de Anacreonte?

—¡De la Fundación, Majestad Imperial!

—Sí, la Fundación. Ya me acuerdo. Hice que la ubicaran. Está en la provincia de Anacreonte. Yo nunca he estado allí. Mi médico me prohíbe los viajes largos. No recuerdo ningún informe reciente de mi virrey de Anacreonte. ¿Cómo están allí las condiciones? —terminó con voz angustiada.

—Sire —murmuró Toran—, no traigo quejas.

—Qué gratificante. Elogiaré a mi virrey.

Toran le lanzó una mirada de impotencia a Ebling Mis, que alzó la voz con brusquedad.

—Sire, se nos ha dicho que será necesario vuestro permiso para que podamos visitar la biblioteca de la Universidad Imperial de Trántor.

—¿Trántor? —lo interrogó el emperador con suavidad—. ¿Trántor?

Y luego, una expresión de dolor confuso cruzó su rostro.

—¿Trántor? —susurró—. Ya me acuerdo. Estoy haciendo planes para regresar allí con un torrente de naves a mis espaldas. Ustedes vendrán conmigo. Juntos destruiremos al rebelde, Gilmer. ¡Juntos

restableceremos el imperio!

Había erguido la espalda encorvada y su voz había cobrado fuerza. Durante un momento, sus ojos lucieron una expresión dura. Después parpadeó y dijo en voz más baja:

—Pero Gilmer está muerto. Creo recordar… Sí. ¡Sí! ¡Gilmer está muerto! Trántor está muerto. Por un momento me pareció… ¿De dónde dijeron que venían?

—¿Es esto de veras un emperador? —le susurró Magnífico a Bayta—. Porque, por alguna razón, yo pensaba que los emperadores eran más grandes y sabios que los hombres normales.

Bayta le indicó con un gesto que callara. Después dijo:

—Si su Majestad Imperial quisiera solo firmar una orden que nos permitiera ir a Trántor, sería de gran provecho para el bien común.

—¿A Trántor? —El emperador los miró con expresión vacía, sin comprender.

—Sire, el virrey de Anacreonte, en cuyo nombre hablamos, manda recado de que Gilmer está aún vivo…

—¡Vivo! ¡Vivo! —bramó Dagobert—. ¿Dónde? ¡Eso significa la guerra!

—Majestad Imperial, no debe saberse todavía. Su paradero no se sabe con certeza. El virrey nos envía a informaros de ello y es solo en Trántor dónde podemos encontrar el lugar en el que se oculta. Una vez descubierto…

—Sí, sí. Debe ser encontrado… —El anciano emperador se acercó a la pared renqueando y tocó la pequeña fotocélula con un dedo tembloroso. Tras una pausa inútil, murmuró—: Mis sirvientes no vienen. No puedo esperarlos.

Un momento después estaba garabateando en una hoja de papel en blanco y terminó con una «D» llena de florituras.

—Gilmer terminará enterándose del poder que tiene su emperador —dijo—. ¿De dónde era de donde venían? ¿Anacreonte? ¿Cómo son allí las condiciones? ¿Es poderoso el nombre del emperador?

Bayta cogió el papel de los dedos flojos del anciano.

—Su Majestad Imperial es muy amado por su pueblo. El amor que sentís por ellos es conocido por todos.

—Tendré que visitar a mi buen pueblo de Anacreonte, pero mi médico dice… No recuerdo lo que dice, pero… —Alzó la cabeza y

en sus ancianos ojos grises se encendió una luz de perspicacia—. ¿Estaban diciendo algo de Gilmer?

—No, Majestad Imperial.

—Ese hombre no seguirá avanzando. Volved y decídselo a vuestro pueblo. ¡Trántor resistirá! Mi padre dirige la flota en estos momentos y esa alimaña rebelde de Gilmer se congelará en el espacio con su chusma regicida.

Se tambaleó hasta su sillón y sus ojos quedaron vacíos una vez más.

—¿Qué estaba diciendo?

Toran se levantó e hizo una profunda inclinación.

—Su Majestad Imperial ha sido muy amable con nosotros, pero se ha terminado el tiempo asignado para nuestra audiencia.

Por un momento, Dagobert IX pareció un auténtico emperador cuando se levantó y enderezó la espalda mientras, uno por uno, sus visitantes se retiraban de espaldas hacia la puerta…

… donde intervinieron veinte hombres armados y cerraron un círculo a su alrededor.

Destelló un arma de mano…

Bayta recuperó la conciencia con mucha lentitud, pero sin esa sensación de «¿Dónde estoy?». Recordaba con claridad al extraño anciano que se hacía llamar emperador y a los otros hombres que esperaban fuera. El cosquilleo artrítico que tenía en las articulaciones de los dedos significaba que habían utilizado una pistola paralizante.

Mantuvo los ojos cerrados y escuchó las voces con una atención dolorosa.

Había dos. Una era lenta y cauta, con cierta malicia bajo el servilismo superficial. La otra era ronca y pastosa, casi ebria, y estallaba en chorros viscosos. A Bayta no le gustó ninguna.

La voz pastosa era la predominante.

Bayta captó las últimas palabras.

—Va a vivir para siempre, ese viejo chiflado. Me cansa. Me irrita. Commason, voy a hacerme con él. Yo también empiezo a envejecer.

—Alteza, veamos primero de qué nos pueden servir estas personas. Bien podría ser que dispusiéramos de fuentes de fuerza distintas a las que vuestro padre todavía nos proporciona.

La voz pastosa se perdió en el borboteo de un susurro. Bayta solo captó la frase, «… la chica…» pero la otra voz, la aduladora, era una risita desagradable, baja y continua, seguida por un tono de camaradería, casi condescendiente.

—Dagobert, vos no envejecéis. Mienten los que dicen que ya no sois un joven de veinte años.

Se rieron juntos y la sangre de Bayta se convirtió en un hilo helado por sus venas. «*Dagobert, alteza…*». El anciano emperador había hablado de un hijo testarudo y las implicaciones de los susurros la golpearon de forma confusa. Pero esas cosas no le pasaban a nadie en la vida real…

La voz de Toran se precipitó sobre ella en una corriente dura de maldiciones que lanzó por lo bajo.

La joven abrió los ojos y los de Toran, que se cernían sobre ella, mostraron un franco alivio.

—El emperador —dijo el joven con fiereza— tendrá que responder de esta canallada. Suéltennos.

Bayta cayó entonces en la cuenta de que tenía las muñecas y los tobillos sujetos a la pared y al suelo por un fuerte campo de atracción.

Voz Pastosa se acercó a Toran. Era barrigudo y tenía los párpados inferiores hinchados y oscuros, además le raleaba el cabello. Había una pluma gris en la visera de su sombrero y el ribete de su jubón estaba bordado con espuma metálica plateada.

Hizo una mueca desdeñosa y se burló con un humor tosco.

—¿El emperador? ¿Ese pobre emperador loco?

—Tengo su pase. Ningún súbdito puede poner trabas a nuestra libertad.

—Pero es que yo no soy ningún súbdito, basura del espacio. Soy el regente y príncipe heredero y se me ha de tratar como tal. En cuanto a mi pobre y necio padre, le divierte tener visitas de vez en cuando. Y nosotros lo complacemos. Le hace gracia conservar su farsa de imperio. Pero, por supuesto, no significa nada más.

Y luego se detuvo ante Bayta; la joven levantó la cabeza y lo miró con desdén. El príncipe se inclinó sobre ella, su aliento exhalaba un aroma mentolado abrumador.

—Los ojos le sientan bien, Commason —dijo—. Con ellos abiertos es incluso más bonita. Creo que servirá. Será un plato

exótico para un paladar hastiado, ¿eh?

Hubo un inútil tirón hacia arriba por parte de Toran, del que el príncipe heredero hizo caso omiso y Bayta sintió que una sensación helada subía por todo su cuerpo, hasta la piel. Ebling Mis seguía fuera de combate y la cabeza le caía, débil, sobre el pecho; pero Bayta notó, con una sensación de sorpresa, que los ojos de Magnífico estaban abiertos, abiertos y alerta, como si llevara muchos minutos despierto. Aquellos grandes ojos castaños giraron hacia Bayta y se la quedaron mirando desde una cara mustia.

El payaso gimoteó y señaló con la cabeza al príncipe heredero.

—Ese tiene mi visisonómetro.

El príncipe heredero se volvió con aspereza hacia la nueva voz.

—¿Esto es tuyo, monstruo? —Se quitó el instrumento del hombro, donde había colgado hasta entonces suspendido por su correa verde, sin que Bayta se hubiera dado cuenta.

El príncipe lo toqueteó con torpeza e intentó tocar un acorde, pero sus esfuerzos no dieron fruto.

—¿Sabes tocarlo, monstruo?

Magnífico asintió una vez.

Toran dijo de repente:

—Ha desvalijado una nave de la Fundación. Si el emperador no se venga, lo hará la Fundación.

Fue el otro, Commason, el que respondió sin prisas.

—¿Qué Fundación? ¿O es que el Mulo ya no es el Mulo?

No había respuesta para eso. La sonrisa del príncipe mostraba unos dientes grandes y desiguales. El campo que ataba al payaso se rompió y lo pusieron de pie sin contemplaciones. Después le pusieron el visisonómetro en la mano.

—Toca para nosotros —dijo el príncipe—. Tócanos una serenata de amor y belleza para aquí, nuestra dama extranjera. Dile que la prisión estatal de mi padre no es ningún palacio, pero que yo la puedo llevar a uno donde podrá nadar en agua de rosas, y saber lo que es el amor de un príncipe. Canta sobre el amor de un príncipe, monstruo.

Subió un grueso muslo a una mesa de mármol e hizo balancear la pierna con gesto ocioso mientras su fatua mirada sonriente provocaba en Bayta una rabia silenciosa. Los músculos de Toran se tensaron contra el campo en un esfuerzo doloroso que lo empapó de

sudor. Ebling Mis se agitó y gimió.

Magnífico jadeó.

—Mis dedos están agarrotados e inútiles…

—¡Toca, monstruo! —rugió el príncipe. Las luces se atenuaron a un gesto de Commason y en medio de la penumbra cruzó los brazos y esperó.

Magnífico estiró los dedos en saltos rápidos y rítmicos que recorrieron las múltiples teclas del instrumento de un extremo a otro, y un nítido arco iris de luz se deslizó y saltó por la sala. Resonó un tono bajo, suave…, palpitante, emotivo. Hizo surgir una risa triste y bajo ella resonaba un tañido apagado.

La oscuridad pareció intensificarse y espesarse. La música llegó a los oídos de Bayta a través de los pliegues apagados de unas mantas invisibles. Un brillo reluciente la alcanzó desde las profundidades, como si una única vela brillara en el fondo de un pozo.

La joven forzó los ojos de forma automática. La luz se intensificó, pero siguió siendo borrosa. Se movía de un modo difuso, en colores confusos, y la música era de repente un sonido estridente, maligno, que se elevaba en un rápido *crescendo*. La luz parpadeó a toda prisa, en movimientos rápidos que encajaban con aquel ritmo malvado. Algo se retorció dentro de la luz. Algo con unas escamas metálicas venenosas se retorció y bostezó. Y la música se retorció y bostezó con la criatura.

Bayta luchó contra una emoción extraña y luego se contuvo con un grito mental ahogado. Casi le recordaba a aquellos momentos en la Cámara del Tiempo, a los últimos días en Refugio. Era la misma telaraña horrible, empalagosa y ceñida de pavor y desesperación. La joven se encogió bajo ella, angustiada.

La música se precipitó sobre ella con una carcajada horrenda y el terror retorcido del otro extremo del telescopio, en el pequeño círculo de luz y se perdió cuando Bayta le dio la espalda con gesto febril. Tenía la frente fría y húmeda.

La música murió. Debió de durar unos quince minutos y, ante su ausencia, un inmenso placer inundó a Bayta. La luz se alzó furiosa y el rostro de Magnífico estaba pegado al de ella, sudoroso, con una mirada salvaje y lúgubre en los ojos.

—Mi señora —jadeó el payaso—, ¿cómo os encontráis?

—Bastante bien —susurró ella—, ¿pero porqué has tocado así?

Entonces fue consciente de la presencia de los demás en la habitación. Toran y Mis estaban inertes e indefensos, apoyados en la pared, pero los ojos femeninos solo pasaron rozando sobre ellos. Allí estaba el príncipe, tirado en una postura extraña a los pies de la mesa. Allí estaba Commason, gimiendo como un poseso con la boca abierta y llena de babas.

Commason se estremeció y aulló sin sentido cuando Magnífico dio un paso hacia él.

Magnífico se giró y, con un salto, soltó a los demás.

Toran se levantó de golpe y con los puños impacientes y tensos cogió al terrateniente por el cuello.

—Tú te vienes con nosotros. Te vamos a necesitar para asegurarnos de que llegamos a nuestra nave.

Dos horas después, en la cocina de la nave, Bayta sirvió un colosal pastel casero y Magnífico celebró el regreso al espacio atacándolo con una magnífica indiferencia por los modales.

—¿Está bueno, Magnífico?

—*¡Mmmm!*

—¿Magnífico?

—¿Sí, mi señora?

—¿Qué era lo que tocaste antes?

El payaso se retorció.

—Yo… yo preferiría no decirlo. Lo aprendí hace mucho y el visisonómetro tiene un efecto muy profundo sobre el sistema nervioso. Era una composición malvada, sin duda, y no para vuestra dulce inocencia, mi señora.

—Oh, vamos, Magnífico, no soy tan inocente. No me adules. ¿Yo vi algo parecido a lo que vieron… ellos?

—Espero que no. Toqué solo para ellos. Si visteis algo, no fue más que el margen… desde lejos.

—Y ya fue suficiente. ¿Sabes que dejaste inconsciente al príncipe?

Magnífico habló con tono lúgubre, con la boca llena de un gran trozo de pastel que amortiguaba los sonidos.

—Lo maté, mi señora.

—¿Qué? —La joven tragó saliva, dolorida.

—Estaba muerto cuando me detuve, o habría continuado. Nada me importaba Commason. Su mayor amenaza era la muerte o la

tortura. Pero, mi señora, ese príncipe os miraba con malicia y… —Se atragantó con una mezcla de indignación y vergüenza.

Bayta sintió que la invadían unos pensamientos extraños y los reprimió con firmeza.

—Magnífico, tienes un alma gallarda.

—Oh, mi señora. —El payaso inclinó la nariz roja sobre su pastel, pero, por alguna razón, no comió.

Ebling Mis miraba por el ojo de buey. Trántor estaba cerca, su brillo metálico resplandecía con fuerza. Toran también se encontraba allí.

—Hemos venido para nada, Ebling. El hombre del Mulo nos precede —dijo con una amargura sorda.

Ebling Mis se frotó la frente con una mano que parecía haberse encogido y dejado de ser la mano rolliza de antes. Su voz era un murmullo ausente.

Toran estaba molesto.

—Te digo que esa gente sabe que la Fundación ha caído. Te digo que…

—¿Eh? —Mis levantó la cabeza, confuso. Luego colocó con dulzura una mano en la muñeca de Toran, se había olvidado por completo de cualquier conversación anterior—. Toran, he… he estado mirando Trántor. Sabes… tengo una sensación muy extraña… desde que llegamos a Neotrántor. Es un impulso, un impulso arrollador que me empuja sin parar. Toran, puedo hacerlo; sé que puedo hacerlo. Las cosas se están aclarando en mi mente, jamás han estado tan claras.

Toran se lo quedó mirando y se encogió de hombros. Esas palabras no le inspiraban ninguna confianza.

—¿Mis? —dijo con tono vacilante.

—¿Sí?

—¿No viste bajar ninguna nave sobre Neotrántor cuando nos fuimos?

La reflexión fue breve.

—No.

—Yo sí. Imaginaciones mías, supongo, pero podría haber sido esa nave filiana.

—¿La que llevaba al capitán Han Pritcher?

—¡El espacio sabe a quién llevaba! La información de

Magnífico… Nos ha seguido hasta aquí, Mis.

Ebling Mis no dijo nada.

—¿Te ocurre algo? —dijo Toran sin perder el tono enérgico—. ¿No te encuentras bien?

Los ojos de Mis estaban pensativos y llenos de luz, con una expresión extraña. Pero no respondió.

23

Las ruinas de Trántor

La localización de un objetivo dentro del gran mundo de Trántor presenta un problema único en la galaxia. No hay continentes ni océanos que indiquen una posición a una distancia de miles de kilómetros. No hay ríos, ni lagos ni islas que poder ver a través de los jirones de nubes.

Aquel mundo cubierto de metal era, o había sido, una ciudad colosal y lo único que un extranjero podía identificar con facilidad desde el espacio exterior era el antiguo palacio imperial. La *Bayta* rodeó el mundo casi a la altura de un aerocoche en una búsqueda repetida y laboriosa.

Desde las regiones polares, donde la capa de hielo de los capiteles metálicos era una sombría demostración de las averías o descuido que había sufrido la maquinaria de determinación del tiempo, fueron bajando hacia el sur. De vez en cuando podían experimentar con las correlaciones (o presumibles correlaciones) entre lo que veían y lo que mostraba el insuficiente mapa obtenido en Neotrántor.

Pero fue inconfundible cuando apareció. La brecha en la capa de metal del planeta tenía setenta y cinco kilómetros. El inusual follaje se extendía por cientos de kilómetros cuadrados, incluyendo la poderosa elegancia de las antiguas residencias imperiales.

La *Bayta* planeó y se orientó poco a poco. Solo tenían las inmensas supercalzadas para guiarlos. Flechas largas y rectas en el mapa, y allí, bajo ellos, cintas lisas y resplandecientes.

A lo que el mapa indicaba que era la zona de la universidad se llegaba por pura intuición y sobre la zona plana de lo que en otro tiempo debió de ser un concurrido campo de aterrizaje, la nave fue descendiendo.

Fue solo cuando se adentraron en el revoltijo de metal, cuando la belleza lisa que se veía desde el aire se disolvió convertida en lo

que no eran más que unos restos rotos y retorcidos abandonados tras el saqueo. Los capiteles estaban truncados, las paredes lisas estaban agujereadas y torcidas, y solo por un instante pudieron vislumbrar una zona afeitada de tierra, de quizá varios centenares de acres en extensión, oscura y cultivada.

Lee Senter esperó a que la nave se posara con cautela. Era una nave extraña, no provenía de Neotrántor, y el hombre suspiró en silencio. Las naves extrañas y los tratos confusos con los hombres del espacio exterior podían significar el fin de aquellos breves días de paz, un regreso a los viejos y grandiosos tiempos de muertes y batallas. Senter era el líder del grupo, los libros viejos estaban a su cargo y él había leído sobre aquellos viejos tiempos. No quería vivirlos.

Quizá fueran unos diez minutos los que transcurrieron hasta que la gran nave bajó y se acurrucó sobre la llanura, pero en ese tiempo fueron muchos los recuerdos que se extendieron ante él. Primero la gran granja de su niñez, que permanecía en su mente solo como multitudes atareadas de personas. Luego la marcha de las jóvenes familias hacia tierras nuevas. Él tenía diez años entonces, hijo único, confuso y asustado.

Después los nuevos edificios, las grandes planchas de metal que había que arrancar y hacer pedazos; la tierra expuesta que había que revolver, refrescar y estimular; edificios cercanos que había que derribar y arrasar, otros que había que transformar en residencias.

Había que cultivar y cosechar el grano, había que establecer relaciones pacíficas con las granjas vecinas.

Vivieron el crecimiento y la expansión, y la callada eficacia del autogobierno. Fue entonces cuando llegó una nueva generación de niños pequeños y duros que nacieron en aquella tierra. Llegó luego el gran día en el que lo eligieron líder del grupo y por primera vez desde que había cumplido los dieciocho años, no se afeitó y vio aparecer el primer rastrojo de la barba del líder.

Y quizá la galaxia se estuviera entrometiendo en esos momentos para poner fin a aquel breve idilio aislado…

La nave aterrizó. Senter observó sin decir nada que se abría la portilla. Salieron cuatro personas, cautelosas y vigilantes. Había tres hombres. Variados: viejo, joven, delgado y picudo. Y una mujer que caminaba entre ellos a grandes zancadas como si fuera una igual. La

mano de Senter abandonó los dos mechones negros y lisos de su barba cuando se adelantó un poco.

Hizo el gesto universal de la paz. Ambas manos ante él, con las palmas duras y llenas de callos hacia arriba.

El hombre joven se acercó dos pasos y copió el gesto.

—Vengo en son de paz.

El acento era extraño, pero las palabras eran comprensibles y el líder las agradeció. Después respondió con voz profunda.

—Que en paz sea. Sed bienvenidos a la hospitalidad del grupo. ¿Tenéis hambre? Comeréis. ¿Tenéis sed? Beberéis.

La respuesta llegó poco a poco.

—Os agradecemos vuestra amabilidad y daremos un buen informe sobre vuestro grupo cuando regresemos a nuestro mundo.

Una respuesta extraña, pero positiva. Tras él, los hombres del Grupo sonreían y las mujeres surgieron de los escondrijos de las estructuras que los rodeaban.

Ya en su alojamiento, Senter sacó la caja cerrada con lados espejados de su escondite y le ofreció a cada uno de sus invitados los puros largos y rollizos que se reservaban para las grandes ocasiones. Ante la mujer dudó. La joven había tomado asiento entre los hombres. Era evidente que los desconocidos permitían, incluso esperaban, semejante descaro. Le ofreció también la caja con gesto rígido.

La mujer aceptó uno con una sonrisa y aspiró su humo fragante con todo el entusiasmo que se podría esperar. Lee Senter reprimió un gesto escandalizado.

La agarrotada conversación, antes de la comida, tocó con cortesía el tema de la agricultura en Trántor.

Fue el anciano el que preguntó.

—¿Y la hidroponía? Estoy seguro que en un mundo como Trántor, la hidroponía sería la respuesta.

Senter sacudió la cabeza sin prisa. No estaba muy seguro. Lo que él sabía era lo que trataban los libros que había leído, y con eso él no estaba familiarizado.

—¿Cultivos artificiales con productos químicos, creo? No, en Trántor no. Esa tal hidroponía requiere un mundo industrializado; por ejemplo, una gran industria química. Y en caso de guerra o desastre, cuando la industria se viene abajo, la gente se muere de

hambre. Y tampoco se pueden cultivar todos los alimentos de forma artificial. Algunos pierden sus mejores valores. El suelo sigue siendo más barato, mejor…, siempre es más fiable.

—¿Y sus provisiones de alimentos son suficientes?

—Suficientes, quizá monótonas. Tenemos aves que nos proporcionan huevos y ganado de leche para los productos lácteos, pero nuestros suministros de carne dependen del comercio exterior.

—Comercio. —Un repentino interés pareció surgir en el hombre joven—. Entonces comercian. ¿Pero qué exportan?

—Metal —fue la brusca respuesta—. Usted mismo puede verlo. Tenemos un suministro infinito y ya procesado. Vienen de Neotrántor con naves, demuelen una zona indicada, lo que incrementa nuestros espacios de cultivo, y nos dejan a cambio carne, fruta enlatada, concentrados alimenticios, maquinaria para las granjas y demás. Ellos se llevan el metal y ambos lados se benefician.

Se dieron un banquete de pan, queso y un estofado de verduras que era francamente delicioso. Fue con el postre de fruta escarchada, el único artículo importado del menú, cuando, por primera vez, los foráneos se convirtieron en algo más que simples invitados. El joven sacó un mapa de Trántor.

Lee Senter lo estudió con calma. Escuchó… y respondió con gesto serio.

—Los terrenos de la universidad son una zona estática. Los granjeros no cultivamos nada allí. Ni siquiera entramos, a ser posible. Es una de las pocas reliquias de otro tiempo que nos gustaría mantener intacta.

—Nosotros solo buscamos conocimientos. No alteraríamos nada. Nuestra nave sería nuestro rehén. —El anciano se lo ofreció con impaciencia, con fervor.

—Puedo llevarlos allí, entonces —dijo Senter.

Esa noche los desconocidos durmieron y esa noche Lee Senter envió un mensaje a Neotrántor.

24

El converso

La escasa vida de Trántor fue reduciéndose hasta quedarse en nada cuando se adentraron entre los amplios edificios de los terrenos de la universidad. Había un silencio solemne y solitario cubriéndolo todo.

Los desconocidos de la Fundación no sabían nada del remolino de días y noches del sangriento Saqueo que había dejado la universidad intacta. No sabían nada de la época posterior a la caída del poder imperial, cuando los estudiantes, con sus armas prestadas y su valentía pálida e inexperta, formaron un ejército voluntario de protección para proteger el santuario central de la ciencia de la galaxia. No sabían nada del Combate de los Siete Días ni del armisticio que dejó libre a la universidad cuando hasta en el palacio imperial resonaban las botas metálicas de Gilmer y sus soldados, durante el breve intervalo que duró su gobierno.

Los recién llegados de la Fundación, que se acercaban a aquel lugar por primera vez, se daban cuenta solo de que, en un mundo de transición que pasaba del orden antiguo y destripado a uno nuevo y agotador, aquella zona era una pieza de museo tranquila y elegante, una reliquia de la antigua grandeza.

En cierto sentido eran intrusos. Aquel vacío melancólico los rechazaba. El ambiente académico parecía vivir todavía y removerse enfadado ante aquella interrupción.

La biblioteca era un edificio engañosamente pequeño que se ensanchaba por una inmensa zona del subsuelo hasta convertirse en un volumen gigantesco de silencio y ensueño. Ebling Mis hizo una pausa ante los elaborados murales de la sala de visitas.

Y susurró, porque allí había que susurrar:

—Creo que hemos pasado junto a las salas de catálogos un poco más atrás. Me detendré allí.

Tenía la frente arrebolada y le temblaba la mano.

—Que no me moleste nadie, Toran. ¿Quieres bajarme la comida?

—Lo que tú digas. Haremos todo lo que podamos para ayudar. ¿Quieres que trabajemos a tus órdenes…?

—No. Debo estar solo…

—Crees que encontrarás lo que buscas.

Y Ebling Mis respondió en voz baja, pero con tono seguro.

—¡Sé que lo encontraré!

Toran y Bayta estuvieron más cerca de «poner casa», en el sentido más habitual de la expresión, que en cualquier otro momento de su año de casados. Era una especie rara de «casa». Vivían en medio del esplendor con una sencillez muy poco apropiada. La comida la sacaban en su mayor parte de la granja de Lee Senter y la pagaban con esos aparatitos atómicos que se pueden encontrar en la nave de cualquier comerciante.

Magnífico aprendió solo a utilizar los proyectores de la sala de lectura de la biblioteca y se sentaba con novelas de aventuras y romances, hasta el punto de que casi se olvidaba de las comidas y el sueño tantas veces como Ebling Mis.

El propio Ebling se había enterrado por completo. Había insistido en que le colgaran una hamaca para él en la Sala de Referencia de Psicología. Le empalideció y adelgazó el rostro. Su discurso perdió casi toda su energía y sus maldiciones favoritas tuvieron una muerte apacible. Había ocasiones en las que hasta reconocer a Toran o Bayta le suponía un esfuerzo.

Estaba más a sus anchas con Magnífico, que le llevaba las comidas y con frecuencia se sentaba a observarlo durante horas seguidas, con una atención extraña, fascinada, mientras el anciano psicólogo transcribía ecuaciones interminables, cruzaba referencias con interminables libros película y se escabullía sin parar de un lado a otro en un esfuerzo mental feroz por llegar a un fin que solo él veía.

Toran se encontró con su mujer en la habitación oscurecida y dijo con aspereza:

—¡Bayta!

Bayta se sobresaltó con expresión culpable.

—¿Sí? ¿Me buscabas, Torie?

—Pues claro que te buscaba. ¡¿Qué haces aquí sentada, en el

nombre del espacio?! Desde que llegamos a Trántor actúas de un modo muy raro. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Oh, Torie, déjalo —dijo la joven con gesto cansado.

Y el «Oh, Torie, déjalo» fue lo que su marido imitó con impaciencia. Y luego, con una suavidad repentina:

—¿No quieres decirme lo que pasa, Bay? Hay algo que hace tiempo que te inquieta.

—¡No! No hay nada, Torie. Y si sigues dándome la lata sin parar, vas a volverme loca. Solo estoy… pensando.

—¿Pensando en qué?

—En nada. Bueno, en el Mulo, y en Refugio y la Fundación y todo. En Ebling Mis, y me pregunto si encontrará algo sobre la Segunda Fundación y en si eso nos ayudará cuando lo encuentre, y en un millón de cosas más. ¿Satisfecho? —La voz de la joven parecía inquieta.

—Si lo único que haces es darles vueltas a las cosas, ¿te importa parar? No es agradable y no va a ayudar a solucionar la situación.

Bayta se puso de pie y esbozó una débil sonrisa.

—Está bien. Soy feliz. Lo ves, estoy sonriendo y encantada de la vida.

La voz de Magnífico era un grito angustiado en el exterior.

—Mi señora…

—¿Qué pasa? Entra…

La voz de Bayta se apagó de repente cuando la puerta se abrió y enmarcó la figura grande de rostro duro de…

—¡Pritcher! —exclamó Toran.

Bayta ahogó un grito.

—¡Capitán! ¿Cómo nos ha encontrado?

Han Pritcher entró en la habitación. Su voz era clara y serena, totalmente desprovista de cualquier emoción.

—Ahora mi rango es el de coronel… bajo el mando del Mulo.

—¡Bajo el mando del… Mulo! —A Toran se le apagó la voz. Formaban un cuadro vivo, los tres.

Magnífico se los quedó mirando con expresión salvaje y se encogió detrás de Toran. Nadie pareció notar su presencia.

A Bayta le temblaban las manos, que se aferraban con fuerza la una a la otra.

—¿Nos está arrestando? ¿De verdad se ha pasado a su bando?

El coronel respondió de inmediato.

—No he venido a arrestarlos. Mis instrucciones no los mencionan. En lo que a ustedes respecta, soy libre y he decidido hacer uso de nuestra antigua amistad, si me lo permiten.

El rostro de Toran se crispó, intentando contener la furia.

—¿Cómo nos ha encontrado? ¿Así que estaba en la nave filiana? ¿Nos ha seguido?

En la inconmovible falta de expresión del rostro de Pritcher quizá se produjera un chispazo de vergüenza.

—¡Estaba en la nave filiana, es cierto! Pero para empezar, les encontré…, bueno…, por casualidad.

—Es una casualidad que, matemáticamente hablando, es imposible.

—No, más bien muy poco probable, nada más; así que mi afirmación tendrá que sostenerse. En cualquier caso, admitieron ante los filianos (en realidad no existe ninguna nación que se llame Filia, por supuesto) que se dirigían al sector de Trántor y dado que el Mulo ya tiene contactos en Neotrántor, era fácil hacer que los retuvieran allí. Por desgracia, ustedes se escaparon antes de que yo llegara, pero no mucho antes. Tuve tiempo para ordenar que las granjas de Trántor informaran de su llegada. Cosa que hicieron y aquí estoy. ¿Me permiten sentarme? Vengo como amigo, créanme.

Se sentó. Toran inclinó la cabeza y pensó en vano. Entumecida, sin emoción, Bayta preparó un poco de té.

Toran levantó la mirada con dureza.

—Bueno, ¿y a qué está esperando, coronel? ¿Qué hay de su amistad? Si no es a arrestarnos, ¿a qué viene, entonces? ¿Una detención preventiva? Llame a sus hombres y dé las órdenes que sean.

Pritcher sacudió la cabeza con gesto paciente.

—No, Toran. He venido por propia voluntad para hablar con ustedes, para convencerlos de la inutilidad de lo que están haciendo. Si fracaso, me iré. Eso es todo.

—¿Eso es todo? Bueno, pues suelte su propaganda, dénos su discurso y váyase. Yo no quiero té, Bayta.

Pritcher aceptó una taza con un simple y serio agradecimiento. Después miró a Toran con expresión firme y clara mientras tomaba unos sorbos.

—Es cierto que el Mulo es un mutante —dijo—. No se le puede vencer en la pura naturaleza de su mutación…

—¿Por qué? ¿Cuál es la mutación? —preguntó Toran con una ironía amarga—. Supongo que ahora nos lo dirá, ¿no?

—Sí, se lo diré. Que ustedes lo sepan no le hará ningún daño a él. Verán, es capaz de regular el equilibrio emocional de los seres humanos. Parece un simple truco, pero es invencible.

—¿El equilibrio emocional? —interpuso Bayta. Después frunció el ceño—. ¿Quiere explicarse? No termino de entenderlo.

—Quiero decir que para él es sencillo infundir en un general muy competente, digamos, una lealtad incondicional hacia el Mulo y una fe absoluta en la victoria del Mulo. Sus generales están controlados emocionalmente. No pueden traicionarlo, no pueden flaquear y el control es permanente. Sus enemigos más capacitados se convierten en sus subordinados más fieles. El caudillo de Kalgan rinde su planeta y se convierte en su virrey en la Fundación.

—Y usted —añadió Bayta con amargura— traiciona a su causa y se convierte en el emisario que envía el Mulo a Trántor. ¡Ya veo!

—No he terminado. El don del Mulo funciona en sentido inverso de un modo incluso más eficaz. ¡La desesperación es una emoción! En el momento crucial, los hombres clave de la Fundación, los hombres clave de Refugio, perdieron las esperanzas. Sus mundos cayeron sin demasiada lucha.

—Intenta decirnos —quiso saber Bayta con tono tenso— que la sensación que tuve en la Cámara del Tiempo, era el Mulo jugando con mi control emocional.

—Con el mío también. Con el de todo el mundo. ¿Cómo estaban las cosas en Refugio hacia el final?

Bayta le dio la espalda.

El coronel Pritcher continuó con fervor.

—Del mismo modo que funciona en los mundos, también funciona en los individuos. ¿Pueden prender una fuerza que pueda hacerlos rendirse de buena gana cuando así lo desee, que pueda convertirlos en servidores fieles cuando así lo desee?

—¿Cómo sé que dice la verdad? —dijo Toran poco a poco.

—¿Es que puede explicar la caída de la Fundación y la de Refugio de otro modo? ¿Puede explicar… mi conversión de otro modo? ¡Piense, hombre! ¿Qué ha logrado usted, o yo, o la galaxia

entera, contra el Mulo en todo este tiempo? ¿Puede decirme una sola cosa, por pequeña que sea?

Toran aceptó el reto.

—¡Por la galaxia, vaya si puedo! —Con un repentino toque de satisfacción fiera gritó—: Su maravilloso Mulo tenía contactos con Neotrántor que usted dice que debían retenernos, ¿no? Esos contactos están muertos o algo peor. Matamos al príncipe heredero y dejamos al otro convertido en un idiota que no dejaba de gimotear. El Mulo no nos detuvo allí y es mucho lo que se ha deshecho.

—Pues no, en absoluto. Esos no eran nuestros hombres. El príncipe heredero era un mediocre borracho. La estupidez del otro hombre, Commason, es colosal. Disponía de poder en su mundo, pero eso no evitaba que fuera un hombre despiadado, maligno y un auténtico incompetente. En realidad no teníamos nada que ver con ellos. En cierto sentido, no eran más que peleles…

—Fueron ellos los que nos retuvieron, o los que lo intentaron.

—Una vez más, no. Commason tenía un esclavo personal, un hombre llamado Inchney. El engaño era la política de este hombre. Es anciano, pero por el momento servirá a nuestros propósitos. Ustedes no lo habrían matado, ya ven.

Bayta se giró de golpe y lo miró. Ella tampoco había tocado el té.

—Pero, por lo que usted mismo ha dicho, han manipulado sus emociones. Cree en el Mulo, tiene fe en él, una fe antinatural y enfermiza en el Mulo. ¿Qué valor tienen sus opiniones? Ha perdido la capacidad de pensar de forma racional.

—Se equivoca. —El coronel sacudió la cabeza poco a poco—. Solo han amañado mis emociones. Razono como siempre lo he hecho. Puede que mis emociones condicionadas ejerzan alguna influencia y dirijan mi razonamiento en cierta dirección, pero no lo fuerzan. Y hay algunas cosas que veo con más claridad ahora que soy libre de mis antiguas tendencias emocionales.

»Ahora veo que el programa del Mulo es inteligente y encomiable. Desde que me han… convertido, he seguido su carrera desde el principio, hace siete años. Con su poder mental mutante, empezó ganándose a un condotiero y a su banda. Con eso, y su poder, consiguió un planeta. Con eso, y su poder, fue extendiendo

su dominio hasta que pudo abordar al caudillo de Kalgan. Cada paso conducía al siguiente de una forma lógica. Con Kalgan en el bolsillo dispuso de una flota de primera clase y con eso, y su poder, pudo atacar a la Fundación.

»La Fundación es la clave. Es la mayor zona de concentración industrial de la galaxia y ahora que las técnicas atómicas de la Fundación están en sus manos, es el auténtico amo de la galaxia. Con esas técnicas, y su poder, puede obligar al resto del Imperio a que reconozca su dominio y con el tiempo, con la muerte del viejo emperador, que está loco y al que ya no le queda mucho tiempo en este mundo, coronarse emperador. Entonces tendrá el cargo, además de los territorios. Con eso, y su poder, ¿dónde está el mundo de la galaxia que pueda enfrentarse a él?

»En los últimos siete años ha establecido un nuevo imperio. En siete años, en otras palabras, habrá logrado lo que toda la psicohistoria de Seldon no podría haber hecho en menos de otros setecientos. La galaxia disfrutará al fin de paz y orden.

»Y ustedes no podrían evitarlo más de lo que podrían detener el empuje de un planeta con los hombros.

Un largo silencio siguió al discurso de Pritcher. El té que le quedaba se le había quedado frío. Vació su taza, la llenó de nuevo y se la terminó poco a poco. Toran se mordía una uña con saña. El rostro de Bayta era una entidad fría, lejana y pálida.

Y luego Bayta habló con voz aflautada.

—No estamos convencidos. Si el Mulo desea que seamos suyos, que venga él aquí y nos condicione en persona. Usted luchó contra él hasta el último momento de su conversión, me imagino, ¿no es así?

—Así es —dijo el coronel Pritcher con tono solemne.

—Entonces permítanos contar con el mismo privilegio.

El coronel Pritcher se levantó y con un aire tajante y definitivo dijo:

—Entonces me voy. Como dije antes, la misión que tengo no les concierne a ustedes de ningún modo. Por tanto, no creo que sea necesario informar de su presencia aquí. No es un favor tan grande. Si el Mulo desea detenerlos, sin duda ya tiene otros hombres asignados a esa tarea y los detendrán. Pero, por si les interesa, yo no contribuiré más de lo que se me exija.

—Gracias —dijo Bayta con voz débil.

—En cuanto a Magnífico. ¿Dónde está? Sal, Magnífico, no te haré daño.

—¿Qué pasa con él? —quiso saber Bayta, que de repente parecía haber cobrado vida.

—Nada. Mis instrucciones tampoco lo mencionan. He oído que se le busca, pero el Mulo lo encontrará cuando le resulte más conveniente. Yo no diré nada. ¿Quieren estrecharme la mano?

Bayta negó con la cabeza. Toran lo miró furioso, con una expresión frustrada y llena de desdén.

Los hombros de hierro del coronel se hundieron un poco. Se dirigió a la puerta, se giró y dijo:

—Una última cosa. No crean que no soy consciente de la fuente de su testarudez. Es sabido que buscan la Segunda Fundación. El Mulo, en su momento, tomará las medidas necesarias. Nada les ayudará… Pero les conocí en otros tiempos; quizá haya algo en mi conciencia que me ha impulsado a hacer esto; en cualquier caso, he intentado ayudarlos y alejarlos del peligro final antes de que fuera demasiado tarde. Adiós.

Hizo un brusco saludo militar… y se fue.

Bayta se volvió hacia un silencioso Toran.

—Hasta saben lo de la Segunda Fundación —susurró la joven.

En los rincones más ocultos de la biblioteca, Ebling Mis, que ignoraba todo lo ocurrido, se agazapaba bajo la única chispa de luz que brillaba en medio de los espacios tenebrosos y murmuraba triunfante para sí.

25

Muerte de un psicólogo

Después de eso a Ebling Mis solo le quedaban dos semanas de vida.

Y en esas dos semanas, Bayta estuvo con él tres veces. La primera fue por la noche del mismo día que vieron al coronel Pritcher. La segunda fue una semana más tarde. Y la tercera fue de nuevo una semana más tarde, el último día, el día que Mis murió.

Primero estuvo la noche de la tarde de la visita del coronel Pritcher; la primera hora de la cual la pasó una afligida pareja subida a un tiovivo de tristes emociones, dándoles vueltas a las cosas.

—Torie, vamos a decírselo a Ebling —dijo Bayta.

—¿Crees que puede ayudar? —dijo Toran con tono apagado.

—Solo somos dos. Tenemos que quitarnos parte del peso de encima. Quizá pueda ayudar, después de todo.

—Ha cambiado —dijo Toran—. Ha perdido peso. Está un poco ausente, un tanto confuso. —Los dedos del joven tantearon el aire, como en una metáfora—. A veces creo que no nos va a ayudar mucho. A veces creo que no hay nada que pueda ayudarnos.

—¡No! —A Bayta se le quebró la voz y se le escapó un gemido —. ¡Torie, no! Cuando dices eso, creo que el Mulo se está apoderando de nosotros. Vamos a decírselo a Ebling, Torie, ¡ahora!

Ebling Mis levantó la cabeza del largo escritorio y los miró con expresión agotada cuando se acercaron. Tenía el cabello cada vez más ralo y alborotado y con los labios hacía ruidos secos, adormilados.

—¿Eh? —dijo—. ¿Me busca alguien?

Bayta se arrodilló.

—¿Te hemos despertado? ¿Quieres que nos vayamos?

—¿Iros? ¿Quién es? ¿Bayta? ¡No, no, quedaos! ¿No hay sillas? Las vi… —E hizo un gesto vago con el dedo.

Toran arrastró dos delante de él. Bayta se sentó y cogió una de

las manos flácidas del psicólogo entre las suyas.

—¿Podemos hablar contigo, doctor? —La joven pocas veces usaba el título.

—¿Ocurre algo? —Un pequeño destello regresó a aquellos ojos distraídos. Las mejillas hundidas del anciano recuperaron un toque de color—. ¿Ocurre algo?

—El capitán Pritcher ha estado aquí —dijo Bayta—. Déjame hablar a mí, Torie. ¿Te acuerdas del capitán Pritcher, doctor?

—Sí… sí… —Se pellizcó los labios con los dedos, luego los soltó—. Un hombre alto. Demócrata.

—Sí, ese. Ha descubierto la mutación del Mulo. Ha estado aquí, doctor, y nos lo ha contado.

—Pero eso no es nada nuevo. La mutación del Mulo está aclarada. —Y con un asombro sincero—. ¿No os lo he contado? ¿Se me ha olvidado contároslo?

—¿Te has olvidado de contarnos qué? —interpuso Toran a toda prisa.

—Lo de la mutación del Mulo, por supuesto. Manipula las emociones. ¡Control emocional! ¿No os lo he contado? ¿Pero cómo he podido olvidarlo? —Se mordió el labio inferior poco a poco y se lo pensó.

Luego, sin prisas, su voz empezó a cobrar vida y alzó mucho los párpados, como si su perezoso cerebro comenzara a deslizarse por un único raíl bien engrasado. Habló en un sueño; más que contemplar a sus dos oyentes, observaba un espacio vacío entre ambos.

—En realidad es muy simple. No se requiere ningún conocimiento especial. En las matemáticas de la psicohistoria, por supuesto, funciona de inmediato, en una ecuación de cuarto nivel que no supone más… Pero eso no importa. Se puede expresar en términos normales, más o menos, y hacer que tenga sentido, que no es lo habitual con los fenómenos psicohistóricos.

»Preguntáoslo… ¿Qué puede alterar el cuidadoso programa de historia de Hari Seldon, eh? —Los examinó primero a uno y luego al otro con una expresión inquisitiva y levemente inquieta—. ¿Cuáles eran las suposiciones originales de Seldon? En primer lugar, que no habría ningún cambio fundamental en la sociedad humana durante los próximos mil años.

»Por ejemplo, supongamos que hubiera un cambio importante en la tecnología de la galaxia, como que se hallase un nuevo principio para la utilización de la energía, o que se perfeccionase el estudio de la neurobiología electrónica. Los cambios sociales dejarían obsoletos las ecuaciones originales de Seldon. Pero eso no ha ocurrido, ¿verdad?

»O supongamos que fuerzas externas a la Fundación inventaran una nueva arma, un arma capaz de enfrentarse a todos los armamentos de la Fundación. Eso podría provocar una desviación ruinosa, aunque la certeza es menor. Pero ni siquiera ha ocurrido eso. El depresor de campos atómicos del Mulo era un arma torpe y se podía contrarrestar. Y esa fue la única novedad que presentó, pobre como era.

»Pero hubo una segunda suposición, ¡una más sutil! Seldon dió por supuesto que la reacción humana a los estímulos permanecería constante. Si reconocemos que la primera suposición se sostuvo, ¡entonces tuvo que ser la segunda la que falló! Algún factor tiene que estar retorciendo y distorsionando las respuestas emocionales de los seres humanos o Seldon no podría haber fallado y la Fundación no habría caído. ¿Y qué factor iba a ser si no era el Mulo?

»¿Tengo razón? ¿Hay algún fallo en el razonamiento?

La regordeta mano de Bayta dio unos golpecitos suaves en la del anciano.

—Ningún fallo, Ebling.

Mis estaba encantado, como un niño.

—Eso y mucho más me surge con la mayor facilidad. Os juro que a veces me pregunto qué es lo que está ocurriendo en mi interior. Creo recordar una época en la que había tantas cosas que eran un misterio para mí y, en cambio, ahora, las cosas están muy claras. Los problemas no existen. Me encuentro con lo que podría ser uno y, de alguna forma, en mi interior, lo veo y lo entiendo. Y mis suposiciones, mis teorías, siempre parecen confirmarse. Hay algo que me impulsa… siempre hacia delante… hasta el punto que no puedo parar… y no quiero comer ni dormir…, sino continuar siempre… y seguir… y seguir…

Su voz no era más que un susurro; se había posado la mano temblorosa, marchita, cubierta de venas azules, en la frente. Había

un frenesí en sus ojos que se desvanecía y apagaba.

Después dijo en voz más baja:

—¿Entonces no os he hablado nunca de los poderes mutantes del Mulo, verdad? Pero luego… ¿habéis dicho que lo sabíais?

—Fue el capitán Pritcher, Ebling —dijo Bayta—. ¿Te acuerdas?

—¿Os lo dijo él? —Había un matiz de indignación en su voz—. ¿Pero cómo lo averiguó él?

—Ha sido condicionado por el Mulo. Ahora es coronel, y es uno de los hombres del Mulo. Vino a aconsejarnos que nos rindiéramos al Mulo y nos contó… lo que nos has contado tú.

—¿Entonces el Mulo sabe que estamos aquí? Debo darme prisa… ¿Dónde está Magnífico? ¿No está con vosotros?

—Magnífico está durmiendo —dijo Toran con impaciencia—. Ya es más de medianoche.

—¿Sí? Entonces… ¿Estaba durmiendo cuando entrasteis?

—Así es —dijo Bayta con tono decidido—, y ahora tampoco vas a volver a trabajar. Te vas a meter en la cama. Vamos, Torie, ayúdame. Y tú deja de empujarme, Ebling, porque tienes suerte de que no te meta primero en la ducha. Quítale los zapatos, Torie, y mañana vas a bajar aquí y lo vas a sacar al aire libre antes de que se desvanezca por completo. Mírate, Ebling, vas a terminar criando telarañas. ¿Tienes hambre?

Ebling Mis sacudió la cabeza y los miró desde su catre, confuso y malhumorado.

—Quiero que mañana me mandéis a Magnífico aquí abajo —murmuró.

Bayta le remetió la sábana alrededor del cuello.

—Soy yo la que voy a bajar mañana, con ropa limpia. Y tú vas a tomar un buen baño y luego vas a salir a visitar la granja y dejar que el sol te caliente un poco.

—No pienso hacerlo —dijo Mis con voz débil—. ¿Me oyes? Estoy demasiado ocupado.

Su escaso cabello se extendió sobre la almohada como un ribete plateado que le rodeara la cabeza. Su voz se convirtió en un susurro confidencial.

—Queréis encontrar la Segunda Fundación, ¿no?

Toran se dio la vuelta a toda prisa y se agachó junto al catre.

—¿Qué pasa con la Segunda Fundación, Ebling?

El psicólogo sacó un brazo de debajo de la sábana y sus dedos cansados se aferraron a la manga de Toran.

—Las Fundaciones se establecieron en una gran convención de psicología presidida por Hari Seldon. Toran, he localizado las actas publicadas de esa convención. Veinticinco películas completas. Ya he revisado varios resúmenes.

—¿Y bien?

—Bueno, ¿sabes que es muy fácil encontrar a partir de eso la ubicación exacta de la Primera Fundación, por poco que se sepa de psicohistoria? Hay frecuentes referencias a ella, cuando se entienden las ecuaciones, claro. Pero Toran, nadie menciona la Segunda Fundación. No se hace referencia a ella en ninguna parte.

Las cejas de Toran se unieron sobre su frente.

—¿No existe?

—Pues claro que existe —exclamó Mis, enfadado—, ¿quién dijo que no existía? Pero se habla menos de ella. Su importancia, todo lo que se sabe de ella, es mejor ocultarla, es mejor oscurecerla. ¿No lo ves? Es la más importante de las dos. Es la crítica; ¡es la que cuenta en realidad! Y yo tengo las actas de la Convención de Seldon. El Mulo no ha ganado todavía.

Bayta bajó las luces sin hacer ruido.

—¡A dormir!

Toran y Bayta subieron sin hablar a su alojamiento.

Al día siguiente, Ebling Mis se bañó y se vistió, vio el sol de Trántor y sintió el viento de Trántor por última vez en su vida. Al final del día, se había inmerso de nuevo en los huecos gigantescos de la biblioteca y ya nunca más volvió a salir.

Durante la semana siguiente, la vida recuperó su cauce habitual. El sol de Neotrántor era una estrella tranquila y brillante en el cielo nocturno de Trántor. En la granja se atareaban con la plantación de primavera. Los terrenos de la universidad estaban silenciosos en su abandono. La galaxia parecía vacía. El Mulo podría no haber existido.

Era lo que pensaba Bayta mientras contemplaba a Toran, que encendía un puro con cuidado y alzaba los ojos para mirar los trozos de cielo azul que quedaban visibles entre el enjambre de agujas de metal que rodeaban el horizonte.

—Hace un día muy bonito —dijo Toran.

—Sí, es cierto. ¿Lo has apuntado todo en la lista, Torie?

—Claro. Un cuarto de mantequilla, una docena de huevos, judías verdes… Lo tengo todo aquí, Bay. Lo traeré todo.

—Bien. Y asegúrate de que las verduras son de la última cosecha y no reliquias de museo. ¿Has visto a Magnífico en alguna parte, por cierto?

—Desde el desayuno, no. Supongo que está abajo con Ebling, viendo un libro película.

—Está bien. No te entretengas porque necesito los huevos para hacer la cena.

Toran se fue con una sonrisa sesgada y un gesto de despedida.

Bayta dio la vuelta cuando Toran se perdió de vista por el laberinto de metal. Dudó ante la puerta de la cocina, giró en redondo sin prisas y entró en la galería que llevaba al ascensor que se internaba en las entrañas del edificio.

Ebling Mis estaba allí, con la cabeza inclinada sobre las lentes del proyector, muy quieto; un cuerpo inmóvil, a la búsqueda de respuestas. Cerca de él se sentaba Magnífico, acurrucado en un sillón, con los ojos alerta y vigilantes, un fardo de miembros como varas con una nariz que hacía resaltar su rostro escuálido.

Bayta dijo en voz baja:

—Magnífico…

Magnífico se puso en pie con cierto esfuerzo. Su voz era un susurro impaciente.

—¡Mi señora!

—Magnífico —dijo Bayta—. Toran se ha ido a la granja y tardará un rato en volver. ¿Te importaría ser un buen chico e ir tras él con un mensaje que te voy a escribir?

—Con mucho gusto, mi señora. Mis pequeños servicios no puedo hacer más que ponerlos a vuestros pies con ilusión, para los diminutos usos que vos podáis darles.

Bayta se quedó sola con Ebling Mis, que no se había movido. Con firmeza, la joven puso una mano en el hombro del anciano.

—Ebling…

El psicólogo se sobresaltó con una exclamación malhumorada.

—¿Qué pasa? —Arrugó los ojos—. ¿Eres tú, Bayta? ¿Dónde está Magnífico?

—Lo he mandado a un recado. Quiero estar a solas contigo un

rato. —Bayta articuló las palabras con una claridad exagerada—: Quiero hablar contigo, Ebling.

El psicólogo intentó regresar a su proyector, pero la mano de Bayta en su hombro era firme. La joven sintió el hueso bajo la manga. La carne parecía haberse evaporado casi por completo desde su llegada a Trántor. El anciano tenía el rostro delgado, amarillento y lucía un rastrojo de barba de varios días. Tenía los hombros visiblemente encorvados, incluso cuando estaba sentado.

—Magnífico no te estará molestando, ¿verdad, Ebling? —dijo Bayta—. Parece pasarse aquí abajo noche y día.

—¡No, no, no! En absoluto. Pero si no me importa tenerlo aquí. Es muy callado y nunca me molesta. A veces lleva las películas de un lado para otro por mí; parece saber lo que quiero sin que tenga que decirle nada. Déjalo estar.

—Muy bien, pero, Ebling, ¿no te hace preguntarte algunas cosas? ¿Me oyes, Ebling? ¿No te hace preguntarte nada?

Bayta tiró de una silla y la acercó al psicólogo, luego se lo quedó mirando como si quisiera sacarle la respuesta de los ojos.

Ebling Mis sacudió la cabeza.

—No. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tanto el coronel Pritcher como tú, los dos decís que el Mulo puede condicionar las emociones de los seres humanos. ¿Pero estáis seguros de eso? ¿No es el propio Magnífico un fallo en esa teoría?

Hubo un silencio.

Bayta reprimió el fuerte deseo de sacudir al psicólogo.

—¿Pero qué te pasa, Ebling? Magnífico era el payaso del Mulo. ¿Por qué no estaba condicionado a amar y tener fe? ¿Por qué, de todos los que están en contacto con el Mulo, iba a ser él el que lo odiara de esa manera?

—Pero… pero es que estaba condicionado. ¡Claro que sí, Bay! —El anciano pareció adquirir confianza a medida que hablaba—. ¿Crees que el Mulo trata a su payaso del mismo modo que trata a sus generales? Necesita la fe y la lealtad de estos últimosk, pero su payaso solo necesita sentir miedo. ¿Es que no has notado que el estado continuo de pánico de Magnífico es de naturaleza patológica? ¿Supones que es natural que un ser humano esté así de asustado todo el tiempo? El miedo hasta ese extremo se convierte

en algo cómico. Lo más probable es que fuera cómico para el Mulo, y útil también, ya que ocultaba la ayuda que podría habernos proporcionado antes Magnífico.

—¿Quieres decir que la información que nos dio Magnífico sobre el Mulo era falsa? —dijo Bayta.

—Era engañosa. Estaba coloreada por un miedo patológico. El Mulo no es el gigante físico que cree Magnífico. Seguramente es un hombre normal, aparte de sus poderes mentales. Pero si le divertía parecer un superhombre ante el pobre Magnífico… —El psicólogo se encogió de hombros—. En cualquier caso, la información de Magnífico ya no importa.

—¿Y qué importa, entonces?

Pero Mis se desprendió de la mano que lo sujetaba y regresó a su proyector.

»¿Y qué importa, entonces? —repitió la joven—. ¿La Segunda Fundación?

Los ojos del psicólogo se clavaron en ella con una sacudida.

—¿Te he contado algo de eso? No recuerdo haber contado nada. Todavía no estoy listo. ¿Qué te he contado?

—Nada —dijo Bayta con intensidad— ¡Oh, por la galaxia, no me has contado nada pero ojalá lo hicieras porque estoy muerta de cansancio! ¿Cuándo terminará todo?

Ebling Mis la contempló entonces, vagamente arrepentido.

—Bueno, vaya, querida… no tenía intención de hacerte daño. A veces olvido… quiénes son mis amigos. A veces me parece que no debo hablar de todo esto. No hay necesidad de guardar secretos, salvo del Mulo, pero no de vosotros, querida. —El anciano le dio unos golpecitos en el hombro con gesto débil y amable.

—¿Qué pasa con la Segunda Fundación? —dijo Bayta.

La voz del psicólogo se convirtió en un susurro automático, un susurro aflautado y sibilante.

—¿Sabes con qué meticulosidad cubrió Seldon su rastro? Las actas de la Convención de Seldon no me habrían servido de nada hace solo un mes, antes de que empezara a sentir esta extraña y nueva percepción. Incluso ahora parece… tenue. Los papeles publicados por la convención, con frecuencia parecen carecer de relación, son muy oscuros. Más de una vez me he preguntado si los propios miembros de la convención sabían todo lo que tenía Seldon

en mente. A veces creo que utilizó la convención solo como una tapadera gigantesca y erigió sin ayuda alguna la estructura…

—¿De las fundaciones? —lo alentó Bayta.

—¡De la Segunda Fundación! Nuestra Fundación era sencilla. Pero la Segunda Fundación era solo un nombre. Se mencionaba, pero si había alguna explicación más elaborada, estaba oculta en las profundidades matemáticas. Hay muchas cosas que todavía no alcanzo a entender, pero hace ya siete días que los trozos han ido acumulándose y ha empezado a surgir una imagen vaga.

»La Fundación número uno era un mundo de científicos físicos. Representaba una concentración de la ciencia moribunda de la galaxia con las condiciones necesarias para hacerla revivir. No se incluyó a ningún psicólogo. Era una distorsión muy peculiar y debía de tener algún motivo. La explicación habitual era que la psicohistoria de Seldon funcionaba mejor cuando las unidades de trabajo individuales (los seres humanos) no tenían conocimiento de lo que iba a ocurrir y podían por tanto reaccionar de un modo natural a todas las situaciones. Me sigues, querida…

—Sí, doctor.

—Entonces escucha con atención. La Fundación número dos era un mundo de científicos mentales. Era el reflejo exacto de nuestro mundo. La psicología, no la física, era la reina. —Con tono triunfante—. ¿Lo ves?

—No.

—Pero piensa, Bayta, usa la cabeza. Hari Seldon sabía que su psicohistoria podía predecir solo probabilidades y no certezas. Siempre existía un margen de error y a medida que pasa el tiempo, ese margen aumenta en progresión geométrica. Seldon, como es natural, se protegería lo mejor posible contra eso. Nuestra Fundación era vigorosa, científicamente hablando. Podía conquistar ejércitos y armas. Podía medir sus fuerzas con cualquiera. ¿Pero y si se producía un ataque mental de un mutante como el Mulo?

—¡Eso sería para los psicólogos de la Segunda Fundación! —Bayta sintió que la emoción la invadía.

—¡Sí, sí, sí! ¡Claro!

—Pero no han hecho nada hasta ahora.

—¿Cómo sabes que no lo han hecho?

Bayta lo pensó un momento.

—No lo sé. ¿Tienes pruebas de que están haciendo algo?

—No. Hay muchos factores que desconozco. La Segunda Fundación no pudo establecerse totalmente madura, como tampoco ocurrió con nosotros. Nosotros nos desarrollamos con lentitud, nuestra fuerza fue creciendo poco a poco; lo mismo ha debido de ocurrir con ellos. Las estrellas sabrán en qué etapa se encuentra ahora su fuerza. ¿Son lo bastante fuertes como para enfrentarse al Mulo? Y para empezar, ¿son conscientes del peligro? ¿Tienen líderes capaces?

—Pero si siguen el plan de Seldon, entonces al Mulo tiene que vencerlo la Segunda Fundación.

—¡Ah! —y el rostro delgado de Ebling se arrugó con una expresión pensativa—, ¿es eso otra vez? Pero la Segunda Fundación era una tarea mucho más ardua que la Primera. Su complejidad es inmensamente mayor y por tanto, también lo es su posibilidad de error. Y si la Segunda Fundación no venciese al Mulo, son malas noticias, a la larga muy malas. Es el final, puede serlo, de la raza humana tal y como la conocemos.

—No.

—Sí. Si los descendientes del Mulo heredan sus poderes mentales… ¿Lo ves? El homo sapiens no podría competir. Habría una nueva raza dominante, una nueva aristocracia, con el homo sapiens reducido a la esclavitud y convertido en una raza inferior. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto.

—E incluso si, por alguna casualidad, el Mulo no estableciera una dinastía, de todos modos establecería un nuevo imperio, distorsionado y sostenido solo por su poder personal. Un imperio que moriría con él; la galaxia quedaría donde estaba antes de su llegada, salvo que ya no existirían unas fundaciones de cuya unión pudiera surgir un Segundo Imperio real y sano. Significaría miles de años de barbarie. Significaría que no habría final a la vista.

—¿Qué podemos hacer? ¿Podemos advertir a la Segunda Fundación?

—Debemos hacerlo, o quizá se hundan por simple ignorancia, cosa a la que no podemos arriesgarnos. Pero no hay forma de advertirlos.

—¿No hay forma?

—No sé dónde se encuentran. Están «al otro extremo de la galaxia» pero eso es todo, y hay millones de mundos entre los que elegir.

—Pero Ebling, ¿no lo dicen? —La joven señaló con gesto vago las películas que cubrían la mesa.

—No, no lo dicen. No donde yo pueda encontrarlo… todavía. El secretismo tiene que significar algo. Tiene que haber una razón… —Una expresión confusa regresó a los ojos del anciano—. Pero me gustaría que te fueras. Ya he perdido tiempo suficiente, y se está acabando… se está acabando.

El psicólogo se apartó de ella, malhumorado y con el ceño fruncido.

Los pasos suaves de Magnífico se acercaron.

—Vuestro marido está en casa, mi señora.

Ebling Mis no saludó al payaso. Había vuelto a su proyector.

Esa noche, Toran, tras haberlo escuchado todo, habló con su mujer.

—¿Y tú crees que tiene razón de verdad, Bay? No crees que está… —El joven vaciló.

—Tiene razón, Torie. Está enfermo, lo sé. El cambio que ha sufrido, la pérdida de peso, el modo de hablar… Está enfermo. Pero en cuanto surge el tema del Mulo, o de la Segunda Fundación, o de cualquier cosa en la que esté trabajando, escúchalo. Está lúcido y despejado como el cielo del espacio exterior. Sabe de lo que está hablando. Yo le creo.

—Entonces hay esperanza. —Era casi una pregunta.

—Yo… no lo he averiguado. ¡Quizá! ¡Quizá no! A partir de ahora pienso llevar un desintegrador conmigo. —Bayta tenía el arma de cañón brillante en la mano mientras hablaba—. Por si acaso, Torie, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

Bayta se echó a reír con un toque de histeria.

—No importa. Quizá yo también me he vuelto un poco loca, como Ebling Mis.

A Ebling Mis en ese momento le quedaban siete días de vida y los siete fueron transcurriendo, uno tras otro, sin ruido.

Para Toran, hubo una especie de estupor en ellos. Los días cálidos y el silencio apagado lo cubrieron como un letargo. La vida

entera parecía haber perdido la propiedad del movimiento y haberse convertido en un infinito mar de hibernación.

Mis era una entidad oculta que se pasaba los días encerrado y cuyo trabajo no producía nada y no se dejaba ver. Se había hecho fuerte en su guarida. Ni Toran ni Bayta podían verlo. Solo la intermediación de Magnífico demostraba la existencia del psicólogo. Magnífico, más callado y pensativo que nunca, con las bandejas de comida que llevaba de puntillas y su presencia quieta, vigilante, en medio de la oscuridad.

Bayta se convertía cada vez más en una criatura solitaria. Su vivacidad murió, la seguridad en sí misma flaqueó. Ella también buscaba solo su propia compañía, preocupada, absorta; y una vez Toran la había sorprendido toqueteando el desintegrador. Después lo había guardado a toda prisa y había forzado una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo con eso, Bay?

—Lo sostengo. ¿Es que es un crimen?

—Te vas a reventar la cabeza.

—Pues me la reviento. ¡Menuda pérdida!

El matrimonio le había enseñado a Toran que era inútil discutir con una mujer que estaba de un humor tan negro. Se encogió de hombros y la dejó.

El último día, Magnífico entró corriendo y sin aliento en su presencia. Se aferró a la pareja, aterrorizado.

—El erudito doctor los llama. No se encuentra bien.

Y no estaba bien. Estaba en la cama, con los ojos demasiado grandes, de un tamaño y brillo antinaturales. Estaba sucio, irreconocible.

—¡Ebling! —exclamó Bayta.

—Déjame hablar —graznó el psicólogo al tiempo que se apoyaba en un codo delgado con bastante esfuerzo—. Déjame hablar. He terminado; el trabajo os lo entrego a vosotros. No he tomado ninguna nota; las cifras iniciales las he destruido. Nadie más debe saberlo. Todo debéis guardarlo en la cabeza.

—Magnífico —dijo Bayta con una franqueza tosca—. ¡Vete arriba!

El payaso se levantó de mala gana y dio un paso atrás. Sus tristes ojos se habían clavado en Mis.

Mis hizo un gesto débil.

—Su presencia no importa, que se quede. Quédate, Magnífico.

El payaso se sentó a toda prisa. Bayta miró al suelo. Poco, muy poco a poco, el labio inferior se le fue quedando entre los dientes.

Mis dijo entonces, con un susurro ronco:

—Estoy convencido de que la Segunda Fundación puede ganar, si no la sorprende el Mulo antes de tiempo. Su existencia ha sido un secreto y ese secreto debe mantenerse; tiene un propósito. Debéis ir allí, vuestra información es vital… quizá marque la diferencia. ¿Me oís?

—¡Sí, sí! —exclamó Toran destrozado—. Dinos cómo llegar allí, Ebling. ¿Dónde está?

—Puedo decíroslo —dijo la débil voz.

Pero nunca lo hizo.

Bayta, con la cara pálida e inmóvil, levantó el desintegrador y disparó con un ruido seco que despertó ecos en las paredes. De cintura para arriba, Mis ya no existía y había un agujero desigual en la pared que tenía detrás. El desintegrador de Bayta se desprendió de unos dedos entumecidos y cayó al suelo.

26

El final de la búsqueda

No había nada que decir. Los ecos del estallido se alejaron rodando por las salas exteriores y fueron desapareciendo con un estruendo hasta convertirse en un susurro ronco y moribundo. Antes de morir, ya habían ahogado el tañido áspero del desintegrador caído de Bayta, habían asfixiado el grito agudo de Magnífico y habían ahogado el rugido inarticulado de Toran.

Cayó un silencio empapado de agonía.

La cabeza de Bayta estaba inclinada e inmersa en la oscuridad. Una gota reflejó la luz al caer. Bayta jamás había llorado.

Los músculos de Toran casi crujieron en medio de un espasmo, pero no se relajó, tenía la sensación de que jamás podría dejar de apretar los dientes. La cara de Magnífico era una máscara desvaída y sin vida.

Al fin, entre los dientes todavía apretados, Toran consiguió hablar con una voz ahogada e irreconocible.

—Así que eres una mujer del Mulo. ¡Te ha atrapado!

Bayta alzó la cabeza y su boca se crispó con una mueca de alegría dolorida.

—¿Yo, una mujer del Mulo? Qué irónico.

Sonrió, un esfuerzo frágil, y se echó el pelo hacia atrás. Poco a poco, su voz fue recuperando su tono normal, o algo muy parecido.

—Se acabó, Toran; ya puedo hablar. No sé cuánto tiempo voy a sobrevivir. Pero ya puedo empezar a hablar.

La tensión de Toran se había derrumbado por su propio peso y se había desvanecido convertida en una pesadez flácida.

—¿Hablar de qué, Bay? ¿De qué hay que hablar?

—De la calamidad que nos ha seguido. Ya lo hemos comentado antes, Torie. ¿No te acuerdas? ¿Que la derrota siempre nos ha pisado los talones, pero nunca ha conseguido llegar a mordernos? Estábamos en la Fundación y se derrumbó mientras los

comerciantes independientes seguían luchando, pero nosotros salimos a tiempo para irnos a Refugio. Estábamos en Refugio y se derrumbó mientras los demás seguían luchando, y una vez más salimos a tiempo. Nos fuimos a Neotrántor y a estas alturas sin duda ya se ha unido al Mulo.

Toran escuchó y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Torie, esas cosas no pasan en la vida real. Tú y yo somos unas personas insignificantes; no caemos de un torbellino político a otro sin parar durante todo un año, a menos que llevemos el torbellino con nosotros. ¡A menos que llevemos la fuente de la infección con nosotros! ¿Lo ves ahora?

Toran apretó los labios. Su mirada se clavó con pavor en los restos ensangrentados de lo que había sido un ser humano y en sus ojos hubo una mirada de asco.

—Salgamos de aquí, Bay. Salgamos al aire libre.

Fuera estaba nublado. El viento los rodeó con ráfagas apagadas y desordenó el cabello de Bayta. Magnífico se había deslizado tras ellos y en ese momento revoloteaba en los márgenes de su conversación.

Toran habló con tono tenso.

—¿Has matado a Ebling Mis porque creías que él era el foco de la infección? —Había algo en los ojos de su mujer que lo sorprendió y susurró—: ¿Él era el Mulo? —No creía, no podía creer lo que implicaban sus propias palabras.

Bayta lanzó una carcajada áspera.

—¿El pobre Ebling el Mulo? ¡Por la galaxia, no! No podría haberlo matado si fuera el Mulo. Habría detectado la emoción que acompañaba al movimiento y la habría cambiado y convertido en amor, devoción, adoración, pánico, lo que hubiera querido. No, maté a Ebling porque no era el Mulo. Lo maté porque sabía dónde estaba la Segunda Fundación y en dos segundos le habría contado al Mulo el secreto.

—Le habría contado al Mulo el secreto —repitió Toran como un estúpido—. Le habría contado al Mulo…

Y luego emitió un grito áspero y se volvió para quedarse mirando horrorizado al payaso, que podría haber estado acurrucado e inconsciente por todo lo que parecía comprender lo que estaba

oyendo.

—¿No será Magnífico? —Toran susurró la pregunta.

—¡Escucha! —dijo Bayta—. ¿Recuerdas lo que pasó en Neotrántor? Oh, piensa por ti mismo, Torie…

Pero el joven sacudió la cabeza y le murmuró algo.

Y su mujer continuó, cansada.

—Murió un hombre en Neotrántor. Murió un hombre sin que nadie lo tocara. ¿No es cierto? Magnífico tocó su visisonómetro y cuando terminó, el príncipe heredero estaba muerto. ¿No te parece extraño? ¿No es raro que una criatura que le tiene miedo a todo, aparentemente inofensiva de puro aterrorizada, tenga la capacidad de matar a voluntad?

—La música y los efectos luminosos —dijo Toran— tienen un profundo efecto emocional…

—Sí, un efecto emocional. Un efecto bastante grande. Y resulta que los efectos emocionales son la especialidad del Mulo. Eso, supongo, puede considerarse una coincidencia. Y una criatura que puede matar con la sugestión está muerta de miedo. Bueno se supone que el Mulo manipuló su mente, así que tiene explicación. Pero, Toran, yo capté un poco de esa selección del visisonómetro que mató al príncipe heredero. Solo un poco, pero fue suficiente para producirme esa misma sensación de desesperación que tuve en la Cámara del Tiempo y en Refugio. Toran, no puedo confundir esa sensación concreta.

El rostro de Toran comenzaba a oscurecerse.

—Yo… también lo sentí. Se me había olvidado. Nunca pensé…

—Fue entonces cuando se me ocurrió. No fue más que una sensación vaga, una intuición, si quieres. No tenía nada en lo que basarme. Y luego Pritcher nos habló del Mulo y su mutación y todo quedó claro en un momento. Era el Mulo el que había creado la desesperación en la Cámara del Tiempo; era Magnífico el que había creado la desesperación en Neotrántor. Era la misma emoción. Por tanto, el Mulo y Magnífico eran la misma persona. ¿No lo resuelve todo a la perfección, Torie? ¿No es igual que un axioma en geometría, las cosas que equivalen a lo mismo equivalen entre sí?

La joven estaba al borde de la histeria, pero consiguió recuperar la sobriedad por pura fuerza de voluntad. Y continuó:

—El descubrimiento me dejó muerta de miedo. Si Magnífico era

el Mulo, podía conocer mis emociones… y curarlas según sus propósitos. No me atrevía a dejar que se enterara. Empecé a evitarlo. Por suerte, él también me evitó a mí; le interesaba demasiado Ebling Mis. Planeé matar a Mis antes de que pudiera hablar. Lo planeé en secreto, tan en secreto como pude, tan en secreto que ni siquiera me atrevía a confesármelo a mí misma. Si hubiera podido matar al propio Mulo… Pero no podía correr ese riesgo, lo habría notado y yo lo habría perdido todo.

Bayta parecía haber consumido todas sus emociones.

Toran dijo entonces con tono duro y tajante:

—Es imposible. Mira esa criatura miserable. ¿Él, el Mulo? Ni siquiera oye lo que estamos diciendo.

Pero cuando sus ojos siguieron el dedo con el que lo señalaba, Magnífico estaba erguido y alerta, en sus ojos había una mirada perspicaz, oscura y brillante. En su voz no quedaba ni rastro de acento.

—Sí que la escucho, amigo mío. Es solo que he estado aquí sentado, dándole vueltas a un hecho: que con toda mi inteligencia y previsión, he podido cometer un error y perder tanto.

Toran se echó hacia atrás con un tropezón, como si temiera que el payaso pudiera tocarlo o que su aliento pudiera contaminarlo.

Magnífico asintió y respondió a la pregunta tácita.

—Yo soy el Mulo.

Ya no parecía un ser grotesco; sus miembros alargados, su nariz picuda, habían perdido sus cualidades humorísticas. Había desaparecido su miedo, su porte era firme.

Estaba al mando de la situación con una naturalidad nacida de la práctica.

Después dijo con tono tolerante:

—Sentaos. Vamos. Total, podríais tumbaros y poneros cómodos. El juego ha terminado y me gustaría contaros una historia. Es una de mis debilidades, quiero que la gente me entienda.

Y sus ojos, cuando miraron a Bayta, seguían siendo aquellos ojos antiguos, castaños, dulces y tristes de Magnífico, el payaso.

—En realidad no hay mucho en mi niñez —comenzó, metiéndose por completo en un discurso rápido e impaciente— que quiera recordar. Quizá podáis entenderlo. Mi escaso tamaño es glandular, con la nariz nací. No me fue posible tener una niñez

normal. Mi madre murió antes de llegar a verme. No conozco a mi padre. Crecí como pude; con la mente herida y torturada; lleno de autocompasión y odio por los demás. Entonces se me conocía como un niño raro. Todos me evitaban; la mayor parte por desagrado, algunos por miedo. Ocurrían incidentes extraños… ¡Bueno, no importa! Ocurrió lo suficiente para permitir que el capitán Pritcher, al investigar mi infancia, se diera cuenta de que era un mutante, que fue más de lo que yo comprendí hasta haber cumplido los veinte.

Toran y Bayta escuchaban con expresión distante. La marea de la voz del otro rompía sobre ellos, sentados en el suelo como estaban, desatendidos casi. El payaso (o el Mulo) se paseaba ante ellos con pasos pequeños, dirigiéndose en realidad a los brazos que había cruzado sobre el pecho.

—Toda la noción de mi inusual poder parece haberme llegado con lentitud, con pasos perezosos. Ni siquiera hacia el final podía creerlo. Para mí, las mentes de los hombres son como diales, con agujas que indican la emoción que prevalece. Es una imagen muy pobre, ¿pero de qué otro modo puedo explicarlo? Poco a poco aprendí que podía introducirme en esas mentes y girar la aguja hacia el punto que desease, y que podía clavarla allí para siempre. Y después me llevó incluso más tiempo darme cuenta que los demás no podían hacerlo.

»Pero entonces llegó la conciencia del poder y, con él, el deseo de compensar la miserable posición de mi anterior vida. Es posible que podáis entenderlo. Quizá podéis intentar entenderlo. No es nada fácil ser un bicho raro; tener una mente, comprenderlo todo y ser un bicho raro. ¡Carcajadas y crueldad! ¡Ser diferente! ¡Ser un paria!

»¡Vosotros no habéis pasado por eso jamás!

Magnífico alzó los ojos hacia el cielo, se bamboleó sobre los talones y recordó con expresión glacial.

»Pero con el tiempo aprendí y decidí que la galaxia y yo podíamos turnarnos. Vamos, ellos habían tenido su oportunidad y yo me había mostrado muy paciente… durante casi veintidós años. ¡Me tocaba a mí! ¡Aceptarlo sería cosa del resto de vosotros! Y las probabilidades serían bastante justas para la galaxia. ¡Yo era uno! ¡Ellos, trillones!

Hizo una pausa para lanzarle una rápida mirada a Bayta.

—Pero tenía un punto débil. Yo solo no era nada. Si podía conseguir poder, solo podía ser por medio de otros. El éxito me llegó a través de intermediarios. ¡Siempre! Fue como dijo Pritcher. A través de un pirata, conseguí mi primera base de operaciones en un asteroide. A través de un empresario, conseguí empezar a establecerme en un planeta. A través de una variedad de personas que terminó con el caudillo de Kalgan, me hice con el propio Kalgan y conseguí una armada. Y después de eso era la Fundación… y es cuando vosotros dos entráis en la historia.

»La Fundación —dijo sin alzar la voz— era la tarea más difícil con la que me había encontrado. Para vencer, tendría que ganarme, derribar o inutilizar una proporción extraordinaria de su clase gobernante. Podría haber partido de cero, pero era posible tomar un atajo así que lo busqué. Después de todo, si un hombre fuerte puede levantar doscientos cincuenta kilos, eso no significa que esté impaciente por hacerlo de continuo. Mi control emocional no es tarea fácil, prefiero no utilizarlo cuando no es absolutamente necesario. Así que acepté aliados en mi primer ataque contra la Fundación.

»Interpretando a mi payaso busqué el agente, o agentes, de la Fundación que debían de haber enviado a Kalgan, como era inevitable, para investigar a mi humilde persona. Ahora sé que fue Han Pritcher al que estaba buscando. Un golpe de suerte hizo que os encontrara a vosotros en su lugar. Es cierto que soy telépata, pero no por completo y, mi señora, vos venís de la Fundación. Eso me despistó. No fue un error fatal porque Pritcher se reunió con nosotros después, pero fue el punto de partida de un error que sí fue fatal.

Toran se revolvió por primera vez y habló con tono indignado.

—Espera un momento. Insinúas que cuando desafié a ese teniente en Kalgan con solo una pistola paralizante y te rescaté, dices que me obligaste controlándome emocionalmente. —Estaba farfullando—. Quieres decir que he sido manipulado durante todo este tiempo.

Una sonrisa fría revoloteó sobre el rostro de Magnífico.

—¿Y por qué no? ¿No te parece probable? Pregúntate entonces, ¿te habrías arriesgado a morir por un desconocido grotesco al que

jamás habías visto si hubieras estado en tus cabales? Me imagino que los acontecimientos te sorprendieron cuando recuperaste la sangre fría.

—Sí —dijo Bayta con tono distante—, así es. Está bastante claro.

—De todos modos —continuó el Mulo—, Toran no corría peligro. El teniente tenía órdenes estrictas de dejarnos marchar. Así que nosotros tres y Pritcher nos fuimos a la Fundación, y ya veis cómo tomó forma mi campaña al instante. Cuando a Pritcher le hicieron el consejo de guerra y nosotros asistimos, yo estuve muy ocupado. Los jueces militares de ese tribunal más tarde comandaron sus escuadrones en la guerra. Se rindieron con bastante facilidad y mi armada ganó la batalla de Horleggor y otros combates menores.

»A través de Pritcher conocí al doctor Mis, que me trajo un visisonómetro de una forma totalmente espontánea y simplificó mi tarea de un modo inmenso. Solo que no fue algo del todo espontáneo.

Bayta lo interrumpió.

—¡Esos conciertos! He estado intentando hacerlos encajar. Ahora lo veo.

—Sí —dijo Magnífico—, el visisonómetro actúa como un mecanismo que centra el proceso. En cierto modo no es más que un mecanismo primitivo que permite ejercer cierto control emocional. Con él puedo manejar a una amplia cantidad de personas y con más intensidad a los individuos. Los conciertos que di en Términus antes de su caída y en Refugio antes de que también cayera contribuyeron a aumentar el derrotismo generalizado. Podría haber puesto muy enfermo al príncipe heredero de Neotrántor sin el visisonómetro, pero no podría haberlo matado. ¿Entendéis?

»Pero Ebling Mis fue mi hallazgo más importante. Podría haber sido… —Magnífico lo dijo con desazón, luego se apresuró a continuar—. Hay una faceta especial en el control emocional que no conocéis. La intuición, la percepción, las corazonadas, como queráis llamarlo, se puede tratar como una emoción. Al menos, yo puedo tratarlo de ese modo. No lo entendéis, ¿verdad?

El mutante esperó la negativa.

—La mente humana trabaja a un nivel bajo de eficacia. Veinte por ciento es la cifra que se suele dar. Cuando, durante un momento, se experimenta un destello de mayor energía, se le da el

término de corazonada, percepción o intuición. Averigüé pronto que yo podía inducir un uso continuo del nivel alto de eficacia cerebral. Es un proceso letal para la persona afectada, pero es útil… El depresor de campos atómicos que utilicé en la guerra contra la Fundación fue el resultado de presionar a un técnico de Kalgan para que llegara al nivel más alto. Una vez más, trabajo a través de otros.

»Con Ebling Mis di en el blanco. Su potencial era muy elevado y yo lo necesitaba. Incluso antes de que diera comienzo mi guerra contra la Fundación, ya había enviado delegados para que negociaran con el Imperio. Fue en ese momento cuando comencé a buscar la Segunda Fundación. Como es natural, no la encontré. Como es natural, sabía que debía encontrarla… y Ebling Mis era la respuesta. Con su mente trabajando al máximo nivel de eficacia, era muy posible que pudiera duplicar el trabajo de Hari Seldon.

»En parte lo hizo; lo empujé hasta el límite. El proceso era despiadado, pero debía completarse. Al final se estaba muriendo, pero vivió… —Una vez más la desazón lo interrumpió—. Habría vivido tiempo suficiente. Juntos, los tres podríamos haber continuado y llegado a la Segunda Fundación. Habría sido la última batalla, si no hubiera sido por mi error.

En la voz de Toran se despertó la dureza.

—¿Por qué lo estiras tanto? Cuál fue ese error y… termina de una vez con tu discurso.

—Bueno, el error fue tu mujer. Tu mujer era una persona poco común. Jamás había encontrado a nadie como ella en toda mi vida. Yo… yo… —De repente la voz de Magnífico se quebró. Se recuperó con dificultad pero, al continuar, había cierta tristeza en él—. Le caí bien sin tener que jugar con sus emociones. Ni la repelía ni la divertía. Me compadecía. ¡Yo le caía bien!

»¿No lo entendéis? ¿No veis lo que eso podía significar para mí? Antes, nadie jamás… Bueno, yo… guardé eso como un tesoro. Mis propias emociones me engañaron, aunque dominaba las de todos los demás. Permanecí alejado de su mente, ya veis; no la manipulé. Atesoraba demasiado ese sentimiento, que era natural. Ese fue mi error, el primero…

»Tú, Toran, estabas bajo mi control. Jamás sospechaste de mí; jamás me cuestionaste; nunca viste nada peculiar ni extraño en mí. Por ejemplo, cuando la nave “filiana” nos detuvo. Y por cierto,

sabían nuestro paradero porque yo estaba en comunicación con ellos, del mismo modo que he permanecido en comunicación con mis generales en todo momento. Cuando nos detuvieron, a mí me llevaron a bordo para ajustar las emociones de Han Pritcher, que se encontraba allí como prisionero. Cuando me fui, el capitán se había convertido en coronel y en hombre del Mulo y además estaba al mando. El procedimiento entero era demasiado claro incluso para ti, Toran. Y sin embargo, aceptaste mi explicación del incidente, que estaba lleno de falacias. ¿Ves a lo que me refiero?

Toran hizo una mueca y lo desafió.

—¿Cómo conservaste la comunicación con tus generales?

—No fue demasiado difícil. Los transmisores de ultraondas son fáciles de manejar y sumamente portátiles. ¡Tampoco es que me pudieran haber detectado en un sentido real de la palabra! Cualquiera que me sorprendiera durante el proceso se iría sin el trozo que le arrancaría de memoria. Ocurrió en alguna ocasión.

»En Neotrántor me volvieron a traicionar mis propias y absurdas emociones. Bayta no estaba bajo mi control, pero aun así quizá nunca hubiera sospechado de mí si no hubiera perdido la cabeza con el príncipe heredero. Las intenciones que albergaba hacia Bayta… me molestaron. Lo maté. Fue un gesto absurdo. Una discreta pelea también hubiera servido.

»Y, con todo, tus sospechas no se habrían convertido en certezas si hubiera detenido los bienintencionados balbuceos de Pritcher, o si le hubiera prestado menos atención a Mis y más a ti… —Se encogió de hombros.

—¿Y eso es todo? —preguntó Bayta.

—Eso es todo.

—¿Y ahora qué?

—Continuaré con mi programa. Que encuentre a otro con el cerebro y la adecuada preparación de Ebling Mis en estos tiempos degenerados, lo dudo. Tendré que buscar la Segunda Fundación de otro modo. En cierto sentido, me habéis derrotado.

Y fue entonces cuando Bayta se puso en pie con gesto triunfante.

—¿En cierto sentido? ¿Solo en cierto sentido? ¡Te hemos derrotado por completo! Todas tus victorias fuera de la Fundación no cuentan, ya que ahora mismo la galaxia es un vacío inmerso en la barbarie. La Fundación en sí solo es una victoria menor, porque

no era ella la que debía detener tu tipo concreto de crisis. Es a la Segunda Fundación a la que debes vencer, a la Segunda Fundación, y es la Segunda Fundación la que te derrotará. Tú única oportunidad era localizarla y golpear antes de que pudiera prepararse. Ya no lo harás. A partir de ahora, con cada minuto que pase estarán cada vez más preparados para enfrentarse a ti. En este momento, en este preciso momento, es posible que la maquinaria ya se haya puesto en marcha. Lo sabrás… cuando te golpee y tu breve periodo de poder haya terminado y no seas más que otro conquistador que se pavonea por ahí, que surca a toda velocidad y sin piedad el rostro ensangrentado de la historia.

A Bayta le costaba respirar y la vehemencia casi la hacía jadear.

—Y te hemos vencido nosotros, Toran y yo. Puedo morir satisfecha.

Pero los ojos castaños y tristes del Mulo eran los ojos castaños, tristes y cariñosos de Magnífico.

—No voy a matarte a ti ni a tu marido. Después de todo, es imposible que vosotros dos me hagáis más daño y mataros a vosotros no me devolverá a Ebling Mis. Los errores que cometí fueron solo míos y me hago responsable de ellos. ¡Tu marido y tú podéis iros! Id en paz, por lo que yo llamo… amistad.

Luego, con un toque repentino de orgullo:

—Y, entretanto sigo siendo el Mulo, el hombre más poderoso de la galaxia. Aún conseguiré derrotar a la Segunda Fundación.

Y Bayta lanzó su último dardo con una certidumbre serena, firme.

—¡No lo harás! Yo todavía tengo fe en la sabiduría de Seldon. Serás el último gobernante de tu dinastía, además del primero.

Algo sorprendió a Magnífico.

—¿De mi dinastía? Sí, había pensado en eso, con frecuencia. Que podría fundar una dinastía. Que podría encontrar una consorte adecuada.

Bayta comprendió de repente el significado de aquella mirada y se quedó inmóvil, aterrada.

Magnífico sacudió la cabeza.

—He percibido tu repugnancia, pero es una tontería. Si las cosas fueran de otra manera, podría hacerte feliz con suma facilidad. Sería un éxtasis artificial, pero no habría ninguna diferencia entre él

y la emoción genuina. Pero las cosas no son de otra manera. Me hago llamar el Mulo, pero no por mi fuerza, como es obvio…

Los dejó allí y se fue sin mirar atrás.

Nota sobre el autor

Isaac Asimov nació en 1920 en Rusia, pero su familia emigró a Nueva York cuando él tenía tres años. Estudió en la Universidad de Columbia, donde se graduó en Química en 1939, y trabajó como investigador para el Ejército entre 1942 y 1945, junto a Robert A. Heinlein y L. Sprague de Camp.

Empezó a escribir ciencia ficción en 1937, convirtiéndose enseguida en uno de los autores de John W. Campbell, el editor de la revista *Astounding*. En 1942 publicó allí el primero de los capítulos de la trilogía de *Las Fundaciones*, una *space opera* que influiría de forma crucial en la ciencia ficción de la Edad de Oro. Originalmente estaba compuesta solo por los tres títulos originales: *Fundación, Fundación e Imperio* y *Segunda Fundación*, mientras que el resto de obras fueron escritas de forma independiente a partir de 1950, como la saga del Imperio Galáctico y las novelas y cuentos de robots. En los años ochenta y noventa, Asimov publicó varias novelas que relacionan entre sí las distintas series. En la novela *Preludio a la Fundación* se hace además un guiño a uno de los personajes de *El fin de la eternidad*, cuyo argumento posee una cierta similitud con los elementos principales de la saga, pese a haber sido escrita de forma independiente. Existen, además, varias continuaciones escritas por otros autores, con permiso del autor o de sus herederos.

Tras obtener el doctorado en Química, Asimov entró en 1949 en la Escuela Universitaria de Medicina de Boston como instructor y después como profesor auxiliar y como profesor asistente, hasta 1958, cuando por diferencias con el rectorado renunció al salario y a las clases, aunque reteniendo el título de profesor. En esa fecha se convirtió en escritor a tiempo completo, dejando a un lado las novelas, para dedicarse a escribir libros y artículos de no ficción y

convirtiéndose en uno de los mayores divulgadores científicos del siglo XX. Durante esa época escribió una sola obra de ficción, *Los propios dioses*, que se convertiría en su mayor éxito fuera de *Las Fundaciones*, ganadora del Hugo y del Nebula, y una de sus obras más elogiadas por la crítica junto a *El fin de la eternidad*.

En 1982, presionado por su editorial, Asimov retornó a la ciencia ficción. A pesar de su pesimismo inicial, la novela *Los límites de la Fundación* no solo ganó los premios Hugo y Locus, sino que entró en las listas de *bestsellers* y se mantuvo allí durante casi medio año. Eso le animó a continuar tanto la serie de *Las Fundaciones* como la de sus novelas de robots, y propició que en 1987 fuera nombrado Gran Maestro de la Ciencia Ficción por la asociación americana de escritores del género. Escribió también *Némesis*, una de sus obras más oscuras, y *Viaje alucinante II: Destino, cerebro*. En los años noventa colaboró con Robert Silverberg en la novelización de varios de sus relatos más famosos, y escribió sus memorias, ganadoras de los premios Hugo y Locus y una de las obras de no ficción más interesantes del género. Murió en 1992, a los 72 años.

Notas

[1] Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica reproducidas aquí se han extraído de la 116ª edición, publicada en el año 1020 E. F., en Términus, por Ediciones Enciclopedia Galáctica S. A., con permiso de los editores. < <